
MIGUEL
LAGO
Bécquer
en París

Bécquer es la estrella más famosa de la televisión. Elena Izaguirre, inspectora de policía e hija de un agente asesinado hace veinte años, lleva toda su vida buscando respuestas que nadie quiere darle.

Cuando una tragedia irrumpe en la vida de Bécquer, sus caminos se cruzan. Lo que comienza como una alianza improbable entre una estrella mediática y una policía curtida acaba destapando la verdad detrás del crimen que cambió a Elena para siempre.

Entre ataques encubiertos, traiciones internas, viajes internacionales y un romance tan inevitable como peligroso, Bécquer y Elena se enfrentan al mayor poder del país: una red de corrupción que opera en las sombras… y cuyo brazo llega hasta la mismísima embajada española en París.

Ahora, con su propia vida en juego, solo una cosa está clara: el humor puede ser un arma… pero la verdad es una bomba.

Miguel Lago

BÉCQUER EN PARÍS

Bécquer
2

Título original: *Bécquer en París*
Miguel Lago, 2026

A mi familia. Amor eterno

A ti. Gracias por acompañarme en cada aventura

1
LO MALO

Cuando en Madrid hace frío, hace frío de verdad. Aquel invierno de 2003 estaba siendo especialmente duro, hasta el punto de registrar una de las mayores nevadas que se recordaban en la capital. En lo que apuraba un café con leche a punto de ebullición, Antonio Izaguirre miraba su reloj con nerviosismo: los minutos no avanzaban y la preocupación iba en aumento. Nunca había sido hombre de conflictos, su principal objetivo en la vida era estar tranquilo, lo cual contrastaba enormemente con su oficio de policía y lo convertía en blanco de más de una broma de sus compañeros quienes, entre otras lindezas, lo llamaban «bajagatos».

Para Izaguirre, la convivencia con sus colegas era complicada, ya que era de aquellos que pensaban que el camino correcto era servir a los demás. Cuando dijo a sus padres que quería ser policía, a ellos no los sorprendió; a fin de cuentas, conocían bien a su hijo y sabían cómo le había afectado que los atacasen a punta de jeringuilla, algo que formaba parte del Madrid de la década de 1980 como el mismo oso y el madroño de la Puerta del Sol.

Volvió a mirar el reloj, su cita se retrasaba unos minutos y la noche ya era cerrada. Tiró el vaso de plástico en una papelera y se apoyó de nuevo en la pared con las manos en los bolsillos. Era bastante inusual estar a esas horas en el mismo centro de Madrid, pero si era el lugar elegido, pues tendría sus razones.

Una vez más tenía claro que no quería discutir, bastante incómodo era tener que pedir explicaciones y mucho más la posibilidad de que dichas explicaciones no fuesen lo bastante convincentes para dejar pasar algo de tal gravedad. «Estoy seguro de que todo tendrá una razón de ser, seguro que lo he interpretado mal», pensó, tratando de calmarse y de buscar una justificación a lo que llevaba tiempo rondándole la cabeza.

Los minutos pasaban y ya eran más de las once de la noche. Aquel callejón que atravesaba una de las principales calles del centro era un lugar ajeno a cualquier mirada; la escasa iluminación y la casi nula existencia de portales provocaba cierto desasosiego. Cuando por fin vio a dos hombres que se acercaban, a medida que lograba fijar la vista, no tardó en reconocer a Puente, su compañero y la razón de su cita fuera de «horas de servicio». Al que lo acompañaba era la primera vez que lo veía y le llamó la atención su corpulencia. «Seguro que tiene un motivo para venir acompañado», pensó. Saludó con la mano y caminó unos metros hacia ellos. El silencio imperaba en aquella callejuela. En unos pocos metros, estuvo junto a Puente.

—Menudo frío hace —exclamó Izaguirre para romper el hielo.

—Ya ves —respondió Puente.

Hizo ademán entonces de tenderle la mano al misterioso acompañante, pero al no encontrarlo receptivo optó por dejarla a medio camino.

—¿No te enseñaron de pequeño a no meter la nariz en los asuntos de los demás? —le preguntó Puente con un tono amenazante.

Aquello descolocó a Izaguirre; no pensaba que se encontraría a aquel cretino todavía más a la defensiva de lo habitual. Queriendo mantener la calma, respondió:

—No era mi intención, simplemente me preocupa que puedas estar metido en problemas.

El tono de preocupación era genuino, pero no parecía hacer mella en su interlocutor. La conversación comenzó a subir de tono.

—Ya me dijeron cuando entré en esta comisaría que iba a tener problemas contigo —lo acusó Puente.

—Se ve que el santurrón no sabe dejar de tocar los cojones a todo Dios —apostilló el otro.

Una sensación de calor invadió el estómago de Izaguirre; estaba claro que aquella conversación no iba a ser fácil. A pesar de la evidente escalada en la agresividad de su compañero, optó por la contención.

—No seas así, Luis, somos compañeros y estoy preocupado. Simplemente, quiero que me expliques qué es esto. —Extrajo un pequeño cuaderno del bolsillo del pantalón; la mirada de Puente se clavó en aquel pequeño objeto—. Creo que tienes mucho que decirme.

Frente a frente, Puente miraba desafiante a su compañero.

—Te agradecería que me lo entregases —dijo con un impostado tono de tranquilidad mientras avanzaba un paso hacia Izaguirre.

—Primero quiero que me expliques de qué va todo esto —respondió.

—Temo que contigo las explicaciones no sirvan.

Estas palabras de Puente fueron las últimas que Izaguirre escuchó. Concentrado en la conversación con su compañero, no vio que el hombre que lo acompañaba había cambiado de posición hasta, con la excusa de apagar un cigarrillo, colocarse a su espalda.

El pinchazo fue rápido y sorpresivo, apenas le dolió, cuando quiso darse cuenta y se palpó el costado, sintió horror al ver la palma de la mano teñida de sangre. Sin poder evitarlo, cayó de rodillas.

Las siluetas de aquellos dos hombres se alejaban y no era capaz de articular palabra. Tendido en el suelo bocabajo, sentía cómo la vida se le escapaba. Luchando por no cerrar los ojos para siempre, una enorme pena lo invadió, fue consciente de que no iba a poder abrazar de nuevo a sus hijos: sus últimos pensamientos fueron para ellos tres.

Sintió entonces un dolor mayor que aquella mortal puñalada, y, al exhalar el último aliento, vio el rostro de Elena, su alegría, el mayor

amor que jamás había sentido. Ya no habría más tardes de parque, más sonrisas cómplices.

«Perdóname, mi amor», pensó mientras una lágrima resbalaba por su mejilla.

Y entonces todo acabó.

2
COBARDES

El conductor apretaba al coche todo lo posible, alejándose de aquel callejón a toda velocidad. A Puente el corazón le latía de una manera desaforada.

—Habíamos dicho que lo primero era hablar con él, joder —exclamó mientras se frotaba las manos con evidente nerviosismo—. Te acabas de cargar a un puto policía.

Su compañero ni siquiera se inmutó: por más que Puente se balancease de atrás adelante lamentando lo ocurrido, a él parecía darle absolutamente igual.

—¡Me cago en mi puta vida! —exclamó Puente—, solo tenía que damos el cuaderno, cojones, nada más.

En cuanto hubo terminado la frase, el conductor detuvo el vehículo con un violento frenazo y se dirigió al arcén.

—Escucha bien lo que te voy a decir: me explicaron claramente que no querían cabos sueltos, e Izaguirre era un cabo de cincuenta putos metros de largo, ¿lo entiendes? —Su voz resonaba con estruendo dentro de la cabina; ni siquiera tenía la necesidad de encararse con un tembloroso Puente para resultar amenazador—. Ese gilipollas no tenía que haber revisado tus cosas, así que ahora que se joda —añadió con total desprecio, arrancando de nuevo.

Con las dos manos al volante de aquel pequeño vehículo, el hombre imponía. Corpulento, alto y voluminoso, apenas superaba la

treintena, pero, entre el poco pelo y el cigarrillo colgando de la comisura de la boca, parecía tener bastantes más.

—Lo primero que vamos a hacer es tomarnos una copa, que nos la hemos ganado —dijo aquel gigante poniendo el intermitente para coger la salida de la circunvalación—. *Whisky* y unas chavalas, cojonudo para terminar la noche.

Aparcaron el coche detrás del Priscilla's y entraron en el local como los clientes conocidos que eran. Cuando ellos aparecían, lo primero que ocurría era que los dos camareros se ponían nerviosos.

—Un copazo para mí y al subnormal este ponle un Cola-Cao, a ver si se le pasa el frío.

Acompañó el insulto con una sonora carcajada que resonó en todo el local. Para acabar de asesinar a un hombre en plena calle, la tranquilidad que tenía era inusitada. Por el contrario, a Puente le estaba costando horrores recomponerse.

El camarero sirvió dos *whiskies* con hielo en sendos vasos de tubo y los dejó sobre la barra.

—Dile a la Amparito que, cuando acabe, me subo —anunció con seguridad el cachalote—. Y tú cambia la cara de una vez, todo va según lo previsto.

Apuró el vaso como si estuviese bebiendo agua; probablemente, se trataba del lingotazo más necesario que había bebido nunca.

Puente no se llevaba bien ni consigo mismo, era un manojo constante de complejos, más bien bajito, medio enclenque y con una cara que tenías que mirar dos veces para terminar de creértela. Iba más o menos compensando su evidente falta de atractivo con una mala hostia exagerada, un combo estupendo para todo un patrulla madrileño. Se le notaba a la legua que se había hecho policía para poder vengarse de todos aquellos que lo habían machacado en el colegio.

Llevaba en la comisaría de Chamberí casi cinco años desde que lo trasladaron desde Vallecas, donde había llegado procedente de

Tafalla, su pueblo natal, al que no había vuelto ni para visitar a su madre.

Todos sus compañeros tenían claro que era un cabrón de manual. Desde el primer momento, sus métodos fueron cuando menos discutibles. Cada vez que salía a patrullar volvía con algún politoxicómano del brazo que siempre se caía por las escaleras al escapar. «Tienen muy mala suerte los putos yonquis», solía decir para sonrojo del resto de la comisaría. Incomprensiblemente, tenía el beneplácito del comisario Nieto, un hombre de unos cincuenta años que dirigía la comisaría con puño de hierro y «muy poco tiempo para andarse con hostias», como él mismo aseguraba.

Dado que muy pocos agentes querían pasar tiempo con Puente, se produjo una solución salomónica: en lugar de tener un compañero asignado de manera permanente, se lo iban rotando por temporadas, a veces incluso se lo rifaban, jugando a ver quién sacaba el palillo más largo.

Así fue como Izaguirre tuvo que comenzar un camino del que no saldría jamás:

—Así que hoy te tengo de niñera —le había dicho Puente nada más verlo entrar por la puerta—. Espero que no salgas corriendo a la mínima que se ponga feo, que me han dicho que eres un poco maricona.

Izaguirre había respirado hondo: desde que le habían dicho que aquella semana le tocaba patrullar con Puente, había decidido armarse de paciencia.

Puente seguía apoyado en la barra, sus manos habían dejado de temblar a partir de la tercera copa.

—Prepárate que empieza el baile. —Nuevamente, aquella voz grave volvió a estremecerlo.

—¿Qué quieres decir?

—Pues que te va a sonar el teléfono de un momento a otro; ya hemos hablado sobre lo que tienes que hacer y decir, no se te ocurra

improvisar.

Justo cuando terminó la frase, el móvil de Puente se arrancó con el soniquete de Nokia tan habitual. Abrió su teléfono de concha y contestó. Durante unos segundos se limitó a escuchar tomando un largo sorbo de su copa.

—Hoy salí pronto. —Volvió a mojar los labios en su eterno vaso de tubo y fingió sorpresa cuando le dieron la noticia—. ¿Izaguirre? ¿Muerto? ¿Estás seguro?

La noticia no dejaba lugar a dudas, el comisario quería a todos en la estación, pasaba la una de la madrugada y ya corría como la pólvora: Antonio Izaguirre acababa de ser encontrado, tumbado sobre un charco de sangre, en la calle de la Ternera, una callejuela cercana a la plaza de Callao.

El comisario Nieto estaba visiblemente afectado, sin duda no era plato de gusto que, bajo su mando, uno de sus agentes fuese asesinado de aquella manera. No era la primera vez que tenía que lidiar con la muerte de algún compañero en acto de servicio, pero aquello, si por algo destacaba, era por lo inusual tanto del acontecimiento como del protagonista. «Pero si Izaguirre no es capaz ni de matar una mosca, ¿cómo ha sido posible?», se preguntaba sin encontrar respuesta.

Conoció la noticia porque su homólogo y máximo responsable de la comisaría de Tudescos lo llamó de inmediato, cortesía profesional, y poco faltaba para que el juez ordenase levantar el cadáver.

—No hagan nada hasta que llegue, por favor —solicitó Nieto.

El cordón policial cortaba por completo el tramo de la calle Preciados que conectaba la plaza de Santo Domingo con Callao. Lo intempestivo de la climatología y la hora favorecieron el desarrollo de la operación: pocos transeúntes andaban por el centro a esas horas.

Nieto se identificó y se encaminó rápidamente hacia la calle Ternera. Cuando llegó no pudo evitar un escalofrío al ver el cuerpo

sin vida de Izaguirre en el suelo. Sin apenas saludar les preguntó a los agentes con un escueto:

—¿Alguien me puede decir qué demonios ha pasado aquí?

Uno de ellos, después de presentarse, compartió con él la información de la que disponían.

—Dos municipales, a los que ya hemos tomado declaración, dieron el aviso: un borrachín bastante habitual en la zona encontró el cuerpo y, al comprobar que no se movía, fue a buscar ayuda. Enseguida llegaron los sanitarios, pero solamente han podido certificar la muerte.

Nieto no salía de su asombro, y lo único que le rondaba la cabeza era: «¿Cómo le digo yo esto a su familia?». Su pensamiento rumiante se vio interrumpido cuando el comisario Acebedo, de la cercana comisaría de Tudescos, le tocó el hombro.

—Comisario Nieto —dijo tendiéndole la mano—, lamento mucho que nos conozcamos en estas circunstancias.

Nieto le estrechó la mano con firmeza.

—Quiero encontrar a quien haya podido hacer esto —dijo con convencimiento.

—No tiene de qué preocuparse, nos encargaremos de que así sea —respondió Acebedo.

Para Nieto, aquello no servía de nada, habían matado a uno de sus hombres y tenía claro que no iba a quedarse de brazos cruzados.

—Quiero que nos encarguemos nosotros del caso.

—Nos corresponde a nosotros —replicó, rápidamente, Acebedo —. Ha ocurrido en nuestro distrito y pondremos todo de nuestra parte para localizar al agresor.

—Se trata de uno de nuestros hombres —insistió Nieto, a quien la respuesta de su homónimo no lo había convencido—, entenderá que quiera ser yo personalmente quien se encargue de todo.

—Como le he dicho, debe dejarnos trabajar, le mantendremos informado en todo momento. —Acebedo dejó clara su incomodidad.

Nieto optó por no revolverse, ya habría tiempo para eso, lo único

que ahora le preocupaba era ponerse en contacto con la familia Izaguirre. Estrechó la mano de Acebedo, y mientras veía cómo subían el cuerpo inerte de su subordinado a la ambulancia, se dirigió a su coche: tenía que ir a comunicar la peor de las noticias.

El comisario Acebedo vio a Nieto alejarse en dirección a la plaza de Santo Domingo.

—Este cabrón nos va a dar problemas —le dijo al agente que estaba a su lado—. ¿Tienes claro lo que hay que hacer? —Su interlocutor asintió—. Izaguirre llevaba tiempo metiendo las narices y tenemos mucho que perder con toda esta mierda, hicimos lo que teníamos que hacer, ¿está claro? —Añadió—. Esto se cierra como un atraco, ¿ok?

A su lado, un agente de unos treinta y cinco años, de mediana complexión y con un pelo que, si bien luchaba por sobrevivir, iba perdiendo la batalla, tenía claro lo que tenía que hacer. Miró al comisario a los ojos y a punto de iniciar la marcha, respondió:

—No se preocupe por Nieto, esto ha sido un atraco que salió mal y así se lo haré entender.

—Izaguirre podría haberlo jodido todo, esto se acaba aquí, habla con quien tengas que hablar para que esto pase por debajo del radar, espero que no quieras terminar como ese pobre diablo. —La amenaza de Acebedo hizo mella al instante.

—No señor, hemos recuperado el cuaderno, que era lo más importante, el resto no será difícil.

Y con las mismas volvió a despedirse. Cuando se había alejado un par de metros, el comisario Acebedo volvió a llamarlo.

—Una cosa más. —El agente se acercó a escuchar la última de las órdenes de esa noche—. Si Nieto toca las narices, le dices que sabemos lo que pasó en Aluche y que, si quiere jugar, jugaremos todos, ya te daré más detalles si fuese necesario. Vete ya.

Y con las mismas, el agente Baltierra se despidió. Tenía una larga semana por delante y Puente se la acababa de complicar más todavía.

3
UN JOVEN PROMETEDOR

El novato José Baltierra poco tardó en aprender que había otras formas de medrar y, sobre todo, de ganar dinero en el Cuerpo Nacional de Policía. Para sus adentros, se consolaba pensando que tampoco era para tanto, que una mordidita aquí o un desvío de un alijo allá no eran algo para echarse las manos a la cabeza. Los asociaba más con pequeños trapicheos que con delitos en condiciones. También se lamentaba de su mala suerte: venir de una familia muy humilde le servía como excusa para haber accedido aquel día a coger ese sobre.

—No tienes precisamente un expediente para tirar cohetes —le dijo el comisario Acebedo mientras pasaba con desdén las páginas de una carpeta marrón—. Quizá, incluso lo de mediocre se quede corto.

Con el sudor de las palmas de las manos de Baltierra se podrían haber llenado dos botijos. Aquel policía de apenas unos treinta y pocos años no era capaz de levantar la mirada del suelo, acababa de ser trasladado después de, por una estupidez mayúscula, haberse visto involucrado en una pelea que terminó con varios agentes heridos y un civil con una brecha enorme en la cabeza.

—Veo que la primera pieza que se han cobrado eres tú; al final, a esta comisaría siempre me mandan lo quemado de la paella. Se ve

que 1998 está siendo tu año —añadió el comisario enfatizando el desprecio—. Aquí ya te anuncio que lo vas a tener jodido, tu futuro pende de un hilo, te quedan seis meses de mucho trabajo y sin sueldo, te la han metido, pero bien. Lo más probable es que acabes de segurata en uno de esos Carrefour que están abriendo sin parar. —Todas estas frases de Acebedo se le clavaban como puñales—. ¿Sabes por qué no te han mandado ya a la puta calle? —Baltierra no sabía qué contestar—. Te lo voy a decir yo: porque tu anterior comisario es buen amigo mío y me ha pedido el favor, y como hoy me he levantado rumboso, pues aquí estás.

Con gran dificultad, Baltierra masculló un «gracias». Acebedo se levantó entonces de su asiento y se dirigió a la pared acristalada de su despacho que daba a la comisaría, canturreando algo ininteligible. Cerró las persianas y se apoyó en el escritorio dejando su entrepierna prácticamente delante de Baltierra.

—Pero ahora vienen las buenas noticias: me han dicho que vives con tu padre, un señor mayor bastante jodido de salud. —Baltierra asintió—. Bueno, aquí somos una gran familia, así que te voy a hacer un favorcito. —Extrajo un pequeño sobre del interior de la chaqueta. Baltierra no salía de su asombro—. Esto es una ayuda, aquí en la comisaría existe un grupo de amigos que nos ayudamos los unos a los otros: hoy te rasco la espalda yo y mañana, si lo necesito, me la rascarás tú a mí. ¿Qué te parece?

Baltierra estaba un tanto desconcertado, algo tembloroso cogió el sobre y ojeó lo que había dentro: solo de un vistazo, calculó que equivalía al sueldo de tres meses.

—No puedo aceptarlo —dijo con cierto ápice de dignidad. Acebedo respiró hondo.

—Escúchame bien: la chica esa que cuida a tu padre entiendo que no lo hace gratis, ¿verdad? Coge el dinero, no digas una sola palabra y ponte a trabajar, ¿qué otra alternativa tienes? A lo mejor lo que hago es ponerte ya en la puta calle y a tu padre que lo cuiden en el cementerio.

Baltierra luchaba contra el temblor de su rodilla derecha, la

situación en la que se encontraba comenzaba a ser desesperada; a fin de cuentas, vivían al día y el escenario de seis meses sin cobrar se le hacía una montaña. Sin pensar en las consecuencias, optó por aceptar el regalo. Lo que no sabía en ese momento era lo caro que le iba a resultar.

Desde que entrase en Tudescos, Baltierra se había ido ganando poco a poco la confianza de Acebedo. El primer favor tardó en llegar; de hecho, lo hizo después de que el tercer sobre se deslizase mágicamente dentro de su bolsillo. Y fue el día en el que conoció a un hombre que le complicaría a menudo la existencia.

—Ve a esta dirección —le ordenó Acebedo mientras apuntaba en un trozo de papel—. Allí te encontrarás con un compañero de Chamberí, Luis Puente. Es un poco imbécil, pero efectivo. Ya sabes lo que tienes que hacer.

Baltierra cogió el papel con las señas y salió del garaje de comisaría enfilando la Gran Vía. Tenía al menos una hora de trayecto hasta un polígono industrial al sur de Madrid, en una zona bastante deprimida y a la que los avances de la capital tardaban en llegar.

Cuando llegó a la dirección señalada y vio a aquel pequeño hombrecillo apoyado en el capó de un coche, tuvo claro que se trataba de Puente.

El de Chamberí pisó la colilla del cigarrillo mientras observaba a aquel chaval de calva incipiente bajar del vehículo. Cuando lo tuvo cerca, le dio el clásico recibimiento de cretino que acostumbraba.

—Por fin conozco al niñito mimado de Acebedo, ¿ya te dejan jugar con los mayores?

Soltó una sonora carcajada, feliz de escuchar sus propias bravuconadas. Con lo que no contaba era con que Baltierra no bajase la cabeza. Sin mediar palabra, se abalanzó sobre Puente, lo agarró de la solapa y estampó su espalda contra el coche.

—Escúchame bien: ya me han hablado de ti, y si crees que no te voy a parar los pies estás muy equivocado. Aquí estamos todos

metidos en la misma mierda, así que no me toques los cojones.

Puente levantó las manos en son de paz.

—Vale, vale —dijo—, no te pongas tan bravo que solo era una broma. Ya me dijo Acebedo que tienes carácter. Te va a venir bien con el marrón que tenemos aquí dentro.

Caminaron hacia la puerta de la nave, y, una vez dentro, el hedor hizo que Baltierra se tapase la boca con la mano como un acto reflejo.

—Menuda peste. —Puente sonrió.

—A los drogatas les da igual, vienen aquí a ponerse hasta las cejas y cuando se cagan encima, les importa poco. —Señaló un contenedor metálico, de esos que se ven las plataformas de los barcos mercantes—. Ahí dentro lo tengo, te he estado esperando para que te pudieses unir a la fiesta, aunque debo reconocer que un poco ya me he divertido sin ti —dijo sin especificar de qué se trataba.

Cuando abrió el contenedor, Baltierra confirmó lo que ya se imaginaba: no tenía algo, tenía a alguien. Sentado en una silla, con las manos esposadas a la espalda y los ojos vendados, un pobre hombre sollozaba.

—Te presento al Manué —dijo Puente agarrándolo del pelo—. Me gusta taparle los ojos para que no sepa cuándo le van a llover las hostias. —A Baltierra aquello no le hacía especial ilusión, pero tampoco era nuevo en esas lides—. Cuéntanos, Manué: ¿dónde está la pasta que me ibas a traer?

Con gran dificultad, aquel pobre yonqui repitió lo que llevaba tiempo diciendo.

—La he perdido.

Su respuesta se vio cortada por un puñetazo en el estómago.

—¿Has visto? —le dijo Puente a Baltierra—. Que la ha perdido. —Y volvió a golpear a aquel hombre, esta vez en la espalda.

Baltierra dio entonces un paso hacia delante y se agachó ante el muchacho, le quitó la venda y le habló con tranquilidad.

—¿Quieres irte? —El pobre Manué solo fue capaz de asentir con

la cabeza—. Quítale las esposas. —Puente se las quitó entre bufidos de enfado—. Aquí mi amigo te dio medio kilo de heroína para que se la llevases a tu jefe y tú tenías que traer el dinero. Si no tenemos el dinero, algo nos vamos a cobrar a cambio, y créeme cuando te digo que no te va a gustar. Este se está controlando porque estoy yo, pero si no me ayudas, me voy a marchar y os quedáis solos otra vez. Te lo voy a volver a preguntar: ¿dónde está el dinero?

Manué levantó la mano y apuntó fuera del contenedor. Baltierra se levantó, cogió del brazo a aquel pobre hombre y lo acompañó fuera.

—Espérame aquí —le ordenó a Puente.

Caminaron apenas veinte metros hacia un lateral de la nave. Manué revolvió entonces entre unas cajas medio podridas que había en el suelo y sacó un sobre. Extendiendo el brazo derecho, que mostraba una cantidad enorme de picotazos, balbuceó:

—Perdón, mi novia está enferma.

Baltierra lo cortó en seco.

—No me cuentes tu vida. La próxima vez que te pases de listo no vendré a salvarte el culo, ¿lo tienes claro? Me debes una.

Manué echó entonces a correr como buenamente pudo, mirando hacia atrás cada pocos pasos. Lo del poli bueno y el poli malo había vuelto a funcionar.

—Pues sí que lo has acojonado —dijo Puente al llegar a su lado.

—Las hostias te las podías haber ahorrado, con ese pobre diablo no te iban a servir de nada —respondió Baltierra guardando el sobre en un bolsillo.

La respuesta de Puente no se desvió de lo esperado.

—Es que así es más divertido. Cuando me dijo que había perdido la pasta, decidí entretenerme un rato hasta que llegases.

Sin despedirse, Baltierra se subió al coche y puso rumbo a la comisaría. Sus pensamientos se agolpaban; él, que lo único que quería cuando entró en el Cuerpo era ayudar a los demás, estaba metido hasta el cuello en un grupo de policías corruptos que cometían permanentes abusos. Y supo que ese día llegaría cuando

cogió aquel maldito sobre. Ya no tenía escapatoria.

Se palpó el pecho y ahí estaba la causa de todo: el dinero procedente de la venta de droga, que, misteriosamente, nunca se contabilizaba de manera correcta en la comisaría. Había pasado de policía prometedor a recaudador de dinero sucio. «Menos mal que mi pobre padre ya no me reconoce —pensó—. Lo peor es que yo tampoco me reconozco».

4
TODO PASA Y TODO QUEDA

Si con algo disfrutaba Bécquer era con ser el centro de atención. Desde que se subió a un escenario por primera vez con apenas veinte años, era tal el placer que le provocaba que no entendía a los artistas que renegaban de la fama. «Pues haber montado una gestoría», solía pensar cada vez que escuchaba algún tipo de declaración estúpida de esas de «es que la gente no me deja tranquila». Bécquer se sentía raro si no lo saludaban a menudo; de hecho, era una de las cosas que en este momento concreto de su carrera más rabia le daban: no tener la fama de hacía veinte años, por ejemplo. Aquellos habían sido «los buenos tiempos», los de no poder salir a la calle si no era ataviado con un disfraz de mamarracho para evitar las miradas ajenas. A fin de cuentas, lo de Bécquer había sido un pelotazo sin parangón: un chaval que salió en la televisión una vez, y de ahí directo al estrellato. Lo que vino después de aquella noche, se resume en una palabra: *cohete*.

Bécquer debutó como humorista en la televisión autonómica en el noventa y nueve, y al poco estaba repitiendo su monólogo en la nacional. Tal fue la que causó en la descomunal audiencia que tenía *Noches desde el Espacio*, en el Canal 5, que a la semana debutó como colaborador, y cuando el presentador se retiró, pasó a presentarlo, y todo esto en apenas dos años. Además, hay que sumarle las portadas de revistas, los especiales de comedia en

plataformas audiovisuales y, por supuesto, el cine. Tenía más éxito del que cualquier cómico hubiera soñado jamás. Era el número uno y estaba encantado de serlo.

Se presentaba en la Ciudad Condal: doce noches en el teatro Coliseum, tres semanas seguidas con todo vendido desde hacía meses. Bécquer tenía claro que, si su programa de televisión se emitía de lunes a jueves, eso le permitía subirse a un escenario de viernes a domingo. Los siete días de la semana trabajando, así era él. Además, se acababa de estrenar su primera película, un pelotazo histórico; de hecho, durante años fue la película más taquillera de la historia del cine español, hasta que apareció Santiago Segura para tocar las narices con una historia de un padre desbordado. El único consuelo que le quedaba a Bécquer era que al menos le había derrotado otra comedia.

Por muchos lujos que tuviese aquel hotel, los días pasaban interminables para el artista, la compañía femenina no le faltaba, pero todo acababa aburriéndole, así que decidió darse una vuelta por su querida Barcelona.

A cara descubierta tuvo la feliz idea de meterse en El Corte Inglés de Diagonal. En cuanto puso un pie dentro del edificio, todas las miradas se posaron en su persona, y lo que comenzaron siendo un par de saludos y un par de autógrafos, de repente se convirtió en una marea humana incontrolable. Cientos de personas corrían por el recinto al grito de «¡Está Bécquer!»; la situación se volvió tan bestia que dos de esos muchachos de americana roja se afanaron en formar un cordón que protegiera al artista. Con la camisa hecha jirones, lograron meter a Bécquer en un cuarto de limpieza. Allí estuvo esperando casi una hora hasta que un mal encarado mosso d'escuadra *cruzó la puerta y, sin apenas saludar, le dijo: «Menuda idea estupenda ha tenido usted».*

A Bécquer todo aquello, en realidad, le divertía; verse saliendo escoltado ni más ni menos que por la policía lo convertía en el tipo

más feliz del mundo.

Aquellos momentos explosivos habían quedado atrás y en la actualidad el cómico ya llevaba casi un año establecido nuevamente en España. Había regresado de Miami después de más de quince años viviendo allí. Cuando su meteórico ascenso lo llevó a América, optó por aquella ciudad para instalarse. Le permitía trabajar con cierta comodidad en todos los países de Sudamérica y en la zona hispanohablante de Estados Unidos, y, sobre todo, vivía mucho más tranquilo. Además, no era el primer presentador de la televisión española que, viviendo en Miami, viajaba a España cuando le tocaba hacer el programa. No obstante, tras divorciarse y decidir que bajaría el ritmo, Madrid se convirtió en su nuevo hogar con un único objetivo: que su hija Lucía, después de cinco años sin apenas relación, volviese a dirigirle la palabra. Y por suerte lo había conseguido.

La racha de Bécquer duraba ya muchísimo tiempo, una carrera que la prensa había definido como «imparable». La cronología, de hecho, no dejaba lugar a la duda: entre su debut televisivo y su triunfo en Latinoamérica apenas habían pasado ocho años.

Lo cierto es que, en aquel momento concreto, la vida le sonreía: había encontrado el amor de nuevo, su exmujer apenas le daba la tabarra, su hija era feliz de estar a su lado y los teatros continuaban llenándose en minutos cada vez que se anunciaba su presencia.

Mientras que en España podía salir a la calle sin problema, en América Latina ocurría lo contrario: Bécquer seguía siendo una superestrella. Siempre se ha dicho que los artistas que triunfan en aquellos países lo hacen para siempre, y, sobre todo, en uno en especial: México.

Cuando Bécquer pisó el escenario de la Arena de Ciudad de México, el público se puso en pie como quien aprieta un resorte: quince mil personas coreaban el nombre del artista mientras este paladeaba cada segundo de aquella atronadora ovación. Si bien a

Bécquer, después de tantos años, le costaba recordar cuándo había sido su primera vez en tal o cual país, su primera vez allí la recordaba sin duda alguna; sobre todo, porque fue la consecuencia directa de haber arrasado en la televisión latina.

El artista tenía veintiocho años cuando don Francisco lo recibió en Miami, en su mítico programa Sábado Gigante, un show televisivo que, después de más de cuatro décadas, seguía siendo visto cada semana por más de cien millones de espectadores a lo largo y ancho de toda América Latina: el escaparate no podía ser mejor. Que don Francisco te diese la oportunidad de presentarte a su lado sin duda suponía un lanzamiento inmediato al estrellato… o todo lo contrario.

Bécquer estaba moderadamente nervioso, era consciente de la responsabilidad que suponía, a través del canal Univisión, entrar en los hogares de todos los latinos presentes en Estados Unidos. Además de la señal compartida con los países de América del Sur, según habían negociado, Bécquer tendría veinticinco minutos de entrevista y unos ocho minutos de escenario. Esa era la clave: si lograba hacer reír a los espectadores, lo demás vendría solo.

Cuando por fin anunciaron su nombre, entró a escena con esa confianza arrolladora que lo estaba convirtiendo en la estrella más grande del show business *español. Con su impoluto traje negro, empezó a desgranar una suerte de bromas y tópicos sobre el clásico español que cruza el charco. Se movía sobre el escenario como pez en el agua, llevaba al público al lugar que quería sin perderlo en ningún instante. Fue tal el nivel de carcajadas que, cuando terminó y don Francisco subió al escenario, no tuvo más remedio que rendirse a la evidencia soltando un sonoro: «Señoras y señores, no se pierdan a Bécquer, el mejor cómico de habla hispana».*

Cuando el programa terminó, el mánager americano de Bécquer lo tenía claro.

—Olvídate de volver a Barcelona —le dijo—, esto ha sido muy grande, las líneas del programa están colapsadas por la gente que

pregunta dónde pueden verte, y no solo eso: ¡mira mi celular! No existe un solo promotor que no te quiera.

Bécquer sonreía; lo mismo que le había pasado en España le estaba sucediendo allí.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó.

—Por lo pronto, volar a México: mañana nos reuniremos allí para arrancar la gira, estas tres semanas de vacaciones que tenías se acaban de esfumar.

Celia no daba crédito a lo que su marido le estaba proponiendo. Ella, toda una eminencia en el campo de la ciencia, no solo se había enamorado del presentador de moda, sino que celebraban ya los dos años de la pequeña que tenían juntos. No podía evitar sonreír al pensar en la cara de sorpresa de su madre cuando le dijo que se casaba con el hombre más famoso del país solamente seis meses después de haberse conocido en su programa.

Justo antes de que entrase la tarta de cumpleaños de la niña, Bécquer tenía una propuesta sorprendente.

—¿Me dices en serio lo de mudarnos a Miami? Eso sería un cambio de vida radical.

Celia no estaba muy convencida de lo que Bécquer le acababa de decir; a fin de cuentas, era feliz en Barcelona con su trabajo y, sobre todo, con su Lucía, la niña de sus ojos.

—Yo creo que es lo mejor —dijo Bécquer—. Estoy cansado del programa diario y quiero hacer otras cosas, allí no tendríamos una docena de paparazzi *en la puerta todos los días. —El argumento era perfecto, Celia cada día estaba más cansada de tener que lidiar con la fama de su esposo—. Además —añadió el artista—, desde que don Francisco me bendijo, ya has visto el resultado: actúo en México lo que queda de año y en 2009 hemos cerrado Chile, Argentina, Paraguay, Costa Rica y Puerto Rico, sin contar con todo lo que estamos preparando en Estados Unidos. Desde Miami todo sería más sencillo. —Bécquer cogió la mano de Celia—. Ya verás qué casa,*

¡qué casa!

La primera vez que Bécquer actúo en México fue en la capital, y pasó por los más importantes programas de televisión, que lo recibieron con un cariño especial. Si la primera vez que pisó Estados Unidos fue de la mano de Antonio Banderas, sabía que si con alguien tenía que hablar de su llegada a México debía ser él: Miguel Bosé.

Lo había conocido en *Noches desde el Espacio*, era uno de los artistas que mejor funcionaban tanto en audiencia como en programa. Siempre dejaba titulares. Para un recién incorporado colaborador como Bécquer, tenerlo delante fue impactante.

Cuando Bosé hizo su entrada, el cómico se quedó de piedra: era la primera vez que tenía conciencia de tener una auténtica estrella delante. Lo que más lo impactó fue cómo se movía, cómo caminaba, su altura imponente, unas maneras elegantes y una mirada que, cuando se cruzaba con la tuya, hacía que te sintieras la persona más especial de la galaxia.

Como hacía con cada invitado, Bécquer se acercó a saludar. Esforzándose por que no se le notaran los nervios, mantuvo todo lo firme que pudo el brazo que extendió.

—Señor Bosé, bienvenido al espacio.

Miguel se detuvo, desplegó su irresistible sonrisa, y, aceptando el apretón de manos con torería, exclamó:

—¡Qué ganas tenía de disfrutar de aire fresco! —Bécquer notó cómo le subía la temperatura a las mejillas y no logró articular nada coherente, así que Miguel continuó hablando—. Lo que hacéis aquí es una locura. ¿Y tú? ¿De dónde has salido?

—De una aldea de Galicia. —Fue lo único que Bécquer acertó a decir.

—Pues entonces seguro que eres buena gente.

Y con una sonora palmada en la espalda, Bosé entró en su camerino. El cómico se quedó callado, por primera vez se había quedado completamente en blanco, hasta que la voz de la regidora lo sacó del ensimismamiento.

—Bécquer, a plato a grabar la promo, por favor.

Por un instante, no supo de qué le estaba hablando.

—Perdona, ¿qué?

—La promo de los abogados que tienes que grabar —insistió la regidora, sonriendo.

—Ah sí, perdona —Bécquer volvió a centrarse—, no sé lo que me ha pasado, se me había olvidado por completo.

La regidora puso entonces las manos sobre sus hombros.

—Llevo treinta años en televisión; esto que te acaba de pasar se llama «efecto Bosé», y no se cura nunca.

Así que, unos pocos años después de aquel encuentro, Bécquer lo llamó para que le diese algún consejo de cómo triunfar en México. «Ámalos hasta la última gota, porque si el público mexicano siente que te entregas, te querrá siempre». Este fue el consejo principal de la superestrella del pop, así que el cómico puso manos a la obra, probablemente más manos que obra, aprovechando que Celia se había quedado en Madrid.

Lejos quedaba ya el triunfo de 2007 y, sin embargo, América seguía rendida a sus pies. En Ciudad de México le esperaban un par de semanas más de presentaciones antes de volver a España. Una de las paradas obligadas para promocionar los espectáculos era *La hora de Mirta*, un *talk show* donde las más grandes celebridades charlaban con la veterana presentadora.

Una vez que ocupó el asiento, la primera pregunta fue directa.

—Seguimos consternados por lo sucedido en España hace apenas cuatro meses. ¿Cómo fue para usted atrapar ni más ni menos que a un asesino?

Mirta no se andaba con rodeos, si bien Bécquer había dejado

claro que de ese tema no iba a hablar, a ella le había dado exactamente igual. Bécquer tomo aire.

—Lo cierto es que todavía estoy superando lo ocurrido, aquella noche en el Teatro Real es un recuerdo durísimo.

Mirta escuchaba en silencio, planeando el siguiente estacazo.

—¿Y la sorpresa de descubrir que detrás de todo eso estaba ni más ni menos que Nacho, su asistente, un hombre que llevaba cinco años a su lado sin despertar sospecha alguna? —Bécquer respiró hondo.

—Eso fue lo peor de todo, jamás lo habría imaginado.

—Quiero recordar a nuestros televidentes —apuntó Mirta entonces— que Nacho asesinó a tres personas, en primer lugar, a mi compañera y amiga Ana María Lozano, a quien saboteó el auto, produciéndose un terrible accidente que acabó con su vida y la de su chofer; y, más adelante, tratando de asesinar a Bécquer, se llevó la vida de Raquel… Esto es terrible.

A Bécquer la conversación no le estaba resultando nada sencilla. Si bien había ensayado qué podía y qué no podía contar, los recuerdos de lo vivido se agolpaban en su cabeza.

—Tres vidas inocentes se llevó —respondió el cómico, calculando una tras otra las palabras. La comunicadora tomó entonces de nuevo la palabra.

—Lo más fascinante de todo es que usted fue parte activa de la investigación y logró descubrir quién estaba detrás, y lo hizo para salvar la vida de su hija, a quien ese malnacido había secuestrado.

Bécquer sonrió y dijo, tratando de desviar la atención y cerrar el tema:

—La verdad es que el muchacho no se aburría.

—Veo que nada le hace perder el sentido del humor —dijo Mirta, encajando la broma. Y con las mismas, se giró a cámara y anunció que el programa había preparado un pequeño resumen de lo ocurrido en España y que lo comentaría con el propio Bécquer.

El cómico se removió en su silla, estaba en medio de una encerrona y lo peor era que no tenía mucho margen de maniobra.

Las escasas opciones de las que disponía lo obligaron a hacer un cálculo rápido: levantarse e irse no era una opción, si pegaba una espantada en un programa de tal magnitud, el eco resonaría por toda Hispanoamérica y, conociendo a la prensa del lugar, lo destriparían sin piedad; negarse a contestar tampoco era una elección recomendable, no quería parecer desagradable… Las opciones se reducían a contar poco y tratar de que pasase rápido.

Con él visiblemente incómodo, empezó la emisión de una pieza de tres minutos en la que, con un amarillismo atroz, una locutora narraba los hechos. Mientras transcurría el vídeo, una cámara captaba la reacción de Bécquer, que se mantenía en silencio. Pero cuando llegaron las imágenes del Teatro Real en llamas, la gente saliendo a trompicones, incluso una imagen lejana del cuerpo sin vida de Raquel rodeado de sanitarios, vaya desfachatez, el gesto de Bécquer cambió por completo: aquello no le estaba gustando.

—Espero que esté a gusto, no es nada fácil enfrentarse a esto. —Mirta no sabía la que se le venía encima.

—La verdad es que, como decimos en España, ha sido una mierda como un castillo, y que me tiren una historia tan dura a la cara no es nada agradable.

Le dolía, sobre todo, recordar el secuestro de su hija Lucía. Había ocurrido hacía pocos meses y aún hoy no había sido capaz, pese a los intentos de la chica, de retirarle la seguridad privada que la acompañaba desde entonces. Ver las imágenes de su hija saliendo del cautiverio había sido el detonante definitivo.

—Hoy no me está tratando nada bien —dijo Bécquer. Mirta se recolocó en la silla y comenzó a articular una especie de defensa del espectador y de la información veraz que el artista cortó en seco levantando la mano—. Déjeme hablar —dijo categórico—. Yo he aguantado el vídeo y si quiere que conteste, contesto. —Mirta se quedó callada—. Los medios de comunicación han utilizado esta historia para exprimir el morbo sin límites, hasta el punto de que mi hija, sí, a la que secuestraron y a la que, con suerte, pudimos recuperar, ha sido y sigue siendo perseguida para fotografiarla y

acosarla para que hable. Eso son ustedes, la prensa, que nunca tienen suficiente, ni siquiera cuando se trata de tragedias. Porque… —Bécquer estaba ya lanzado— no les importa en absoluto que Nacho matase a tres personas, les importa únicamente el dolor de la madre de Raquel, eso es lo que quieren que se vea, el sufrimiento. Ya está bien.

Mirta encajó con elegancia las palabras del cómico y trató de exculparse.

—Bécquer, usted sabe que lo aprecio desde hace muchos años y no deseo en ningún caso hacerle pasar un mal momento, pero es que no hay forma de que cuente cómo vivió lo ocurrido: no concede entrevistas, apenas habla con la prensa si no es para promocionar un espectáculo o una película: solo nos quiere cuando le conviene.

Estaba claro que Mirta no se iba a quedar de brazos cruzados, y aquello encendió aún más al artista.

—¿Perdone? Han ganado muchísimo dinero hablando de mí a lo largo de toda mi carrera, me han perseguido, acosado, han seguido a mi exmujer por la calle hasta el punto de no poder salir porque ustedes le enseñaban fotos de otras mujeres para intentar que explotase, llevan meses persiguiendo a mi hija, a mi pareja… No tienen piedad, ¿y para qué? ¿No es mejor hablar del trabajo de uno que de con quién se acuesta?

Ante la evidente incomodidad de Bécquer, Mirta optó por ir a publicidad.

—Manda cojones que me haga esto Mirta, ¡manda cojones! —Ella trató de calmar las aguas.

—No me diga eso, sabe que siempre le hemos tratado con respeto y hoy también. ¿Por qué no cuenta cómo lo vivió y ya? No entiendo su enfado. —Una voz gritó que quedaba un minuto para volver al directo.

Ya en el aire, Mirta trató de encauzar la situación.

—Bécquer, quiero pedirle disculpas. Es cierto que quizá debería haber enfrentado esta entrevista de otra manera. Si le he parecido amarillista, le pido perdón.

La disculpa le pareció lo bastante sincera para no terminar su intervención con un mal sabor de boca, así que, aceptándosela, el cómico decidió hablar.

—Está bien, acepto sus disculpas y aprovecho para dejar claras un par de cosas. En primer lugar, que es la primera y última vez que hablo de esto y será así por un motivo fundamental: por respeto a la memoria de Raquel y a su familia. Es cierto, todos lo vieron y todos saben qué ocurrió. Tuve un asistente durante cinco años, Nacho, mi mano derecha. Resultó ser un hombre con traumas agudos que volcó su dolor en nosotros y se llevó por delante tres vidas inocentes. Ahora está en la cárcel, a la espera de juicio, y probablemente tarde muchos años en salir. Es cierto que, además, secuestró a mi hija, y que pudimos rescatarla sana y salva; y también es cierto que pude colaborar con la policía española, a la que tan agradecido estoy. Este es el resumen: todo fue horrible y ahora estamos en el camino de superarlo, tengo mucho amor en mi vida, estoy feliz, mi hija también y eso es lo único importante. Como siempre he hecho, y usted lo sabe, hablo sobre el escenario, la gente me quiere por mis espectáculos o mis películas, todo lo demás es irrelevante. Así que aprovecho para pedir a la prensa que al menos deje tranquila a mi familia: no vamos a hablar más, es duro y desagradable. Les pido que respeten nuestra decisión.

Mirta despidió a Bécquer con tensión, el cómico se lo había hecho pasar mal y, por supuesto, el resto de la prensa no tardó en hacerse eco de lo sucedido. Venían días difíciles para el artista, y si a eso le sumamos la distancia enorme que lo separaba de España, aquello se complicaba todavía más.

Sentado en el coche que lo llevaba a su hotel, cogió su teléfono y llamó a Elena. En cuanto oyó su voz, dijo:

—Al final vas a tener razón y debería llevar pistola. Menos mal que en un par de semanas estoy ahí contigo otra vez.

5
DEJADME EN PAZ

La inspectora de la Policía Nacional Elena Izaguirre estaba de especial buen humor esa mañana de miércoles. El trabajo de las últimas semanas había dado resultado y, junto a su compañero Diego Ortega, regresaba a casa después de entregar en comisaría a uno de los malos.

El caso había tenido alguna dificultad, a pesar de que Elena había enfilado desde bien pronto al principal sospechoso: a las 7 de la mañana, el 112 había recibido un aviso, una muchacha había aparecido apuñalada en el ascensor de su vivienda, sita en uno de esos barrios de nueva construcción en el norte de Madrid. Por más cámaras que se revisaron, no habían dado con una sola imagen de entradas ni salidas en la ventana de tiempo en la que se acabó con la vida de aquella pobre mujer.

Enseguida, en el afán de cerrar el caso rápido, los vagos de siempre apuntaban a que seguro que se trataba de un atraco, ya que no habían encontrado el teléfono móvil de la víctima entre sus pertenencias. Pocas cosas ponían a Elena de peor humor que el comodín del yonqui con navaja: había sufrido en sus propias carnes el dolor de ver que con esa excusa se daba carpetazo a una muerte injusta y atroz. Elena Izaguirre tenía claras muchas cosas, y una de ellas era no dudar jamás de su instinto. Cuando cogía una presa, no la soltaba. De su época en el ejército, había conservado una

disciplina férrea para el trabajo.

Su estatura era superior al metro setenta, y en cuanto a su evidente belleza, trataba de ocultarla apostando siempre por unos pantalones vaqueros, unas Doc Martens y una cazadora de cuero Perfecto. Con eso, y una coleta amarrando bien su oscura melena, salía cada mañana dispuesta a convertir el mundo en un lugar con menos criminales. Camino de los treinta y siete años, estaba en mejor forma que nunca.

Diego, por su parte, celebraba que le hubiesen asignado a Elena por fin, era algo que antes o después tenía que pasar, en tanto en cuanto era de los pocos a los que la inspectora no mordía cada vez que se dirigían a ella. Elena Izaguirre no tenía un carácter fácil. Diego, por el contrario, era, como decía su propia madre, «un amor»: divertido, insultantemente joven para el puesto que ocupaba —inspector con veintiocho años recién cumplidos—, y con un coco privilegiado. Últimamente le tocaba soportar las burlas de sus compañeros por su completo cambio de *look*. Aquel joven de pelo pincho, en vaqueros y jersey, había mutado en un muchacho atractivo con el pelo engominado hacia atrás y un traje estilo inglés de tres piezas. «El cambio de estilo era algo que llevaba tiempo rondándome la cabeza», solía responder cuando sus compañeros señalaban la extraña casualidad de que se hubiera producido justo cuando Bécquer comenzó a frecuentar la comisaría.

Diego miraba pensativo la carretera. Un largo bostezo de Elena le obligó a preguntar:

—¿Una mala noche?

Elena sonrió confirmando que lo mejor que le podía pasar para levantar el ánimo era tener un poco de acción.

—Tu amigo Bécquer —respondió—. Como todo gira en torno a él, no piensa que los demás vivimos en otra franja horaria. Levanta el teléfono y te llama, no le importa que aquí sean las cinco de la mañana —dijo conteniendo otro bostezo—. Si en su reloj de México

pone las once de la noche, te llama y punto.

A Diego le encantaba que Elena le contase esas cosas, lo de alternar con Bécquer estaba siendo un sueño cumplido para el joven policía.

—¿Y qué le pasa? —preguntó, como buen entrometido que era.

Elena pensó por un instante en si contestar o no, eso de compartir aspectos de su vida privada con un compañero era novedoso. La inspectora Izaguirre era famosa en la comisaría por no soltar prenda; no obstante, Diego tenía la extraña habilidad de hacer que todo aquel que lo rodeaba se sintiese cómodo.

—Pues que le prepararon una emboscada en la televisión mexicana y tuvo que hablar del Teatro Real y toda la movida de Nacho, y, claro, no le hizo gracia alguna.

—Lo sé, lo he leído esta mañana. Menuda faena, no se habla de otra cosa.

—¿Tan rápido? —Aquello desconcertó a Elena—. ¿Eso de verdad le interesa a la gente? —Diego soltó un suspiro lleno de razón.

—Me parece que todavía no eres consciente de que tu pareja es una superestrella.

Aquellas palabras la hicieron reflexionar, quizá su compañero tenía razón y debía entender ciertos comportamientos de Bécquer desde otro punto de vista, aunque tampoco se le escapaba que el artista era quien era, eso quedó claro en el mismo instante en que se conocieron.

La inspectora Izaguirre trataba de controlar los nervios, a fin de cuentas, no todos los días se investiga un caso en el que acaban de atentar contra la estrella más grande del país ni más ni menos que durante una actuación en el Teatro Real. «Nos vamos a encontrar un circo tremendo», pensó cuando se acercaban al edificio y centenares de personas se agolpaban alrededor.

Bécquer esperaba en el salón Carlos III. Cuando Elena tuvo frente a ella al hombre que tantas veces la había hecho trasnochar,

sintió un pinchazo de nervios en el estómago. Si pudiera decirle lo feliz que le hacía ver su show *acompañada de su padre… Era uno de los mejores recuerdos de su infancia.*

La burbuja se pinchó rápido: cuando el artista tuvo a la inspectora delante, le dedicó tal mirada de arriba abajo, como si le estuviera pasando un escáner, que Elena no pudo evitar sentirse incómoda. «Ni que me estuviera examinando», pensó. Cuando el cómico le tendió la mano, Elena hizo lo posible por partirle alguna falange con uno de sus ya famosos apretones, y mientras se la estrechaba con toda la fuerza posible, pensó: «Estaba claro, otro famoso gilipollas. Menuda novedad».

Si entonces alguien le hubiera dicho que iba acabar enamorándose de Bécquer, lo más probable hubiera sido que esa persona aún estuviese buscando por el suelo alguna de sus piezas dentales… Pero ocurrió. Desde la noche en que las barreras entre ellos se vinieron abajo, ambos vivían un momento excepcional.

La inspectora Izaguirre había regresado a su puesto de trabajo hacía menos de un mes, Bécquer, por su parte, continuaba en Sudamérica atendiendo diferentes compromisos profesionales. Si bien Elena lo echaba de menos, también agradecía poder disponer de su espacio, aunque eso, por otra parte, le provocaba cierta ansiedad: ¿qué pasaría cuando Bécquer regresase definitivamente? A fin de cuentas, todo lo que habían vivido juntos no dejaba de ser un carrusel de aventuras: se conocieron en plena investigación y, quitando tres semanas de vacaciones entre Chile y Argentina, no se habían enfrentado todavía al día a día en Madrid, y eso le preocupaba.

«Por lo menos estas semanas he tenido un caso bueno», pensó, ignorando por completo el arsenal de preguntas que su compañero estaba desplegando.

—Diego, tienes que pensarte en serio lo de hacerte un pódcast —le espetó con soma en cuanto recibió la enésima pregunta.

—Vale, vale, ya te dejo tranquila —respondió él con resignación —. Es que me relaja hablar de otras cosas, este caso me tiene tenso —confesó Diego.

Si algo le chocaba a Elena de él era precisamente esa facilidad que tenía para expresar sus sentimientos, excesiva a juicio de Elena. Siempre contaba si estaba triste o contento, que pensaba de esta u otra cosa… Todo el día con los sentimientos a flor de piel. Elena pasaba olímpicamente de expresar los suyos, no iba con ella estar pendiente de las «flojeras» de los demás.

Ya que Diego apenas duró en silencio unos segundos, la inspectora comenzó a repasar de nuevo los pormenores de la detención.

—Al final lo trincamos por el billete de tren —dijo él en voz alta —. Eso ha sido increíble, lo tenía bien pensado: comprar el billete y pasar el control de acceso.

—Sí, y a eso añádele una *story* en un hotel y su correspondiente factura —completó Elena el relato.

—¿Cómo conseguiste tan rápido la información del tren? Porque los jueces tardan un montón en darte permiso —preguntó Diego, deseando que la respuesta fuese la que esperaba oír.

Elena puso los ojos en blanco y arrancó su confesión.

—Bécquer llamó al presidente de la compañía —la carcajada de su compañero resonó en todo el coche—, así que hoy este cabrón duerme en la cárcel…, y en cuanto llegue Bécquer de México, a lo mejor lo acompaña.

—He de reconocerte que la detención y llegar a la comisaría y ver a todos esos periodistas en la puerta ha sido una pasada —comentó Diego, divertido.

—¿La detención o los periodistas? Me parece que te ha gustado mucho más lo segundo.

Aquella respuesta de Elena hizo que a Diego se le subieran los colores, y medio titubeante, respondió:

—A ver, sobre todo, la detención, pero lo de los periodistas un poco también. Tendré que acostumbrarme a que tengo de

compañera a una celebridad, la policía más famosa del país.

A la inspectora Izaguirre no le hacía ni pizca de gracia el acoso mediático: desde que se resolvió lo de Bécquer, siempre tenía una cámara detrás. Podía entender que cuando estaba con él en un restaurante o caminando por la calle, no le quedaba más remedio que aguantarlo, pero en acto de servicio le parecía lo peor.

—A mí déjame en casa, Diego.

Ortega acató la orden, y en poco más de media hora Elena ya estaba en zapatillas, sentada en el sofá comiendo un paquete de Donettes, la cena perfecta de quien no tiene ya nada que perder.

Del cajón de la mesita auxiliar extrajo la carpeta que Bécquer le había entregado en Argentina apenas un par de semanas atrás, justo antes de subirse al escenario en una noche que sería recordada por culpa de un idiota.

El público de Buenos Aires lo recibió con una ovación atronadora. El artista recibía el aplauso sin darse cuenta de que un punto rojo vacilaba sobre su pecho. En las primeras filas lo vieron al instante, también la seguridad contratada que lo acompañaba en los últimos tiempos. Un enorme escolta no dudo en abalanzarse sobre el cómico y estamparlo contra el suelo al pensar que iba a ser víctima de un nuevo intento de asesinato. Cuando quedó claro que había sido obra de un adolescente gamberro, al que le pareció divertida la idea de apuntar al artista con un puntero láser, Bécquer decidió tomárselo como una historia más de esas que, bien condimentadas, servirían para deleite de sus fanáticos seguidores.

«Elena, creo que sé quién mató a tu padre». Esta frase lo había cambiado todo. En un exceso, el cómico se había dejado llevar por la emoción. Realmente, allí no estaba escrito el nombre del asesino de Antonio Izaguirre, pero dentro de esa carpeta había información que no figuraba en el informe oficial y, sobre todo, una pieza esencial:

una nota manuscrita encontrada en el bolsillo de Antonio y que, misteriosamente, nunca llegó a conocerse. Por primera vez en mucho tiempo, Elena sentía que aquella íntima convicción de que lo de su padre no había sido fruto de la mala suerte comenzaba a coger forma.

El trabajo del doctor Manuel López era de esos para los que había que tener un estómago poderoso. Se había licenciado en medicina forense y prestaba sus servicios en varias comisarías de la Policía Nacional. Para muchos era simplemente el mejor porque trabaja rápido y hacía pocas preguntas.

Aquella mañana, cuando el doctor entró la sala donde descansaba sin vida el cuerpo de Antonio Izaguirre, no pudo evitar soltar un suspiro en forma de lamento. Su labor se extendía durante más de tres décadas y podía presumir tanto de «haber visto de todo» como de conocer bien a todos y cada uno de los policías del Cuerpo.

Apenas había comenzado su trabajo cuando, sin decir ni buenas noches, el inspector Luis Puente entró en la sala como un huracán. Al doctor López, la simple presencia de Puente le resultaba desagradable. En los últimos años había tenido que lidiar con sus malas maneras en varias ocasiones. Cuando a la tercera queja le dijeron que cerrase la boca y se limitase a trabajar, dejó de protestar por tener que aguantar a aquel personaje.

—¿Dónde están sus efectos personales? —preguntó sin mirar siquiera al doctor.

—En ese sobre —respondió él, señalando una mesa al fondo de la sala.

Puente lo agarró y se apresuró a volcar el contenido sobre una bandeja metálica: unas llaves y un pequeño lapicero.

—¿No había nada más? —preguntó de forma hostil mientras revisaba el contenido de la cartera del que, brevemente, fuese su compañero.

—Eso es todo —respondió el forense.

Puente, sin despedirse, cerró la puerta con violencia. Después de revisar la taquilla de Izaguirre y ahora sus efectos personales, podía respirar tranquilo. «Pues ya estaría todo», pensó.

El que no lo tenía tan claro era el doctor. «Algo no me cuadra», pensó. Los rumores acerca de los comportamientos y actividades de Puente comenzaban a crecer entre sus propios compañeros y aquel súbito interés en registrar las pertenencias de Izaguirre había sido suficiente para levantar sus sospechas.

Sin más dilación, comenzó, con la ayuda de su auxiliar, a quitar la ropa del difunto. Al extraer su zapato derecho, un pedazo de papel cayó al suelo. Lejos de sorprenderse, las prisas de Puente le encajaron al instante. Miró a su compañera, y al comprobar que no se había dado cuenta, pisó el papel atrayéndolo hacia él y, discretamente, se agachó y se lo guardó en un bolsillo. «¿Y si es esto lo que buscaba Puente?».

Elena escudriñaba cada detalle de aquellos documentos. Extendido sobre la mesa tenía el informe de aquella terrible noche, donde las conclusiones apuntaban a un atraco, un par de declaraciones de transeúntes aseguraban que no habían visto a nadie y una simple nota confirmaba que la causa de la muerte había sido una puñalada; en resumen: nada de nada.

Aquello la atormentaba desde que ocurrió. Nunca llegaron a saber por qué su padre estaba en aquel callejón a aquella hora, y, sobre todo, por qué le mintió a su madre, diciéndole que tenía que hacer horas extras. Mentir a su mujer no entraba, ni mucho menos, en el comportamiento habitual de Izaguirre. Todo había sido muy extraño.

Y ahora, por fin, Elena disponía de información nueva. Habían pasado más de veinte años y aparecía algo que podía cambiarlo todo. El problema estaba en que Elena sabía que algo tenía, pero no la ayudaba a entender por qué había ocurrido tan fatal desenlace.

Entre la nueva información que Bécquer había conseguido destacaban dos elementos: en primer lugar, un pequeño trozo de papel en el que Elena reconoció enseguida la letra de su padre. Era una combinación casi ininteligible de números y letras: W7709S. Desde que Bécquer le dio la carpeta, Elena había probado a sustituir los números por letras, comprobó si se trataba de coordenadas, si podían coincidir con una dirección… Todo había sido en vano. No obstante, se preguntaba: «Si este papel no significa nada, ¿por qué alguien lo ha mantenido oculto tanto tiempo?». En segundo lugar, otra autopsia firmada por un tal doctor López que jamás llegó a ver la luz.

—Esto lo cambia todo, Bécquer —le confesó Elena. Estaban en la habitación del hotel ojeando el informe que el cómico acababa de recibir en el teatro.

—No tengas la más mínima duda. A la muerte de tu padre le dieron carpetazo rápido y ahora resulta que conseguimos otra autopsia que nunca se adjuntó a la documentación original. Porque si la puñalada fue desde la espalda, la cosa cambia, ¿no? —reflexionó en voz alta el artista.

El informe del doctor Castillo, el oficial, apuntaba a que la puñalada había sido frontal. Elena no podía evitar sentirse culpable.

—Mi madre tragó con lo que le dijeron y yo no hice nada. —Sus palabras hicieron mella en Bécquer.

—Solo eras una niña, tu mundo se vino abajo en un instante, ¿por qué ibais a sospechar de sus propios compañeros?

Bécquer abrazó a Elena reconfortándola y, por un momento, volvió a ser simplemente la niña que había perdido a su papá. Ella luchaba contra las emociones, quería mantener la cabeza fría y eso estaba siendo un ejercicio complicadísimo de conseguir.

—Mi padre era un policía preparado, me cuesta encajar que alguien lo atacase por la espalda y no se defendiese, solo puede tener una explicación, que no estaba atento, y si no lo estaba…, es

que algo lo distraía, o, mejor dicho, ¡alguien! —Elena se puso de pie casi de un salto—. ¿Y si esa noche, además de mi padre, había dos personas en lugar de una? —De repente, creyó tenerlo claro—. Mi padre quedó con alguien sin revelárselo a mi madre, con dos personas si no estuvo pendiente de su espalda…

Bécquer se incorporó con emoción al relato.

—¡Era porque lo conocía! —Elena asintió de manera inmediata.

—Mi padre quedó con alguien de su entorno esa noche y le tendieron una trampa.

La inspectora se quedó entonces en silencio, Bécquer sabía que Elena iba a llegar a la misma conclusión que él.

—Y si además se encargaron dos autopsias y la primera se ocultó… Bécquer, a mi padre lo mataron y encubrieron su asesinato.

—Eso creo yo. —Bécquer miró a Elena, emocionado.

—Pues toca averiguar por qué se ocultó la autopsia y quién la llevó a cabo.

Elena llevaba varias semanas escudriñando cada detalle de los documentos, frustrada por no conseguir avanzar. Por una parte, lo que tenía que ver con la autopsia oficial era apenas un resumen firmado por el doctor Castillo. Se había dado por válida, y cuando Elena preguntó, años atrás, por el informe completo, se encontró con un escueto «se habrá traspapelado, es normal en esos tiempos»; y, por otra, el doctor Manuel López había fallecido y al doctor Castillo parecía habérselo tragado la tierra doce años atrás. «Qué oportuno», pensó Elena. En lo que parecía un callejón sin salida, de repente la inspectora vio una oportunidad: «Si el informe es falso…, quizá no fue la primera vez que el doctor sin nombre hacía algo así, y si no fue la primera vez…». Lo tenía claro, ese era el hilo del que tenía que tirar. Absorta en sus pensamientos, la vibración de su teléfono la devolvió a la realidad. Cuando descolgó la llamada, una voz conocida por un país entero dijo.

—Adivina quién está en la puerta de tu casa.

La inspectora, luchando contra la quinceañera enamorada que llevaba dentro, se apresuró a abrir y allí estaba él, tan perfectamente arreglado que resultaba imposible adivinar que venía de más de catorce horas de vuelo.

—¿Alguien ha pedido un cómico increíblemente atractivo para ce…?

Bécquer no pudo ni terminar la frase: un fortísimo tirón de su corbata lo arrastró irremediablemente a los brazos de Elena.

—Vaya, vaya, alguien me ha echado de menos —dijo, divertido.

—Imaginaciones tuyas —respondió Elena cerrando la puerta—, no eres tan importante.

6
NADA PARA DESAYUNAR

Bécquer llevaba mucho rato despierto, la combinación que se había dado entre el *jet lag* y un colchón de muelles infame le habían amargado el descanso al que aspiraba. Permaneció en silencio observando cómo Elena dormía plácidamente. «Es bonita hasta durmiendo», pensó mientras apartaba dulcemente un mechón de cabello que le cruzaba el rostro. Volvió a colocarse bocarriba en la cama, peleando con el dolor lumbar y decidido a entretenerse buscándole parecidos a las manchas de humedad que poblaban el techo del dormitorio… Cuando ya no tenía más parecidos que sacarles, decidió ponerse en pie.

Elena continuaba en el séptimo cielo mientras Bécquer se afanaba en preparar el desayuno, ya eran las siete y media de la mañana y fantaseaba con la idea de sorprenderla con una bandeja llena de delicias. Pero no contaba con no disponer de absolutamente nada. Plantado frente a la nevera, no daba crédito a lo que estaba viendo: medio paquete de salchichas, una botella de leche que, por supuesto, no se atrevió a abrir, y un pedazo de limón que, a tenor del moho que presentaba, debía formar parte de la vida de Elena desde hacía al menos veinte años. «Vamos a probar con la despensa», pensó. Cuando la abrió, no se sorprendió al encontrar más de lo mismo: medio paquete de galletas maría y lo que en su día debió de ser pan de molde. «No entiendo cómo demonios se

puede vivir así». Respirando hondo, colocó una cápsula en la cafetera. «Es que ni siquiera es de las buenas… Mira, de verdad, lo de esta chica no tiene nombre». Finalmente, regresó al dormitorio con dos cafés negros y el medio paquete de galletas.

—Creo que alguien ha encargado al servicio de habitaciones el desayuno continental —exclamó, anunciándose desde la puerta. Elena se desperezó despacio y se sentó en la cama.

—Vaya, pedazo de desayuno —respondió la inspectora.

—A ver, hago lo que puedo con lo que tengo. Cuando he abierto tu despensa, me he puesto a cantar *We are the World*. —Elena rio la ocurrencia de Bécquer.

—Pues haber bajado al paqui, ese tiene de todo.

—Sí, claro —respondió Bécquer, airado—, y de paso subo con un navajazo en el muslo, buena idea.

A Elena aquel comentario ya no le gustó tanto, así que, levantándose de la cama con la taza de café en la mano, respondió:

—A ti lo que te pasa es que eres un pijazo. No te viene mal darte un paseo por el mundo real de vez en cuando.

Poco le importó lo que Elena le estaba diciendo: en cuanto la vio de pie vistiendo solamente una camiseta que tapaba lo justito, dejó inmediatamente de pensar en el desayuno. Casi balbuceando, trató de defenderse.

—Teniendo en cuenta lo poco que gastas, debes de tener más dinero que yo.

—¿Tú crees? —dijo ella con retintín.

—La verdad es que no: tengo mucha pasta.

A Elena le divertía mucho ver a Bécquer sufrir cuando no estaba rodeado de lujo.

—¿Siempre fuiste así de sibarita? —le preguntó mientras mojaba en el café la primera de una serie importante de galletas.

—Hombre, uno es de origen humilde, pero no es tonto; vamos, que cuando pruebas la miel, ya no te sabe el azúcar —contestó, haciendo especial hincapié en la palabra *origen*.

Aquella respuesta le permitió a Elena preguntarle algo que

llevaba tiempo rondándole.

—¿Cuánto hace que no visitas tu casa?

Responder a tal pregunta era algo que no le gustaba nada, le dolía reconocer que desde que había fallecido su abuelo, no se había atrevido a regresar.

Todo el pueblo y los alrededores habían acudido a despedir al señor Manuel. Bécquer siempre decía que su abuelo era el realmente famoso de la aldea, que lo de salir en la tele, en realidad, no era para tanto comparado con lo de aquel hombre pequeño y tan querido por todos. Desde que el cómico debutara sobre un escenario siendo apenas un chaval, su abuelo había sido una constante, el hombre que lo acompañaba y guiaba en sus primeros pasos, así como su primer representante. Mientras el párroco terminaba las preciosas palabras con las que despedía al señor Manuel del mundo de los vivos y le daba la bienvenida al reino de los cielos, Bécquer respiró hondo, ya que, a continuación, sería él quien le dedicase unas palabras.

Delante de tanta gente que quería al hombre más importante de su vida, Bécquer repasaba anécdotas de esas que te sacan una sonrisa y te golpean el corazón.

Cuando su abuelo descansó por fin, a Bécquer el mundo comenzó a desmoronársele.

Sentados en la cama, compartiendo un café horrible, Bécquer optó por responder:

—No tengo nada que me ate: cuando murió mi abuelo, di orden de que cerrasen la casa y ahí se quedó, demasiados recuerdos, supongo.

Elena adoraba cuando Bécquer bajaba la guardia y se mostraba de verdad. Lo habitual en él era regatear aquello que no le gustaba con algún tipo de broma, pero con ella era diferente, sabía que

podía preguntarle cualquier cosa que siempre acabaría respondiendo. En sus ojos, Elena pareció vislumbrar cierta amargura, así prefirió no insistir; no obstante, un sentimiento claro se despertó en su interior: «Algún día me gustaría acompañarlo».

Elena apuró el fondo de la taza y casi de un salto se puso de pie.

—Pues ya podemos arrancar la jornada.

—Querrás decir que ya podemos ir a desayunar en condiciones. —Bécquer no salía de su asombro—. Vale que no tengas comida y que tu piso sea… «peculiar».

—¿Peculiar mi piso? —preguntó visiblemente ofendida.

—El Ritz no es —insistió Bécquer—, al baño tienes que entrar de perfil.

Elena entonces se colocó justo en la entrada del susodicho cuarto de baño.

—Es verdad —dijo—, es tan pequeño… No creo que quepamos los dos en la ducha.

Tal y como acabó la frase se quitó la camiseta, arrojándosela a Bécquer, quien comenzó a sudar de manera inmediata.

—A ver… Yo creo que si nos apretamos un poquito —respondió, y echó a correr hacia el baño dispuesto a demostrar su teoría.

A Bécquer le seguía fascinando la capacidad de Elena para que le diese igual todo. Después de la ducha, sentados en el salón, ojeaban de nuevo el contenido de la carpeta marrón. Al él le costaba concentrarse por el odio visceral que le profesaba a ese sofá.

—Localizado el forense que firmó la primera autopsia de mi padre; sabemos que lleva muerto años —le explicó Elena.

—Veo difícil que nos cuente algo —respondió Bécquer con un chiste facilísimo.

—El problema está en encontrar la oficial —continuó Elena—. Por más vueltas que le des al documento, no tenemos ni el nombre ni el apellido.

Bécquer entonces tuvo una idea.

—Pero sí sabemos en qué comisaría se llevó el caso…

Para Elena, la frase de Bécquer no era más que la constatación de su propio fracaso. Años atrás se había obsesionado completamente con la comisaría de Tudescos, siempre tuvo el convencimiento de que habían ocultado algo, por eso puso todo su empeño en acabar en esa comisaría, incluso alquiló un piso cercano para poder ganar puntos de cara a trabajar allí. No obstante, aquel plan no había dado fruto alguno. Lo primero que hizo al llegar fue pedir el archivo de su padre y, como siempre, nada de nada. Pero ahora era diferente, tenía claro que su principal error había sido buscar respuestas con preguntas equivocadas. «Qué tonta fui al confiar en ellos». Este pensamiento era el que más la atormentaba.

—Tenemos que ir a la comisaría —exclamó Bécquer—, si lo que queremos es averiguar quién firmó la otra autopsia, hay que visitar los archivos.

Elena comenzaba a dar forma a su teoría, así que añadió:

—Es la única manera de comprobar quiénes las hacían en aquella época. —A Bécquer le pareció una buena idea.

—Cojonudo —respondió—, nos sentamos delante de un ordenador y a cotejar datos. —Elena no pudo evitar soltar una carcajada.

—De ordenador nada, todo lo anterior a 2010 está en papel, y eso no es lo peor: para entrar al archivo hay que registrarse y eso levantará sospechas.

Parecía que, de nuevo, se daban contra un muro, hasta que Bécquer miró a Elena con esa cara suya tan característica, una expresión que, generalmente, no traía ninguna buena idea consigo.

—¿Sabes una cosa, Elena? Siempre he querido colarme en el archivo de una comisaría.

La mañana en la comisaría de Tudescos transcurría tranquila, se notaba que la noche madrileña había sido más o menos plácida. El sol lucía en lo alto del cielo y la temperatura amenazaba con regalar

una de esas mañanas primaverales que tanto gustan a los turistas que pasean por la Gran Vía.

Bécquer había disfrutado del camino desde la casa de Elena a la estación policial. Lo que más gracia le hacía era ver cómo las miradas se clavaban en su pareja cada vez que a él lo reconocían.

—No sé cómo aguantas esto —protestó Elena por enésima vez.

—La gente es muy agradable —respondió el artista—. Recuerda, mi amor: nos debemos a nuestro público.

La inspectora Izaguirre aceleró el paso alejándose un par de metros mientras refunfuñaba algo ininteligible; una vez más, Bécquer disfrutaba haciéndola rabiar.

Cruzaron la puerta principal de la comisaría y algo se removió dentro del cómico, que se detuvo justo en la entrada. Elena, al ver que no avanzaba, volvió a sentir esa ternura que solo él le despertaba. Despacio, se puso a su lado y le cogió la mano.

—Le pasa a todo el mundo —susurró en su oído—, aquí no se suele venir a pasar un rato agradable, y es normal que al regresar te pongas nervioso.

Elena esperaba algún tipo de respuesta sarcástica por parte del cómico, pero no llegó. Bécquer, simplemente, respiró hondo, apretó la mano de Elena y, como quien sube al escenario, se escondió tras esa sonrisa perfecta que durante tantos años le había funcionado para casi todo.

El murmullo se desató en cuanto la pareja del momento puso dentro el primer pie. Como no podía ser de otra forma, Diego apareció casi de manera mágica delante de ellos.

—Elena, buenos días —la saludó, diligente, tratando de dejar claro que la presencia del cómico no lo alteraba para nada—. Señor Bécquer, qué alegría verlo aquí —añadió.

El artista decidió dejarse de formalismos, tenía enfrente no solo al compañero de Elena, sino también al muchacho cuya labor había sido fundamental para rescatar a Lucía del secuestro.

—Ven a mis brazos —le dijo lleno de energía. Diego aceptó encantado, para enfado de Elena.

—¿Os busco un hotel? —les preguntó, cortando el abrazo de manera instantánea.

—¿A qué debemos el honor? —le preguntó Diego a su compañera.

—Nada, aquí el artista, que se ha empeñado en acompañarme a trabajar. Debe de tener miedo de que me pierda —refunfuñó la inspectora como parte primera del plan: había que dejar claro que la visita de Bécquer era casual.

—Madrid se ha puesto imposible —añadió el cómico—. Son las nueve de la mañana, a esta hora y en esta ciudad los peligros acechan en cualquier rincón… Conmigo se siente más segura. —Bécquer dijo aquello con tal convicción, realmente lo creía, que Diego dudó de si se trataba de una broma o era verdad.

Sea como sea, aquel breve diálogo se vio interrumpido por un mensajero a la espalda del trío.

—Envío para la inspectora Izaguirre —anunció un chaval recién bajado de una moto.

—Yo lo recojo —contestó Bécquer de inmediato.

Elena se giró para ver qué demonios estaba pasando y lo cierto es que apenas se sorprendió al ver que el envío, en realidad, era para el propio Bécquer, y consistía en una bolsa con cruasanes, ensalada de frutas y varios cafés.

—Es que Elena en su casa no tiene nada para desayunar —se explicó mirando a Diego.

Sentados alrededor de la mesa de Diego, se pusieron al día entre cafés y bollos. Habían vivido muchas cosas juntos en los últimos meses, así que siempre tenían tema de conversación. Elena y Bécquer habían pactado tratar de engañar a Diego, algo que ni a la una ni al otro les hacía mucha gracia, pero necesitaban que alguien firmase el acceso al archivo que no fuese la inspectora.

Cuando Diego anunció, al terminar su café, que tenía que salir de la comisaría, la primera parte del plan se fue al traste apenas

comenzado.

—Pues tenemos un problema —dijo Bécquer mientras Diego se despedía desde el ascensor—, tú me dirás qué hacemos. —Elena se quedó pensativa.

—Hagamos una cosa: vamos al archivo y vemos quién está hoy en la entrada, y decidimos.

Lo cierto es que Elena estaba casi tan perdida como Bécquer, pero ambos tenían claro que no iban a abandonar la comisaría con las manos vacías.

En la entrada del registro estaba esa mañana Amaia, una señora de unos sesenta años que llevaba en la comisaría casi desde que la abrieron y siempre en tareas administrativas.

—¿Has visto? —le preguntó Elena.

—¿Que si he visto qué? —respondió Bécquer.

—La de la entrada es Amaia, una señora mayor, tu público objetivo: ya sabes qué hacer.

No le había dado tiempo a replicar a semejante ofensa cuando Elena ya estaba saludando.

—Y aquí están los archivos, que eres muy pesado —dijo con un volumen intencionadamente elevado para captar la atención de su compañera.

Cuando levantó la vista del escritorio, se quedó pálida al ver a la estrella. Elena miró a Bécquer y él entendió a la perfección lo que sugería.

—Vaya, vaya, así que aquí es donde sucede todo lo bueno. —Amaia notó cómo le empezaban a sudar las manos—. A usted no he tenido la suerte de conocerla —dijo el cómico, desplegando parte de sus superpoderes—, como nunca me dejan bajar y a usted no la dejan subir, pues en esta situación estamos. —Amaia se puso entonces de pie y Bécquer se acercó para besarla—. ¿Le puedo dar dos besos? —preguntó, solícito.

Ella no tenía aire suficiente para articular una respuesta. Elena observaba la escena concentrada en el paso siguiente: Bécquer tenía que distraer a Amaia de tal forma que ella pudiese entrar en los

archivos sin firmar en el registro de entrada.

Cuando la administrativa le dijo a Bécquer su nombre y que, por favor, la tuteara, él se puso manos a la obra.

—Pues aquí me tienes, de ronda de agradecimiento. Verás, Amaia, lo que habéis hecho por mí es tan bonito que quiero daros las gracias uno a uno.

Bécquer se alejó entonces un par de metros, indicando con un gesto a la mujer que lo acompañase. Ella no lo dudó, Bécquer lograba ese efecto la mayoría de las veces. Cuando la tuvo a su lado, le pasó el brazo por los hombros y le indicó a Elena que entrase al archivo. La inspectora Izaguirre no había pensado que fuese a resultar tan sencillo.

—La verdad es que lo he pasado fatal con todo lo ocurrido —confesó Bécquer un tanto sobreactuado.

Amaia lo miraba completamente obnubilada, él, por su parte, no dejaba de rodearla con el brazo y alargaba la conversación con un montón de confesiones absurdas: no podía permitir que aquella mujer se diese cuenta de que Elena acababa de desaparecer.

La inspectora Izaguirre ya estaba frente a los archivadores que contenían toda la documentación de la primera década de los 2000 en la comisaría de Tudescos. No era la primera vez que estaba allí plantada en busca de respuestas, pero ahora era diferente. La primera vez, simplemente, cogió el archivo de su padre; desde entonces lo había visitado tantas veces que ya se lo sabía de memoria. Ese día, por el contrario, sabía que el hilo del que debía tirar era otro. Con toda la celeridad de la que era capaz, comenzó a abrir carpetas que contuviesen homicidios: el objetivo era encontrar nombres de doctores distintos al que ya tenían. Cogió un montón enorme de carpetas y las posó sobre una mesa que había a su izquierda mientras a lo lejos oía las carcajadas de una Amaia completamente rendida a los encantos de Bécquer. «No tiene remedio», pensó, divertida, en lo que volvía a centrarse en la tarea. Con su móvil, Elena fotografió las firmas de los informes: en la mayoría figuraba el doctor López.

Cuando Bécquer se arrancó con la historia del perro que le robó unos calzoncillos, Elena comprendió que tendría como mucho cinco minutos más. En ese momento, empezaron a salir otros nombres: el doctor De la Morena, que había firmado un par de autopsias; la doctora Pérez López y, a continuación, otro nombre y después otro… Elena comenzaba a desesperarse. «Debieron externalizar el servicio porque todos son de la misma clínica». Aquello comenzaba a parecer de nuevo un callejón sin salida, ahora tenía nombres de diferentes forenses y a ninguno podía relacionarlo directamente con su padre.

La cabeza de Elena iba a mil kilómetros por hora. «Tiene que haber algo», pensó. Y decidió cambiar el foco. «Un momento», se dijo. Comenzó a repasar casi en diagonal los casos de homicidios cerrados de un plumazo, peleas, ajustes de cuentas y accidentes. Parecía que cuando se trataba de algo rápido, figuraba el doctor Castillo. «Por eso le encargaron el de mi padre, porque querían taparlo cuanto antes».

Elena se centró entonces en las autopsias firmadas por este forense, y estaba cerca de dar con la respuesta cuando la voz de Bécquer la apremió de nuevo. Comenzó a recoger las carpetas sin poder negarse un sentimiento de frustración. De pronto, un expediente en concreto la hizo detenerse: la muerte en un terrible accidente de coche de un policía de la comisaría. Según la autopsia, el fallecido presentaba un elevado índice de alcohol en sangre, así como distintos estupefacientes. Elena observó con detenimiento las fotografías del coche destrozado, el nombre del finado le resultaba familiar, pero no era consciente de por qué. «Luis Puente, ¿de qué me suena a mí ese nombre?». Buscó, rápidamente, su nombre en los expedientes que aún no había recogido y comprobó que en todos esos casos las autopsias las firmaba el mismo forense: el doctor Pedro Castillo.

Apremiada por el tiempo decidió fotografiar el informe entero, especialmente la última página, ya que, aun habiendo sido firmada por el comisario Acebedo, de repente aparecía un nombre que Elena conocía bien: quien se había encargado del caso y lo había cerrado

era el actual comisario, en aquel entonces inspector, José Baltierra.

«No puede ser casualidad que en las autopsias de Castillo aparezca siempre Puente… Le preguntaré a Baltierra».

Elena todavía no era consciente de la tormenta que estaba a punto de desatar.

7
COSAS DE COMISARIO

Al comisario Baltierra le gustaba caminar por las mañanas, a pesar del frío lo seguía haciendo, se obligaba a sí mismo a no coger el coche para acudir a su puesto de trabajo. La realidad es que ese afán por cuidar su forma física y moverse obedecía a una promesa que le había hecho a su difunta esposa.

Baltierra no había tenido suerte en cuestiones de salud, su padre falleció después de penar con un diagnóstico de alzhéimer temprano y su mujer había sido arrollada por un cáncer terrorífico contra el que apenas se pudo luchar; desde que ella falleciese un manto de pena lo acompañaba a todas partes.

La primera vez que Baltierra entró en casa sabiendo ya que nunca más volvería a ver a su mujer le costó mantenerse en pie. El servicio había sido precioso, todos y cada uno de los agentes bajo su mando habían acudido en señal de respeto, incluso había recibido una amable tarjeta de parte del Ministerio del Interior; si bien los últimos meses habían transcurrido haciéndose a la idea de lo inevitable, el dolor aparecía ahora.

Dejó su americana en una silla del comedor y una pequeña sonrisa llena de dolor se le escapó sin poder controlarla. «Para qué tenemos perchero», se dijo a sí mismo, emulando el rapapolvo que seguro que Julia le habría echado al momento. Aflojándose el nudo de la corbata, se sentó en el sofá y abrió una pequeña lata de

galletas en las que su esposa guardaba fotos antiguas.

Una a una las fue pasando mientras la melancolía llamaba a su puerta. Se veía a sí mismo joven, enamorado y con pelo; ahora solamente le quedaba el enamoramiento. Desde el día que la conoció hasta esa misma mañana, la había amado sin remedio, tanto que por querer protegerla nunca tuvo el valor suficiente de contarle en qué llevaba décadas metido.

José Baltierra acaba de ser ascendido, el comisario Acebedo sabía que sería su sucesor, así que, una vez lo puso a su lado, comenzó a prepararlo para la labor. Sin duda, no era fácil; por un lado, había que seguir manteniendo el orden en comisaría, y por otro, seguir «trincando». Baltierra había caído en la red de Acebedo por pura necesidad y, años después, el camino iniciado no tenía ni retorno ni salida.

Cuando conoció a Julia, supo al momento que estaba ante la mujer de su vida. La relación fue viento en popa y pronto se casaron. Unos días antes del enlace, Baltierra estuvo tentado de contarle, si no toda la verdad, al menos una parte, y ni a eso se atrevió.

«Cómo puedo casarme con ella viviendo esta mentira —se decía frente al espejo—, lo arruinaría todo». Cuando estaba tentado de soltar todo aquello, el miedo lo paralizaba, el miedo a perderla y, sobre todo, el miedo a que le pasase algo. No estaba rodeado de gente muy recomendable, y con el paso de los años había visto qué le ocurría al que se iba de la lengua o hacía demasiadas preguntas. Las dudas se disipaban cuando recordaba las palabras de Acebedo: «Mucho cuidado con lo que cuentas en la cama, ahí la lengua úsala para otras cosas. A tu novia ni media o tendremos que hablar con ella, ¿entendido?». Baltierra tenía claro que la mejor manera de protegerla era dejarla en la oscuridad más absoluta.

Lo cierto es que Julia nunca se había planteado nada; además, no habían podido tener hijos, algo a lo que se resignaron pronto

después de muchos intentos, y eso había facilitado mucho las cosas: había aprendido a vivir con la mentira de lo que hacía, y que no tuvieran familia significaba no tener que mentir a nadie más.

Baltierra nunca tuvo afán de crecer en la organización, prefería ser un «tonto útil», aunque de tonto no tuviese un pelo. Aceptaba las órdenes que llegaban, trataba de que no se derramase sangre, y desde su despacho iba enterrando todas las mordidas y robos que sus hombres de confianza perpetraban. La aplicación de sistemas informáticos, y la enorme dificultad que causaban para poder seguir campando a sus anchas, provocó un descenso en la actividad delictiva que Baltierra se tomó como un gran alivio; a fin de cuentas, él no tenía iniciativa, se limitaba a tapar lo que otros hacían, y en eso era el mejor.

Cerró con llave la caja en la que, cada día al llegar a casa, guardaba su arma reglamentaria. No le gustaba dejarla en cualquier sitio por miedo a provocar un accidente. Se sintió un poco idiota al darse cuenta de que ahora, simplemente, se tenía que proteger a sí mismo. Cualquier pequeño gesto cotidiano le recordaba su recién estrenada soledad.

Su móvil comenzó a vibrar y lo pilló absorto en sus pensamientos. Lo sacó del bolsillo, sobre la pantalla, un críptico mensaje que rezaba «EC-11POEVLH». Con el tiempo, habían desarrollado una forma de comunicarse para la que había tenido que estudiar durante varios meses. Los códigos siempre relataban el tipo de acción, la hora, el lugar y cuál sería su cometido; en este caso: «Entrega Corriente 11 Parque Oeste Equipo Vallecas Lo Habitual».

Con este simple código, Baltierra sabía que iba a tener lío la siguiente mañana. El equipo Vallecas lo conformaban cuatro agentes; al tratarse de entrega corriente, sabía que iba a haber un intercambio de mercancía y que, una vez recibida, tendría que hacer «lo habitual», es decir, trampear con su gente los registros de entrada y de salida para que al juez le cuadrasen las cantidades. Lo

habían hecho tantas veces que no era nada fuera de lo común, a partir de ahí ya habían agentes encargados del reparto.

Ahora ya todo daba igual. Era rico, mucho más que si hubiera sido honrado, pero nunca pudo aparentarlo: el flujo de dinero era constante, pero la discreción había de imperar; por más caprichos y regalos que le hiciese a su esposa, nunca pudo gastar todo lo que la corrupción le proporcionaba. En uno de los viajes de su mujer para visitar a su madre, hizo una reforma exprés en el baño que le permitió ocultar fajos de billetes en lo que a simple vista era el armazón de una bañera: allí guardaba dos millones de euros que sabía que no iba a poder gastar.

Muchas fueron las veces en las que maldijo aquel dinero inútil, no le sirvió ni siquiera para lo más importante: el cáncer de su mujer era tan agresivo que ni en la tan afamada clínica de Boston le dieron esperanza alguna. Viajaron una semana con total discreción y poco más hicieron que conocer la ciudad. En cuarenta y ocho horas de pruebas, un médico americano que parecía salido de un telefilm de esos de después de comer, lamentó comunicarles que un caso como el suyo apenas tenía una esperanza de supervivencia mayor a dieciocho meses, y el tratamiento no dejaría de ser el mismo que le estaban aplicando en España.

Decepcionado, y tratando de hacerse a la idea de lo que le venía por delante, acompañó a su mujer día tras día, la cuidó hasta el final con una dulzura y una entrega digna de elogio, si bien es cierto que tuvo ayuda: la de una mujer que, compartiendo tratamiento, se convertiría en un apoyo fundamental de su esposa. Cuando Baltierra la tuvo delante, entendió que no se puede escapar del pasado: siempre vuelve para recordarnos lo que fuimos y, lo que es peor, lo que pudimos ser.

Julia, a pesar del evidente cansancio provocado por la medicación, estaba de muy buen humor.

—Carmen es una mujer excepcional, tres hijos tiene y

lamentablemente ha tenido que tirar de ellos sola. —Baltierra escuchaba a su esposa con atención mientras la ayudaba a ponerse el pijama—. Hoy me ha contado algo terrible, igual te acuerdas. —Él ahuecó una almohada y arropó a su esposa sin imaginarse lo que a continuación le iba a desvelar—. ¿Tú te acuerdas de aquel policía que mataron en Callao?

El comisario tragó saliva: se acordaba perfectamente, pero no quería que se le notase en exceso.

—Algo me suena sí, una pena —respondió tranquilo.

—Pues era el marido de Carmen, fíjate que cosas, el miedo que he tenido siempre contigo: una noche cualquiera y se acaba todo. Y tres niños dejó.

Baltierra, sentado al borde de la cama, decidió despachar rápido el relato.

—Pues sí, una pena, pero ya sabes que ahora paso mucho más tiempo en el despacho, como no sea porque me caiga de la silla, no tengo riesgo alguno.

Con esa broma, trató de zanjar el tema, se levantó y se dirigió a la puerta con la excusa de traerle un vaso de agua. Justo antes de cruzarla, su mujer volvió al ataque.

—No acaba ahí la cosa: tiene una niña que se ha ido al ejército, Elena se llama y, no te lo pierdas, está en Afganistán. La pobrecita no ha superado lo de su padre y está convencida de que algo raro pasó. ¿Tú me harías un favor?

A Baltierra entonces se le heló la sangre.

—¿Yo? ¿Yo por qué? —preguntó, temiendo la respuesta.

—Pues porque me ha contado Carmen que el caso lo llevaron en Tudescos, tu comisaría, igual podrías mirar si todo se hizo como debía hacerse, le dije que eras el comisario y que lo que hiciese falta.

La ternura y la humanidad de Julia, como siempre, eran excesivas. Baltierra la observaba y no era capaz de evitar enternecerse.

—Tú siempre pensando en los demás. No te preocupes, que lo

miro esta tarde y te cuento lo que vea; ahora descansa.

El comisario besó a su esposa en la frente y salió del dormitorio, entró en la cocina dispuesto a coger el vaso de agua y por un instante se detuvo frente a la nevera. «Manda cojones», pensó, casi escapándosele una sonrisa. La vida podía ser retorcida a veces: de todas las salas donde recibir la quimioterapia su mujer fue a coincidir con la viuda de Izaguirre. Por mucho que tratase de disimular y de quitarle importancia, sabía perfectamente de qué caso se trataba. Cómo olvidarlo.

Había sido su primer gran marrón, cerrar en falso aquel suceso había implicado a más gente de la que le hubiese gustado: se trataba del asesinato de un policía. El único golpe de suerte de aquella fatídica noche fue que la víctima era alguien de perfil bajo, tan bajo que no hubo excesiva preocupación o dudas cuando se determinó que había sido un simple atraco.

Entró en la habitación para dejar sobre la mesilla de noche el vaso de agua, en silencio, ya que su esposa dormía. Pensó al verla descansar: «Esto es una broma cruel, la viuda de Izaguirre. Joder, esto no puede salir bien».

A Baltierra le gustaba la Gran Vía, desde siempre recordaba los paseos con Julia, en esa calle siempre había algo que les llamaba la atención, podía ser un transeúnte o un escaparate, daba igual, podían pasar horas caminando de arriba abajo, de plaza de España a la plaza de Cibeles sin descanso: subir por una acera y bajar por la otra era una de las actividades favoritas del matrimonio, algo que al encontrarse solo adquiría otra dimensión. Al comisario ahora esos paseos en soledad le permitían ordenar sus ideas. Cada vez que tenía necesidad de concentrarse en algo dejaba su despacho y salía a caminar, era una manera sencilla de encontrarse consigo mismo y de despejar la cabeza. El paseo de esa mañana era diferente: desde que Carmen, la viuda de Izaguirre, entrase en sus vidas, no había tenido más remedio que andar con pies de plomo.

Julia estaba sentada en el sofá del salón cuando su marido entró por la puerta.

—¿Te has levantado tu sola? —preguntó sorprendido.

—No —respondió con una sonrisa—, tenemos visita.

Baltierra se dio entonces la vuelta y respondió al saludo de una mujer que estaba a punto de ponerle la vida del revés.

—Así que tú eres la famosa Carmen —añadió a un cariñoso «buenas tardes»—. Julia me ha contado muchísimas cosas de ti.

Carmen, divertida, respondió:

—Seguro que todo mentiras, ni caso.

Alrededor de la mesa los tres reían con las ocurrencias de Carmen y Julia, la primera estaba radiante de felicidad al haber superado por fin la enfermedad; no obstante, todos sabían que la de Julia presagiaba mal final. A pesar de todo, disfrutaban del café como si nada malo pudiese ocurrir. Julia decidió entonces sacar el tema que tan preocupada la tenía.

—Le he pedido a José que revisara el caso de tu marido. —Carmen por un instante se estremeció.

—Muchas gracias, José. La verdad es que fue muy duro.

Baltierra tomó la palabra para soltar el discurso que llevaba preparando desde que su esposa lo plantase ante semejante toro. Abrió su pequeño maletín y extrajo una carpeta.

—Esta es una copia del informe del caso, lamento decirte que no he encontrado nada llamativo. —Mientras pasaba una tras otras las diferentes páginas, iba explicando pormenorizadamente los detalles —. He obviado las fotografías de la escena —dijo con la voz pequeña.

—Te lo agradezco —dijo Carmen mientras Julia le apretaba la mano.

—He hecho varias llamadas y lo cierto es que no hay mucho más que rascar; lamentablemente, no dieron con el autor, todas las pesquisas les llevaron hacia la figura de algún atracador de poca

monta. Por más esfuerzos que se hicieron, no se logró nada que les pudiese poner en el camino de alguien concreto, lo único fue una declaración de un mendigo, aquí la tengo.

Baltierra sabía perfectamente que era mentira, habían obligado a aquel pobre hombre, a cambio de un poco de dinero, a asegurar que había visto a un yonqui salir corriendo del callejón donde se encontró el cuerpo sin vida de Izaguirre.

—Lo siento mucho, Carmen.

Las palabras de Baltierra le hicieron bien a la pobre mujer.

—Te lo agradezco. La verdad es que, aunque este dolor no se va nunca, he logrado pasar página. El problema es mi hija Elena, sigue convencida de que algo raro ocurrió y no es capaz de pensar en otra cosa. Como te habrá contado Julia, la tengo en Afganistán, militar de carrera, ni más ni menos. A veces pienso que se fue tan lejos huyendo de todo esto, e incluso huyendo de mí… No lo ha tenido fácil, mi niña. Para ella Antonio lo era todo y desde que se fue… es otra, y a mí, sola, a veces se me hace muy cuesta arriba. —El relato fue interrumpido por dos enormes lágrimas que afloraron a su mejilla.

—No te preocupes por nada —dijo Julia con su habitual templanza—. De sola nada, estamos nosotros contigo y cualquier cosa que necesites haremos todo por ayudarte.

Baltierra sabía que esa promesa de Julia había de cumplirse. El pasado siempre vuelve.

8
FAMILIA DE MÉDICOS

Bécquer llevaba mucho rato esperando. Sentado en una pequeña silla de la sala de conferencias, se impacientaba al ver que Elena no terminaba de despachar sus asuntos. «Me abuuurrooo», le envió a través del móvil. «No seas infantil», respondió la inspectora al instante. «Lo que me faltaba por oír, ¿te queda mucho?». En cuanto Bécquer envió tal mensaje, Elena apareció por la puerta.

—¿Sabes en qué consiste una jornada laboral? —La pregunta de la inspectora Elena Izaguirre obtuvo una respuesta inmediata por parte del cómico.

—Pues claro que lo sé, pero yo creía que hoy con asaltar el archivo ya estaría.

Elena cerró la puerta tras de sí.

—¿Te quieres callar?

La inspectora estaba enormemente agobiada y Bécquer vio la oportunidad perfecta para hacer una de las cosas que más le divertía: sacarla de sus casillas.

—Como se entere el comisario se te cae el pelo.

Bécquer se lo estaba pasando en grande; Elena, por el contrario, no disfrutaba del *show* del artista más importante del país.

—He repasado todos los documentos y hay varios sitios a los que podemos apuntar. —La frase de Elena vino acompañada por un enorme suspiro para llenarse de paciencia—. El forense que firmó la

autopsia de mi padre aparece en otros casos, casi siempre investigados por el mismo agente, un tal inspector Luis Puente, cuyo nombre, aún no sé por qué, me resulta familiar, bajo el mandato del comisario Acebedo. —Elena dudó entonces si mencionar a Baltierra y optó por no hacerlo: era demasiado pronto para compartirlo con Bécquer, necesitaba hablar primer con él.

—¿Por qué te resulta tan sospechoso? —preguntó el artista.

—Porque solo firma casos que vienen asignados directamente por el comisario Acebedo, el que estaba antes de Baltierra, y a eso súmale la coincidencia con el policía, Luis Puente, que a su vez falleció en un accidente de coche, bebido y drogado… —La explicación de Elena fue interrumpida por el cómico.

—… cuya autopsia también hizo Castillo, como si lo estuviera viendo. —Elena asintió sonriente.

—Exacto, premio para el caballero.

—¿Muchas casualidades? —Bécquer se puso entonces de pie y con gran majestuosidad, añadió—: Si algo he aprendido en mis labores como investigador es que las casualidades no existen.

A Elena le divertía mucho cuando Bécquer se ponía intenso a la hora de investigar, sabía que tenía que marcarlo de cerca por su tremenda habilidad para meterse en problemas, así que trató de controlarlo.

—Tranquilo, Sherlock. Haga el favor de sentarse. —Con esta orden de Elena, Bécquer tomó de nuevo asiento a su lado—. El problema está en que no figura ningún tipo de dato del doctor Castillo en el sistema desde hace doce años, nada de nada, como si se hubiese evaporado. —Aquello mosqueó a Bécquer.

—Pero alguien habrá que lo conozca —dijo convencido.

—Lo único que he conseguido averiguar es que tiene una hija, María Dolores Castillo Suárez.

—Pues ahí lo tienes, hay que hablar con la muchacha.

Elena detuvo a Bécquer, quien ya amagaba con salir corriendo.

—Vete a casa, que tengo todavía mucho que hacer aquí. Esta noche nos vemos y pensamos qué pasos dar. ¿Ok?

Bécquer puso entonces una tremenda cara de decepción, tal cual parecía un niño al que no le han dejado subirse a la noria.

—Está bien, preparo algo rico para cenar y nos vemos a las nueve.

Elena respondió con interés.

—¿Vas a cocinar? —Bécquer sonrió desde la puerta.

—No, pero me encargaré de que quien lo haga, lo haga bien.

No era la primera vez que prometía irse a casa y justo cuando ponía un pie en la calle, cambiaba de opinión. «Digo yo que habrá que avanzar un poco», pensó, convenciéndose de que a Elena el cambio de planes le iba a parecer una idea estupenda. Sacó del bolsillo el móvil y escribió en el buscador: «María Dolores Castillo Suárez». La búsqueda arrojó un montón enorme de resultados. Comenzó a revisarlos hasta que uno de ellos llamó su atención: «doctora Castillo Suárez, mucha casualidad me parece a mí: ¿habrá seguido los pasos del padre?».

Sentado en un taxi, mientras devolvía los amables piropos que el conductor le iba regalando, Bécquer no dejaba de darle vueltas a la información que acababan de conseguir. «A mí no me cuadra, qué casualidad que todos los informes forenses que nos interesan los firma uno que misteriosamente se lo ha tragado la tierra». Aquello era algo que retumbaba con insistencia en su cabeza. El taxi giró a la derecha en la glorieta de Bilbao y enfiló enseguida una de esas avenidas llenas de árboles que tanto les gustan a los ecologistas. «Me parece a mí que voy a tener que sacar a pasear mi magia». De pocas cosas disfrutaba más el artista que de saberse el caprichoso centro de atención.

La escuela a la que iba el pequeño Bécquer parecía sacada de otro siglo, nadie pensaría que estaban apenas a principios de los ochenta al ver aquellas instalaciones: una pequeña construcción de ladrillo con una mesa grande para el maestro delante de la pizarra y pupitres para una docena de niños de diferentes edades. Don Carlos

era el encargado de enseñar a todos los niños del pueblo.

Bécquer había destacado por listo desde el principio, con apenas siete años compartía aula con niños y niñas de más edad y, aun así, era el más espabilado, manejaba con soltura tanto la lengua como las matemáticas y siempre tenía alguna cosa con la que llamar la atención: sin duda tenía suerte de que don Carlos le riese todas las gracias.

Como la Navidad estaba cerca, el maestro, junto con el cura del pueblo, había tenido una idea a priori *estupenda: juntar a todos los niños y niñas con el fin de representar el nacimiento de Nuestro Señor. Al bueno de Antoñito le había tocado ser el primero de los pastorcillos. Por mucho que su abuelo Manuel le insistiese en las bondades de ser ni más ni menos que el Tamborilero, a Bécquer no le hacía gracia alguna.*

—Es el papel más importante, Antoñito —le dijo el señor Manuel a su nieto con gran convencimiento—. ¿Preferías ser San José? Muchas explicaciones veo ahí.

Bécquer no entendía la carcajada que le acababa de dar a su abuelo, se ve que el comentario había sido divertidísimo, pero el pequeño niño no entendía ni papa de lo que tanto divertía al señor Manuel.

—Te tienes que aprender el villancico, por casa tengo el disco, ya verás qué maravilla.

El abuelo de Bécquer estaba encantado con el plan. En cuanto llegaron a casa comenzaron a revolver entre los discos que el señor Manuel atesoraba con orgullo; apenas había un par de docenas, pero para él eran una colección de gran valía. Enseguida localizó el pequeño sencillo, justo entre el primer álbum de Los Jamara y El tren de Andrés do Barro: el señor Manuel era todo un clásico a la hora de ejercer de pinchadiscos. Con el pelo corto y siendo prácticamente un niño, emergía en la portada la mágica figura de Raphael. Bécquer no tardó en quedarse prendado de aquel artista incomparable.

Antoñito estaba nervioso, no había tomado conciencia del jardín

en el que se había metido hasta que vio que todo el pueblo estaba en la plaza de la iglesia. Con el tiempo Bécquer, fue inflando la historia, hasta el punto de contar en alguna entrevista que aquella mañana se había concentrado prácticamente toda la comarca para disfrutar del debut de una de las mayores revelaciones del canto que Galicia había conocido nunca… Bécquer nunca permitía que la realidad arruinase una buena historia.

El pequeño Antonio se vio delante de todo el pueblo cuando una seña con la mano de su maestro le indicó que había llegado el momento. Antoñito tomó aire y se arrancó con la letra, a capela, sin acompañamiento musical alguno.

La razón por la que, a lo largo de su carrera, Bécquer había cantado más bien poco quedó de manifiesto aquella misma mañana. Los nervios no fueron misericordes con el pequeño niño, al que parecía haber poseído el espíritu del aguardiente. Notando el calor en sus mejillas, y al comprobar que el murmullo sobre sus escasas dotes de canto iba en aumento, el pequeño Antonio tuvo una idea estupenda: cuando el villancico se acercaba al final y de sus labios salía el último verso —«Me sonrió, me sonrió»—, Antoñito lo remató el tema con un sonoro: «Qué carallo vai sorrir o neno, a Raphael o millor se cadra, pero cantando coma canto eu vaime mandar o demo[1]*». La carcajada fue general: ya por aquel entonces comenzaba a disfrutar de hacer reír a los demás.*

Bécquer bajó del coche y se despidió pidiendo al taxista que lo esperase. «Seré breve», añadió sin importarle mucho que el taxímetro siguiese corriendo. «Mejor esto que tener que buscar otro», pensó. Tenía delante un enorme rótulo que rezaba SALUMED, una clínica privada multidisciplinar en la que, según había podido consultar en la página web, la doctora Lola Castillo hacía maravillas con el ácido hialurónico. Con la estrategia clara, caminó hacia la puerta: «Soy Bécquer, en cuanto me reconozcan, me cuelo hasta la cocina, y si esta mujer es la hija de Castillo, habré triunfado como la

Coca-Cola».

Bécquer entró en las instalaciones y se dirigió al mostrador; efectivamente, no tuvo la necesidad de presentarse.

—¿Usted es… quien creo que es? —dijo el recepcionista, visiblemente nervioso.

—Bécquer, ese soy. —Casi de un salto, aquel muchacho se puso de pie y sin mediar palabra le pidió un selfi. Bécquer, acostumbrado como estaba, posó y le regaló la mejor de sus sonrisas—. Me gusta tener seguidores tan jóvenes —le dijo al muchacho.

—Es para mi abuela, le gustas mucho.

La sonrisa de Bécquer desapareció de un plumazo. «Mantén la calma», se dijo el cómico.

—Me gustaría saber si la doctora Castillo está hoy en la clínica.

El recepcionista tecleó en el ordenador y le dio a Bécquer malas noticias.

—Estar, está; lo que pasa es que tiene la agenda hasta arriba, podríamos ver si hay hueco la próxima semana.

—Verás, es que justo esta tarde tengo una entrevista muy importante y necesito la ayuda de la doctora, me la han recomendado mucho. ¿Puedes llamarla y decirle que estoy aquí, a ver si me hace un huequecito?

El recepcionista cogió el teléfono y tuvo que repetirle a la doctora un par de veces que no era ninguna broma lo que le estaba diciendo. Colgó se dirigió a Bécquer con una instrucción clara.

—Vaya a la segunda planta, puerta 22, allí lo espera la doctora.

Bécquer agradeció el detalle y se encaminó hacia el ascensor.

La consulta lucía resplandeciente, era el ejemplo perfecto de una personalidad controladora en cada detalle; de aspecto minimalista, parecía por momentos más un quirófano que el lugar de trabajo de cualquiera, y eso que solamente tenía una zona de despacho, con la mesa de cristal, y otra con una silla donde la doctora aplicaba los tratamientos.

—Qué honor recibirlo, señor Bécquer. Me ha costado creerme que era realmente usted quien venía a nuestra consulta. —La

doctora era una mujer de unos cincuenta años, atractiva y, sobre todo, un muestrario de los resultados de sus tratamientos—. Pase y siéntese. —Bécquer tomó asiento al otro lado de la mesa—. ¿Cuál es el motivo de su visita? ¿Patas de gallo quizá? ¿Los párpados caídos? ¿El síndrome de la mirada triste?

A cada pregunta de la doctora, el artista se agobiaba más. «Si yo me veo estupendo —pensó—, ¿qué dice esta de mirada triste?». Controló lo ofendido que se sentía y recordó el motivo que lo había llevado a la consulta.

—Pues verá, tengo una arruga aquí en el entrecejo que últimamente no para de crecer y me da aspecto de enfadado todo el día, ¡a mí!, ¡que soy un cascabel!

Lo cierto es que, ya que estaba allí, el cómico optó por valorar opciones y ese surco que le cruzaba media frente cada día lo molestaba más.

La doctora comenzó entonces a enumerar los beneficios del ácido hialurónico, añadiendo que lo mejor sería bloquear el movimiento con un poco de bótox y rellenar con el ácido; Bécquer asentía atento mientras buscaba algo que le permitiese derivar la conversación hacia su propio interés. En la pared solamente había diplomas, pero dos marcos sobre el escritorio de la doctora se convirtieron en su objetivo. Sin mediar palabra, y con muy poca vergüenza, alargó la mano y cogió uno ante la sorpresa de la doctora. Al girarlo, encontró una bonita estampa familiar.

—¿Sus hijas? —preguntó.

—Sí, Daniela y Catalina, mi mayor orgullo, ahí eran adolescentes todavía, ahora ya son mujeres hechas y derechas.

Bécquer vio entonces una pequeña ventana de oportunidad.

—Son bellísimas, sin duda, lo han heredado de su madre. —La doctora Castillo se ruborizó un poco, así que Bécquer continuó—. ¿Alguna ha seguido el camino de la medicina?

—La pequeña es cirujana cardiovascular.

Bécquer lanzó el segundo ataque: con la excusa de dejar nuevamente sobre la mesa la fotografía, cogió la segunda; al girarla

comprobó que era una imagen de la doctora, con bastantes años menos, acompañada por los que parecían ser sus padres.

—Qué bonito, una saga familiar de doctores, ni más ni menos: ¿es algo nuevo o tienen más en la familia?

La pregunta de Bécquer pinchó en hueso: la manera de reaccionar de la doctora no fue tan inmediata y receptiva como cuando el cómico le había preguntado por sus hijas. Bécquer captó el detalle al instante; a fin de cuentas, eran muchos los años que llevaba haciendo entrevistas y hablando con el público.

—Se lo digo porque yo tengo una hija que no quiere seguir mis pasos ni de broma y ha de ser muy bonito seguir los pasos del padre, bueno, en su caso, de la madre; no sé si el padre de la criatura es doctor también. —Bécquer decidió bajar un poco el ritmo.

—Qué va, mi exmarido es abogado.

—¿Y cómo le dio a usted por la medicina? Seguro que estos dos —dijo levantando el marco con la foto— han tenido algo que ver. Esto es en Altea, ¿verdad? —Bécquer lanzó la red a ver si picaba algo.

—Pues respondo al tópico: familia de médicos, mi padre lo era.

La doctora se puso de pie para preparar las inyecciones y le indicó a Bécquer que se sentara en la silla de los tratamientos. Él, convencido de que había dado con la hija del doctor Castillo, sacó con disimulo el móvil e hizo una foto a la estampa familiar, antes de levantarse.

Mientras la doctora le ponía el primero de los pinchazos, decidió rematar el ataque.

—Sus padres tienen que estar muy orgullosos de usted. —Observó cómo la doctora volvía a sentirse algo incómoda y guardaba silencio. Pero él decidió continuar con sus pesquisas—. ¿Todavía están con nosotros?

—Mi madre —contestó ella, escueta.

—Vaya, cuánto lo siento. Bueno, al menos lo conoció, yo ni siquiera tuve esa suerte. —El cómico continuaba con su verborrea habitual—. ¿Su padre también se dedicaba a la estética? —Esta

pregunta era capital.

—No, eso ha sido cosa mía, señor Bécquer.

—Diga que sí, hay que tener iniciativa —añadió en lo que la doctora daba por terminada la visita.

—En un par de días debería notar los efectos, le he puesto muy poco bótox y es posible que debamos rellenar un poquito más con ácido la próxima semana; veremos qué tal resulta.

Bécquer le agradeció a la doctora la atención y se levantó para irse. Justo antes de cruzar la puerta, la doctora Castillo le hizo una pregunta.

—¿Cómo ha sabido de mí? —Bécquer tenía preparada la respuesta.

—Pues me temo que no soy el primer famoso que tiene usted entre sus manos. —Era una respuesta perfecta porque sería ella quien le haría el regalo final.

—Alguno que otro ha venido por aquí, sí.

—Y me alegro de que sea discreta con nuestros secretillos de belleza.

Bécquer salió a la calle y se sentó de nuevo en el taxi que lo había estado esperando; observaba con atención aquella fotografía que acababa de conseguir. «¿Y si eres Castillo? ¿En qué andabas metido?». Absorto en sus pensamientos, aprovechó el trayecto a casa para dar una pequeña cabezada: ya se acercaba la hora de comer.

9
CUANDO NO TE QUIERE NADIE

Para los estómagos más impresionables, vivir siendo un delincuente podría resultar complicado; para Luis Puente, no era más que pura rutina, solía pensar que la vida le sonreía por permitirle dar rienda suelta a todo lo que el cuerpo le pedía: disponía de alcohol y de cocaína a demanda, y ya ni siquiera le importaba vivir en un piso donde la suciedad podría llegar a ser considerada un privilegio; ventajas de estar solo y de pasar más tiempo en clubes de alterne que en su propio dormitorio.

Lo de ser madero le vino de rebote, tuvo la fortuna de topar con uno de esos jueces hipermotivados que se volvían locos con la idea de poder encaminar a un chaval problemático. A Puente lo único que le importaba era dejar su pueblo y no volver a pisarlo jamás, así que en cuanto le dieron la oportunidad, salió por piernas: «De Tafalla a Madrid en cero coma».

Eso es lo que más contento le ponía: acababa de cumplir veinticinco años y ya era un policía dispuesto a coger todo lo que pudiese pillar; y hubo quien lo descubrió muy pronto.

Una de las veces en las que Luis Puente metió la mano donde no debía lo pillaron; aquel fue uno de los momentos en los que la vida te deja señalada cuál va a ser tu siguiente parada y Puente tuvo

suerte, la misma que no tuvieron los que, desde aquel instante, tuvieron que sufrirlo. Lo que debía haber sido una detención casi rutinaria de dos atracadores habituales del barrio, se convirtió en el principio de una carrera más delictiva que la de aquellos a los que debía perseguir. Todo arrancó cuando se metió en el bolsillo una popelina de heroína que el detenido tenía en su cartera.

Puente llevaba en la comisaría de Vallecas desde que llegó a Madrid en el noventa y tres después de cuatro años sirviendo en Valencia. Su carácter explosivo y su mala relación con todo el que lo rodeaba lo habían convertido en un problema para una comisaría que no sabía cómo sacárselo de encima, y eso hubo quien lo olió rápido. El que no se dio cuenta al principio fue el propio Puente, no sabía que todas las perrerías que solía cometer estaban siendo observadas por uno de sus compañeros, el agente Garay, el hombre que cambiaría la vida de Puente para siempre.

Puente y Garay tenían la orden de llevar a la estación a dos atracadores de poca monta que tenían a los chavales y a las señoras del distrito razonablemente asustadas. Engancharlos no fue difícil: vestidos de paisano, se acercaron al banco del parque que parecía ser su despacho habitual y los esposaron en menos de un minuto y sin resistencia alguna. Fue el momento exacto en que Garay confirmó que lo que venía a buscar estaba delante de sus narices; cuando terminaron la jornada, se dirigió a Puente:

—Te espero fuera, hoy te has ganado una cerveza. Yo invito.

Sabía perfectamente que no iba a desperdiciar la oportunidad de beber gratis. En la segunda caña, Garay dejó claro qué era lo que quería.

—Hoy he podido comprobar que lo que dicen de ti es cierto —le espetó sin miramientos.

—¿Qué cojones me quieres decir? —respondió Puente con su bravuconería habitual.

Garay respiró tranquilo, llevaba en el Cuerpo más de veinte años y sabía que los novatos fingían una valentía de la que a veces carecían.

—Escucha bien lo que te voy a decir —dijo mientras se acercaba —: llevas en el bolsillo una papelina que le has robado al detenido y los dos sabemos que no es la primera vez que te financias los vicios en comisaría. —Puente no fue capaz de articular palabra, no sabía qué lo desconcertaba más: que se hubiese dado cuenta de lo que acababa de pasar o que supiese que no era la primera vez—. Tranquilo —añadió Garay—, todos hacemos alguna cosa que otra, lo que quiero es darte una oportunidad de negocio. Creo que podemos hacer muchas cosas juntos.

La relación entre Garay y Puente no dejó de crecer desde entonces. Garay se encargó de introducirlo en un mundo de corrupción, robos y palizas, hasta que un día recibió el premio de la jubilación anticipada y desapareció para siempre: los rumores decían que, en cuanto firmó la baja, salió volando para Venezuela. Puente estaba encantado viviendo esa vida, le gustaba mucho más que ser policía, había encontrado su auténtica vocación; por eso, cuando lo trasladaron a la comisaría de Chamberí, se lo tomó como un ascenso: le encantaba ser parte de una red que cada vez abarcaba más comisarías en la ciudad de Madrid.

El único problema que tenía era el comisario Nieto. No era parte activa de la trama, pero al menos lo tenían agarrado por una serie de secretos que no quería que se conociesen. «Mientras no dé mucho por el culo, nos sirve», solía decir Puente con demasiada frecuencia, y lo cierto es que el comisario se había vuelto un especialista en mirar para otro lado.

Las responsabilidades de Puente cada vez eran mayores dentro de la red de corrupción, era una de las cinco manzanas podridas de la comisaría, y todos dependían del «Gigante», así llamaban a Carlos Serrano, el que daba las órdenes, una bestia parda de casi dos metros, parco en palabras y con un físico del norte de esos que asustan: con aquel tipo delante, la chulería de Puente se diluía al momento.

Sentado a una mesa de un pequeño bar de las afueras, Puente recibió de nuevo instrucciones precisas.

—Esto está arreglado ya —dijo Serrano—, hoy la brigada de estupefacientes va a asaltar un piso franco en la calle Comendadores, el soplo viene de los Conejo: de un plumazo se van a quitar de encima a media competencia. En cuanto los agentes saquen de allí a los infelices que haya dentro, entráis vosotros: lo vamos a hacer como siempre, os lleváis la mitad, escúchame bien, la puta mitad. En la parte de atrás del edificio habrá una furgoneta de la Nacional, ahí metéis cuatro cajas y las llevas a esta dirección.

El Gigante le entregó un trozo de papel con unas señas. Puente sacó entonces de su bolsillo un pequeño cuaderno con la tapa roja donde llevaba la cuenta de todo lo que hacía, y comenzó a apuntar detalles y cantidades: a pesar de ser un cretino, se le reconocía que en esas lides era riguroso.

El negocio más lucrativo era precisamente el de la droga y los Conejo para eso era unos aliados perfectos: en su afán de quedarse con todo el negocio, no les temblaba la mano a la hora de dar soplos para acabar con los posibles rivales, incluso de vez en cuando sacrificaban a sus propios peones con tal de seguir por debajo del radar y que la policía pensase en lo bien que lo estaban haciendo; operaciones como la que iban a perpetrar esa misma noche servían precisamente para eso.

Los Conejo sabían que acababan de entrar doscientos kilos de heroína y no tener el control sobre ellos los reventaba. «Los rumanos se creen ahora los reyes de Madrid, una mierda que se coman: ¡Madrid es mío!», gritaba consiguiendo el aplauso enfervorizado de sus palmeros. Para Serrano, este jefe no era más que un tonto útil: mantener el control de toda la droga que entraba y salía de Madrid era algo que superaba por completo a aquel hombrecillo. El Gigante sabía que lo que hacían obedecía a un plan mayor que tenía manchados, además de a la policía, a jueces y fiscales. «Porque pocas cosas dan más dinero que el vicio», reflexionaba satisfecho.

Cerca de las nueve de la noche, la ciudad permanecía casi desierta, era miércoles y el F. C. Barcelona se jugaba contra el Arsenal volver a ser campeón de Europa, algo que no ocurría desde el año 1992, pero esa noche de 2006 un gol de Belletti volvería convertirlos en campeones. Por mucho que se tratase de la ciudad de Madrid, ese partido era de los que todo aficionado quería disfrutar, en este caso llevando al Arsenal por bandera.

El asalto al narcopiso fue rápido, el soplo de los Conejo dio resultado y la brigada de asalto no encontró apenas resistencia; el número de detenidos ascendió a seis personas y en un breve lapso la Policía Judicial estaba ya tomando nota de todo lo aprehendido. El informe fue elaborado con celeridad y al día siguiente la noticia era titular en todos los informativos, como un gran éxito de la Policía Nacional: «Aprehendidos en una gran operación policial más de 70 kilos de heroína».

Puente fumaba mientras miraba por la ventanilla de la furgoneta; su humor, como siempre, era de perros, pero además aumentado por el hecho de que el Barça volvía a ser campeón de Europa.

En unos pocos minutos, la furgoneta entraba en una nave donde la mercancía cambió de vehículo.

—Un poco de ritmo, cojones —exclamó Puente, apurando a los cuatro tipos que se tenían que llevar aquellos casi ciento treinta kilos.

El inspector observaba y anotaba la numeración de las cajas, así como el número exacto de fardos existentes. Uno de los muchachos que cargaban y descargaban cometió el error de quedárselo mirando.

—Si quieres, te firmo un albarán de entrega —le dijo—. ¿Qué hostia miras, subnormal? —El chaval dirigió la mirada al suelo—. Venga, que no tengo toda la noche.

Cerraron el portón de la furgoneta blanca y medio desvencijada e iniciaron la marcha, Puente cogió entonces el teléfono, marcó un número y susurró:

—Esto ya está, lo tienes ahí en media hora.

Al cabo de un rato ya lo estaba celebrando. Sin duda había sido uno de los mejores palos que habían pegado, todo el mundo ganaba: los Conejo acababan de reventar a sus rivales haciéndoles un roto espectacular; además de eso, se quedaban con 50 de los 130 kilos que acababan de evaporarse, y a 40 000 euros el kilo, el golpe ascendía a dos millones de euros, casi nada. Puente no cabía en sí de gozo: el sobre que iba a recibir iba a ser de los gordos.

Cuando disfrutaba de un merecido cubata, vio la enorme e imponente figura de Serrano entrando por la puerta.

—Vamos a ver, imbécil, ¿no sabes contar? —El Gigante no dio ni las buenas noches—. Te dije que la mitad: si son doscientos kilos, la mitad es fácil de calcular.

A Puente le estaba dando exactamente igual.

—Pues deberías felicitarme porque, gracias a mí, ahora tienes treinta kilos más.

Serrano lo agarró por la pechera, lo levantó como quien coge a un chiquillo, y lo estampó contra la pared. Las chicas del club corrieron escaleras arriba: sabían de sobra como solían acabar esas cosas. Puente perdió la respiración cuando recibió el segundo puñetazo en el estómago. El Gigante se agachó y lo agarró del pelo.

—Vas a ir a donde tú sabes, vas a coger los treinta kilos de más y se los vas a llevar a los Conejo; les pides perdón, les dices que eres un puto inútil que no sabe ni contar y que, como muestra de buena voluntad, les dejas allí todo lo que hay de más, ¿te queda claro? —Puente asintió con la cabeza—. Y recuerda esto que te voy a decir: haces siempre lo que yo te diga.

Y, al terminar la frase, golpeó la cara de Puente dejándolo inconsciente. «Y eso que le he dado con la mano abierta», pensó mientras salía del local arrojando un billete de cien euros sobre la barra y haciéndole entender al camarero, con una mirada, que ahí no había pasado nada.

Serrano se alejaba dejando las luces de neón a su espalda; su enfado era más que considerable. «Estas son las cosas que pueden hacer que todo salte», pensó mientras, con cierto agobio, cogía el

móvil para dar las explicaciones pertinentes; a fin de cuentas, él no era el encargado de pensar, simplemente ejecutaba y mantenía al personal a raya con un método infalible: llenar la cara de quien se pasase de listo con una ristra de hostias.

—Buenas noches, señor, todo arreglado.

Con esa frase, Carlos Serrano despachó con premura la situación. Puente no era consciente del lío que acababa de formar: la documentación del perito judicial a sueldo, de los policías untados… Todo hablaba de cien kilos encontrados, así se había pactado con los Conejo, sobre todo, porque ellos mismos fueron los que tuvieron la idea y dieron el soplo. Si sospechaban por un segundo que habían querido timarles…, la siguiente cabeza en rodar podría haber sido la suya.

Pocas cosas hacían temblar al Gigante, se sentía protegido por la organización para la que trabajaba desde hacía años, su valía no solo era por la falta de escrúpulos y la facilidad para arrancar vidas, si eso fuera necesario: Serrano sabía moverse como un fantasma, no estaba fichado, no poseía ni cuentas bancarias ni un mísero certificado de empadronamiento, nada. Se movía con documentación falsa y siempre por debajo del radar; cada vez que aparecía un problema, el Gigante solía ser la solución. Por el contrario, Puente llevaba un tiempo dando problemas.

—Es un borracho y un drogadicto, esos son los que de verdad pueden joderlo todo. —La voz al otro lado de la línea no estaba para nada contenta; de hecho, que Serrano anunciase que todo había quedado solucionado no le servía para gran cosa—. No quiero que se solucionen los problemas, lo que quiero es que no los haya. —El gigante respiró hondo antes de contestar.

—Lo entiendo. Puente no volverá a darlos.

Aquella especie de promesa no solo no apaciguó las aguas, sino que se le volvió en contra.

—¿Y eso cómo me lo puedes garantizar? —Serrano tenía clara la respuesta.

—Si usted me da permiso, yo me encargo de que no moleste

nunca más.

El silencio se hizo interminable, a pesar de que fueron solamente unos segundos. El Gigante sabía perfectamente lo que estaba preguntando, así que su interlocutor dio suficiente relevancia a la respuesta.

—Si Puente deja de dar problemas, ¿qué pasará en esa unidad?, ¿quién se encargará entonces?

La conclusión era clara.

—Si él sale de la foto, hay un muchacho trabajando bien en Tudescos, quizá haya llegado el momento de promocionarlo.

Nuevamente, la respuesta llegó tras un instante de reflexión.

—¿De quién hablas?

—José Baltierra, tiene mejores maneras que Puente, no da problemas y es muy efectivo, fue quien tapó el navajazo al compañero de Puente hace tres años, es de fiar.

Serrano no esperaba que aquella noche se le complicase, era una operación que habían hecho mil veces antes, entrar y salir; de no haber sido por Puente, estaría bien acompañado y no en la calle tratando de que no fuese su cabeza la que pagase el pato.

La respuesta terminó por llegar.

—Puente abajo y Baltierra arriba.

Esas palabras sentenciaron a Puente. «Espero que esté disfrutando la noche —pensó el Gigante—, porque va a ser de las últimas».

Luis Puente recobró el conocimiento a los pocos minutos de que Serrano abandonase el club, y con muy malas maneras aceptó un paño lleno de hielo que una de las chicas le acercó.

—Estoy bien, joder, me ha pillado despistado, la próxima vez lo reviento.

En cuanto terminó de pronunciar su enésima bravuconada, a uno de los camareros se le escapó una pequeña carcajada. Puente, lleno de ira, lanzó el cubata contra la pared.

—¡Me vas a tocar los cojones tú a mí! —El pobre muchacho negó con la cabeza. El policía, completamente fuera de sí, salió del local jurando en todos los idiomas posibles—. La próxima vez que tenga a ese puto cachalote delante le meto tres tiros.

Lo que no sabía cuando arrancó el coche era que no habría una próxima vez.

10
ZAPATERO A TUS ZAPATOS

Bécquer estaba realmente satisfecho: no dejaba de darle vueltas, totalmente convencido, a la idea de que había conseguido una foto del doctor Castillo y que, a partir de tal descubrimiento, todo iba a ir rodado. A esto había que sumarle que no iba a tener que pasar otra noche en casa de Elena. «Ni el sofá ni el colchón, la noche promete».

Dejó el abrigo en la entrada y comenzó a salivar simplemente con el olor que provenía de la cocina. Para Bécquer, el servicio era ya parte de la familia. Desde que había vuelto a España, de su casa se encargaba un matrimonio, ella de la casa y él de la propiedad, así como de recados y diferentes asuntos. Presumía de pagar bien y de tratar al servicio con respeto; solía incidir en esto porque, después de tantos años tratando con el famoseo, se había cruzado a más de un impresentable.

Ya en su dormitorio, entró en el baño adyacente dispuesto a darse una ducha. Con una simple orden, Alexa puso música de Julio Iglesias. Mientras entonaba *Me va, me va*, se le escapó una sonrisa recordando uno de sus encuentros con nuestro artista más internacional.

Bécquer estaba en su camerino a punto de comenzar cuando Nacho,

su asistente, llamó con timidez a la puerta y entró.

—Qué poco me gusta que me molestes justo ahora —dijo Bécquer ajustándose el nudo de la corbata frente al espejo.

—Ya lo sé, perdona, pero es que esto entiendo que querrás saberlo. Tenemos una visita muy especial, acaba de llegar. ¿Recuerdas que te dije que una empresa había comprado toda la zona VIP? Pues ya te puedo comunicar quién va a estar sentado en primera fila.

Lógicamente, la curiosidad de Bécquer se despertó al instante, y eso que la noche ya prometía: Bécquer iba a actuar ni más ni menos que en Los Altos de Chavón, un anfiteatro al aire libre albergado en La ciudad de los Artistas, sita en La Romana, República Dominicana; un lugar donde habían actuado los más importantes artistas del planeta.

Con la curiosidad a punto de explotarle, Bécquer preguntó:

—¿Quién es?

—¡Julio Iglesias! —vociferó Nacho—, ¡el puto Julio Iglesias!

Cuando oyó la respuesta, se tuvo que sentar.

—Esa lengua —protestó Bécquer. Lo cierto es que acababa de ponerse muy nervioso—. Mira que le gustaba a mi abuelo, bueno, es que a mi abuelo le gustaban todos los grandes: Camilo Sesto, Raphael, Julio Iglesias… También Juan Pardo, que no era tan grande como los otros tres, pero era cojonudo.

Comenzó a divagar fruto de la impresión por la noticia. Con algo de esfuerzo, logró recomponerse y salió al escenario. Cuando lo vio sentado en la primera fila, ejerció presión en su rodilla derecha para que no se notase que le temblaba. Pero en cuanto Julio, acompañado de su esposa Miranda, soltó la primera carcajada y se puso a aplaudir, supo que lo tenía en el bolsillo.

Julio pasó por el camerino a saludar a Bécquer y al entrar le dio un abrazo de esos que no se olvidan.

—Has estado grande.

El cómico recibió el piropo con humildad. Continuaron charlando mientras Julio iba recordando las bromas que más gracia le habían

hecho; no obstante, pasados unos minutos, estaban ya hablando de lo que más los unía: Galicia.

—Sus gentes, sus colores, su gastronomía… Todo es bello en Galicia. —Bécquer asentía mientras Julio enumeraba las lindezas de la tierra que tenían en común—. Sobre todo, las mujeres —remató Julio para satisfacción del cómico: nada admiraba más que a alguien que sabía reírse de sí mismo.

—No andarías en el setenta y ocho por mi pueblo —bromeó—, que igual ese es el motivo por el que nunca he sabido quién era mi padre.

—Tendría que ver la agenda —Julio siguió la broma—, pero si andaba por Galicia, igual eres hijo mío.

El ambiente era de complicidad auténtica, claro que con Julio era fácil, era un profesional en hacer que la gente que estaba a su alrededor se sintiera a gusto.

—Aunque has cantado muy bien…, igual no eres hijo mío. —Aquella broma hizo que a Bécquer le saliese el agua por la nariz—. Es broma, es broma —añadió el artista universal—. Enrique canta muy bien… Julio José… es muy buen niño…

Y sin duda Julio es el más grande.

Bécquer apuró el paso por las escaleras cuando oyó a Elena saludar al entrar, incluso se sorprendió a mitad de tramo al verse corriendo cual quinceañero. Aminoró y aprovechó para, desde el teléfono, poner rápidamente música a todo volumen para hacer una entrada triunfal.

Al final de la escalera, dejando su cazadora en la entrada, estaba ella. La música sonaba y Bécquer se deslizaba peldaño a peldaño cual *prima donna* en la Ópera de París. Cuando tuvo a Elena delante, casi se le escapa un suspiro al pronunciar su frase.

—Te he echado de menos. —Elena lo besó con dulzura y se quedó mirándole a los ojos.

—¿Qué te has hecho en la cara? —Bécquer sintió que la música

se paraba de golpe.

—¿Qué? —respondió, ligeramente atribulado.

—Te pregunto que qué te has hecho en la cara, tienes las cejas que pareces Zapatero. —Las palabras de Elena le sentaron como un directo en el hígado.

—No fastidies, Elena, Zapatero… ¿No había otro?, joder; ya puestos casi prefiero Mister Bean, que por lo menos tiene gracia. —Elena sufrió entonces tal ataque de risa que tuvo que buscar donde apoyarse para no caerse al suelo—. De verdad, no entiendo dónde está el chiste.

Bécquer, agobiado ya por el cachondeo de su pareja, se dirigió al gigantesco espejo de la entrada. Tras unos segundos revisando cada milímetro de su rostro, concluyó:

—Pues un aire al amigo de Maduro sí que tengo, no nos vamos a engañar. Bueno, en un momento esto se arregla. Ven al comedor, que tengo un regalo para ti.

A Elena le costaba seguir el hilo de la conversación al ver la nueva frente de Bécquer.

—¿Por qué te has puesto bótox? ¿No habías dicho que nunca más?

Tenía razón al preguntar: de un tiempo a esta parte el cómico había decidido convivir con las arrugas y dejar de inyectarse toxinas, claro que, en este caso concreto, se había visto en la obligación por un objetivo muy concreto, así que aprovechó la pregunta para contarle a qué había dedicado parte de la mañana: sin ahorrarse ningún detalle, le relató cómo había tenido la corazonada de que la doctora Castillo podía ser esa hija del forense al que estaban buscando, y que al ver que se dedicaba a la medicina estética, no tuvo más remedio que fingir que necesitaba sus servicios, que una cosa llevó a la otra, y que por eso ahora tenía la cara que tenía, algo que, insistió, era irrelevante, porque en menos de cuarenta y ocho horas estaría tan perfecto como siempre.

—Qué manía tienes de hacer las cosas por tu cuenta —protestó Elena. Ante la incipiente bronca, Bécquer prefirió frenarla en seco.

—A ver, que no me he infiltrado en la mafia rusa: solo quería saber si esta señora es hija del forense, a ver si por ese lado rascamos algo, porque con la tontería, llevamos a ciegas un montón de tiempo. Además, he conseguido algo que nos podría ser de mucha utilidad. —Le pasó entonces el móvil—. Mira la foto que tenía en su despacho: si es hija de quien es, ahí tienes la cara del hombre que falseó la autopsia de tu padre. —Elena se quedó en silencio mirando la imagen—. Creo que con esto algo podremos hacer, ¿no?

Elena respiró profundamente y respondió:

—A ver, la foto es buena, aunque tiene años, pero sí es cierto que podría ayudarnos a identificar de una vez por todas a este hombre, porque por más que lo intento, no encuentro nada de nada.

Bécquer percibió el pesimismo imperante en las palabras de Elena, así que le tomó la mano y trató de animarla.

—Nadie dijo que iba a ser fácil, pero no te desanimes, cada vez estamos más cerca.

La cena transcurría divertida por momentos, sobre todo, cuando dejaban de lado el caso que tanto atribulaba a Elena: cada peldaño que subían, por pequeño que fuera, provocaba en ella un sentimiento que, lejos de aliviarla, le generaba más frustración. Eran demasiados años con las mismas preguntas rondándole la cabeza una y otra vez, y siempre dándose contra el mismo muro.

Justo acababan de servir el postre cuando la primera cucharada se vio interrumpida por una llamada desde la garita de seguridad de la entrada a la urbanización.

—Señor Bécquer, aquí está el señor Diego Ortega, ¿le digo que puede pasar?

Era extraño que Diego apareciese a esas horas de la noche. Miró a Elena sorprendido y ahí encontró la respuesta.

—¿No querías ayuda? Le he pedido a Diego que venga, ya verás qué juguetito trae consigo.

De repente, al cómico algo le gustaba más que el postre.

Diego entró en la casa encantado de visitarla: como un niño en una tienda de chucherías, miraba a su alrededor escudriñando cualquier detalle. Ahí estaba él, en la casa del artista al que más admiraba y haciendo un esfuerzo enorme por mantener la compostura. Bécquer sentía mucho cariño por Diego; a fin de cuentas, era uno de los principales artífices de la liberación de su hija y se lo iba a agradecer siempre.

—Diego, amigo mío, bienvenido, siéntete en tu propia casa.

Diego miró entonces a su alrededor y respondió:

—Toda mi casa cabe en tu salón. —Su respuesta divirtió a Bécquer.

—Eso lo dices porque aún no has visto el dormitorio. Siéntate con nosotros, ¿quieres un poco de *mousse*?

El diálogo lo interrumpió Elena con su sequedad habitual.

—A ver, los de los pasteles, un poco de atención. Diego, te tengo que pedir un favor. Estamos buscando a un hombre a quien conoció Bécquer hace muchos años en televisión.

La mentira de Elena descolocó al artista, no obstante, ante su mirada, continuó por el mismo camino.

—Ya ves, Diego, un director que tuve y que me gustaría saber qué fue de él.

Diego, perfectamente consciente de que le estaban mintiendo, tuvo claro que era el momento de romper la baraja.

—¿Cuándo me vais a decir una verdad?

No era para nada habitual verlo expresarse con tal seriedad, de repente era como si hubiese madurado diez años de golpe. Elena y Bécquer se miraron, completamente descolocados.

—No digas eso, hombre. ¿Cuándo te hemos mentido? —La réplica de Bécquer sonó casi como una broma. Diego se puso de pie.

—Entiendo que tenéis vuestras cosas, pero en este caso concreto, yo podría ser de utilidad. ¿No os dais cuenta de que somos compañeros y de que os voy a ayudar siempre? —Elena se debatía entre contárselo todo o dejarlo correr y no compartir absolutamente nada. Por supuesto, optó por lo segundo.

—No seas así Diego, te estamos diciendo lo que hay.

Ante esta nueva falsedad Diego optó por tirar hacia delante.

—¡Qué mentira más grande! —exclamó divertido—. Vamos a ser claros: esta mañana os habéis colado en el archivo, ya me pareció rara vuestra actitud cuando nos vimos, así que me inventé que tenía que salir y os he seguido. Bécquer, has estado maravilloso distrayendo a Amaia, y tú, Elena, has estado revisando y fotografiando los archivos de la caja BCW-347.

Elena y Bécquer se miraron con una clara expresión de resignación; a veces pecaban de creerse los más listos y el joven inspector Diego Ortega los estaba poniendo en su sitio y de qué manera.

—Perdona, Diego, es verdad. —Elena decidió ser sincera—. Estamos buscando a alguien y no queríamos inmiscuirte, no es fácil para mí.

Diego volvió a ocupar su asiento y con delicadeza se dirigió a su compañera.

—Sigues buscando al que mató a tu padre. Lo entiendo y quiero ayudarte. —Aquello removió a Elena.

—No, no lo entiendes. Creo que hay algo gordo detrás. Temo que incluso la comisaría esté metida.

Las palabras de Elena no afectaron a Diego, el muchacho estaba realmente comprometido con la causa.

—Lo sé, he estado haciendo unas pesquisas y tengo mucho que contarte. Elena, todo esto es mucho más grande que tú y que yo.

Elena y Bécquer se sentaron uno a cada lado de Diego, quien, con el portátil abierto, comenzó a contarles lo que había logrado averiguar.

—Ves como con ordenadores es mucho más fácil —dijo Bécquer, consiguiendo que sus dos compañeros lo ignoraran.

—Hay tres nombres que os traen de cabeza: el comisario Acebedo, el inspector Puente y el doctor Castillo. Pues aquí tenéis lo que he encontrado, y hay algo que os va a llamar la atención.

Diego les explicó la trayectoria vital de cada uno, era

sorprendente ver la cantidad de información que todavía había en el sistema.

—Fijaos en esto —dijo Diego—: desde el momento en que Luis Puente entra en la comisaría, se encarga de muchos de los homicidios relacionados con drogas, incluso de casos que no le corresponden a la comisaría. Cada vez que un yonqui aparece muerto está Puente por el medio.

—Sí, es muy extraño, puedo entender alguna coincidencia, pero ¿tantas? Y, además, siempre con el doctor Castillo a su lado —dijo Elena.

—Eso es lo más llamativo, y atentos a este bonito efecto mágico. —Diego comenzó a teclear a máxima velocidad—. Mirad qué ocurre si cruzo los tres nombres: Acebedo, Castillo y Puente: los tres aparecen en el expediente de la muerte de tu padre, Elena.

A Elena se le partió el alma al ver el resultado: así que el policía fallecido intervino de alguna manera y también había desaparecido del informe oficial.

—Tenemos que ir a ver a Acebedo —dijo Elena.

—Pues te deseo suerte —respondió Diego—: al retirarse, empezó una «rara» carrera diplomática lejos de España y te va a ser algo complicado acceder a él…

Aquello nuevamente cayó como una losa. El silencio duró unos minutos, Bécquer se encargó de devolverlos a la tierra.

—Y de Castillo, ¿tienes algo? —preguntó.

—Nada, y eso también es muy llamativo. De Castillo no tenemos nada y, espera, que hay algo mejor: la última autopsia que firma, ¿adiviináis cuál es? —Muy teatral dejó unos segundos—. La de Luis Puente.

—Teníamos ese dato, pero no que hubiera sido la última —dijo Elena.

—Es como si quisiesen cerrar un capítulo —añadió Bécquer.

—Más bien enterrarlo —puntualizó Elena.

Bécquer envió entonces a Diego la foto conseguida en la consulta de la doctora.

—¿Puedes hacer algo con esto? ¿Confirmar que es Castillo?

El policía lo miró como si llevase años esperando la oportunidad de impresionarlo.

—Puedo hacer algo mejor: un buen amigo del CNI me ha hecho un regalito. —Volvió a teclear como un poseso adjuntando la foto que Bécquer le había dado: en unos minutos tenían la respuesta—: Es el doctor Castillo, y eso no es lo mejor: hay una coincidencia de hace dos años.

—¡Eso es imposible! —Elena saltó de su asiento—. ¡Lo he buscado por todas partes y no ha habido manera!

—De imposible nada, aquí lo tienes, entrando en Caracas. Y mirad qué cosa tan bonita. —Pulsó «intro» y la vida y obra del doctor Castillo apareció ante ellos cual efecto mágico—. Cuentas bancadas en las Caimán, en República Dominicana y en Venezuela. El doctor hizo dinero en España y se está pegando un retiro estupendo. Lamentablemente, son cuentas opacas, un entramado societario muy complejo, y sin la orden de un juez, no podemos rastrearlas. Estoy pendiente de conseguiros una dirección.

Bécquer escuchaba con atención y trataba de encajar lo que había hablado con la doctora.

—Según la doctora, su padre estaba muerto, aunque, ahora que lo pienso, no lo dijo así exactamente, más bien dijo que «no estaba entre nosotros». Rara forma de expresarse.

Elena tenía la cabeza como una centrifugadora.

—Entonces, tenemos un policía al que le caen muertes por asuntos de drogas, un forense que está forrado y desaparecido y un comisario que firma y dirige cada uno de los casos de esos dos personajes. Demasiada casualidad. —Elena había dado con algo.

—Y a eso le tienes que añadir que la autopsia de tu padre fue ocultada y la falsa encargada al tal Castillo —apuntó Bécquer.

—Y no os olvidéis de Acebedo —insistió Diego—, es una pieza clave, ya que todo lo que decidía enterrar, se enterraba.

Elena tomó de nuevo la palabra, sabiendo que lo que iba a decir no era sencillo de encajar.

—Y algo más: ¿quién prosperó como segundo de Acebedo y lo sustituyó?

Diego no pudo evitar una expresión de sorpresa.

—No lo dirás en serio.

—A mí también me cuesta creerlo. También hemos de hablar con él.

Bécquer levantó entonces la mano.

—Me pido primer. Si Baltierra está metido en esto, me encantará preguntárselo.

11
LOS MALOS NO DESCANSAN

Baltierra había logrado, no sin esfuerzo, ir capeando el temporal sin bajas escandalosas; a fin de cuentas, seguía siendo un peón más en algo que lo superaba por completo. El hecho de que los procesos internos fuesen cada vez de mayor complejidad provocaba que las tropelías que llevaban a cabo desde hacía más de treinta años fuesen cada vez menores. A pesar de eso, seguían teniendo algún que otro operativo que Baltierra se encargaba de orquestar.

El consuelo personal que tenía el comisario era que desde que se encargaba del mando no había bajas; erradicar la violencia había sido su principal objetivo, le daba absolutamente igual escamotear heroína o mirar hacia otro lado en la investigación de algún robo bien premeditado: lo que no quería en ningún caso era tener que ajusticiar a nadie.

Cuando Acebedo dejó la comisaría, tuvo claro que ese era el objetivo: los tiempos cambiaban, y su papel en la red de corrupción debía ser más «administrativo». Lejos quedaban los años en los que primaban las navajas y las pistolas, ahora la cosa era diferente y mucho más política. De sus tiempos de inspector, no quedaba nadie, ya no había manzanas podridas en la comisaría con los que encargarse de los asuntos, ahora lo único que tenía que hacer era esperar «órdenes de arriba». Y eso fue lo que pasó aquella noche.

Baltierra llevaba ya un rato en casa, pasaban las once de la

noche y nuevamente se enfrentaba a la televisión en soledad; la idea de cambiar de casa cada vez cogía más fuerza, los recuerdos de su vida pasada con Julia lo atormentaban por momentos. Su tranquilidad se vio alterada por el sonido de su teléfono.

Al otro lado estaba él, Serrano el Gigante: el mismo animal de siempre, un perro de presa de esos que no te sueltan. Baltierra lamentaba cada uno de los contactos que había tenido con ese hombre. Desde el principio de los tiempos, era la correa de transmisión de la organización, absolutamente todo pasaba por él; era capaz, además, de segar una vida sin despeinarse, la cantidad de asesinatos que había cometido mano a mano con Puente hacían que a Baltierra se le diese la vuelta el estómago. «No vayas de bueno —esta era la frase que el Gigante más le repetía a Baltierra—, que eres también tremendo hijo de puta».

Cogió el teléfono y descolgó pronunciando su propio nombre, Serrano no lo saludó, fue directo al grano.

—Tenemos un problema con uno de tus chiquillos.

—¿De qué se trata? —Baltierra dio un respingo.

—Alguien ha estado husmeando en exceso y me sorprende que no lo sepas.

Estaba extrañado, pero, tratándose de Serrano, podía ser cualquier cosa.

—No sé de qué me hablas.

—Ve a tu correo encriptado y mira lo que te acabo de mandar.

El comisario tecleó en el portátil que descansaba sobre la mesa del comedor, abrió el correo electrónico y vio una serie de consultas.

—¿Lo estás viendo? —preguntó Serrano—. Uno de tus agentes ha decidido darse una vuelta por el archivo, concretamente ha estado revisando casos antiguos y ha hecho una búsqueda bastante exhaustiva sobre tu jefe Acebedo y el doctor Castillo. —Aquella revelación sorprendió a Baltierra—. ¿Te puedes imaginar el motivo? —Añadió el Gigante. El comisario no daba crédito: después de tantos años, ¿a qué podía responder tal cosa?—. Y tengo algo más: se han descargado un informe en el que sales tú, el de Luis Puente. —

Baltierra notó el sudor en las manos al oír ese nombre—. Parece que alguien quiere rascar y eso no lo puedo permitir.

Ante la amenaza de Serrano, el comisario se vio en la obligación de preguntar.

—Quizá tenga una explicación, mantengamos la calma: ¿quién ha sido?

—Un tal Diego Ortega.

Baltierra, sorprendido, enmudeció al escuchar ese nombre.

—No te preocupes —dijo, tratando de rebajar la situación—, yo me encargo.

—Creo que será mejor que me encargue yo.

A Serrano no parecía convencerle lo que estaba escuchando y el comisario tenía claro lo que significaba.

—Escúchame, yo puedo manejarlo. Estoy seguro de que debe de ser casualidad, quizá estén buscando alguna vinculación con un caso de actual, dame un par de días. —Baltierra trataba de que no se le notase en exceso la ansiedad.

—No tienes un par de días.

Serrano dio entonces la llamada por finalizada.

El Gigante miraba en silencio la pantalla de su teléfono móvil. «Siempre tuve claro que este idiota no tiene cojones». Levantó la vista desde el asiento del conductor de su pequeño vehículo y volvió a llamar por teléfono.

—Lo tengo delante, espero instrucciones.

Colgó la llamada y nuevamente miró por el parabrisas: a unos veinte metros estaba Diego Ortega paseando a un pequeño perro blanco, ajeno a todo. La respuesta con las instrucciones llegó de inmediato.

Serrano bajó del coche en silencio, abrió el maletero y sacó un bate de críquet, cerró despacio y caminó hacia Diego.

Ortega había pasado una buena noche, se sentía muy satisfecho de por fin formar parte activa de los tejemanejes de Elena y Bécquer: para él no era una cuestión de pertenencia, no solo admiraba al artista, además quería muchísimo a Elena: a pesar de su

carácter arisco, había logrado conectar con ella, la sentía familia. Ahora tenía una cosa clara: iba a hacer todo lo que estuviese en su mano para ayudarla a encontrar, de una vez por todas, al asesino de su padre.

Una vez que salió de casa de Bécquer con tal convencimiento, llegó a la suya apurado, tanto que, sin darse cuenta, dejó su bolsa con el ordenador en el coche, y, aprovechando que tenía que bajar de nuevo a buscarla, decidió darle un nuevo paseo a su perro. Tenía la enorme suerte de poder contar con una vecina, una amable señora a la que quería como a su propia abuela, que se encargaba de que a Lupita no le faltase de nada; por eso que, si bien ya había paseado, un rato más no le haría mal ninguno.

Lupita se detuvo en su árbol favorito, y Diego observó divertido como preparaba la arena: «Es muy maniática la chica». No se dio cuenta de lo que por detrás se le acercaba y el primer impacto apenas lo notó: recibió un golpe de una fuerza exagerada en la cabeza que le hizo caer a plomo contra el suelo. Cuando la perra comenzó a ladrar, Serrano no dudó en silenciarla. «Dos por el precio de uno», pensó.

El Gigante regresó a su coche, tiró con desprecio la bolsa con el ordenador de Diego en el asiento del copiloto y arrancó; por el retrovisor, vio a una señora gritar pidiendo ayuda.

—No creo que lleguen a tiempo —exclamó Serrano sonriendo.

12
NO LO MERECE

Cuando el teléfono suena en mitad de la noche, no suele ser para buenas noticias, y aquella ocasión no fue la excepción a la regla. Elena y Bécquer descansaban con la satisfacción de contar con una nueva y clara vía de investigación: las pesquisas de Diego Ortega habían arrojado algo de luz sobre la situación actual, Bécquer no dejaba de darle vueltas incluso a la posibilidad de plantarse en Caracas con el fin de encontrar al doctor Castillo. «No tiene que ser tan difícil dar con un español con dinero, si está allí habrá tenido que untar a alguno de esos desgraciados bajo el mando del dictador».

Eran las seis de la madrugada. Espabilándose como buenamente pudo, Elena contestó con un débil «Inspectora Izaguirre»; Bécquer, con medio ojo abierto, la observaba casi rogando que volviera a dormirse lo antes posible. Pero Elena se despertó de golpe como si veinte cafés expresos le hubiesen entrado en vena. De un salto abandonó la cama y comenzó a vestirse. Bécquer no fue capaz de no asustarse.

—¿Me puedes decir qué demonios pasa?

Elena no lo escuchaba, se movía nerviosa de un lado a otro de la habitación farfullando palabras ininteligibles.

—No puede ser, no puede ser —era lo máximo que Bécquer lograba descifrar mientras observaba como ella se iba descomponiendo. Se levantó y se acercó.

—Elena, ¡Elena! —Fue necesario que levantase la voz para que la inspectora le prestara atención—. ¿Me puedes explicar qué sucede?

—Han atacado a Diego, le han partido la cabeza en dos.

Bécquer tuvo que sentarse al escuchar la respuesta.

Elena no pudo guardarse ni una pizca de dolor. Su interlocutor había sido lo bastante explícito como para que ahora la pareja estuviese transitando uno de los peores momentos desde que se conocían. Bécquer comenzó a vestirse mientras Elena compartía la información de la que disponía.

—Ha sido hace unas horas, una vecina llamó al 061 al ver a Diego en el suelo, le habían golpeado la cabeza.

Elena aguantaba el tipo con valentía, era la primera vez que la veía así. Él la rodeó con sus brazos, Elena apretó su rostro contra el pecho de Bécquer conteniendo el llanto.

—Es mi culpa Bécquer, es mi culpa.

—No digas eso, no sabemos qué ha pasado.

Elena se separó de los brazos de Bécquer de un brusco movimiento.

—¿No te das cuenta? Es igual que cuando mataron a mi padre. Acabo de mantener la misma conversación que tuvo mi madre hace veinte años.

*Elena se había ido a la cama a regañadientes: como cada noche, quería ver **Noches desde el Espacio hasta el final, no quería ser la única que se perdiese una sola broma de las que Bécquer, su cómico favorito, regalaba cada noche. Ya que sus hermanos mayores no vivían en casa, estaba encantada de tener el mando de la tele para ella sola. Desde que vio a aquel muchacho en televisión, la joven había encontrado a un artista con el que hacer lo que más le gustaba en el mundo: pasar tiempo con su padre. Pues a Antonio Izaguirre le pasaba un poco lo mismo con Bécquer. Al principio, le dio rabia que Tarda, el presentador original, anunciase su retirada y que iba a ser sustituido ni más ni menos que por aquel chaval,*

insultantemente joven, que tenía de colaborador. «Pero si tiene veintidós o veintitrés años, no debe tener más», pensaba cuando saltó la noticia. Lo que ocurrió después no entraba en los planes de nadie: Bécquer se convirtió más que en un presentador de éxito, en un fenómeno social, mucha gente que no se había asomado al programa comenzó a hacerlo cuando él tomó las riendas. Eso fue lo que ocurrió en casa de los Izaguirre: Elena empezó a ver el programa con su padre. A Carmen no le hacía gracia alguna que su hija adolescente se acostase tan tarde cada noche. «Eso acaba a las mil y la niña tiene que descansar», solía decir desde la puerta del salón cuando el reloj ya daba las doce. «Cinco minutos más, porfa», rogaba Elena, sabiendo que su padre, por supuesto, iba a consentir. La mayoría de las noches era Antonio quien lograba ver el programa hasta el final; además, como solía decir, «a estas alturas, yo con dormir tres o cuatro horas voy listo. Pero que me dejen media horita después de comer, eso sí». La que no aguantaba nunca era Elena, a la que su padre acababa llevando a la cama en brazos.

Carmen estaba alterada: Antonio la había llamado por teléfono a eso de las diez de la noche para decirle que se tenía que quedar en la comisaría un rato más para terminar unos informes, que no la esperase despierta, y qué si la niña se ponía muy pesada, que la dejase ver a Bécquer al menos un rato. El problema era que ya pasaban de las tres de la madrugada y no había regresado todavía.

La mujer estaba en la cocina preparándose una infusión cuando llamaron al telefonillo. «Se habrá dejado las llaves», pensó aliviada, y, sin preguntar, pulsó el botón que habría el portal. Para que la niña no se despertara con el timbre de la puerta, la abrió y se quedó esperando a que el ascensor le entregase a su marido. «Menudas horas de llegar, mañana a ver quién lo levanta». La sorpresa al ver que no era Antonio quien salía del ascensor, sino el comisario Nieto, fue mayúscula.

En el rostro de Nieto se encontraba la noticia: en cuanto Carmen posó su mirada en la suya, supo que no traía nada bueno; lo que no sabía era que el mundo, tal y como lo conocían, acababa de cambiar

para siempre.

—Lo siento mucho, Carmen. Antonio era un hombre excepcional.

Carmen trataba de entender, pero no lo conseguía: su marido, un policía con experiencia, acababa de ser asesinado en lo que parecía un atraco a punta de navaja. Era tan difícil de asimilar que sentía que el corazón se le iba a salir del pecho. Entre lágrimas, tratando de controlarse, solo podía pensar en sus hijos: Óscar vivía en Valencia, después de estudiar Ingeniería, estaba trabajando en la ciudad del Turia desde que se licenció; Roberto, por su parte, estaba terminando sus estudios en Salamanca. Y Elena estaba a solo unos metros.

—Cómo le doy a mi niña una noticia así.

Nieto la dejó en el salón con la promesa de regresar en unas horas con más información. Carmen se asomó desde la puerta al dormitorio de Elena: allí dormía, ajena a todo, sin saber la oleada de dolor que estaba a punto de encajar. «Mi pobre niña —pensó Carmen—, te acaban de arrebatar lo que más quieres».

Bécquer conducía en silencio; Elena, por su parte, apoyaba el brazo derecho en el marco de la puerta y miraba absorta por la ventanilla; de vez en cuando, el único movimiento que hacía era negar con la cabeza y secarse alguna lágrima que se resistía a quedarse dentro. En el túnel de la M-30, Bécquer reflexionó en voz alta.

—La verdad es que no sé qué pensar.

Elena cogió aire y, para sorpresa del cómico, respondió:

—No creo que me equivoque, ¿no te parece mucha coincidencia? Diego descubrió algo y justo la misma noche del mismo día en el que mete la nariz lo apalean en la calle para robarle el ordenador. ¿Es que no lo ves? —La inspectora no quería, pero la pregunta salió de su boca en forma de grito. Bécquer no se lo tuvo en cuenta.

—Es que, si es así, significa que ha salido de dentro de la comisaría, pero Diego nos juró y perjuró que no había hablado con nadie.

Bécquer se sintió un poco idiota cuando Elena le dio la respuesta.

—¿Recuerdas que nos colamos en el archivo precisamente para no levantar la liebre? Pues me temo que Diego no era consciente de eso.

—Esperemos, Elena, tenemos que estar tranquilos. —El cómico insistía en mantener cierto grado de prudencia.

Elena no respondió. Bécquer comenzaba a sentir la misma indefensión: si Elena estaba en lo cierto y fueron a por Diego, es que se estaban acercando demasiado.

—Lo van a borrar todo y no me da la gana, no, no lo puedo permitir. —Elena seguía farfullando y sin mediar palabra echó la mano al volante.

—Elena, ¡qué haces! —gritó Bécquer, asustado.

—Coge esa salida, vamos a la comisaría. —La justificación de Elena no sirvió para mucho.

—Joder, pues dímelo, que lo hago.

Por más esfuerzos que hacía, estaba comenzando a verse sobrepasado por la situación. En cuanto salió de la M-30 y circuló por una calle, puso el intermitente y detuvo el vehículo. Lo que no esperaba es que Elena se bajase y echase a andar. Sin ni siquiera cerrar la puerta, el cómico arrancó a la carrera llamando a su pareja sin obtener respuesta alguna. Cuando logró alcanzarla, la sujetó del brazo.

—Elena, por favor.

Ya la conocía lo suficiente para saber que, cuando la herían, podía salir por cualquier sitio. Preparándose para lo peor, optó por abrazarla. Elena se quedó callada, en los brazos de Bécquer parecía encontrar consuelo. Los minutos pasaban y él notaba como su respiración se iba calmando.

—Lo siento mucho —dijo Elena—, lo siento mucho.

Lo vamos a arreglar —dijo Bécquer, tratando de insuflar un poco de ánimo en una situación que comenzaba a antojarse imposible.

—Quiero ir a la comisaría. —Elena había pronunciado su deseo más como un ruego que como una orden.

—Y vamos a ir —contestó el cómico—, lo único que quiero es que me digas para qué.

Su tono fue de lo más razonable. Por fin algo más calmada, ella se explicó.

—Diego estuvo buscando a Castillo en el sistema, necesito saber quién accedió a su ordenador después de que viniese a vernos, y tengo que hacerlo antes de que eliminen el rastro.

Bécquer asintió y, rodeándola con el brazo, caminaron hacia el coche.

—Vamos a encontrar al culpable —dijo—, y créeme cuando te digo que pagará por ello.

Aparcaron en el *parking* al lado de la comisaría, esta vez tocaba entrar por la puerta principal. Se miraron convencidos de que lo que iba a ocurrir entonces no tendría vuelta a atrás. Cruzaron la puerta y esta vez no estaba Diego para recibirlos. Con un pellizco de melancolía, Elena levantó la vista y la dirigió a una puerta en concreto. «Sé que no estás limpio —pensó— y pienso demostrarlo». Con paso firme subió el primero de los peldaños.

—¿Estás segura? —preguntó Bécquer, casi como un lamento.

—¿Sabes lo que tienes que hacer? —respondió Elena, obteniendo una respuesta afirmativa del artista—. Pues yo también.

Subió las escaleras de la comisaría decidida a obtener respuestas, la imagen de Diego en el suelo con la cabeza abierta la atormentaba hasta límites que ni ella misma sabía que podía sostener; a eso había que añadirle el convencimiento de que no podía ser casual y de que la manera de atacar a Diego era prácticamente la misma que cuando asesinaron a su padre: «Tirado como un perro, igual que papá».

Terminó el tramo y se detuvo un breve instante frente a la puerta del despacho del comisario, había llegado el momento de obtener respuestas, Elena quería saber quién demonios era Luis Puente o por qué el doctor Castillo había falsificado la autopsia de su padre. Demasiadas preguntas sin respuesta.

Agarró la manilla de la puerta y, sin llamar, la abrió de golpe. No

pudo ni empezar a hablar: dentro de aquel despacho se encontraba alguien muy importante en su vida.

13
MAMÁ

Bécquer observó resignado cómo Elena entraba en el despacho del comisario. Apenas llevaban juntos unos meses, pero ya había aprendido que cuando la inspectora Izaguirre tenía un objetivo, lo más saludable era apartarse de su camino. Durante el trayecto a la comisaría, cuando logró que la inspectora se calmase, ella le había dejado claro qué necesitaba de él.

—Necesitamos saber si se conectaron al ordenador de Diego. —Bécquer había asentido con la cabeza—. Ve a su escritorio y conéctate desde su perfil, este es su código de acceso. —Elena le anotó en el teléfono una suerte de números y letras—. A continuación, necesito que localices desde qué servidores se accedió a la información de búsqueda de Diego, ¿ok? —Bécquer la había mirado con seguridad y aplomo.

—De acuerdo.

Elena, viéndole la cara, había vuelto a preguntar:

—No tienes ni la menor idea de qué te estoy pidiendo ¿verdad?

La expresión del cómico lo revelaba todo.

—Ni puta idea, no te voy a mentir.

Elena se había afanado entonces en dejarle claro a Bécquer qué pasos debía seguir, y él anotaba en su teléfono móvil cada detalle.

—¿No sería mejor que lo hicieses tú? —La pregunta de Bécquer tenía toda la lógica del mundo.

—No es tan difícil y a esta hora tenemos a media comisaría fuera, no tenemos tiempo que perder.

Bécquer había optado por no discutir, bastante tenía con tener que sentarse delante de un ordenador, él, el tipo más analógico del planeta.

De la nada, ahí estaba el cómico metido nuevamente en un problema, alucinando porque a Elena que un civil se colase en una comisaría y se metiese en el ordenador de uno de los inspectores le parecía lo más normal y sencillo del mundo. Para él, en cambio, era una auténtica misión de espionaje.

La comisaría respiraba un ambiente tranquilo, a pesar de que la noticia había corrido a toda velocidad desde que recibiesen el maldito aviso.

—Lo primero será sentarme en su ordenador sin levantar sospechas. —El propio Bécquer entendió, al escucharse a sí mismo, que eso resultaba del todo imposible. «Joder Elena, esto es un cantazo», pensaba mientras merodeaba sin discreción alguna alrededor del escritorio de Diego. «Lo más importante ahora es tener un plan», volvió a decirse tratando de convencerse. «Ya lo tengo: si quieres pasar desapercibido, lo mejor es llamar la atención». Aquel razonamiento le podría haber parecido profundamente estúpido a cualquiera, pero es que Bécquer no era cualquiera en ningún aspecto de su vida.

Sin cortarse un pelo se puso de pie sobre la silla de Diego: «O puerta grande o enfermería», pensó.

—Un momento de atención, por favor —gritó—, tenemos una emergencia policial. —La comisaría detuvo la actividad ante la llamada del cómico—. Se me ha desconfigurado el *mail* en el teléfono, insisto, extrema gravedad. ¿Alguno de vosotros me puede prestar un ordenador para consultar el correo?

Varios agentes se miraron entre sí sin dar crédito, aunque es justo decir que desde que Bécquer apareciese en la vida de la comisaría sus numeritos eran habituales. Un inspector que estaba a la espalda del artista lo cogió del brazo.

—Bájese de ahí, que estamos trabajando.

Bécquer se bajó de la silla entonando una disculpa.

—Perdona macho, es que estoy desesperado, tengo que resolver unos asuntos y claro…

El inspector lo interrumpió.

—Que sí, que sí, le enciendo este y dese prisa.

Había conseguido su objetivo. En lo que el policía farfullaba alguna que otra falta de respeto, Bécquer se acomodaba ante la pantalla del ordenador de Diego Ortega.

Comenzó paso por paso a seguir las indicaciones de Elena. Introdujo un par de códigos más y pudo localizar el archivo que Elena le había pedido: según rezaba en pantalla, Diego se había conectado desde comisaría y por última vez a las 19.47 del día anterior, «justo antes de venir a mi casa». La siguiente conexión dejaba también clara la hora: otra vez a las 23.17: «Pero a esa hora ya no pudo conectarse desde aquí». Bécquer anotó con velocidad una serie de números que, según le acababan de explicar, eran el lugar exacto desde el que accedieron al PC de Diego. «Misión cumplida —pensó—, espero que a Elena le esté yendo bien».

Apagó el ordenador y comenzó a dar las gracias, saludó a algunos de los agentes allí presentes, a los que ya les resultaba supernormal que el cómico pululase libremente por la comisaría. Cogió de la máquina una repugnante lavativa, a la que llamaban café, y se fue a la sala reuniones de la planta superior. Se sentó frente a la cristalera preocupado por Elena. La había visto entrar en el despacho del comisario como un caballo desbocado. «Si todavía no se oyen gritos es que la cosa debe de ir bien». Fue en ese momento cuando el llanto de una mujer lo sobresaltó, salió de la sala y se acercó a la barandilla que daba a la planta baja, desde allí vio a una mujer de unos sesenta años acompañada de un hombre de más edad, el caballero mantenía la entereza mientras un agente uniformado les daba explicaciones; la mujer, por el contrario, no dejaba de llorar. Bécquer odiaba ir a la comisaría precisamente por no ser el lugar más feliz del mundo. «Entre esto y los hospitales…».

Decidió respetar el dolor de aquella pareja y se giró para volver a la sala.

—Uy, perdón —exclamó—, casi te tiro el café por encima. Menos mal. Habría sido una pena por el uniforme, este café merece acabar en cualquier sitio menos en un estómago. —La broma de Bécquer cayó bien—. ¿Sabes qué pasa ahí abajo? —le preguntó a la uniformada a la que había arrollado.

—¿No te has enterado de lo de Diego Ortega? —Bécquer asintió con la cabeza—. Esos son sus padres. —Cuando el cómico quiso responder, no logró emitir sonido alguno—. No me quiero imaginar el dolor que están pasando. Para una madre, un hijo es lo más grande del mundo.

Bécquer asintió con la cabeza y logró pronunciar con enorme esfuerzo unas pocas palabras.

—Sí, lo más grande.

Al pequeño Antonio le gustaba salir a pasear por el monte de la mano de su abuelo.

—Imos *a apañar castañas —anunció el señor Manuel a su esposa desde la puerta.*

Los domingos por la mañana eran perfectos para eso, a Antoñito no le importaba cargar con la cesta y unos guantes duros para abrir los erizos, solo de pensar en lo ricas que iban a estar se le hacía la boca agua.

—Con un poco de suerte, enganchamos también un gamusino.

El abuelo Manuel seguía manteniendo la fantasía del gamusino por mucho que su nieto le contestase bien lleno de razón:

—Lelo, que ya tengo nueve años, sé que los gamusinos no existen.

Las palabras del pequeño Bécquer no afectaban a las fantasías del señor Manuel, quien aprovechaba cada una de las dudas de su nieto para seguir manteniendo la ilusión.

—Home, desde luego que diciendo esas cosas no te vas a

encontrar nunca a ninguno. Pobres gamusinos, con las ganas que tienen de conocerte.

Al pequeño Bécquer le encantaban las historias fantásticas que su abuelo le contaba, bueno, no todas: otra afición que tenía era contar historias truculentas de fantasmas que asolaban la aldea las noches de invierno.

—Ten cuidado con no creer a tu abuelo, que te va a pasar como a María con la pata.

Antoñito soltó un suspiro exageradamente grande.

—Esa historia es un cuento para asustar bebés.

El abuelo se detuvo de inmediato.

—¿Cómo?, ¡fue en verdad! —exclamó—, le pasó a la hija de una vecina mía.

—Es mentira —replicó, aquello no lo convencía.

—¿Mentira? Yo estaba presente en el cementerio. —Antoñito se puso nervioso—. Esto no te lo he contado nunca —añadió—: vi cómo enterraban al Gregorio y vi cómo la María se llevaba la pierna de madera para poder venderla en el pueblo.

Bécquer adoptó una expresión mezcla de temor y extrañeza.

—Eso no es verdad —repitió mientras su abuelo continuaba.

—… Y cuando la vendió, descubrió que aquel dinero estaba maldito, y cada noche, al intentar dormir, ¿sabes qué escuchaba?

Entre asustado y divertido, el pequeño Bécquer comenzó a gritar con voz fantasmal:

—¡María, dame la pata, que es mía!

Y el señor Manuel explotó en una inmensa carcajada mientras apretaba con cosquillas la barriga de su nieto.

Siguieron caminando, llenando de castañas la cesta que portaba el niño. En la orilla del río se sentaron a descansar un poco, el señor Manuel sacó de su bolsillo dos navajas, una de tamaño mediano y otra pequeñita que puso en la mano de su nieto.

—Vamos a pelar alguna, a ver si están dulces.

Mientras con esfuerzo las iban pelando, Antoñito hizo una pregunta a su abuelo.

—¿Por qué mamá nunca viene con nosotros?

Cada vez que el niño sacaba el tema el señor Manuel buscaba por donde escaparse.

—Bueno, tu madre sabes que trabaja mucho y a veces está muy cansada.

La respuesta no le sirvió de nada al niño.

—Ya, ¿por eso nunca juega conmigo?

El señor Manuel buscó la forma de distraerlo.

—Y qué más da, para eso estoy yo: a ver, ¿a qué quieres jugar?

Pero el niño llevaba algo dentro que estaba luchando por salir.

*—¡*Iso é unha trola*! —gritó Antoñito—.* A nai non quere saber de mín*.*

—No es mentira, mi niño; tu madre sí que quiere saber de ti —insistía el abuelo, pero era consciente de que su nieto era de armas tomar, listo como pocos y, ya a su corta edad, perfectamente conocedor de que algo no estaba bien en su casa.

La madre de Bécquer no lo había tenido fácil, su única obsesión desde el momento casi de tener conciencia había sido salir como fuese de la aldea, no soportaba su vida allí. Quizá por eso le valía casi cualquiera, y de eso hubo quien se aprovechó. Cuando quedó embarazada y su apuesto pretendiente desapareció para siempre, ella quedó marcada como nunca. Apenas había cumplido la mayoría de edad y tenía un niño de soltera. El final de los setenta no eran precisamente una buena época para las mujeres a las que les pasaban cosas como esta. Del niño enseguida se ocuparon los abuelos, bueno, a decir verdad, el abuelo: la abuela de Antonio era de esas mujeres enjutas y de mal carácter que directamente nacieron siendo viejas, una pena. El enfrentamiento que desde entonces tenían la madre con la hija se llevó la infancia de Bécquer por delante. El niño, sin ser culpable de nada, tuvo que aguantar ser el culpable de todo, y su madre era especialista en hacérselo saber.

Antoñito aprendió a convivir con la indiferencia antinatural de quien debía haberlo querido, haberlo defendido y haberlo cuidado, pero no fue así: para su madre, él era la causa de su fracaso, porque

si algo tenía claro esa mujer, era que si él no hubiera nacido su vida habría sido muchísimo mejor.

Bécquer regresó rápidamente a la sala; reconociendo su cobardía, no se vio con fuerzas de bajar a dar consuelo a los padres de Diego. «Eres un flojo —se dijo a sí mismo—, coge fuerzas para cuando salga Elena». Con esta excusa, volvió a ocupar la silla que tan familiar le era confiando en que, cuando saliese la inspectora, tuviesen claro dónde agarrarse.

14
QUÉ HACE UNA CHICA COMO TÚ EN UN SITIO COMO ESTE

—Inspectora Izaguirre —dijo el comisario sin apenas sorprenderse—, precisamente estábamos hablando de usted.

La inspectora fue incapaz de contestar, tantos años después volvían a encontrarse. Leo Cantos, con su imponente figura, se levantó. Era un hombre que rozaba el metro noventa de estatura, con el pelo corto de un negro brillante que llamaba la atención, la tez algo oscura y los rasgos tan marcados que ya en el rostro se veía que su cuerpo no debía tener ni un gramo de grasa. Lucía un traje gris perla de tres piezas, estilo inglés; parecía más un agente secreto del MI6 que cualquier otro tipo de oficial. Por la manera de saludar, quedaba claro que tenía pasado militar.

—Le presento al inspector Leonardo Cantos, pertenece a una unidad especial del Ministerio del Interior encargada de casos, digamos, particulares.

La presentación del comisario no dejaba de ser confusa.

—¿Qué quiere eso decir? —preguntó Elena, casi balbuceando.

—Que cuando la cosa se pone fea entre policías, me toca hacer una visita, y el caso de Diego Ortega es feísimo. —Leo la tendió la mano a la inspectora, quien, dubitativa, optó por devolver el saludo —. Elena, ha pasado mucho tiempo.

El comisario Baltierra observaba la escena con sorpresa.

—Vaya, veo que se conocen.

Antes de que Elena respondiese, Leo Cantos se adelantó.

—Fuimos compañeros un tiempo en el ejército, hace ya mil años.

Elena asintió nerviosa, tratando de nuevo que no se le notase el esfuerzo que estaba haciendo para mantenerse calmada.

Abandonando su silla, el comisario Baltierra se acercó al agente Cantos.

—Como le dije, tiene usted, por parte de esta comisaría, garantizada la colaboración. En cuanto a ti, Elena, me alegro de que hayas venido tan pronto porque precisamente de ti estábamos hablando. Al señor Cantos le gustaría reunirse contigo tanto en cuanto eras la compañera más cercana a Diego Ortega. ¿Te parece bien? —Elena volvió a asentir—. Pues no se hable más, tengo que atender otros asuntos —se despidió, estrechando la mano del agente y haciéndole ver que podía utilizar su despacho para su encuentro con Elena.

En cuanto salió por la puerta, la inspectora Izaguirre lanzó el primer gancho de derecha.

—Espero que no vengas a enterrar lo de Diego porque, si es así, vas a pinchar en hueso.

Cantos sonrió; ahora era él quien estaba nervioso.

—Veo que hay cosas que no han cambiado, la misma Elena desconfiada de siempre.

La noche tenía una pinta pésima. Elena Izaguirre no estaba precisamente de buen humor. «Las malditas guardias», decía entre dientes. Llevaba en el ejército desde los dieciocho años, ya tenía veintinueve y era una militar de élite que afrontaba su último ejercicio en Afganistán, así que le molestaba enormemente tener que pasar la noche en vela como si fuese un soldado raso. Eso le provocaba siempre la risa a uno de sus compañeros más cercanos, Leonardo Cantos. Con algunos años más de experiencia, no muchos, el oficial era toda una estrella en el destacamento: alto, guapo y

valiente, era el típico militar que podría protagonizar una película americana y lo sabía. Elena y Leonardo habían tenido algún roce en esas noches en las que se podían permitir que sonase la música. «Un poco de fiesta es buena para la moral de la tropa», justificaba el comandante ante sus mandos, pero ahora trataban de mantener la distancia entre ellos por motivos estrictamente profesionales.

—Mucho frío —dijo Leo para arrancar la conversación.

—Desde luego, siempre has sido un poeta —respondió Elena, divertida.

Cuando Elena conoció a Leo, le gustó de inmediato, pero, tal y como ella era, decidió mantenerse alejada todo lo posible; sin duda, fue el motivo de que Leo se sintiese a su vez más atraído.

Cantos se sentó a su lado y encendió un cigarrillo; le gustaba aquello de fumar con el pitillo hacia dentro y decir lo de «así no nos ven los aviones». Eso a ella siempre le hacía reír.

—Tengo algo que contarte —anunció Leo—. En dos días regreso a España, me han ofrecido un trabajo que me apetece mucho.

—¿Un curro?

Leo sonrió de inmediato.

—Algo relacionado con esto que hacemos, pero para el Ministerio del Interior.

—No me digas que vas a ser espía —bromeó Elena.

—Bueno, quién sabe —contestó Leo—. Se trata de una unidad nueva, no tengo muy claro qué es, pero puede ser una oportunidad. Estoy cansado de comer arena, llevo desplegado más de diez años.

A Elena su razonamiento le sonaba: le pasaba lo mismo.

—El mal de la década —dijo.

—¿Y tú? ¿No has pensado en volver?

Elena pensó en su padre.

—Llevo tiempo esperando, quiero ingresar en la Policía Nacional.

A Leo se le escapó una carcajada.

—Madre mía, que se preparen los malos. ¿Y por qué no te vienes conmigo?

Elena se ruborizó al instante, aquello insinuaba algo más que las

noches que habían pasado juntos en los últimos meses.

—No me gusta el trabajo de oficina —respondió con seguridad.

—¿No te gusta el trabajo de oficina o no te gusto yo? —Leo dio un paso adelante y rodeó la cintura de Elena con sus brazos.

—No me gustas tú —respondió ella.

Él se acercó a sus labios y comenzaron a besarse como si de repente la guerra en Afganistán hubiese terminado.

Elena y Leo no pactaron nada, pero con una mirada lo pactaron todo: ella sabía que en unos meses volvería a Madrid y que Leo la estaría esperando. En cuanto él pisó la capital, la relación entre ellos, lejos de enfriarse, comenzó a crecer como nunca; era como si todo ese tiempo en el que se quisieron a escondidas se hubiese multiplicado, ya no eran compañeros en el ejército, eran un chico y una chica enamorándose. Todos los días hablaban, la conexión a internet del destacamento era estable y cada noche se ponían al día. Hacia el final de año, Leo se conectó con una noticia para Elena.

—Señorita Izaguirre, tenga usted muy buenas noches.

A Elena le gustaba mucho cuando Leo se ponía solemne. Todavía no se había acostumbrado a verlo vestido con traje, y cada vez que lo tenía en la pantalla del ordenador evitaba suspirar como una quinceañera.

—Buenas noches para usted también —respondió ella.

Leo se puso entonces de pie y abrió la imagen.

—¿Qué te parece?

En ese momento giró el portátil y empezó a enseñarle una vivienda preciosa completamente vacía.

—¿Y eso? —preguntó Elena.

—¡Pues que ya soy propietario!

Leo saltaba de alegría mientras le enseñaba su nueva casa, un coqueto apartamento de unos ochenta metros cuadrados en una zona de nueva construcción a menos de media hora del centro de Madrid. Mientras le iba enseñando a Elena los diferentes espacios se detuvo frente a un armario dentro de la habitación principal.

—Y aquí está lo que más ganas tengo de enseñarte.

Elena miraba con atención sin tener muy claro en qué debía fijarse.

—¿Un armario? —preguntó.

—No, concretamente, tu armario.

—¿Cómo que mi armario? —Elena se puso nerviosa.

Leo volvió a girar el portátil y su rostro apareció en la pantalla.

—Pues que quiero que, cuando regreses a Madrid, te vengas a vivir conmigo.

El inspector Cantos insistía en que quedaba mucho todavía por delante para aclarar qué era lo que había ocurrido esa noche con Diego Ortega.

—Lo primero que hemos pensado es que el inspector Ortega puede haber sido víctima de malas compañías.

Elena torció el morro al instante.

—Veo que no tenéis ni la menor idea de por dónde tirar.

Leo Cantos sacó un iPad de su maletín.

—Yo, si fuera tú, no lo tendría tan claro, mira esto: estuvo removiendo información clasificada, totalmente fuera de sus atribuciones. ¿Por qué? —Elena optó por ignorarlo—. Y no acaba ahí la cosa: hemos recibido una imagen del momento posterior al incidente. —La imagen que Leo le enseñaba era de todo menos nítida: se veía una figura de gran envergadura, probablemente un hombre, subiéndose a un coche diminuto—. Creemos que este es el hombre que atacó a Diego y que lo que lleva en su mano derecha es algo que él le entregó.

La inspectora Izaguirre aumentó la imagen con los dedos.

—Diego no entregó nada, eso es el maletín de su portátil, lo reconocería en cualquier sitio, mira el grabado: es su maletín y te aseguro que no se lo entregó, se lo quitaron.

A Leo la teoría de Elena no le encajaba, pues desmontaba la suya.

—Eso ahora no es relevante, lo que me preocupa es este

hombre: por la envergadura creemos que se trata de un viejo conocido, y, si es él, te aseguro que tenemos un problema. —Elena preguntó de quién se trataba, a lo que él respondió—: Ahora mismo no estoy autorizado a revelarte ciertos detalles, lo que sí te puedo decir es que si se juntaba con esta gente, Ortega no era trigo limpio y me temo que esta comisaría tampoco.

Elena se encaró con Leo.

—No te atrevas a manchar su nombre —dijo amenazante—. Lo que ha pasado esta noche lo van a pagar y te aseguro que tienes dos opciones: o contarme todo lo que sabes de ese hijo de puta, o apartarte de mi camino.

Leo sabía que nada podía detenerla.

—Me temo, Elena, que, si tienes razón, quien ha ido a por Diego es alguien de dentro y la cosa no terminará ahí. —Se puso en pie y cerró las persianas del despacho del comisario—. He de ser sincero contigo: llevamos mucho tiempo trabajando en este asunto y esto no ha sido más que la excusa perfecta para entrar por fin en esta comisaría. —A Elena le estaba costando seguir el relato—. Aquí están pasando muchas cosas, y una de ellas te afecta a ti directamente. —Elena cada vez tenía más claro por dónde estaba yendo Leo, quien continuó con su exposición—. Esta comisaría está podrida desde hace tiempo, durante años se les han permitido cosas inexplicables, pero eso ha cambiado y la investigación está a punto de hacerla saltar por los aires.

Elena se encaró entonces con Leo Cantos.

—¿Y a mí por qué me cuentas esto?

—Te lo cuento porque todo parece indicar que tu padre estaba metido hasta el tuétano.

—A mi padre lo asesinaron —respondió, visiblemente indignada.

—Lo sé —respondió Cantos—, y por eso he venido, porque si alguien puede ayudarme a acabar con esta gente, esa eres tú.

15
SEPARACIÓN

A Bécquer había cosas que le ponían de mal humor de manera inmediata, y una de ellas era no ser el centro de atención. Su estrellato servía para aumentar su ego hasta límites estratosféricos, lo que chocaba frontalmente con la manera que tenía Elena de rebajarlo cuando estaban juntos. A ella se lo permitía, el problema estaba cuando era otra persona la que cometía tal osadía, en este caso, Leo Cantos, un recién llegado dispuesto a cambiarlo todo.

Elena salió del despacho del comisario y, sin mediar palabra, pasó por delante de Bécquer, haciendo un gesto con la mano para que la acompañase. La inspectora apuraba tanto el paso que a él, por momentos, le costaba seguirla.

—¿Pierdes el tren? —le preguntó, casi sin resuello.

Ella no contestó y permaneció en silencio en lo que esperaban la llegada del ascensor. Bécquer entró dentro y se quedó de piedra al ver que Elena no lo acompañaba.

—No me has contado nada, ¿de qué habéis hablado? —se lamentó al entrar en el ascensor mientras ella apretaba, desde fuera, el botón del bajo sin decir palabra alguna. Justo antes de que las puertas se cerrasen y los separaran, Bécquer insistió—. Elena, ¿me puedes decir qué pasa?

La inspectora tomó aire y contestó.

—Lo que ocurra en la comisaría no es asunto de un civil.

Se dio la vuelta y se alejó dejando a Bécquer con la palabra en la boca. El cómico salió de la comisaría sin saber si estaba más enfadado o más decepcionado.

—Que no es asunto de un civil, ¿en serio?, ¿a estas alturas me sale con esto?

Se subió a su coche y se dijo a sí mismo que antes o después Elena le daría una explicación.

El resto del día transcurrió en el más absoluto aburrimiento. Bécquer no entendía qué demonios estaba pasando, eran casi las diez de la noche y ella continuaba sin ponerse en contacto. Cada vez que la llamaba el teléfono salía apagado o desconectado, y plantarse de nuevo en la comisaría no era una opción. Con una mezcla de hartazgo y preocupación, bajó al garaje y cogió uno de sus coches, el más discreto, y puso rumbo a casa de la inspectora. «Aquí está pasando algo».

Al llegar dejó el coche subido a la acera. «Prefiero que me multen a aparcarlo lejos», pensó con su chulería habitual. Subió de dos en dos los peldaños que lo separaban del piso de Elena, y cuando llegó a la puerta, tocó el timbre una, dos y hasta tres veces. Al cabo de un par de interminables minutos, Elena entreabrió la puerta.

—Llevo todo el día tratando de hablar contigo —dijo Bécquer, dejando claro su malestar.

—Ahora no es buen momento.

—¿No me vas a dejar entrar? —preguntó, claramente sorprendido por la actitud de su pareja.

—Te estoy diciendo que ahora no te puedo atender, vete a casa y mañana hablamos.

Y sin más, Elena, visiblemente nerviosa, cerró la puerta en las narices de la estrella. «Esto es inaudito —pensó Bécquer mientras bajaba las escaleras—, ¿qué cojones acaba de pasar?». Su indignación iba en aumento a cada peldaño. «¿Qué le habrá dicho el comisario para que me trate de esta forma?». Esos pensamientos, unidos a su curiosidad característica, no hacían otra cosa que

provocarle cierta angustia. Salió a la calle y respiró hondo. «Todo el barrio huele a curri», pensó mientras se subía al coche.

Elena lo observaba desde la ventana, tras la cortina.

—No se merece esto.

Tras ella, Leo Cantos dijo:

—Es lo mejor que puedes hacer por él. Cuando en su día te pedí que vinieses a trabajar con nosotros, casi te dio la risa e iba muy en serio. Elena, sabemos que eres una inspectora excepcional, pero no entendemos qué haces tirando tu carrera en esa comisaría. Traigo un mensaje de mis superiores: queremos que formes parte de la investigación.

Elena volvió a sentarse en el sofá. Leo Cantos desplegaba todo su encanto y su pose de gran agente explicando con detalle la información de la que disponía.

—Esto que te voy a revelar forma parte de una operación clasificada del Ministerio del Interior, solamente somos tres agentes los que formamos parte y tú serías la cuarta.

—¿Por qué yo? —Elena miró a Cantos fijamente.

—Porque estás dentro de Tudescos, tienes acceso directo a Baltierra, eras la compañera de Ortega y llevas años intentando esclarecer la muerte de tu padre; si a eso le sumas que tu currículum es magnífico, ahí tienes tu respuesta.

Elena no era susceptible a los elogios.

—Si voy a formar parte, quiero saberlo todo. —Cantos asintió—. Y una cosa más: si encuentro al asesino de mi padre, quiero ser yo quien lo detenga. ¿Está claro?

—Tienes mi palabra —dijo mientras le tendía la mano con un gesto algo pomposo.

Elena se mostró dubitativa, llevaba demasiado tiempo buscando respuestas y tal vez se acababa de presentar la oportunidad definitiva.

—¿Y Bécquer? —preguntó, temiendo la respuesta.

—Lo único que vas a conseguir es que le hagan daño, ya has visto lo que le ha ocurrido a Ortega. Esto no es un juego, no

podemos ponerlo en peligro. Si decides participar, debe quedarse totalmente fuera.

—Cuéntame qué sabes. —Una vez más, Elena estuvo dispuesta a sacrificarlo todo por obtener respuestas.

—Creemos que la red lleva trabajando casi tres décadas.

—¿Y en ese tiempo no habéis hecho nada? Magníficos profesionales. —El reproche de Elena tenía todo el sentido.

—No es tan sencillo —matizó Cantos—. Cuando empezaron los trapicheos, se hizo la vista gorda: eran la manera de conseguir confidentes e información sensible para ir a por los malos. El problema es que, con el tiempo, se ha convertido en una red de corrupción casi incontrolable.

—¿Incontrolable? ¿En serio me lo dices? —La revelación a Elena no la consolaba en absoluto. Leo suspiró.

—Salpica a comisarios, delegados del Gobierno e incluso ministros. Con tal de evitar un escándalo nacional, se ha tapado mientras su actividad se reducía.

—Caray, qué gran trabajo, ¿no os han dado una medalla? —Elena no pudo reprimir el sarcasmo.

Cantos continuó armado de paciencia; a fin de cuentas, tenía claro con quién estaba tratando.

—Para el Estado, la relación entre beneficio y perjuicio es clara: se permiten ciertas cosas con tal de evitar males mayores.

A Elena los eufemismos de funcionario la ponían de los nervios.

—¿Y qué ha cambiado para que ahora queráis ponerle fin?

Leo cogió la mano con una condescendencia insultante.

—No queremos ponerle fin, lo que queremos es que vuelvan a ser beneficiosos.

Elena rechazó su mano con brusquedad.

—Pues conmigo no cuentes para semejante saco de mierda. —Se levantó y señaló la puerta.

—No seas así —replicó Cantos—, siéntate, por favor.

No estaba dispuesta a aceptar según qué cosas, pero optó por tomar asiento de nuevo.

—¿Y entonces? ¿Qué es lo que quieres?

Leo era perfectamente consciente de que lo que iba a responder le acarrearía muchos problemas en el futuro.

—Quiero que caiga el grupo entero, pero, como te he dicho, voy a necesitar tu ayuda.

Bécquer movió el coche apenas cincuenta metros desde el portal de Elena. «No me da la gana —pensó—, con todo lo que hemos pasado, ¿y ahora esto?». Aprovechando que la calle estaba prácticamente desierta, caminó hasta un pequeño bar casi en frente de la casa, se sentó a la mesa más cercana a la ventana y pidió un pincho de tortilla, que, por supuesto, no se iba a comer, y una cerveza que apuró en dos tragos. «¿Qué tramas, Elena? ¿Qué tramas?».

La inspectora estaba en una situación realmente incómoda. Las piezas del rompecabezas que para ella era la muerte de su padre comenzaban a encajar, y no era más que el principio. Realmente, Leo y su gente habían hecho los deberes. Según los documentos de los que disponía, la trama corrupta se remontaba hasta mediados de los años ochenta, cuando los policías en el ajo campaban a sus anchas: trapicheos, robos, palizas… Lo que les daba la gana y sin límite alguno. La cosa se había relajado en los últimos quince años, pero hasta entonces…

—La mayoría de los delitos han prescrito —se lamentó Leo—, por no hablar de los protagonistas: de aquella época apenas queda ninguno. —Elena pensó inmediatamente en el doctor Castillo, en Luis Puente y, sobre todo, en su propio padre—. Pero hay dos personas que son una parte fundamental —añadió—: el comisario Baltierra y Serrano, también conocido como «el Gigante».

—¿Y por qué no los habéis detenido? —La pregunta era evidente, a Elena todo aquello no le cabía en la cabeza.

—No es tan fácil.

—¿No es tan fácil? —La indignación de la inspectora se hizo

visible de nuevo—. Me dices que tienes una foto de ese hijo de puta justo en el lugar en el que acaban de asaltar a mi compañero y me dices que no es tan fácil. ¿Te estás quedando conmigo?

—El objetivo no es coger a estos dos, no dejan de ser peces chicos, yo quiero al pez grande.

Bécquer llevaba ya tres cervezas cuando por fin hubo movimiento en el portal de Elena: un hombre alto y realmente atractivo abandonaba el edificio. «Demasiado bien vestido para ser un vecino cualquiera», pensó mientras lo fotografiaba con su móvil. «Imagino que Elena no tendrá ahora inconveniente alguno en verme», y marcó de nuevo su número de teléfono. Esa vez al menos tuvo el detalle de contestar.

—¿Me vas a decir de una vez qué está pasando? —Ella no respondió—. No entiendo por qué no me has dejado entrar, lo de Diego es algo espantoso, pero ¿tratarme así?

—No todo gira en torno a ti, ¿no crees?

La respuesta de Elena fue hiriente. Bécquer cada vez estaba más enfadado.

—¿Por qué no me has dejado entrar en tu casa? ¿Quién estaba contigo?

La inspectora Izaguirre sabía que el cómico no era precisamente ingenuo. Llegado el momento, le contaría la verdad, pero ahora tenía que protegerlo.

—Estoy sola; simplemente, necesito estar tranquila.

Que Elena le mintiese era algo nuevo. Es cierto que cuando se conocieron, se mintieron casi de mañera constante, pero ya llevaban tiempo suficiente juntos como para no caer en la desconfianza. A Bécquer le estaba doliendo en el alma.

—De acuerdo —respondió—, mañana vengo a desayunar y hablamos tranquilamente.

Lo que Elena decidió responder pilló a Bécquer completamente por sorpresa.

—Necesito unos días, no me llames ni vengas a buscarme; si te

necesito, ya te llamo yo.

Elena colgó la llamada.

Bécquer guardó el teléfono en el bolsillo visiblemente afectado, tanto que el camarero que le había servido las cervezas quiso sumarse a la conversación.

—Mujeres, ¿verdad? No hay quien las entienda.

Bécquer dejó veinte euros sobre la mesa y apostilló:

—Y a esta especialmente.

Salió del local y, ya sentado en el coche, volvió a mirar la foto del desconocido que salía del edificio de Elena. «¿Quién demonios eres?», se preguntó.

16
TEN CUIDADO, ELENA

El comisario Baltierra disimulaba su incomodidad con una perfección digna del mejor de los actores. Llevaba muchos años viviendo una vida doble. «Si logré engañar al amor de mi vida, los demás me importan poco», pensaba. Apoyado en la barandilla del piso superior, observaba el frenesí diario de la comisaría de Tudescos y reflexionaba sobre cómo los acontecimientos habían sobrevenido de una manera que nunca fue capaz de controlar. Cuando era joven, el problema fue su padre, y con el tiempo se acostumbró a encontrar cualquier excusa que le permitiese justificar sus acciones. El único consuelo que parecía quedarle era que, en la última década, había logrado que no se derramase sangre, algo que se acababa de derrumbar con lo de Diego Ortega.

Acebedo estrechó con fuerza la mano del nuevo comisario, había llegado por fin el momento de cobrar el premio gordo. Lo cierto es que a muchos les había extrañado la noticia, la frase que más sonaba en la comisaría era «no teníamos ni idea de que Acebedo anduviese metido en política», sobre todo porque si algo le había granjeado fama era su costumbre de ser el primero en entrar y el último en salir, y la noticia de semejante nombramiento había llegado prácticamente de un día para otro.

—Te quedas con todo atado y bien atado, ya sabes lo que tienes que hacer. Si no tocas los cojones a quien no debes, en unos años te puedes venir conmigo.

Acebedo llevaba años creciendo en la organización y, una vez más, se había respetado el escalafón. Ahora le tocaba ser el número uno desde un lugar que le garantizase completa inmunidad. La organización había planificado su salida desde hacía un año. Lo primero que hizo fue vender su casa e instalarse con su esposa en un piso de alquiler. «Hay que aprovechar el bum inmobiliario», le decía a su entorno para justificar la operación. Lo siguiente fue «colocar» a su hija: «La niña es lista y aquí en España la cosa está difícil, le ha salido una oportunidad fuera y la tiene que aprovechar». Con esta parca explicación, solía evitar de un plumazo las preguntas incómodas. Su hija nunca sabría que esa «oportunidad» laboral en Suecia tenía más que ver con los pagos a cuenta de su padre que con su, por otro lado, excelente currículum.

—Cuando te llegue el momento, haz lo mismo que yo —le recomendó Acebedo a su sucesor—. La pasta ya la tengo colocada y no me van a poder tocar un pelo; recuerda que aquí, si eres listo, puedes subir hasta el puto cielo si así lo deseas. Quién me iba a decir a mí que iba a comenzar una carrera diplomática; ahora, a viajar y a seguir dirigiendo el cotarro, pero desde la playa. La pena es que me tengo que llevar a mi mujer conmigo.

Terminó su explicación con una carcajada que retumbó en las paredes del despacho.

Baltierra estaba atormentado desde que recibiese la noticia. Lo más habitual cuando surgían ese tipo de problemas era destinar al susodicho a otra comisaría, buscar la manera de suspenderlo de empleo… Siempre se las ingeniaba para que no fuese necesario llegar a más.

Y esa violencia innecesaria había provocado la aparición de Leo Cantos; eso sí que era un problema enorme. Durante años había

logrado esquivar cualquier atisbo de investigación sobre su comisaría o su persona; normalmente no solían llegar a nada porque tenían suficiente influencia para cortar las pesquisas de raíz, pero esta vez era distinto: Leo Cantos formaba parte de un grupo de reciente creación en el que Baltierra carecía de influencia, y era, además, un antiguo compañero de Elena Izaguirre, y ella era un caso aparte…

Regresó a su despacho, abrió el cajón de su escritorio con una llave que llevaba en el bolsillo y sacó un pequeño teléfono móvil de prepago, irrastreable. Dudó si marcar o no el número de aquel malnacido; «Valiente hijo de puta», pensó el comisario mientras, prácticamente derrotado, escuchaba sonar el tono de llamada.

—Tenemos un problema y de los gordos. —Había decidido dejarse de rodeos—. Por la puerta ha aparecido un tal Leo Cantos, ¿sabes de quién estoy hablando?

—Lo sé de sobra, hay un nuevo grupito de superpolis que se creen lo mejor del mundo, pero no van a llegar a ningún sitio. Nunca llegan.

—¿Nunca llegan? —replicó Baltierra, intranquilo—. Si no hubieses ido a por Diego, ahora no estaríamos en estas, ¿no te das cuenta? —Los nervios del comisario no dejaban de crecer.

—Calma, no tendremos problemas; husmeará un rato, y cuando vea que no hay nada, se irá por donde vino. El problema es otro.

Baltierra suspiró.

—¿Otro más? Sorpréndeme.

—Elena Izaguirre. Lleva años metiendo el hocico y se está acercando demasiado. Ella es el mayor problema que tenemos.

Baltierra comenzó a sudar.

—Elena está controlada, desde que entró aquí no he tenido complicaciones. Ya sé que pidió esta comisaría para investigar la muerte de su padre, pero nunca ha logrado avanzar, está todo atado.

Serrano ignoró el comentario, tenía claro cuál era su objetivo.

—Verás, comisario: Izaguirre siempre ha sido un dolor de muelas, y cuando una muela está podrida, la única solución es

arrancarla.

El comisario se removió en la silla.

—Escucha bien lo que te voy a decir: ni se te ocurra acercarte a ella.

La carcajada del Gigante sonó con fuerza.

—Relájate, que no tienes edad para sobresaltos, y escúchame, que tengo una sorpresa que darte. —Baltierra sabía que ese anuncio no iba a traer nada bueno—. Vas a liderar una operación antidroga que acabará con dos lugartenientes de los Conejo detenidos; a lo mejor hasta te llevas una medalla.

—¿Qué mierda es eso? —Baltierra no daba crédito a lo que estaba escuchando.

—Pues uno que sabe hacer los deberes. Ya no tengo edad para ir bateando cabezas todas las noches. Esto será más fino; en un rato recibirás una llamada del Ministerio del Interior: el gran comisario Baltierra será el encargado de destinar un equipo para interceptar una entrega de droga en Las Barranquillas; sin duda, será el gran colofón a tu carrera. —A Baltierra no le gustaba por dónde estaba transcurriendo la conversación—. El gran comisario y su última gran misión. —Baltierra tragó saliva y preguntó:

—¿Por qué la última?

Aquel repugnante ser paladeó cada palabra de su respuesta.

—Porque vas a interceptar un alijo enorme y además vas a detener a dos de los cabecillas de la banda, la pena es que en una operación de tal magnitud siempre hay bajas, y por eso, cuando ocurra, anunciarás tu jubilación. Hay que dejar paso a las nuevas generaciones.

Baltierra formuló entonces una pregunta de la que temía la respuesta.

—¿Qué bajas?

—Lamentablemente, la inspectora Elena Izaguirre: una pena que una policía tan magnífica caiga en noble acto de servicio, pero oye, no me negarás que es un gran final, tendrá incluso un homenaje, algo fantástico, ya lo verás.

Baltierra no era capaz de acomodarse en su asiento.

—Eso es una locura, no lo puedo permi…

—Tú no tienes nada que decir —lo interrumpió Serrano—. Hace muchos años que perdiste la ocasión de desobedecer: vas a montar el operativo y ahí se acaba. Tú decides si quieres irte a tu casa a disfrutar del dinero o salir de la comisaría en una caja de pino. —La amenaza cayó en saco roto.

—Me da igual lo que me digas: con Cantos por aquí, eso no puede salir bien.

Ante el firme tono de Baltierra el Gigante subió la apuesta.

—Parece que hay algo que no acabas de entender: con Elena fuera, todo se acaba y Cantos volverá por donde ha venido. Quizá sea mejor opción que caiga junto a su madre: ¿eso te gustaría más? Se me ocurre, por ejemplo, que las arrolle un camión en la M-30, cosas que pasan, un transportista despistado y la mala suerte. ¿Sabías que Elena recoge a su madre el primer domingo de cada mes y van a ponerle flores a su padre? ¿No te parece un buen final para la familia Izaguirre?

La llamada terminó y dejó a Baltierra completamente hundido. «¿En qué te has convertido? —se preguntó mientras sostenía la fotografía de la que fuera su esposa—. Primero Diego y ahora Elena». La reflexión se vio interrumpida cuando sonó la línea interna del teléfono de su despacho.

—Señor comisario, tiene una llamada de Interior.

Baltierra dio orden de que se la pasasen: tenía que montar un operativo que daría por terminada su carrera y la vida de Elena Izaguirre.

17
RARO

Bécquer llevaba ocho días enteros encerrado en su casa a cal y canto. El motivo no era otro que la pena que lo embargaba porque Elena no respondía a ninguno de sus mensajes o llamadas. La última vez había sido hacía casi dos semanas, con un escueto «cuando pueda te llamaré, hasta entonces ni me llames ni me escribas». Y aquello había caído sobre el cómico como una losa gigante.

Ataviado con una bata sobre un pijama que no se había quitado hace tiempo, Bécquer lucía un aspecto claramente desmejorado. Sin afeitar y con el carácter más agrio que nunca, pegó una voz dirigida a la cocina exigiendo que le preparasen más café. «Esto es una mierda», refunfuñaba mientras volvía a su dormitorio. Sus quejas se vieron interrumpidas por el anuncio de que Lucía, su hija, acababa de llamar al timbre.

Sin ánimo de recibir a nadie, bajó al salón principal y se la encontró de frente. Nadie diría que la poderosa mujer que tenía delante había pasado por el trauma de un secuestro meses atrás; se la veía radiante, más guapa que nunca. Se había plantado en casa de su padre vistiendo un traje de chaqueta de lino celeste sencillamente espectacular.

—Guapa como tu padre y lista como tu madre, la verdad es que la combinación te ha salido perfecta.

Bécquer siempre tenía una frase amable para su hija sin importar

lo mal que pudiera estar. Cada uno de los días que estuvieron separados seguían teniendo el regusto amargo de un mal recuerdo. Desde que por fin se reconciliasen, Lucía se había convertido en una de sus mejores amigas, había descubierto en aquella mujer de apenas diecinueve años una madurez e inteligencia que, sin duda, lo mantenían bien centrado.

Lucía abrazó a su padre.

—Hueles fatal. —Esa frase sustituyó al «buenas tardes»—. Ya va siendo hora de que espabiles. —Lucía dejó su bolso en una silla y se sentó en un fantástico sillón de piel blanca—. A ver, cuéntame: ¿qué le has hecho a Elena? —La hija de Bécquer se encaró con su padre sin rodeo alguno.

—¿Yo?, hija por favor, ¿no me conoces? —Se arrepintió de la pregunta al terminar de formularla.

—Precisamente por eso —respondió Lucía— me cuesta creer que no hayas hecho alguna de las tuyas, no sé, ¿una amiga nueva?

Él optó por no indignarse; a fin de cuentas, se había ganado la fama con creces.

—Pues no, en este caso no es culpa mía: de un momento para otro me ha dejado de lado, me ha hecho *hosting*.

Lucía no pudo reprimir una sonora carcajada.

—Querrás decir *ghosting*.

—Llámalo como quieras —Bécquer cambió el tono—. No me hace puto caso, así, en román paladino.

Lucía se levantó, era la primera vez que veía a su padre tan afectado por lo que parecía una ruptura sentimental.

—No entiendo —se lamentó el artista—, con todo lo que hemos pasado juntos y ahora de repente me deja de lado y sin explicación alguna.

Para Lucía todo debía tener siempre una explicación racional, si algo había aprendido conviviendo con el desastre emocional que tenía por padre, era que había que pisar tierra y razonar despacio: era la única forma de que Bécquer se centrase mínimamente.

—Vamos a ver, dices que ha ido de repente, ¿en qué andabais

metidos?

Bécquer ocupó el sillón que acababa de dejar libre su hija.

—Llevamos semanas dando vueltas como idiotas en un tema que no avanza.

Lucía sabía a la perfección de qué hablaba su padre.

—El asesinato de Antonio, ¿cierto?

Bécquer suspiró.

—Sí, me vine arriba y realmente creí que podíamos descifrar el misterio, pero solo hemos conseguido un puñetero lío de información: un médico muerto, otro desaparecido, por no hablar de Diego… Un callejón sin salida. Creo que Elena me culpa.

A Lucía todo aquello no le parecía tan relevante.

—No creo que sea por eso, lleva toda la vida sin respuestas, ¿por qué le iba a afectar ahora?

—A ver, a lo mejor es otra cosa. —Al cómico la respuesta de su hija le hizo reflexionar. Lucía arqueó una ceja.

—¿En qué piensas?

Bécquer le pidió a su hija que se acercase para no levantar la voz.

—Que fueran a por Diego para Elena ha sido devastador, creo que me culpa por ello. Y si eso es así…, mal final tiene la cosa. —Lucía nunca había visto antes tan vulnerable a su padre, quien continuó con el relato—. Ella ya estaba a otra cosa y yo la envenené, nos pusimos a husmear y mira cómo ha acabado. —Los ojos de Bécquer se empañaron—. Todo lo que toco lo estropeo, lo mismo hice con tu madre, contigo…

Lucía abrazó a su padre.

—No digas eso, solo querías ayudarla.

Pasaron unos minutos y Bécquer logró recomponerse en lo que por fin traían el café que tanto reclamaba. Más tranquilo, continuó hablando con Lucía, tratando de encontrar alguna explicación a la conducta de la inspectora.

—De todo lo que hemos averiguado, el único avance es el de la doctora Castillo, hasta tuve que ponerme bótox para sonsacarle

información.

—Lo sabía, ya decía yo que tenías las cejas como Zapatero.

Bécquer lanzó una servilleta a la cara de su hija.

—¡Respeta a tu padre!

Lucía, entre risas, tenía clara su conclusión.

—Papá, si me lo permites, te diré lo que yo haría en tu lugar: lo primero, ve a ver a esa doctora de nuevo, si de verdad crees que su padre está metido en esto, confróntala, ¿qué tienes que perder? —Bécquer asintió: lejos de parecerle una locura, le sonó bien—. Y, en segundo lugar, ¿qué haces cuando no te atreves a preguntarme algo?

—¿Preguntarle a tu madre? —El cómico entendió perfectamente por dónde iba su hija. Lucía sonrió ante la respuesta de su padre.

—Hala, pues ya tienes deberes.

Y él, sintiéndose el hombre más afortunado del planeta, reaccionó enseguida.

—Me voy ahora mismo —dijo poniéndose de pie.

—Primero la ducha, por favor.

Bécquer se detuvo, y con un giro digno de la mejor diva del teatro, cambió la trayectoria y comenzó a correr escaleras arriba. «Lucía tiene toda la razón —pensó—, me voy a encargar de descubrir quién está detrás de todo esto».

Cuarenta y cinco minutos después otra persona bajaba las escaleras, ataviada con un *blazer* de cuadros azules cosido a mano por Félix Ramiro, el mejor sastre de Madrid, y una espectacular camisa blanca a juego con los pantalones vaqueros y los mocasines, el cómico parecía haber renacido. Lucía no dudó en hacérselo saber.

—Así sí, ese es el Bécquer que todos queremos ver. ¿Cuál es el plan?

Él adoptó la más interesante de sus poses para conquistar a su hija.

—Si usted me acompaña, vamos a ver al enemigo natural del hombre: la suegra.

Lucía torció el morro ante la enésima broma machista de padre,

pero aceptó acompañarlo.

—Voy contigo, que igual la lías todavía más.

Bécquer disfrutaba muchísimo de la compañía de Lucía, sacó del garaje un Mercedes biplaza que tenía para cuando le apetecía vacilar.

—Mamá siempre ha odiado este coche —dijo Lucía antes de subirse.

—Es un coche de divorciado, normal que no le guste.

Con este comentario del cómico, salieron de la propiedad rumbo al centro de Madrid.

Carmen vivía eternamente preocupada por su hija Elena. «Es la que más me necesita», solía repetirse, y razón no le faltaba. Daba igual que fuese la más fuerte e independiente, al menos en apariencia, porque a la hora de la verdad ella sabía que su pobre niña vagaba sin rumbo. Sus hermanos, en cambio, estaban mucho más centrados: el mayor en Valencia con su mujer y sus hijos, y el mediano establecido en Santo Domingo con el novio que más le había durado. Elena… Elena era harina de otro costal.

Estaba sentada en el sofá del salón ojeando de nuevo una de esas revistas del corazón que tanto la entretenían. «En esta qué guapa sale la niña, Bécquer mayor, pero ella guapísima». Su pensamiento se vio interrumpido por tres golpes suaves en la puerta.

—¿Quién es? —preguntó.

—Tu estrella favorita de la tele —respondió Bécquer guiñándole un ojo a Lucía.

—¿Jorge Javier? —respondió abriendo la puerta.

—Te tendrás que conformar conmigo.

Carmen abrazó a Bécquer con genuino cariño y con más amor todavía a Lucía.

—Qué alegría de visita, ¿a qué debo el honor?

Antes de que el cómico pudiese meter la pata, Lucía tomó las

riendas de la conversación.

—Hemos quedado para comer aquí cerca y le he pedido a mi padre que subiéramos a verte, hacía tiempo ya de la última vez.

A Carmen aquellas palabras le llegaron al corazón.

—Qué maravilla de hija tienes, Bécquer. Sentaos, que os pongo un café.

Entraron al salón y se sentaron alrededor de la mesa de comedor. En unos minutos ya estaban todos charlando amigablemente mientras el cómico devoraba pastas danesas como si fuese la primera vez que las tenía delante.

Carmen dio un sorbo a su enorme café con leche.

—Me alegro mucho de que estés aquí, justo ayer me dijo Elena que llevas dos semanas entre viajes y grabaciones que no se te ve el pelo.

Bécquer miró a Lucía sintiendo como las mejillas comenzaban a arderle.

—Sí, mucho lío últimamente. Pero siempre hay hueco para un buen café con pastas.

Que Elena le mintiese a su madre no es que resultase extraño, es que era del todo indecente.

Carmen estaba tan encantada con la visita que tenía la verborrea desatada.

—Tu padre es estupendo, ya sé que te lo dirán todo el rato, pero yo te lo digo de verdad. Pero tú eres todavía mejor. —Carmen concluyó el piropo completamente satisfecha.

—¿Cómo era Elena de pequeña? —le preguntó Lucía con la clara intención de seguir indagando.

—Ufff, era tremenda, mira… —La mujer se levantó entonces y le pidió a Lucía que la acompañase al sofá. De la parte inferior de una mesa de centro sacó un enorme álbum de fotos—. Aquí está con su padre, siempre pegadita a él. —Bajó un poco el tono, dejando que la melancolía apareciese—. Tú tienes la suerte de tener al tuyo. —A Bécquer siempre le dolía la pena que aquella familia tan bonita transmitía desde que asesinasen a Antonio Izaguirre—. Se llamaba

Antonio, como tu padre.

Lucía sonrió ante las palabras de Carmen.

—No lo digas muy alto, que se mosquea.

Bécquer aprovechó la mención para sentarse al lado de Lucía.

—¿Enfadarme yo por el nombre? Imposible.

Carmen continuó pasando páginas hasta que apareció Elena de uniforme.

—Con dieciocho años se me fue al ejército, yo creo que salió huyendo de aquí, lo de su padre la marcó para siempre. Mirad qué pintas tenía.

Siguió pasando páginas hasta que una imagen concreta llamó la atención de Bécquer: en la fotografía se veía a Elena acompañada de un hombre cuyo rostro le resultaba familiar, ambos posaban delante de un carro de combate. Discretamente, cogió el móvil y repasó las fotos que le había hecho al hombre que salía del portal de Elena. Con un leve codazo, Lucía entendió lo que tenía que preguntar.

—Y este, ¿quién es?

Carmen estaba tan a gusto que contestó con picardía.

—Uy, igual se pone celoso tu padre.

—¿Celoso yo? —respondió él, tratando de disimular una incipiente ansiedad.

—Leonardo Cantos fue el último novio que tuvo, nunca me dijo que pasó ni por qué se dejaron, así es ella, y eso que era bien guapo e incluso llegaron a vivir juntos. —Bécquer se desmoronó—. Espero no haber metido la pata —dijo Carmen.

—Que va, todos hemos tenido vida, y la de Elena ha sido intensa, si te contara yo la mía… —El cómico salió rápido al quite. Entonces intervino Lucía.

—Mejor no la cuentes, que queremos pasar una tarde tranquila.

Disimulando como buenamente pudo, Bécquer se excusó con una visita al cuarto de baño mientras notaba cómo los nervios se le enganchaban al estómago. Apoyado en el lavabo, se lavó la cara con agua fría y se miró en el espejo. «Serás idiota… El gran seductor… y

te dejan por un exnovio». Se secó la cara y volvió al salón para despedirse. Cuando en la puerta le dio dos besos a Carmen, por la cabeza le pasó la idea de que quizá fuesen los últimos.

El trayecto a casa Bécquer lo hizo en silencio, Lucía rápidamente entendió que algo acababa de pasar.

—Papá, ¿estás bien? —dijo poniendo una mano sobre la de su padre.

—Mejor que nunca.

—¿Seguro? —insistió Lucía—, te veo muy pensativo.

Bécquer sabía que a su hija era difícil engañarla, así que, aprovechando que eran dos los frentes abiertos, respondió:

—Ya sé cómo voy a encontrar al doctor Castillo.

18
CONEJO BLANCO, CONEJO NEGRO

Elena había dejado de sonreír, lo vivido en las últimas semanas había conseguido que regresara el comportamiento huraño y esquivo que tanto rechazo provocaba en la comisaría. Desde que llegase, no había sido capaz de hacer un solo amigo, su carácter distante y sus frases cortantes expulsaban a cualquiera de su lado. Solamente Diego Ortega había sido capaz de romper esa coraza y encontrar en ella lo más parecido a una buena amiga.

Cuando parecía imposible, llegó entonces Bécquer y, como Diego solía decir para hacerla enfadar: «Cupido se encargó del resto». Elena parecía otra, volvía a ser divertida, atenta y sorprendentemente cariñosa. Pero la luna de miel había durado poco.

Llevaba días sin dormir, obsesionada con su nueva labor. Por primera vez desde hacía años, sabía qué era exactamente lo que tenía que hacer. Lo más difícil había sido apartar a Bécquer de su vida. «Lo entenderá cuando le pueda contar la verdad», se decía a sí misma para tranquilizarse.

Con sumo cuidado, cogió un pequeño jarrón de la mesilla de noche que había al lado de la cama: «Sé quién ha enviado estas flores blancas tan bonitas». En el lavabo del pequeño cuarto de baño vació el agua y con mimo lo rellenó de nuevo. Devolvió el jarrón a su sitio y se sentó en aquella silla incomodísima. Cogió despacio su

mano derecha, con leves caricias susurró lo mismo que llevaba susurrando las últimas diez noches.

—Voy a encontrarlo y pagará por lo que hizo.

Elena se incorporó y besó con dulzura la frente de Diego. El momento fue interrumpido por una enfermera.

—Buenas noches, inspectora, ¿hoy también va a dormir aquí? —Elena asintió con la cabeza—. Pues si sigue en esa silla, la próxima en ingresar será usted. Su amigo está bien cuidado, ya sabe que esto puede llevar mucho tiempo, sería mejor que fuese a descansar a su casa.

Elena rechazó con sequedad la sugerencia, estaba convencida de que antes o después Diego se despertaría del coma y en ese momento quería estar a su lado. Lo que le atormentaba era no saber cuándo se produciría tal cosa, y lo que más miedo le daba era en qué estado se iba a encontrar su mejor amigo.

Cuando la enfermera salió despidiéndose, Elena comenzó a contarle a Diego el día a día de la comisaría. Como eran lo que más le gustaba, comenzó por los chismes.

—Te traigo cotilleo fresco: Ana de Contabilidad tiene un lío con el agente López. Si con esto no te despiertas, yo ya no sé… —Le costaba hacer bromas, pero no podía evitar sonreír imaginando la cara de Diego cuando supiera del romance. La mirada de Elena se dirigió de nuevo a las rosas blancas—. Frescas cada día, ¿las trae él personalmente? Seguro que sí, Bécquer te quiere mucho, está como loco por que te despiertes y sigáis con vuestras cosas. Tienes que hacer un esfuerzo, Diego; tengo ahora un operativo en el que sin duda brillarías, una de esas operaciones encubiertas que tanto te gustan, mira… —Le hablaba como si realmente la estuviese escuchando—. Vamos a trincar a los Conejo, si te despiertas, igual estás a tiempo de venirte, verás —dijo la inspectora mientras le enseñaba los documentos de la operación—. Los Conejo van a hacer una entrega de droga en el polígono Rondón mañana a las once de la noche y los compradores somos nosotros; hay tres comisarías metidas y se está llevando con un secretismo absoluto. Como estás

de baja, me va a tocar a mí ponerme el disfraz. Mira esto, ¿qué te parece?: «Natali Romero». Seré una narcotraficante colombiana, ¿cómo te quedas? En cuanto dé la señal, el operativo entra a saco y todos detenidos; lo mejor es que vamos a trincar al clan entero. —Elena cerró la carpeta sintiendo que la pena volvía a aparecer, miró a Diego y nuevamente volvió a besarle la frente—. Voy a hacer caso a la enfermera, que lo de mañana va a ser duro y necesito descansar. Cuando pase todo, regreso y te cuento.

Elena recogió sus cosas, se puso la mochila al hombro y salió de la habitación cerrando la puerta tras de sí. Recorrió el pasillo y subió al ascensor. Cuando llegó a la entrada principal, el corazón le dio un vuelco, ya que justo entrando por la puerta se encontraban Bécquer y Lucía.

«Se vienen curvas —pensó Lucía al reconocer a Elena—; a ver si consigo que papá no la vea». Y le ofreció a su padre hacer una parada en la cafetería antes de subir.

—Yo a estas horas no quiero café, que me desvelo —respondió Bécquer—; además, serán solo unos minutos, solo quiero cambiarle el agua a las flores y ver cómo está Diego.

Lucía estuvo a punto de agarrar el brazo de su padre para evitar lo inevitable, pero, como era de esperar, fue imposible. Cuando Bécquer se dio la vuelta, la vio, con su pantalón vaquero y su Perfecto negra estaba preciosa. «Como siempre», pensó el cómico. Consciente de que Elena estaba tratando de evitar el encuentro, dio un paso adelante.

—Elena —dijo alzando la voz.

«Mierda», pensó la inspectora Izaguirre. Se detuvo en seco y se giró. Evitando la mirada de Bécquer, se dirigió directamente a los brazos de Lucía y, con una enorme incomodidad, le dio dos besos.

—Hola, Lucía —dijo entre dientes—. Hola, Bécquer.

Al cómico volver a tenerla delante lo sacudía.

—Inspectora Izaguirre. Buenas noches. —Era incapaz de controlar los comportamientos infantiles que a veces le brotaban—. ¿Qué tal está su compañero? ¿Alguna novedad?

—Sigue igual, señor Bécquer —respondió. Que la tratara de usted la sacaba de sus casillas.

Lucía puso los ojos en blanco, un gesto perfecto para que tanto su padre como Elena se diesen cuenta de que estaban haciendo el idiota.

—¿Que os parece si mañana cenamos juntos los tres? —sugirió Lucía con el único objetivo de ver el mundo arder.

La cara de sorpresa de Elena fue instantánea. En lo que la inspectora trataba de encontrar palabras en lengua castellana con las que poder comunicarse, Bécquer se adelantó.

—Tendría que despejar la agenda, pero podría hacer un esfuerzo.

Elena por el contrario sabía que no iba a poder ser.

—Mañana imposible, tengo un compromiso.

—¿Compromiso? De trabajo o personal. —Elena aceptó el envite.

—En cualquiera de los dos casos, no es de tu incumbencia.

Bécquer suspiró.

—Entonces debe de ser personal, últimamente parece que estás retomando viejas amistades.

Aquello a Elena le sentó como un tiro, no era la primera vez que se ponía celoso, pero en este caso, ¿cómo demonios sabía quién era Leo?

—Lo que haga con mi tiempo no es asunto tuyo —respondió con brusquedad.

—A lo mejor empiezo yo también a disfrutar del mío —replicó el artista—, que no te has dignado a darme una mínima explicación.

La conversación empezó a subir de tono hasta el punto de que para Lucía era como vivir de nuevo el final del matrimonio de sus padres.

—¡Chicos, por favor! —exclamó—, que os está mirando todo el mundo.

Bécquer miró a los lados y observó cómo incluso algún furtivo teléfono móvil estaba pendiente de la escena.

—Voy a subir a ver a Diego; te veo arriba —le dijo a su hija, y con las mismas, y sin mirar a Elena, se marchó hacia al ascensor.

Las dos mujeres más importantes de la vida de Bécquer se quedaron entonces solas y en silencio.

—Tienes a mi padre destrozado —le dijo Lucía con pesar—, sobre todo, porque no entiende qué ha hecho mal.

Elena suspiró, ojalá pudiera decirle la verdad. Por un instante estuvo tentada de explicarle que era solo por un tiempo, que tenía que alejarlo para protegerlo, pero que no era el momento.

—Tu padre tiene que entender que necesito tiempo.

Aquella sentencia le dolió a Lucía como pocas veces, fue tal el *shock* que no encontró ni las ganas ni las palabras para responder: la excusa del tiempo era la que usaban los cobardes. Se quedó mirando fijamente a la inspectora durante unos segundos, y evitando decir cualquier cosa de la que se pudiese arrepentir, logró juntar una simple frase.

—Tú misma. —Y salió en búsqueda de su padre.

Elena cruzó el *parking* completamente abatida. Por más que se repitiese a sí misma que era la única forma de proteger al amor de su vida, la dificultad era enorme. «Espero que sirva para algo y que Bécquer pueda perdonarme». Arrancó el coche y quemando algo de rueda se incorporó a la calzada. «Mi padre, Diego y ahora mi relación con Bécquer… Juro que lo pagarán caro».

Cuando Lucía entró en la habitación se emocionó al ver a su padre acariciando el rostro de Diego.

—Tengo muchos planes para cuando despiertes, vamos a volar juntos a Los Ángeles, ya verás, te lo voy a enseñar todo.

Lo sucedido atormentaba a la comisaría entera, pero el dolor que tanto Elena como Bécquer sentían alcanzaba otro nivel. Lucía, ya al lado de su padre, le tomó la mano.

—Ya verás como se recupera, papá. No pierdas la fe.

—No me hables de fe, mi vida, que sabes que la perdí hace mucho.

Bécquer se acercó a la mesita de noche y cogió un oso de peluche que había al lado del pequeño jarrón de rosas blancas.

—Vamos a ver qué tal se ha dado la jornada —dijo mientras

extraía una tarjeta micro-SD de la espalda del juguete.

—¿Y eso? —preguntó Lucía atónita.

—Mira, mi amor, prefiero que lo sepas: a Diego lo atacaron cuando volvía de mi casa, me da miedo que vuelvan a repetirlo —bajó la voz—. No me fío de nadie en este momento, así que cada noche aprovecho que vengo a verlo, reviso esto rápido y lo borro.

Las explicaciones de su padre le parecían dignas de alguien que no estaba bien, pero después de las palabras de Elena prefirió guardar silencio.

Bécquer introdujo la tarjeta en un pequeño dispositivo conectado a su móvil, y con los auriculares puestos comenzó a repasar las últimas veinticuatro horas. Aumentando la velocidad a 256x, comprobó que un día más los padres del policía no habían dejado de estar a su lado, reconoció también a una compañera de la comisaría, visitas de enfermeras y luego a ella, Elena.

Puso el vídeo a velocidad real. Ahí estaba, contándole a Diego sus cosas como si él no estuviese postrado de aquella terrible manera en la cama de un hospital. «¿Qué demonios te está pasando conmigo?», pensó. Borró el contenido de la tarjeta y, al dirigirse al oso para volver a colocarla, Lucía le agarró la mano.

—Papá, dime que no haces esto para grabar a Elena. —Él repitió la explicación que ya le había dado, pero ahora entre farfullos. Lucía dictó sentencia—. Quita la cámara, por favor, esto es un hospital y te puedes buscar un problemón. Si quieres más seguridad para Diego, habrá otra forma de hacerlo.

Bécquer suspiró, quizá habérselo revelado no había sido su mejor idea, o tal vez en parte necesitaba que alguien le parase los pies.

—De acuerdo —respondió. Y con aquella pequeña cámara en el bolsillo salieron de la habitación.

Llegaron rápido al aparcamiento; una vez que localizaron el flamante Mercedes biplaza, él exclamó.

—*Catch!*

Al artista le divertía lanzarle cosas por sorpresa a su hija con ese grito; en este caso, la llave del coche. Lucía la agarró al vuelo.

—Me ha dicho tu madre que conduces de maravilla, ¿me lo demuestras?

Lucía sonrió como nunca y se sentó emocionada en el asiento del conductor.

—Llévame a mi casa —le pidió.

—Primero a la de mamá, ¿no?, no me harás dar toda la vuelta y coger un taxi.

—La verdad es que no, mi idea era que me dejases y te llevaras el coche.

—Sí, claro, y mañana te lo tengo que traer. Papá, si quieres que nos veamos mañana, me lo dices, no te inventes excusas. —Lucía no lo veía claro. Bécquer sonrió.

—No es por eso: si quieres venir mañana a casa vienes; lo que quiero es que te lo quedes. Ya va siendo hora de que dejes de ir en metro, y a mí cada día me cuesta más subirme a esta horterada, me mata la espalda.

—¡Me lo quedo! —Lucía soltó un grito y apretó el acelerador a fondo.

Con aquel enorme rugir del motor circulaban rumbo a casa de Bécquer. Lucía aún estudiaba y no quería todavía abandonar el nido, le gustaba ir y venir de la casa de mamá a la de papá, y ellos dos estaban encantados. Bécquer sacó del bolsillo el móvil y se dispuso a escribir un SMS. Había prometido quitar la cámara, lo de ser un imprudente seguía viniendo de serie: «Te voy a mandar una foto, necesito que me digas si sabes algo de este tío, se llama Leo Cantos. Llámame en una hora». Ni treinta segundos después, recibió un mensaje de vuelta: «Ok, pero ya te aviso que esto no es como colarte en una timba de póker».

19
EL QUE ES METICHE ES METICHE

En cuanto Lucía dejó a su padre en casa, quemó rueda saliendo de la urbanización, Bécquer silenció a su exmujer en el teléfono. «La turra va a ser buena», pensó. Si algo odiaba Celia eran los caprichos de niña rica a los que había enseñado a Lucía a renunciar. Aquello era algo que al artista lo ponía de los nervios. «Me acabaré muriendo rico, así que me lo tengo que fundir en vida», reflexionó mientras hacía su característico baile de la alegría, interrumpido por la llamada telefónica que llevaba un rato esperando.

—Mi agonías favorito, buenas noches. —Si Bécquer no contestaba al teléfono bromeando dejaba de ser Bécquer.

—No soy un agonías, lo que me ocurre es que soy tu amigo.

—Cuéntame cosas —le pidió el cómico.

—Veamos, me has sorprendido una vez más, pensaba que tus años de fiesta quedaban ya lejos, no entiendo muy bien estas ganas de hacer nuevos amigos. —El «amigo» era reacio a compartir información alguna—. Esto es terreno peligroso, quiero saber qué es exactamente lo que necesitas.

Bécquer respiró hondo y comenzó a hablar.

—¿Cuántos años hace que nos conocemos?

—Pues más de veinte.

—¿Y te he metido en algún problema?

—Mejor no me hagas enumerarlos.

Bécquer soltó una carcajada enorme.

—Ya, pero ¿y lo bien que lo pasamos? —Sabía cómo desengrasar la situación, simplemente quería saber qué se traía la inspectora entre manos—. Voy a ser claro contigo: me preocupa que Elena no sepa bien dónde se está metiendo. —Aquel lamento de Bécquer cayó en saco roto.

—Por favor, si estamos hablando de la superpolicía del momento, tú mismo me pediste información sobre ella y sabes que es una policía top.

—Ya, precisamente por eso me sorprende: sabes igual que yo que Elena nunca ha hecho nada con nadie, por eso quiero saber por dónde le da el aire…

Lo que decía Bécquer era completamente cierto: que de la nada Elena hubiese aceptado dejarlo todo por un nuevo compañero no encajaba ni de broma. Él daba por hecho que el exnovio tenía algo que ver con ese movimiento.

—Es muy raro lo de este chico; en el poco tiempo que me has dado no he podido reunir mucha información: es un exmilitar de alto rango, he podido comprobar por las fechas que coincidió con tu novia en Afganistán, pero desde hace bastantes años no hay información relevante y no me encaja, voy a tener que hacer unas llamadas, has de darme más tiempo.

La falta de información hizo que Bécquer se pusiese todavía más nervioso.

—Venga ya, es imposible que no tengas nada más.

—Bueno, sí puedo decirte que ha habido movimientos extraños en los últimos días. —Bécquer cerró la puerta de su dormitorio, la conversación comenzaba a coger otro cariz—. Cuando en una biografía encuentro lagunas como en la de este tipo, solo puede ser por dos razones: o estuvo bajo el radar persiguiendo a los malos, o es uno de ellos. Normalmente no hay tercera opción. —A Bécquer la cabeza no paraba de darle vueltas y poco a poco comenzaba a entender a qué se iba a enfrentar Elena—. Y me da que Leonardo Cantos oculta muchas cosas —concluyó su exposición el leal amigo

de Bécquer—. Ahora toca que me digas qué pintas tú en todo esto.

—Pues nada, solo quiero estar pendiente de Elena y echarle una mano si es preciso. En cuanto tengas más información de Leonardo, llámame.

Y de la manera más teatral posible, el artista colgó el teléfono. Había decidido recoger todo el cable posible.

No fue capaz de pegar ojo en toda la noche, no dejaba de darle vueltas a lo mismo, era consciente de que ordenaba la poca información de la que disponía a su antojo. «No puede ser tan sencillo», se decía.

A las siete y media de la mañana, ya estaba en el gimnasio. Nunca había sido fan de hacer deporte, en general, pero en los últimos tiempos se había decidido por el entrenamiento de fuerza, estaba cansado de las bromitas de Roberto Leal cada vez que se cruzaban. «Me pega unos abrazos que me desmonta —pensó para motivarse y conseguir sacar adelante una nueva serie—, pero es simpático el tío, las cosas como son».

Levantar pesas le servía para descargar tensión, al menos tenía eso garantizado. La idea de que Elena trabajase de la mano de Leo lo tenía en un sinvivir. «Es una profesional de élite, seguro que lo tiene todo controlado», se dijo para calmarse mientras se secaba el sudor con la toalla.

Las horas de la mañana transcurrían para el artista entre llamadas de trabajo y preparativos de las actuaciones venideras, en apenas un par de semanas tenía que volver a la carretera y temía que en todo ese tiempo fuera su relación con Elena pasase a ser directamente irrecuperable.

A la una del mediodía Bécquer salió a la puerta, le acababan de anunciar que el coche estaba listo con el chófer esperando. Bajó apurado las escaleras luciendo uno de sus mejores trajes.

—La ocasión lo merece, hoy toca desplegar las armas de seducción masiva.

Se despidió del servicio anunciando que no iba a volver a comer y se sentó en el asiento trasero.

—Vamos a la clínica de la doctora Castillo.

—Hace bien, señor. Pero tenga cuidado, que la última vez estuvo una semana igualito a Zapatero.

El objetivo de Bécquer era claro: tenía que conseguir que la doctora Castillo le dijese la verdad sobre su padre. Diego les había confirmado que, efectivamente, fue el encargado de hacer autopsias falsas y que llevaba años huido. Tenía claro que no iba a ir a recorrer Venezuela para buscar una aguja en un pajar, necesitaba saber dónde encontrarlo y conseguir que confesase, y para ello el plan estaba claro: seducir a la doctora.

Antes de ser famoso, a Bécquer ya le gustaban mucho las mujeres. Desde niño, su abuelo Manuel le insistía en que se le iba demasiado el ojo; de hecho, como en el pueblo no había apenas presencia femenina, las escapadas de Bécquer a los de al lado habían provocado más de un problema. El señor Manuel solía contar con gracia la vez que la Guardia Civil tuvo que intervenir en pleno romance de Bécquer con la hija del alcalde. La verdad es que no fue la única ocasión.

Cuando tenía diecisiete años, se vio metido en una trifulca estupenda que casi acelera su salida del pueblo. Todo comenzó la noche en la que él y dos amigos se fueron a celebrar las fiestas de San Cristovo a un pueblo cercano, y ya se sabe lo que ocurre cuando los forasteros les meten ficha a las señoritas locales: tenemos armado el lío.

A Bécquer aquella noche había que verlo: solo por hacer la broma, sin duda su mayor motor, se había puesto un traje blanco roto de su abuelo que años atrás un buen amigo le había traído de Cuba. Le fascinaba la historia de aquel traje, sobre todo porque el señor Manuel la había ido adornando con el paso del tiempo hasta convertir a su amigo en un importantísimo terrateniente, quien, en

un alarde de generosidad fuera de lo común, se lo había regalado a su ayudante español, quien a su vez, con el paso de los años y en una visita a su Galicia natal, había tenido a bien regalárselo al señor Manuel: «Anda que no triunfó tu abuelo con este traje, hasta para casarme me lo puse, mira qué facha».

Lo cierto es que era espectacular, con una solapa anchísima, un corbatón con una pala de no menos de doce centímetros, la cintura subida casi hasta la axila con un cierre chapado en oro, la americana cruzada con seis botones dorados y unos zapatos de rejilla marrones. Lo que más le fascinaba a Bécquer era que en tantos años no se hubiese apolillado. La razón debía de ser que el señor Manuel lo guardaba como oro en paño.

—Antoñito, ¡ponte quieto! —gritaba la abuela mientras le iba clavando alfileres en el costado de la chaqueta—. Buena idea tuvo tu abuelo —protestaba la señora.

La verdad es que cuando se trataba de nieto y abuelo, se podría decir que se había juntado el hambre con las ganas de comer. A Bécquer le hacía una ilusión enorme ponerse el traje y al señor Manuel le divertía que lo hiciese.

En cuanto la abuela terminó el arreglo, el chaval estaba preparado para lo que la jornada le ofreciese, porque la noche prometía enlazarse con la sesión vermú de la mañana siguiente.

Cuando Bécquer pisó la plaza del pueblo, no hubo una sola mirada que no reparase en él, y eso lo volvía loco: ser el centro de atención era para el futuro artista lo que más le gustaba en el mundo.

Rebosaba personalidad, de tal manera que le daban exactamente igual las burlas que seguro iba a sufrir; no le importaba, su fama lo precedía: a fin de cuentas, era el afortunado que había enamorado ni más ni menos que a la hija del alcalde, muchacha que ahora cursaba estudios en Compostela para alivio de su padre y, por qué no decirlo, del propio Bécquer, que tenía en las fiestas de esa noche otros objetivos.

La orquesta llevaba tocando apenas media hora, lo que separaba

el domingo ya del sábado, y Bécquer ya podía presumir de tener a un grupo de cinco muchachas completamente a su merced. Entre bailes, bromas y algún que otro arrimón, los fieles escuderos de Antoñito paladeaban lo que pudiera ocurrir solo por estar al lado del alfa. Quizá demasiado entretenidos en eso, no vieron venir al grupo oficial de paletos del pueblo, dispuestos a terminar la fiesta de la manera más abrupta posible.

El primer insulto que Bécquer recibió fue sunormal, porque en Galicia la b se cae del sitio cuando se trata de faltar al respeto. Hay que entender las reacciones humanas hacia un artista en potencia como Bécquer: el insulto le resbaló sobremanera, los ojos azules de una muchacha eran reclamo suficiente para no atender a nada más. Los siguientes que fueron llegando tampoco afectaron a la impermeabilidad del chico; de hecho, lo animaron a acercarse todavía más a aquella preciosidad de señorita. A esto le siguieron un par de empujones, un «fuera de aquí, pintamonas» que también le resbalaron.

Mientras se producía la competición por ver cuál de los anfitriones era más idiota, Bécquer ya estaba pegando su frente a la de aquella linda damita. Fue entonces cuando la situación escaló: un manotazo en el hombro derecho de Bécquer lo giró casi deforma instantánea y de repente ahí estaba él, con su impoluto traje frente a cuatro garrulos dispuestos a cualquier cosa por reparar su honor mancillado. Viendo de reojo que sus dos fieles escuderos eran de todo menos fieles, Antoñito evaluó la situación y llegó a una conclusión clara: con cuatro él solo no iba a poder, era mejor negociar.

—Aquí no queremos forasteros —dijo el que parecía juntar media neurona.

—A ver, forastero, forastero… Nos separa una calle y nos vemos casi todos los días —respondió Bécquer con una lógica aplastante.

—Ya hace tiempo que te quiero calentar la cara —añadió amenazante el garrulo principal.

—No, hombre, no: no acabemos así la fiesta, que aún está

comenzando —respondió él, sorprendentemente conciliador—. Hagamos una cosa —propuso—: yo me cojo a mis dos amigos y nos vamos para allá —dijo señalando el lado opuesto de la plaza—, y de ahí no nos movemos.

El garrulo pareció valorar positivamente la propuesta, aunque faltaba un detalle por definir.

—¿Y las chavalas?

—La «chavalas» harán lo que quieran, irán donde quieran y con quien quieran.

La respuesta no gustó. Bécquer lo entendió cuando, al darle la espalda, un cuenco entero de vino tinto le empapó el traje. «Esto sí que no», pensó Bécquer en lo que soltaba el primer golpe. Tuvo suerte, sintió el crujir de la nariz cuando impactó el rostro y, para su sorpresa, los otros tres garrulos echaron a correr. Fue tan lamentable la situación que no hubo ni tumulto. Una de las muchachas se apresuró a darle un pañuelo al garrulo principal, que sollozaba palabras ininteligibles. «No, si al final le voy a tener que pedir disculpas», pensó Bécquer ayudando al gañán a incorporarse.

—Ya lo siento, hombre. Pero es que mancharme el traje…

Derrotado, aceptó la disculpa y el ambiente se relajó por fin. Solo quedaba llegar a casa y aguantar el envite de su abuela: eso sí que iba a tener peligro.

En aquella noche de fiesta, Bécquer aprendió que a los matones se les enfrenta y que las manchas de vino salen bien en el agua helada del río.

Plantado en la puerta principal de Salumed, Bécquer miraba el teléfono haciéndose el distraído cuando por fin la vio salir; pasaban apenas diez minutos de las dos de la tarde. «Lo sabía, la hora de comer no se perdona», celebró. Echó a andar en dirección a la doctora insistiendo en mirar la pantalla del teléfono. En el paso de cebra se puso a esperar a su lado y en apenas unos segundos la magia comenzó a hacer su efecto.

—¿Señor Bécquer? —dijo la doctora con sorpresa. Bécquer sacó a relucir su mejor sonrisa junto a la respuesta.

—Cuando creía que este precioso día no podía ser mejor, me regala su presencia. Qué alegría verla, doctora Castillo. —Tomó la mano de la doctora y la estrechó con suavidad.

—¿Y usted por aquí?

—¿Ve usted ese cartel que dice TRUE CONSULTING? Pues de ahí vengo, negocios inmobiliarios. —La doctora Castillo no dudó; a fin de cuentas, no tenía motivo alguno para desconfiar—. Hemos acabado un poco más tarde de lo previsto y eso me hace preguntarme: ¿podría recomendarme un sitio para comer? Viendo la hora… —Sabía a ciencia cierta lo que iba a ocurrir a continuación.

—Pues aquí hay varios sitios estupendos.

—Pues si me dice usted cuál cree que es el mejor…

La doctora se lo pensó un instante y respondió:

—El Colmenar, tienen una carta magnífica, cruzando esta calle apenas a un minuto.

Bécquer se hizo un poco el despistado para que le repitiera las indicaciones y soltó el remate final.

—¿Y usted? ¿Ha comido ya? —La doctora negó con la cabeza—. ¿Por qué no me acompaña? Eso de comer solo es un poco triste.

La doctora Castillo no dudó la respuesta.

—Me encantaría, pero conseguir mesa a estas horas es un imposible.

Bécquer respondió con una encantadora sonrisa y ofreciéndole su brazo.

—Por eso no se preocupe, estoy seguro de que una mesita para dos podremos conseguir.

El Colmenar era una mezcla entre restaurante con menú ejecutivo de precio moderado y una carta para bolsillos más rumbosos. La doctora Castillo estaba en lo cierto en lo de conseguir mesa: todo funcionaba con reserva y era uno de los lugares favoritos de los ejecutivos que rodeaban el edificio.

El *maître* se quedó de piedra al ver al artista.

—Buenas tardes, ¿mesa para dos sería posible?

El jefe de sala ni lo dudó.

—Acompáñenme por aquí.

El resto del trayecto se desarrolló entre halagos a la carrera de Bécquer y lo mucho que significaba para el local que los estuviese visitando. La doctora Castillo no pudo evitar disfrutar con toda esa atención.

Una vez sentados, Bécquer recibió la primera y clásica pregunta.

—¿No le agobia que lo mire todo el mundo?

Tentado de lanzar su clásica respuesta, «No te equivoques, te miran a ti», se concentró: el objetivo no era subírsela a la habitación de un hotel, el objetivo era conseguir que le dijese cómo ponerse en contacto con su padre.

—No se crea, uno se acostumbra a todo: va en el sueldo.

La comida transcurría entre anécdotas graciosas y mucha complicidad, Bécquer sabía cómo ganarse a la persona que tenía enfrente: un buen entrevistador debe tener esa capacidad y a él le sobraba, siempre insistía en que lo mejor que podías hacer cuando entrevistabas a alguien era escuchar, dejar que el silencio pusiese nervioso al entrevistado y que se encargase de rellenar los huecos. En eso emulaba sin rubor al magnífico Jesús Quintero.

La comida había sido excelente y se acercaba ya la hora del café. «Ahora o nunca», pensó Bécquer.

—Hay algo que le quiero preguntar algo y no me resulta fácil.

La doctora Castillo malentendió las intenciones del cómico y sonrió con picardía.

—Pregúnteme tranquilo —dijo poniendo su mano sobre la del artista.

—Hace muchos años asesinaron al padre de una buena amiga. —La cara de la doctora cambió por completo, como si supiera por dónde iban los tiros, así que él continuó sin remilgo alguno—. Le estoy hablando de hace casi treinta años. Aquello se cerró y hoy ha prescrito, nadie tiene responsabilidad sobre lo ocurrido, pero, aun así, quiero ayudarla a descubrir quién fue, quién mató a su padre.

La doctora Castillo, visiblemente incómoda, respondió con evasivas mientras, con las manos, pedía la cuenta al camarero. «Se me va a escapar —pensó Bécquer— y no lo puedo permitir».

El cómico se levantó y colocó su silla al lado de la de la doctora.

—Necesito que me escuche, sé que su padre falsificaba autopsias y que por eso ya no vive en España. —La doctora dijo que quería irse y Bécquer la sujetó por el brazo—. Por favor, entiendo que esto no es fácil, no es a su padre a quien busco, solo necesito su ayuda. Una charla, nada más. Se lo prometo.

La doctora se calmó y trató de salir de la encerrona.

—No sé dónde está mi padre, no tengo contacto con él desde hace años.

Bécquer sacó entonces el móvil del bolsillo y le enseñó la fotografía que Diego les había proporcionado.

—Este es su padre entrando en Caracas; por favor, ayúdeme a contactar con él. —Bécquer notó entonces cómo la serenidad de la doctora Castillo se desvanecía.

—Mi padre es un hombre bueno, le aseguro que lo obligaron, lo hizo por miedo y ahora mírelo, viviendo a miles de kilómetros de su familia porque le advirtieron de qué pasaría si volvía.

El camarero apareció con la cuenta y Bécquer, con un simple ademán, le pidió que se retirase.

—¿Quién lo amenaza? —preguntó.

—No lo sé, hace muchos años, era mi hija un bebé todavía, mi padre vino a casa muy nervioso, me dijo que le había salido una oferta de trabajo y que se tenía que marchar, yo no entendí nada hasta que lo vi salir por la puerta. Desde la ventana, vi a aquel hombre, era enorme, me impactó su tamaño y el desprecio con el que parecía hablarle a mi padre, nunca lo había visto antes. Mi padre cogió un maletín, jamás lo había visto tan asustado, aquel día fue la última vez que lo tuve delante. Desde entonces apenas alguna llamada de teléfono. Mi padre era muy bueno. —La doctora Castillo se echó a llorar.

—Ya lo sé —dijo Bécquer con el ánimo de consolarla—, han

pasado muchas cosas y creo que todavía podemos arreglarlo para que su padre pueda regresar tranquilo. Tiene que confiar en mí.

La doctora abrió el bolso y sacó un pequeño cuaderno y un bolígrafo, tomó una serie de notas, arrancó la hoja y se la entregó a Bécquer.

—Aquí tiene lo que necesita, su dirección y su teléfono. ¿De verdad cree que mi padre puede regresar? —La doctora Castillo parecía una niña pequeña completamente perdida.

—Lo voy a intentar con todas mis fuerzas —prometió Bécquer.

La doctora y el artista se despidieron con un abrazo en la puerta de la clínica.

—¿Seguro que no quiere repasar el bótox?

—No, si tengo que ir a Venezuela con las cejas de Zapatero, igual regreso con lingotes de oro y tengo muy mal la espalda.

A la doctora la broma de le hizo sonreír mientras respondía:

—No vive en Caracas. —Bécquer sacó del bolsillo el papel con las señas que la doctora le había dado y lo leyó—. A veces viaja porque allí sigue ejerciendo, pero vive en Ciudad de México.

El cómico se llevó una gran alegría.

—Cualquier motivo es bueno para visitar ese lugar.

Con un simple wasap, el chófer de Bécquer hizo su aparición.

—¿Se ha dado bien? —preguntó cuando el cómico ocupó su asiento.

—Ha ido de lujo.

—¿A dónde me dirijo, señor?

Para esa pregunta, Bécquer tenía clara la respuesta.

—Primero a casa, a dormir la siesta, que esta noche me encierro en la plaza con un miura.

En unas horas le iba a proponer a Elena un viajecito a uno de sus países favoritos del mundo entero.

20
LOS QUE VAN A MORIR TE SALUDAN

La inspectora Izaguirre llevaba mal lo de tener niñera, y si a eso le sumabas que la niñera en cuestión era un exnovio del que salió corriendo sin dar explicaciones, pues peor todavía.

—Con todo el respeto, comisario. No entiendo qué pinta Cantos en todo esto. —La queja de Elena tenía todo el sentido: si ya era poco habitual que la colocasen en un operativo antidroga, que aún por encima Leo Cantos formase parte de él era algo que la sacaba de sus casillas—. Una cosa es colaborar en la búsqueda del asaltante de Diego y otra bien distinta es tenerlo metido en mi trabajo.

Baltierra respiró despacio, las quejas de la inspectora por tener a alguien a su lado eran un clásico: hasta que acabó por tolerar a Diego Ortega, trabajar sola había sido su mayor deseo, compartido por cualquier agente de la comisaría con miedo a tener que aguantarle su carácter explosivo durante toda la jornada laboral.

—Sabes que no puedo hacer nada, tiene autorización para estar en cualquier dinámica de la comisaría que escoja, no tenemos más remedio que aceptarlo. Deja ya de lloriquear y ponte a trabajar. —Tajante como pocas veces, el comisario señaló la puerta—. Cierra al salir, que se me escapa el gato.

Elena evitó dar el enésimo portazo de su ya larga trayectoria, y echó a andar por el pasillo hacia su mesa. Leo Cantos esperaba con la espalda apoyada en la pared, y, cuando ella pasó por delante, se

colocó a su lado.

—¿Se lo ha creído? —preguntó.

—¿Que no quiero saber nada de ti y que me encantaría que te fueses de una puñetera vez? No me ha costado nada interpretarlo.

Elena era un mar de dudas; por el contrario, su madre lo tenía claro.

—A mí me gusta mucho este chico, qué quieres que te diga. Tiene un buen trabajo, es serio, se acaba de comprar un piso y además está como un queso.

Elena se puso colorada.

—¡Mamá! —exclamó.

—Bueno, bueno, hija. A ver si ahora no voy a poder hablar. Si el muchacho está de buen ver, pues lo digo. No entiendo por qué le das tantas vueltas.

Las palabras de Carmen no hicieron mella alguna en su hija, Elena acababa de llegar a Madrid después de mucho tiempo fuera, comenzaba una nueva etapa en su vida, ya como policía nacional, y Leo la estaba esperando en su recién amueblado apartamento.

—No lo sé, mamá. Me parece todo un poco precipitado. —La excusa de Elena no terminaba de funcionar.

—Pero si lleváis juntos un montón de tiempo; además, está bien que veáis que tal encajáis, hija mía: si ves que la cosa no cuaja, pues te vuelves aquí.

A Elena tanta modernidad por parte de su madre la tenía descolocada. El paso era demasiado grande. Ahora que por fin había conseguido incorporarse a la comisaría de Tudescos, encargada de cerrar la investigación de la muerte de su padre, la idea de tener que dar explicaciones, la aterraba.

El piso que se había comprado Leo era precioso, decorado con gusto y cariño. Elena odiaba reconocer que le gustaba estar allí con él, pero lo de quedarse más de dos noches seguidas… era harina de otro costal.

—¿Cuándo te vas a venir definitivamente a vivir conmigo? —La pregunta de Leo llevaba siendo esquivada varios meses.

—Es que ni cenar tranquila puede una.

Leo sabía que las evasivas y Elena iban siempre de la mano.

—Cena, cena, pero digo yo que podrías hacer las dos cosas a la vez. No entiendo por qué no te quedas.

A Elena tener que afrontar esta conversación una y otra vez la ponía de los nervios.

—No quiero dejar sola todavía a mi madre, mis hermanos ya no están en casa y me preocupa mucho. Sabes que pasó un cáncer muy duro y se ha quedado tocada. —La carta de la enfermedad era la favorita de Elena para ganar la partida.

—Pero si tu madre es la que más insiste en que lo hagas. Me lo ha dicho catorce veces.

Tampoco le gustaba que Leo tuviera tanta complicidad con su madre. A Elena, en realidad, le gustaban pocas cosas en aquel momento de su vida.

—Eres muy pesado.

Y con esto dio por zanjada la conversación.

La sala de reuniones estaba ocupada al máximo, agentes de diferentes comisarías estrechaban sus manos preparándose para lo que esa noche iba a suceder. El comisario Baltierra entró dando los buenos días y pidiendo a los agentes que aún estaban de pie que tomasen asiento.

Desde la cabecera de la sala tomó entonces la palabra.

—Buenos días a todos, hoy es la noche. Este operativo lleva meses preparándose y será dentro de unas horas cuando lo llevemos a cabo: recuerden, lo más importante es la coordinación. —Los agentes asentían mientras él iba desgranando los detalles—. A las veintidós, en el polígono Rondón, será la entrega de la droga.

Los compañeros de Plaza Castilla serán los encargados de interceptar el camión en cuanto arranque. Lo más importante es que, una vez que se entregue, se haga la llamada: en ese momento la inspectora Izaguirre recibirá el pago. Necesitamos que hagan el pago, cuando la inspectora haga la señal, intervendrán los agentes desplegados en ambos operativos procediendo a la detención del grupo entero en ambas localizaciones. ¿Está claro?

Todos los agentes estaban convencidos del éxito de la operación, esa noche iban a detener a uno de los cabecillas de los Conejo; si aquello salía bien, sería noticia; si salía mal, sería portada en todos los periódicos.

Baltierra salió de la sala y se dirigió a su despacho. Se sentó y abrió con la llave que siempre portaba consigo uno de los cajones del escritorio. Levantó un disimulado doble fondo y extrajo un pequeño teléfono móvil. Como era de esperar, tenía un mensaje exigiendo que lo llamase. Resignado, marcó el número de Serrano.

—¿Todo listo? —preguntó Serrano sin molestarse en saludar.

—Sí —respondió Baltierra.

—Hoy es un día importante, será tu gran éxito. —Las palabras de Serrano revolvían el estómago del comisario—. Recuerda lo que va a ocurrir, cuando Conejo entregue el dinero e Izaguirre dé la señal, habrá algo de caos: ese será el momento en el que uno de mis chicos se encargará de la inspectora.

Baltierra no dejaba de sudar.

—¿Cómo lo vas a hacer? —La pregunta del comisario cayó en saco roto.

—Lo sabrás cuando suceda.

A Serrano, los Conejo le daban exactamente igual, no le importaban nada, los consideraba un mal menor, y si algo había aprendido a lo largo de los años es que, si quitabas una pieza, se reemplazaba por otra rápidamente y sin problemas. A pesar de todo debía reconocer que con ese trío se sentía cómodo, llevaban haciendo negocios más de dos décadas y siempre sin dificultad alguna. «Los cabrones lo tienen bien montado —solía reflexionar—,

siempre tienen alguna cabeza que entregar». Eso era lo que a Serrano más le gustaba, cada vez que hacía falta que la policía se apuntase un tanto, al menos para disimular, los Conejo ofrecían a tres pobres hombres para cargar con todo. Es fascinante lo que el ser humano está dispuesto a hacer con tal de proveer a su familia.

Serrano había visto a chavales de veinte años confesar asesinatos, trapicheos…, cualquier clase de delito que salpicase a la organización, y esta vez no iba a ser menos. La policía estaba convencida de que esa noche iban a agarrar a uno de los tres de arriba, la realidad era otra: los Conejo iban a enviar a dos peleles dispuestos a comerse diez años por tráfico de drogas. Mientras esto ocurría, Serrano tenía en el bolsillo a uno de los nacionales habituales, sabía dónde iba a estar Elena, solo tenía que dispararle. Cuando entrasen los uniformados, sería fácil colocarle el muerto a otro.

Ajeno a todo, Bécquer comía un cruasán relleno de chocolate mientras hablaba con su hija por teléfono.

—Tenías que haber visto a tu padre: espectacular. —Nadie narraba mejor sus aventuras que él mismo—. En apenas unos minutos la tenía comiendo de mi mano, a veces no soy consciente del enorme poder que ejerzo sobre las demás personas, especialmente las mujeres. ¿Crees que es por mi fama? ¿Por mi indudable atractivo? Yo creo que es una combinación de ambos. — Lucía suspiraba resignada mientras escuchaba los habituales desvaríos de su padre; no obstante, le gustaba verlo animado, la ruptura con Elena lo tenía destrozado y ahora, en cambio, volvía a sonar como el Bécquer de siempre—. El caso es que ya sé dónde encontrar al doctor Castillo, mi idea es contárselo a Elena esta noche y pedirle que viaje conmigo a México a hacerle una visita al susodicho. Planazo, ¿verdad?

Lucía no lo veía nada claro, la actitud de la inspectora cuando se la encontraron no auguraba un buen final.

—Seguro que sí, papá. Es una gran noticia.

Bécquer sonrió al responder.

—Eso espero, me va a salir por una leña el vuelo, pero vale la pena.

Lucía añadió una pregunta a la conversación.

—¿Cuándo se lo piensas decir?

El cómico contestó a su hija mientras se subía al coche.

—Estoy de camino.

Bécquer no lograba contener la emoción, lo que había conseguido era fantástico. Ya en su momento caminaba hinchado como un pavo al haber conseguido localizar a la hija del doctor, pero esto se llevaba la palma. «Nos va a cantar *La traviata*, por lo civil o por lo criminal». En unos veinticinco minutos, llegó a la calle donde vivía Elena. De excelente humor bajó del coche y llamó al telefonillo.

—¿Quién es? —Elena contestó al cabo de unos segundos.

—Soy yo —respondió el artista—, tengo algo que decirte.

Elena entró en pánico: una vez más, Bécquer aparecía en su casa junto cuando estaba a punto de salir. «Joder», pensó, desde luego, no podía ser más inoportuno. Soltó el botón del intercomunicador, cogió aire y respondió.

—Ahora no puedo verte.

Bécquer sintió que el buen humor desaparecía.

—Es importante —rogó. Elena sugirió entonces una solución.

—¿Podemos comer mañana? —Música para los oídos de Bécquer.

—¡Claro! Busco un sitio bonito y nos vemos mañana.

Con las mismas se despidieron, el cómico cruzó la calle y se subió al coche que lo esperaba unos veinte metros calle arriba. Se sentó y le pidió un par de minutos al chófer.

—Dame un momento, que, con este cambio de planes, no sé si vamos de nuevo a casa o a tomar algo por ahí.

Comenzó a ojear wasaps valorando a quién escribir cuando el chófer le hizo un comentario.

—La señora Izaguirre está saliendo.

Bécquer levantó instantáneamente la vista del teléfono y puso sus ojos en Elena, que caminaba por la calle y de qué manera: pantalón de cuero negro, el pelo suelto, enormes gafas de sol y un

top que no dejaba nada a la imaginación. La curiosidad, una vez más, pudo con él.

—¿A dónde va así vestida? —Elena subió a su vehículo—. Ya tenemos entretenimiento, y mira por dónde voy a poder decir: «Siga a ese coche».

21
INOPORTUNO COMO POCOS

Bécquer no dejaba de removerse en el asiento. «Maldita sea mi estampa —se decía completamente encendido—, pero ¿por qué me hace esto? A mí no me puede atender, pero en cambio se pone las pinturas de guerra. Esto pasa ya de castaño a oscuro». Sus emociones comenzaban a revolverse de tal forma que no auguraban nada bueno. Cada vez que se sentía ninguneado, las decisiones que tomaba no eran las mejores.

Antoñito cumplió doce años recibiendo una noticia que algunos podrían considerar inesperada; para aquel niño que en un futuro se haría llamar Bécquer, en cambio, era algo que se temía desde hacía tiempo. Con su eterno cigarro colgando de la comisura de los labios, su madre no se dejaba nada dentro mientras discutía con su abuelo.

El señor Manuel nunca entendió qué fue lo que falló con su hija, que fuera rebelde no le importaba, incluso entendía que quisiese escapar del pueblo cuanto antes. «Hay que reconocer que aquí no hay futuro para los jóvenes», solía decir con sensatez. Antes los tiempos eran otros, el señor Manuel había tenido una vida nueva trabajando en el campo, nunca les había faltado de nada y había sido capaz de sacar una hija adelante, solo una, porque Dios no había tenido a bien enviarles más, algo normal teniendo en cuenta

que lograron ser padres rozando los cincuenta años. Quizá por eso la noticia de que se había quedado embarazada con apenas diecisiete años no había supuesto un drama exagerado por la criatura en sí, un bebé siempre es motivo de alegría, sino por el abandono inmediato del que debería haber ejercido de padre y marido.

Desde el instante en el que Antoñito vio la luz, su madre no quiso saber nada, para ella el pequeño no existía: una niña madre de un niño, apestada en el pueblo y víctima del machismo imperante en la época. María no varió su objetivo de huir del pueblo sin mirar atrás, y cuando Bécquer cumplió doce años, lo consiguió.

Por más esfuerzos que el señor Manuel hizo, su hija tenía las cosas claras.

—No lo llevo conmigo, que yo voy a trabajar —decía para convencer y convencerse.

—¿Vas a dejar aquí a tu hijo? ¡Un niño tiene que estar con su madre! —exclamó el señor Manuel elevando el tono.

—¡Qué me da igual! —gritó María—. Llevo desde que nació encerrada aquí, ¡no puedo más! Tengo derecho a una vida, no quiero seguir pagando por un error.

Esa sentencia al señor Manuel le dolía en el alma, para él Bécquer era lo mejor que le había pasado en la vida, pero estaba dispuesto a echarse a un lado con tal de que pudiese tener una madre.

—No es un error, es tu hijo —dijo, tratando de hacerse entender.

—No me importa, quédatelo tú.

Antoñito se alejó de la puerta de la cocina y se dirigió a su dormitorio, se echó sobre la cama y por primera vez logró contener las lágrimas. «No me quiere —se decía— y se marcha para siempre». A pesar de su corta edad, llevaba tiempo sabiendo que su madre no quería saber nada de él; por suerte tenía al lado a su abuelo: su vida entera.

Desde que llegó al mundo, el señor Manuel lo había defendido con orgullo, más de cuatro palabras había cruzado en el bar con aquel que se atrevía a irse de la lengua. Era verdad que su hija se

había equivocado, pero él tuvo siempre claro que no era más que una chiquilla enamorada. Su esposa, por el contrario, se sumió en tal pena y vergüenza que apenas volvió a pisar el pueblo: se quedó en casa el resto de años que le quedaron, que no fueron muchos.

Disgustado como pocas veces, Bécquer tomó una decisión, se levantó de un salto y se dirigió a la cocina.

—¿Qué haces aquí? —le espetó su madre cuando lo vio entrar por la puerta.

El niño respiró hondo y comenzó a recitar las palabras que tanto tiempo llevaba ensayando.

—Te he oído decirle al abuelo que te marchas, ¿es verdad? —Qué difícil resultaba hacer una pregunta de la que temías la respuesta.

—Sí —respondió tajante—, me voy ahora en el nocturno, me ha salido un trabajo.

Bécquer hizo entonces la segunda de sus preguntas.

—¿Y por qué no me llevas contigo?

María miró a su hijo. Tenía la oportunidad de decir algo que los mantuviese unidos, la oportunidad de mostrar algo de amor, pero estaba dispuesta a perderla.

—Voy a estar trabajando y no podré atenderte, estás mucho mejor aquí.

Bécquer insistió.

—Pero allí puedo ir al colegio y puedo manejarme solo.

El grito que su madre profirió a continuación todavía lo atormentaba en sueños de cuando en cuando.

—¡Que no te quiero conmigo! ¿No lo entiendes?

Bécquer trató de controlar las lágrimas que se acumulaban en sus ojos, no quería llorar, quería mostrarse fuerte.

—¿Por qué no me quieres?

El señor Manuel sentía que el corazón se le partía en dos al ver el lamento de su nieto: no era más que un niño suplicando el amor de su madre.

—Tu madre sí te quiere —intervino—, lo que ocurre es que tiene que trabajar.

Bécquer confió entonces en que su madre se uniese al menos a la respuesta de su abuelo. Lejos de tal cosa, se levantó y, dirigiéndose a la puerta, dijo:

—Tienes que aprender a estar solo, crece de una vez.

Bécquer no volvió a ver a su madre. Al cabo de unos años falleció en Santiago de Compostela. Lo último que supo es que volvió a juntarse con hombres que hicieron de su vida un lamento y de su cuerpo una enfermedad.

Bécquer miraba por la ventanilla sin entender a dónde demonios se dirigía Elena. «Por aquí no creo yo que haya buenos restaurantes —pensó mientras dejaban Madrid a lo lejos en dirección al sur—, ¿a dónde irá? No será a un motel de esos con espejos en el techo». Su mente se acababa de tirar al monte sin posibilidad de un regreso temprano.

Elena repasaba el operativo con Leo al teléfono.

—No debería ser problemático —dijo para arrancar la conversación.

—No debería —respondió Cantos—, pero estate alerta, en este tipo de operaciones es donde en tu comisaría sospechamos que ocurren cosas, pero si esta vez hay desvíos de mercancía, lo sabremos.

Leo era el único, junto con Elena, que sabía que habían colocado un dispositivo en cada kilo de cocaína. El plan era localizar todo aquello que se pudiese desviar.

—Yo no puedo acercarme mucho, ya lo sabes, pero estaremos conectados en todo momento. Cuando te entreguen el pago, será el momento de proceder a la detención.

Leo detuvo su vehículo a unos metros del lugar de la entrega. Desde esa posición vigilaba a Elena. Pasados unos minutos un enorme Land Rover hizo su entrada.

Bécquer observaba desde lejos. «¿Qué está haciendo?». La cabeza se le iba en mil cosas sobre qué podían hacer dos adultos

dentro de un coche en semejante lugar, discreto, tranquilo y debajo de un puente: un picadero en toda regla.

—¡Se abre la puerta! —exclamó; a continuación, se sorprendió ensimismado—. Elena tiene que haber quedado con el gilipollas ese.

Con la conclusión clara, ni corto ni perezoso, se bajó del coche.

—Tengo que verlo de cerca, esto es de traca.

Elena se colocó en posición, ahora tocaba esperar a que el pago llegase. El enviado de los Conejo bajó del coche acompañado de uno de sus esbirros. Cuando llegó adonde Elena, la inspectora confirmó que llevaban una bolsa de deporte. «Ahí está el dinero», pensó.

Bécquer caminaba despacio evitando la luz de las farolas, había logrado acercarse a menos de veinte metros de la espalda de Elena, pero tuvo que pararse al ver que dos hombres se acercaban.

—Y esos, ¿quiénes son?

Su curiosidad iba en aumento. Cuando Elena comenzó a hablar con aquellos dos, logró acercarse bastante.

En la oscuridad de aquel lugar, Elena se movía como pez en el agua.

—¿Habéis traído lo acordado? —preguntó, impostando un perfecto acento colombiano.

—Millón y medio —contestó el que lideraba mientras su compañero le enseñaba a la inspectora el contenido de la bolsa.

Elena cogió entonces su teléfono, y justo cuando se disponía a marcar, un estruendo se desató a su espalda. Los dos hombres se sobresaltaron al ver caer a un hombre al suelo a unos diez metros de distancia.

—¡Eh tú! —exclamó el portador de la bolsa—. ¿Qué haces ahí?

Cuando se incorporó, Elena reconoció a Bécquer. «No me lo puedo creer», pensó, tratando de controlar el primer impulso de pegarle un grito. Sacudiéndose el polvo de los pantalones, el cómico improvisó una estupidez.

—Hola, ¿no habréis visto por aquí unos AirPods? El móvil me dice que se me cayeron por aquí, probablemente esta mañana al sacar al

perro.

Elena respiró para no sacarle los ojos.

—Aquí no hay nada —dijo uno de los esbirros. Bécquer continuó acercándose.

—Pues nada, voy a seguir buscando por allí. ¿Usted no los habrá visto? Es un estuche blanco.

Elena le dedicó tal mirada, que aún hoy hay quien se pregunta cómo es posible que no cayese fulminado.

—No, mi amor —contestó Elena manteniendo la pose. «Hostias, habla con acento», pensó Bécquer logrando sumar dos más dos.

—Pues nada, qué mala suerte tengo. Muchas gracias a los tres.

Elena estaba en plena misión. «O eso, o no me ha contado que tiene una doble vida —bromeó para sí—. Tengo que ayudarla». Otra estupidez más añadida a la ristra de las que estaba cometiendo.

—Les dejo con lo suyo, muchas gracias a todos, yo ya me voy, voy a seguir buscando por allá.

Cuando se había alejado un par de pasos, uno de los hombres exclamó a su espalda.

—Oye tú, tu cara me resulta familiar, ¿nos conocemos?

Bécquer se detuvo en seco, no era buen momento para ser reconocido.

—Ni idea, tengo una de esas caras vulgares que le suenan a todo el mundo.

El muchacho que portaba la bolsa comenzó a inquietarse.

—No, no, yo te conozco, tú eres el cómico ese, el que le gusta a las viejas.

Bécquer se puso muy nervioso.

—Me lo dicen mucho, pero no, ni idea de quien me hablas. Y, además, también les gusta mucho a las mujeres jóvenes. Muchas gracias, yo ya me voy.

La tensión subía, el otro esbirro tampoco tenía claro que fuese una casualidad.

—Sí, a mí también me suenas. —Y dando un paso hacia delante, agarró a Bécquer del brazo y exclamó—. ¿Qué cojones haces aquí?

—Es que esta mañana estaba paseando al perro…

Elena pensaba a toda velocidad cómo demonios iba a salvar la operación.

—Ay, de verdad, dejen que se marche ya el hijueputa ese.

La sugerencia de la inspectora pareció reconducir la situación por unos instantes.

Leo Cantos no comprendía lo que estaba presenciando desde su coche. «¿Ese es Bécquer?». A lo lejos distinguió la figura del cómico en pleno operativo. La radio no dejaba de sonar: «¿Todo bien, agente Cantos? Repito: ¿entramos?». Leo gritó de tal manera que la radio pasó a ser innecesaria: «No, esperen mi señal. La inspectora puede estar comprometida».

Bécquer no dejaba su verborrea habitual.

—A ver, por favor, que yo solo estoy buscando unos auriculares… Que da igual, que me compro otros. Cosas que pasan.

El mosqueo de los dos delincuentes no hacía más que crecer; mientras tanto, los nervios en los distintos miembros del operativo aumentaban, la señal no llegaba, y si el intercambio no se hacía, no habría motivos para detener a los Conejo.

El hombre que portaba la bolsa cada vez estaba más alterado, no dejaba de observar a Bécquer, lo escrutaba.

—Sí que eres —insistió—, eres el cómico que salió en la tele cuando secuestraron a su hija, ¡eres tú!

Tan claro lo tenía que, en ese momento, comenzó a mirar fijamente a Elena. La inspectora Izaguirre sabía que el operativo estaba a punto de fracasar por la estupidez que Bécquer acababa de hacer, tenía que encontrar la manera de que desapareciese de la escena.

—¡Basta ya, hijueputa! Lárguese de aquí —gritó, pegando un empujón a Bécquer.

—¡Señora, no son formas! —exclamó él, casi a punto de caerse. Y exagerando la protesta, se alejó de la inspectora.

Desde una posición elevada, a veinticinco metros de distancia, un hombre completamente vestido de negro tenía una visión clara de

Elena en la mira telescópica de su fusil. Las órdenes que tenía no dejaban lugar a la duda: en cuanto entrase la caballería, la inspectora Izaguirre recibiría un disparo en el pecho. Ni antes ni después. La idea era aprovechar el caos y que pareciera que los Conejo habían llevado refuerzos. La posibilidad de un buen disparo comenzó a estropearse cuando Bécquer decidió meterse por el medio. «No tengo uno limpio —pensó—, maldita sea».

Todo terminó por colapsar. «Esto es raro de cojones», pensó el esbirro de los Conejo.

—Nos vamos —ordenó a su compañero.

—Eh, mi dinero —reclamó Elena, no podía dejar que eso ocurriese.

—Ni dinero ni pollas, esto es muy raro.

La inspectora tuvo claro en ese instante que, o hacía algo, o tendría un serio problema.

—¡Teníamos un trato! —Esgrimió.

Bécquer, mientras tanto, se había alejado hasta colocarse detrás de uno de los pilares que sujetaban el puente sobre sus cabezas. «Quizá tenga que volver a intervenir», pensaba absurdamente. Por su parte, Leo Cantos, al ver la situación, había bajado discretamente del coche y, armado, comenzó a acercarse a Elena.

—Vámonos de aquí —insistió el esbirro.

Elena protesto en vano: antes de que pudiese hacer nada, el Land Rover hizo su entrada llevándose consigo a los dos hombres: si no había pago, no habría intercambio. Se quedó quieta viendo cómo el coche se alejaba.

Bécquer seguía observando la escena con atención hasta que se sobresaltó cuando notó el cañón de una pistola en su espalda.

—No se mueva y levante las manos.

—O una cosa o la otra, las dos juntas no pueden ser.

Nunca era mal momento para hacer una broma. Con las manos en alto, comenzó a caminar hacia Elena por indicación del hombre

que tenía a su espalda. No tuvo tiempo para alterarse ya que, en cuanto dio el primer paso, la tranquilizadora voz de Elena hizo su aparición.

—¿Eres idiota? ¿No te das cuenta de lo que acabas de hacer? ¡Has arruinado una operación policial!

Bécquer notó entonces que dejaban de encañonarlo, y el hombre que estaba a su espalda se puso al lado de Elena. «El que faltaba», pensó Bécquer al ver al guapísimo Leo Cantos.

Mientras Elena seguía abroncando a Bécquer, varios vehículos policiales hicieron su aparición.

—¿Y todo esto? —preguntó el cómico.

—Todo esto son los compañeros que iban a llevar a cabo la detención de los narcotraficantes que traían el dinero, y al otro lado de la ciudad dos unidades estaban llevando a cabo la entrega de un alijo que iba a hacer caer a uno de los cárteles más importantes del país. Pero todo se acaba de ir a la mierda por tu culpa.

La respuesta de la inspectora Izaguirre hizo que Bécquer, por primera vez, se diese cuenta de que la había cagado bien.

Apostado en lo alto, el hombre encargado de segar la vida de Elena recogía su arma y abandonaba el lugar.

—Ha sido imposible, sin la entrada de la caballería, no podía hacer el disparo.

Las explicaciones no convencieron a Serrano, quien pensó: «Está visto que si quieres que las cosas salgan bien, tienes que hacerlas tú mismo».

22
FRACASO ESTREPITOSO

Leo Cantos conducía en silencio mientras Elena desarrollaba un monólogo dificilísimo de seguir.

—No me puedo creer lo que ha hecho, no me lo creo. Sabía que dejarlo al margen era mala idea.

Leo trató de calmar la situación.

—Siento mucho lo que te está pasando, pero las órdenes son claras: nadie más puede formar parte de esto. Esta noche hemos perdido una oportunidad de oro.

Elena asentía mientras él hablaba, era consciente de lo que podía haber sido si Bécquer no lo hubiese arruinado todo. Leo continuó haciendo leña del árbol caído.

—Meses trabajando en este operativo, era el día en el que caían los Conejo y localizábamos a la organización que desvía la droga… y ahora no tenemos nada. Y esto no es lo peor, estoy convocado mañana, debo dar explicaciones y ya te adelanto que no será fácil. No sé si podré salvarte.

La inspectora Izaguirre saltó en su asiento.

—¿Salvarme? ¿Salvarme? ¿Tú de verdad crees que me puedes salvar? ¿Salvar de qué? ¡Tú fuiste el que vino a mí todo convencido con tu traje de superagente! ¿Y para qué? ¿Para fastidiarme la vida otra vez?

Las palabras de Elena resonaron con fuerza en el coche. Leo

Cantos sintió aquel «otra vez» como un cuchillo clavándose en su pecho.

Elena había hecho caso a su madre, algo poco habitual en los últimos tiempos, y había accedido a irse a vivir con Leo. Las primeras semanas fueron realmente maravillosas: estaban felices, dedicaban el tiempo a hablar y hacer el amor, el resto podía esperar.

Esa especie de luna de miel permanente acabó cuando Elena tuvo los primeros encargos de responsabilidad en la comisaría. Una mañana, desayunando, Leo tuvo la infeliz idea de cuestionar si el trabajo de la inspectora valía o no la pena.

—¿De verdad esto te gusta? Chica, no lo entiendo.

Elena levantó la vista del café y preguntó:

—¿El qué no entiendes?

—Pues esto —dijo señalando una pila de carpetas que descansaban sobre la mesita del salón—. Te pasas el día deteniendo yonquis, persiguiendo a maltratadores…, esas cosas. —Elena no acababa de entender a dónde pretendía llegar—. Eras la mejor militar que ha habido nunca, te has pasado años llevando a cabo operaciones de élite y ahora estás aquí, perdiendo el tiempo y tirando tu carrera por la borda; eso es lo que no acabo de entender.

Leo hablaba muy clarito: desde que conoció a Elena en Afganistán, el crecimiento de la carrera de ambos había ido muy parejo, eran los soldados estrella, unas auténticas máquinas preparadas para dar de sí lo mejor en las peores situaciones imaginables; fue por eso que a él las ofertas no tardaron en llegarle y volvió a España para formar parte de la crème de la crème *del Ministerio del Interior; ella, por su parte, era policía nacional en la comisaría de Tudescos, creada única y exclusivamente para librar a esa parte de la Gran Vía de drogadictos y carteristas, poca cosa para una mujer como Elena, según un hombre como Leo.*

Pero ella tenía un objetivo muy concreto. Desde que llegó, los más veteranos la saludaban con una mezcla de simpatía y lástima:

todos sabían que era la hija de Izaguirre, aquel policía de medio pelo al que un don nadie apuñaló en un callejón. Muchos creían que su presencia en Tudescos no era más que una simple coincidencia, pero no era así. Además, le había costado lo suyo que la trasladaran, pero, al final, su madre y una casualidad feliz habían tenido mucho que ver. En los últimos años, Carmen había hecho amistad con una mujer que resultó ser la esposa del comisario de Tudescos, y entre una cosa y otra allí estaba Elena Izaguirre: justo en el lugar que quería. Y eso no lo iba a estropear nadie.

Elena aclaró bajo el grifo su taza de café y con toda la tranquilidad del mundo respondió a Leo.

—Me gusta Tudescos, me gusta ser policía.

Pero a él no le servía y, sobre todo no encajaba en el plan que tenía para el futuro inmediato de Elena: ser la señora Cantos.

La inspectora no logró pegar ojo en toda la noche, era consciente incluso de que su carrera como policía podía haberse acabado. «Muchos han caído por menos», pensaba. Y luego estaba lo de Bécquer. Desde que le pidió tiempo no había hecho otra cosa que empeorar la situación, llevaba semanas apareciendo en todas partes y ahora se había coronado. «¿Por qué le dio por seguirme?».

Sus pensamientos se vieron interrumpidos por el sonido del teléfono: era su madre quien llamaba.

Carmen llevaba días sin hablar con Elena, así que lo primero que hizo, además de preguntarle qué tal estaba comiendo, fue narrarle con todo detalle la deliciosa visita que Bécquer le había regalado.

—Desde luego, qué suerte tienes, hija mía. Menudo hombre es, y la niña puro amor. —A medida que su madre iba desgranando los detalles, a Elena le aumentaba el cabreo de tal forma que el ictus comenzaba a ser algo probable—. El caso —continuó Carmen— es que pasamos una tarde estupenda, tenías que haber visto cómo disfrutaron viendo tus fotos antiguas. —Pocas cosas le avergonzaban más que su madre buscando en el baúl de los recuerdos—.

Alucinaron con tus fotos del ejército.

En ese momento, un sudor frío cayó por la espalda de la inspectora Izaguirre: conociendo como conocía a su madre, no tenía la más mínima duda de que había sacado la lengua a pasear.

—¿Le hablaste a Bécquer de Leo?

Carmen se preocupó.

—Pues, un poco por encima, sin entrar en detalles.

Elena entendió entonces por qué el cómico actuaba como actuaba. «Tenía que habérselo contado yo —pensó—, conociéndolo, debe de estar histérico». Aquellos pensamientos, lejos de despertar en ella un grado mayor de empatía, resultaron en todo lo contrario: «No tiene por qué meterse en mi vida».

Leo Cantos llegó a Tudescos alrededor de las once de la mañana. Su cara de decepción era evidente, a sus superiores las explicaciones de que un cómico famoso había arruinado un operativo no les habían convencido, iban a rodar cabezas y la suya estaba a punto de ser la primera. Subió a la sala de reuniones cuando, al entrar, se encontró a Bécquer de pie contando una historia a cuatro uniformadas totalmente entregadas a la causa.

—… y terminé diciéndole: entiendo que eres Jennifer López y no estás acostumbrada a que te digan que no.

Leo Cantos lo cortó de raíz.

—¿No tienen nada mejor que hacer?

Las cuatro agentes se levantaron de prisa y salieron con la cabeza gacha.

—¿Siempre entras a los sitios como un cretino? —le preguntó Bécquer, totalmente dispuesto a dar batalla.

—Tú deberías taparte un poquito, tu cagada nos ha costado meses de trabajo.

La reclamación estaba totalmente fundamentada, el artista era consciente de que se había equivocado, y si estaba esa mañana en la comisaría era precisamente para dar la cara y asumir su

responsabilidad.

—A lo mejor deberías haber sido más transparente. Has llegado aquí con tu pose de James Bond y no sé qué demonios has hecho con Elena. —Estaba excesivamente agresivo.

—Vigila cómo me hablas, no te olvides de quién soy —respondió Leo, apartando levemente la chaqueta para lucir la placa que llevaba en el cinturón.

—Muy teatral —dijo Bécquer—, pero te aconsejo que no pierdas de vista quién soy yo: no serías el primero que se queda sin curro por pasarse de listo conmigo. —El cómico tenía claro que no se iba a achantar en ningún caso.

Desde la entrada sonó entonces una voz familiar para ambos.

—¿Podéis dejar de comportaros como niños? —ordenó Elena en la puerta—. Acabo de llegar y me encuentro con esto —añadió, resignada.

—Empezó él —dijo Bécquer, quedando como el más infantil de la sala—. Elena, si me dejas que te explique… —La frase se vio interrumpida por un gesto de Elena con la mano.

—Ahora no.

El comisario Baltierra hizo entonces su entrada.

—Siéntense, por favor.

Cada uno ocupó una de las sillas pupitre que había en la sala.

—Parece que estamos en el cole —le susurró Bécquer a Elena, quien no devolvió gesto alguno por la broma.

Baltierra estaba muy serio, lo que no le resultó una novedad al cómico: desde que lo conocía, su relación había sido tensa.

—Lo ocurrido anoche es el mayor desastre de la historia de esta unidad. —El comisario arrancó dejando las cosas claras—. Acabo de hablar con el ministro del Interior, le manda recuerdos, señor Bécquer —el cómico miró a Leo con chulería—, pero no se entusiasme. Sus palabras exactas han sido: «Me tiene hasta los huevos».

Bécquer recogió el guante y respondió:

—Es que tiene su carácter, pero luego se le pasa. Ya lo llamo al

terminar la reunión.

Baltierra se acercó a él.

—¿No ha aprendido nada? ¿Sigue pensando que todo es una broma? —Bécquer no contestó—. Anoche el trabajo y la seguridad de muchos agentes se vieron comprometidos por su irresponsabilidad.

—Verá comisario, no sabía nada de que era un operativo, yo solo quería hablar con Elena, porque desde que llegó el figurín ese no atiende a mis llamadas. —Elena se puso colorada.

—¡No me importa! —gritó Baltierra—. ¡Usted no es el centro del universo! Meses de trabajo tirados a la basura por culpa de su ego, ¡como siempre! Y esta vez tiene consecuencias.

En realidad Baltierra estaba aliviado, aunque lo disimuló a la perfección cuando Serrano lo llamó para abroncarlo.

—Puto desastre todo —dijo el Gigante a modo de saludo—. Se ha colado por el medio el comicucho ese novio de Izaguirre y todo el operativo se ha ido al carajo.

A Baltierra nunca le había gustado Bécquer, pero tenía ganas de darle un abrazo: su enésima irresponsabilidad, sin saberlo, había salvado la vida de la inspectora.

—¿Y ahora? —había preguntado Baltierra.

—Pues haremos de la necesidad virtud: como la cagada obedece a asuntos personales de tu protegida, lo vamos a utilizar para quitarnos de encima a Leo Cantos, se vuelve por donde vino, y lo mismo con Izaguirre… En cuanto a ti… Creo que la dimisión sería lo suyo, ya tengo calentando en la banda a un buen sustituto con el que poder seguir trabajando.

—Inspectora Izaguirre —continuó dirigiendo la reprimenda—, como ya te he dicho en ocasiones anteriores, tu vida personal afecta exageradamente a tu desempeño profesional, y lo de anoche ha sido de una irresponsabilidad terrible. De las tres comisarías involucradas, dos han solicitado formalmente tu expulsión del Cuerpo Nacional de Policía; y hemos recibido la misma orden del Ministerio del Interior: desde este momento, quedas expulsada.

Elena no daba crédito a lo que estaba escuchando.

—Eso no puede ser, hablaré con el ministro —dijo Bécquer. Elena se giró de manera instantánea.

—¡Cállate! —gritó—. ¡Todo es culpa tuya!

Él no se atrevió a replicar. Elena se quedó en silencio, se puso de pie, entregó al comisario su placa y su pistola, y volvió a ocupar su asiento.

—En cuanto a usted, señor Cantos, váyase por donde ha venido, ya le dirán sus superiores en qué posición queda.

Leo asintió con la cabeza y entonces el comisario dirigió su mirada al cómico, que tenía el rostro descompuesto.

—Sabía que esto iba a ocurrir desde el momento en que lo conocí y se comportó como si la comisaría fuese suya. Es usted un dolor de cabeza, va por el mundo pensando que puede hacer lo que le da la gana y no es así. Mire las consecuencias: Elena fuera del Cuerpo.

—¿Y usted no ha hecho nada para evitarlo? —le replicó Bécquer —. Ha sido por mi culpa, ella no tuvo nada que ver.

—A mí me han puesto de patitas en la calle —dijo Baltierra—. Quise dimitir para salvar su puesto y no ha servido de nada. Entiendo que le alegre saber que tampoco formo parte ya de la Policía.

Cuando las noticias terminaron, Elena se levantó evitando la mirada de los tres hombres que la acompañaban.

—Elena, por favor —le suplicó Bécquer, tratando de detenerla en vano.

—Ni así aprendes —dijo Leo Cantos a su espalda—. Ya lo has conseguido: te has cargado al comisario, a la inspectora y Ortega en coma; sin duda, eres una estrella.

Bécquer notó el calor en sus mejillas y armó su brazo derecho: el puñetazo cayó en vacío, Leo apenas necesitó esfuerzo para reducirlo y colocar su cara contra la pared.

—Escúchame, payaso, suerte tienes de que no te rompa el brazo. Deja a Elena en paz de una vez. Ni te quiere ni te necesita.

23
HAGAMOS UN PACTO

Serrano paseaba por la Gran Vía mientras disfrutaba de un helado de cucurucho; sonreía a las señoras mayores que se cruzaba, incluso a algún niño que otro: estaba pletórico. La operación para eliminar a Elena había sido un fracaso porque seguía con vida, pero, gracias a la estupidez de Bécquer, tres de sus mayores dolores de cabeza habían desaparecido de un plumazo: Leo Cantos ya no estaba investigando, Izaguirre fuera de la policía y Baltierra en su puñetera casa. La vida le sonreía.

El nuevo comisario de Tudescos, un tal Santos Roldán, llevaba tiempo en la cantera de Serrano, ascendiendo poco a poco en Cataluña y ahora debutando en Madrid. Un medio pelo de mediana edad que obedecía sin rechistar, solo le importaban el dinero y las prostitutas, y claro, con ese perfil, Serrano podía hacer con él lo que quisiese. Se venían buenos tiempos para la organización.

Baltierra llevaba más de una hora picando la bañera y preguntándose por qué le pareció buena idea guardar ahí el dinero de tantos años de corrupción, y se lamentaba una vez más del camino que en su día había iniciado. Cuando se quiso dar cuenta, estaba sentado en el suelo rodeado de escombros y de fajos de billetes sin saber cuál de las dos cosas le iba resultar más útil. El ministro había sido más o menos generoso con él: en lugar de enseñarle la salida con un baja sin honor, lo invitaron a prejubilarse

amablemente. De todas formas, aquella triste mañana en la que se despidió de la comisaría en la que tantas cosas habían pasado, todos eran conscientes de que lo habían puesto de patitas en la calle. No había querido más que decir unas breves palabras llenas de vergüenza para cerrar la etapa más importante de su vida.

Todos los agentes habían formado de pie mientras Baltierra ocupaba lo alto de la balconada; desde allí veía sus caras y, temiendo no ser capaz de encontrar las palabras precisas, había arrancado su despedida.

—Han sido muchos años de esfuerzo, trabajo y sacrificio los que hoy terminan. Me despido dándoos las gracias por vuestra valentía y vuestro servicio público. No voy a mentiros, esta jubilación es obligada porque la última misión tuvo un resultado estrepitoso. Así que aquí acabo. Sed felices y cuidaos mucho.

Los agentes habían aplaudido y, de manera espontánea, habían formado un pasillo por el que Baltierra fue avanzando hasta el ascensor que lo llevaría, por última vez, a recoger su coche. Mientras saludaba a un lado y a otro, no había podido evitar la vergüenza. «Si supiesen quién soy en realidad, no me aplaudirían».

Él ya excomisario recogió el escombro y lo metió en una de esas bolsas de rafia que se compran en las grandes superficies de construcción, lo bajó a una escombrera que había un par de calles más abajo y volvió a casa. Limpió como buenamente pudo el cuarto de baño y se dirigió a su dormitorio. Sobre la cama, una bolsa de deporte con algo más de dos millones de euros y una maleta con ropa y fotos de su mujer. Con la bolsa al hombro y la maleta en la mano, se dirigió al garaje, dejó las bolsas en el maletero y se sentó en el asiento del conductor. Entonces dirigió la mirada al asiento del copiloto, donde había colocado la urna con las cenizas de su mujer.

—Vámonos a casa, mi amor.

Mientras el comisario avanzaba por la Al hacia Burgos, Bécquer aguantaba la enésima bronca de su hija.

—No me puedo creer lo que has hecho, papá. Es que no me lo creo ni de ti, y mira que has hecho tonterías. ¿En qué estabas pensando?

La cura de humildad que estaba recibiendo en las últimas horas estaba a punto de convertirlo en un monje franciscano, ya no se animaba no solo a no poner excusas, sino que ya no se atrevía ni a dar explicaciones.

—Estoy desesperado, hija, ya no sé qué más hacer —se lamentó —. Si Elena ya no me hablaba, imagínate ahora: como me vea, me dispara.

Lucía tenía claro que algo había que hacer.

—Iré a hablar con ella —dijo la niña totalmente convencida—. Ya verás como antes o después todo se arregla, papá.

Bécquer sonrió, su hija siempre tenía una palabra de esperanza, en eso se parecía a su padre, otro optimista convencido al que ahora le estaba costando mantenerse en pie. Se despidieron con un cálido abrazo.

Cuando el cómico cerró la puerta, fue a su despacho, se acercó al escritorio y tomó en sus manos una foto: en ella se veía a un joven Bécquer y a su lado a su abuelo, el señor Manuel.

—Si estuvieses aquí me dirías qué hacer —dijo al borde de las lágrimas—, te echo tanto de menos. —Dejó la fotografía sobre la mesa, se recompuso y pensó: «Es hora de ir a verte».

Lucía estaba como loca conduciendo el Mercedes que le había regalado su padre, años y años revelándose contra sus lujos y ahora comenzaba a disfrutarlos de verdad. Es cierto que a Celia, su madre y exmujer de Bécquer, así como azote permanente de sus variadas estupideces, no le hacía ni pizca de gracia, pero desde que se había vuelto a enamorar, ahora del cirujano jefe del hospital en el que investigaba, las cosas del cómico le importaban menos.

Aparcó el vehículo y se dirigió a casa de Elena. Cuando llamó al timbre, la inspectora tardó un rato en contestar.

—¡Qué! —dijo al fin, obviamente muy enfadada.

Lucía optó por un tono suave.

—Soy Lucía, ¿podemos hablar?

Elena suspiraba al otro lado del telefonillo; por una parte, no quería hablar con nadie, pero por otra, tampoco iba a dejar en la calle a la niña; a fin de cuentas, su problema era con su padre, no con ella.

—Sube —dijo mientras apretaba el botón de apertura.

La Elena que se encontró Lucía cuando abrió la puerta no era a la que estaba acostumbrada. Vestía un roído chándal gris, el pelo medio enganchado en una especie de moño en lo alto de la cabeza y en la mano derecha una bolsa de ganchitos que le había dejado las manos y la boca de color naranja.

—Veo que vas a tope —dijo Lucía para saludar.

Elena contestó encogiéndose de hombros y sentándose en el sofá, en aquel piso pequeño, viejo y tratado con poco cariño.

—¿Mi padre ha pasado noches aquí? —Elena asintió sin decir una palabra—. Pues te debe de querer mucho, no he conocido a nadie más sibarita que él. Seguro que cuando estaba aquí contigo, no paraba de protestar.

Las palabras de Lucía arrancaron en Elena una pequeña sonrisa. La chica se sentó entonces al lado de la exinspectora.

—Siento mucho lo que ha pasado, mi padre no quería esto.

Elena se arrancó a hablar.

—Pues es lo que ha conseguido. ¿Bécquer siempre ha sido así? ¿Tan egoísta?

Lucía era consciente de que no iba a resultar nada fácil la conversación.

—La verdad es que sí: es egoísta, narcisista, egocéntrico, presumido, altivo, chulo por momentos, el más listo de la clase, le gusta ser el centro de atención y se comporta a veces como un auténtico gilipollas. Esta sería la definición perfecta.

Elena nuevamente sonrió: la verdad es que era imposible no estar a gusto con Lucía.

—Pues entenderás entonces que no quiera saber nada de él.

—Tú me has preguntado por Bécquer y yo te he contestado —Lucía siguió desplegando encanto—. Pero quiero contarte cómo es Antonio, el hombre del que te enamoraste. Es buen padre, se preocupa por los demás, cuando entrega su corazón lo hace para siempre, es leal, buen amigo, divertido y generoso, cuando se quita su armadura de artista, es tierno y frágil, un niño pequeño al que no querían y que siempre está buscando a quien le dé un poco de cariño.

Aquellas palabras a Elena la hicieron reflexionar.

—¿Por qué dices que no lo querían? Siempre habla de lo muy unido que estaba a su abuelo.

Lucía se acercó un poco más a Elena.

—¿Alguna vez te ha hablado de sus padres?

Elena asintió un tanto confundida.

—Muy por encima: que no conoció a su padre y que su madre tuvo que irse fuera a trabajar y falleció joven de un cáncer.

A Lucía la respuesta de Elena le generó ternura.

—Esa es la versión, digamos, «oficial», lo que cuenta en las entrevistas. La mayor parte de la biografía de mi padre hasta salir por primera vez en *Noches desde el Espacio* es inventada, no le gusta hablar de aquella época. ¿Te ha contado algo más?

—Pues que la aldea era muy pequeña, que lo criaron sus abuelos, que estaba muy unido a su abuelo Manuel, que era con quien iba de chaval a ver monologuistas; que al poco se fue a trabajar a Barcelona y que fallecieron, primero su abuela y luego Manuel, y que desde entonces no ha vuelto a Galicia.

A Lucía le daba pena que su padre no se hubiese abierto de verdad con Elena, sobre todo, porque realmente la quería. Estaba decidida a hacer lo que su padre debería haber hecho antes.

—Mi padre tiene un dolor muy grande dentro y mi madre no fue capaz de entenderlo, de ahí que les fuese mal, bueno, por eso y porque a mi padre siempre le han gustado mucho las mujeres, la vida del artista es como es y mi madre… Lo cierto es que lo único

que quería era estar tranquila, nunca le gustó lo que hacía Bécquer y así era imposible. Pero los dos tienen claro que se equivocaron al casarse si ambos querían cosas distintas. Ahora, con el tiempo, todo está solucionado. —Elena escuchaba el relato con atención; era cierto que en esos meses habían profundizado poco en el pasado mientras disfrutaban el presente y no pensaban en el futuro—. Mi abuela paterna, la madre de Antonio, lo despreció desde el mismo momento en que nació. Hay gente que no se cree que una madre pueda repudiar a un hijo, pero sí, esas cosas pasan. Un sinvergüenza la embarazó y desapareció, y ella culpó a su hijo de su caída en desgracia, lo abandonó cuando mi padre tenía, no recuerdo si diez o doce años, diciéndole, además, que no quería saber nada de él. Se fue a Santiago y allí se metió en una espiral de mala vida que terminó con ella en la tumba. —Elena lamentaba escuchar eso —. Antoñito, que era como lo llamaban, se inventó a Bécquer para ser más fuerte, para borrar esa parte de su vida, pero desde el primer instante en que se subió a un escenario, hace lo mismo: busca conseguir el amor de su madre y el amor de su padre a través del público, es sencillamente eso, no solo es el ego del artista, es algo más: mi padre está desesperado por que lo quieran.

Aquello a Elena no le encajaba.

—¡Pero si lo quiere todo el mundo!

Lucía sonrió con ternura.

—Ya lo sabe, pero la herida de que sean tus propios padres quienes no te quieren no se cierra nunca.

Elena asimilaba despacio el relato de Lucía, estaba demasiado enfadada como para sentir lástima por el artista y no dudó en dejarlo claro.

—Por mucho dolor que tenga, no puede ir por ahí como si nada más que él importase —reclamó.

—Tienes razón. Si te cuento esto es únicamente para que entiendas cómo es. Mi padre creía que se había enamorado de mi madre y así salió la cosa como salió; en cambio, contigo… es diferente, nunca lo había visto así. Está completamente entregado y

comprometido. Cuando hace unas semanas cortaste la relación, lo hundiste de una forma que no había visto jamás.

Elena se sentía culpable desde entonces y, cogiendo un poco de fuerzas, decidió confesar.

—Lo hice para protegerlo.

Poco a poco fue revelando lo que podía: que Leo Cantos era un amigo del pasado, que la misión en la que estaba metida era muy peligrosa y que ese fue el motivo por el que tuvo que darle la espalda a Bécquer.

—¿Entonces, lo sigues queriendo?

—Pues ahora mismo no sabría qué contestar a eso… Tu padre es como una patada en la espinilla, y además… —A Elena se le hizo entonces un nudo en la garganta—. Llevo toda la vida luchando dentro de la comisaría para descubrir quién se llevó al mío, y ahora aquí me ves, sin futuro y sin placa. ¿Entiendes lo que te digo? Tu padre ha arruinado mi investigación. No sé si se lo podré perdonar.

Lucía hizo aparecer entonces la última carta de la manga.

—Mira esto. —Sacó del bolsillo el móvil y le mostró una imagen —. Mi padre ha localizado al doctor Castillo. —Elena dio un salto en el sofá que casi da con su cabeza en el techo—. Por eso vino a tu casa la noche en la que lo estropeó todo, para contártelo y ofrecerte ir a México a buscarlo; una vez más no quisiste escucharlo, y cuando te vio salir, decidió seguirte y… Bueno, el resto ya lo sabes. Lo que mi padre quería era ayudarte.

Elena tomó el teléfono de Lucía, ahí estaba la dirección del hombre que falseó la autopsia de su padre, del hombre que seguro sabría quién estaba detrás de tanto dolor.

—Está bien —dijo Elena esperanzada—, llévame a ver a tu padre.

24
MORRIÑA

Bécquer llevaba conduciendo sin parar algo más de cuatro horas, apenas había echado en la maleta un par de mudas a toda prisa, porque cuando le daba un arrebato, ya no creía en Dios.

Cogió la salida que llevaba a la que durante tantos años había sido su casa, ahí se acababan las carreteras buenas. Recorrió unos veinte kilómetros más de comarcal y a lo lejos distinguió la iglesia de su pueblo. Los nervios comenzaron a atenazarle el estómago. Condujo un poco más y se descubrió emocionado al comprobar que nada había cambiado.

La plaza del pueblo estaba adornada por el balcón del ayuntamiento, ahí ondeaban orgullosas las banderas de Galicia y España.

«Imagino que don José seguirá siendo el alcalde y el otro don José, el párroco». La coincidencia de los nombres de aquellos dos había originado equívocos tan simpáticos que Bécquer los había incluido en aquel primer monólogo que lo había llevado al estrellato.

Detuvo su coche en uno de los laterales de la iglesia, bajó despacio y estiró como pudo la espalda. «Qué lejos vive esta gente —pensó, divertido, dirigiéndose al bar—. El dueño por lo menos se llama Paco». Apartó con la mano izquierda una de esas pesadas cortinas hechas con bolas de plástico y lanzó al aire un sonoro «boas tardes», incapaz de interrumpir la partida de dominó que se estaba

jugando al fondo del bar, para lo que la sobremesa era siempre el mejor momento.

Detrás de la barra seguía la señora María. A Bécquer lo sorprendió gratamente comprobar que estaba exactamente igual. Lo miró como un guardia civil escaneando una maleta en el aeropuerto y dijo:

—*Miña nai*, Antoñito, pero mira qué *ben feito* estás.

Bécquer devolvió el piropo con una sonrisa.

—*Faise o que se pode*.

La señora María se secó las manos con un paño y rodeó la barra para salir y abrazar al nieto del señor Manuel.

—Las cejas las tienes raras de *carallo* —añadió la buena mujer.

Al cabo de unos minutos, ya estaba sentado con una taza de caldo entre las manos y el lamento de la señora por lo delgado que estaba y la mala cara que traía. Los cuatro integrantes de la partida, en cuanto la señora María pegó una voz, dejaron de jugar para acudir a recibir al nieto del señor Manuel, porque, en ese lugar, Bécquer quedaba fuera, ahí solamente era Antoñito. Durante un buen rato compartieron recuerdos y de paso algún reproche que otro.

—Llevabas mucho tiempo sin venir.

Bécquer asentía poniendo el trabajo como excusa, cuando lo cierto era que, después de enterrar a su abuelo, no se había atrevido a regresar.

Ahora el momento era diferente y lo necesitaba. Abrazó nuevamente a la señora María prometiendo que regresaría al cabo de unas horas para cenar un buen plato de jamón asado. Se subió a su coche y se dirigió a la casa de sus abuelos.

La finca seguía impecable, era pequeña, pero se la veía cuidada. «Carliños está cumpliendo», se dijo Bécquer. Cuando decidió cerrar la casa, dejó encargado que se mantuviese en buen estado y le alegraba mucho ver que así seguía. Pensó en Nacho. «Quitando lo de que secuestró a mi hija e intentó matarme varias veces, era un asistente cojonudo».

Era muy emocionante simplemente respirar en aquel lugar, los olores le transportaban a la infancia. El viaje se hizo más intenso cuando se sentó en un pequeño columpio de madera que colgaba de uno de los árboles que había frente a la casa.

El pequeño Antoñito era un «culo veo, culo quiero», y se había empeñado en que quería «un columpio como el de Heidi para volar entre las nubes». Al señor Manuel la petición de aquel pequeño de apenas seis años le parecía lo más razonable del mundo.

—Pero ¿vas a tener cuidadiño? —le preguntó con dulzura.

—En principio sí —contestó aquel pequeño resabidillo, apretando fuerte la mano de su abuelo mientras paseaban.

—Entonces tenemos que buscar un buen trozo de madera.

Al día siguiente, Antoñito se levantó y sonrió al ver a su abuelo en el patio manos a la obra. Terminó bien rápido el vaso de leche y su trozo de pan con mantequilla y salió corriendo.

—¿Es para mí? —preguntó, convencido de la respuesta.

—Pode ser —respondió el señor Manuel, cargado de presuntas dudas.

Sentado en un pequeño banco, el abuelo lijaba con fuerza un pedazo de madera con el fin de dejarlo muy suave para su nieto; a su lado, el niño observaba maravillado aquel sencillo proceso como si se tratase de la obra de ingeniería más importante del mundo.

—¿Y luego cómo se hace? ¿Y va a ser muy alto? ¿Y dónde lo vas a poner? ¿Y va a ser solo para mí? —La batería de preguntas de Antoñito no tenía fin.

—Cuando lo deje bien xeitoso*, le ponemos una cuerda en estos dos agujeros —contestó su abuelo señalando los dos orificios laterales.*

Al cabo de un rato se dirigieron al árbol escogido. El señor Manuel, ayudado de una escalera y mientras su señora le gritaba desde la cocina que se iba a matar, hizo dos buenos nudos a las dos cuerdas que iban a sostener el columpio.

—Esto se llama nudo marinero, ¿lo sabías? —El niño negó con la cabeza—. Me enseñó a hacerlos el mismísimo Popeye —bromeó.

A continuación, pasó la cuerda por el interior del agujero correspondiente y volvió a anudarla. En apenas unos minutos había terminado la sencilla instalación.

—Listo, pruébalo a ver qué tal. —Antoñito intentó subirse, pero su abuelo le había dejado el columpio demasiado alto—. Ya te subo yo.

—Está muy alto —protestó.

—Es porque vas a crecer y quiero que te dure; ya verás, cuando seas un hombre, los pies te llegarán al suelo, pero no tengas prisa, que me gusta que seas un neniño*.*

Antoñito agarró con fuerza las cuerdas y su abuelo comenzó a empujarlo: sin duda, era el mejor columpio del mundo y, efectivamente, podía cruzar el cielo sentado en él.

A Bécquer le costó mucho abrir la puerta de la casa, la humedad había hecho mella en la cerradura y presentaba un poco de óxido. Cuando cruzó el umbral, los recuerdos se agolparon en su mente y en su corazón a una velocidad galáctica. El tiempo se había detenido en aquellas estancias, el polvo se acumulaba en cada esquina desde el día en el que le echó el cierre. Cruzó el pequeño recibidor y entró en la cocina. Desde la ventana le parecía verse a sí mismo de la mano de su abuelo, el olor lo transportaba a las noches frente a la *lareira*. Subió la pequeña escalera y entró en la que había sido su habitación. «Recordaba la cama más grande», pensó. De la pared colgaba un crucifijo de gran tamaño que le hizo pensar en su abuela: «Menuda era». Al cabo de unos minutos y con un pequeño soldado de plástico, que acababa de coger de su antiguo escritorio, en el bolsillo, recorrió el pasillo hacia el dormitorio de sus abuelos. Al lado del baño estaba el cuarto de su madre: una vez más, al igual que cuando era un niño, dejó atrás la puerta cerrada. Sabía que si en ese preciso momento la golpeaba con los nudillos nadie

contestaría, como siempre había sucedido.

La cama de sus abuelos era muy pequeña. «Me pregunto cómo harían para dormir», pensó. Enfrente de la cama, un enorme aparador cubierto con un tapete de ganchillo lucía marcos con fotos llenos del polvo de tantos años. Bécquer las miró una tras otra: retratos de sus abuelos en sepia, un par de ellas de sus bisabuelos, estupendas para aterrorizar a niños, una de su madre cuando era niña y, por supuesto, un retrato de Antoñito el día de su primera comunión.

—Estas fotos me las llevo. —Abrió la mochila y las cogió todas; en la de su madre se detuvo con un pellizco de duda—. Tú te vienes también.

Dedicó el resto de la tarde a limpiar un poco. La luz y el agua seguían en funcionamiento y, al estar en buena época del año, la noche no iba a ser fría. Buscó en los armarios las sábanas que menos olieran a polvo y se preparó la que fuese su cama para pasar la noche y descansar.

—Si logré dormir en el piso de Elena, esto en comparación es el hotel Hilton.

El día siguiente amaneció con niebla. Bécquer se levantó con la espalda doblada. Lo bueno es que con el paso de los años había aprendido a hacer una serie de estiramientos en el suelo que le permitían recomponerse en casi cualquier circunstancia. Se aseó en el cuarto de baño y, estancia por estancia, se fue despidiendo de la casa.

—Esta vez no tardaré tanto en volver —prometió mientras daba dos vueltas a la llave.

Cogió el coche y, ya en el pueblo, volvió a aparcar al lado de la iglesia, entró nuevamente en el bar y se sentó en la barra a desayunar.

—¿Ya marchas? —le preguntó la señora María. Bécquer asintió con la cabeza—. ¿Y no lo vas a visitar? —Repreguntó.

El cómico tragó el pedazo de pan con mantequilla que tenía en la boca y respondió:

—Es lo que voy a hacer ahora mismo.

Detrás de la iglesia estaba el cementerio. Bécquer abrió la pequeña cancilla y caminó nervioso hacia el lugar en el que descansaba su familia: tres lápidas de piedra consecutivas recogían los restos mortales de su madre y sus abuelos.

—Como siempre, no vamos a tener intimidad para hablar —dijo ante la tumba de su abuelo—: la abuela sigue metiéndose en nuestras cosas —bromeó—. Perdóname por haber tardado tanto en venir, no me resulta fácil, ya sabes por qué —confesó, dirigiendo sin querer la mirada al lugar en el que descansaba su madre—. Como sabrás, el trabajo va muy bien, pero eso es lo de menos: últimamente he tenido mucho lío con lo del intento de asesinato, me imagino que también estarás al tanto, pero no te preocupes por eso, que lo resolvimos de maravilla gracias a Elena. De ella te quería hablar, me da mucha pena que no la hayas conocido, te iba a encantar, tiene un carácter parecido al de la abuela, no te voy a engañar, pero cuando logras traspasar su coraza, es maravillosa, divertida y generosa… Lo que pasa es que he metido la pata, abuelo. Lo he estropeado como siempre lo estropeo todo y ahora me siento perdido como nunca. —El silencio del pequeño cementerio dotaba de mayor relevancia a la escena. Con una mano en el bolsillo y la otra sujetando un precioso ramo de rosas blancas, Bécquer continuó—. Dime algo, abuelo, porque esta vez no sé cómo arreglarlo. —Hincó entonces una rodilla en suelo y colocó con mimo las flores—. Abuela, no te molestes, que a ti nunca te gustaron. —Sin poder evitarlo, dirigió la mirada al lugar de descanso de su madre, incapaz de articular palabra.

Conforme pasaban los minutos, una enorme sensación de paz comenzó a inundar el corazón de Bécquer. Una vez más, el señor Manuel era el único capaz de calmarlo y entenderlo.

—Si estuvieses aquí, todo sería más fácil —se lamentó, y se quedó callado hasta que tomó una decisión—. Voy a seguir adelante,

voy a ir a buscar al doctor Castillo.

Una voz inconfundible rompió el silencio a su espalda.

—¿Y piensas ir solo?

Bécquer se sobresaltó y de un salto se dio la vuelta, al girarse la vio, plantada frente a él estaba ella, Elena. No supo cómo reaccionar, desde luego, era la persona más imprevisible y sorprendente que había conocido, sin duda, uno de los motivos que lo habían llevado a enamorarse hasta las trancas.

—¿Y tú aquí? —El cómico no daba crédito.

—Una buena amiga me dijo que planeabas un viaje y se empeñó en traerme.

Bécquer dirigió entonces la mirada a la espalda de Elena: a lo lejos, apoyada en el coche, estaba Lucía, quien le dedicó a su padre un corazón con las manos desde la distancia.

—Elena, siento mucho todo lo sucedido. Soy un idiota. —Las palabras de Bécquer no podían ser más sinceras.

—Soy yo quien lo siente —lo corrigió Elena, nerviosa—. Desde el principio debería haber compartido contigo lo que estaba pasando, no te merecías que te diese la espalda así, sin ninguna explicación.

Bécquer dio un paso adelante y cogió las manos de Elena.

—Estoy muy cerca, sé dónde está Castillo.

Elena miró a Bécquer a los ojos y respondió.

—Eso ya me lo explicarás después, ahora tengo otros intereses.

Y con un fuerte tirón lo arrastró contra su pecho y comenzó a besarlo como tantas otras veces y, sobre todo, como tanto había extrañado esas últimas semanas.

25
MÉXICO LINDO Y QUERIDO

A Elena le empezaba a dar vergüenza pedir más vino.

—Nos van a echar del avión, solo llevamos una hora aquí y mira la botella —dijo, divertida.

—Qué va, si ya sabes que las azafatas me adoran.

El codazo que Bécquer recibió en las costillas lo dejó casi sin aire durante unos segundos, no sabía si reír o llorar, así que eligió reír mientras se ahogaba al ver a Elena disfrutar tanto después de semanas y semanas de angustia. Volaban rumbo a Ciudad de México.

—No es un avión privado, pero la primera clase de esta compañía es cojonuda —sentenció el artista mientras apuraba una nueva copa de champán.

Elena no dejaba de sorprenderse del tren de vida y los lujos a los que Bécquer estaba acostumbrado.

—Podíamos haber viajado en turista —dijo con el evidente ánimo de provocar a su pareja.

—Si quieres, estás a tiempo, ¿le pregunto a la señora si tiene algún sitio detrás?

Elena se rio a carcajadas.

—¡Si esto es mejor que mi piso!

Bécquer vio venir la pelota por el aire y no dudó en rematar a gol.

—Cualquier cosa es mejor que tu piso.

Y de nuevo volvió a sentir un codazo en las costillas.

Al cabo de un par horas de vuelo, ya estaban más tranquilos.

—¿Crees que nos atenderá? —preguntó la inspectora.

—No creo que sea fácil, pero confío en que lo conseguiremos, llevo dos planes de acción. Mi primera intención es que nos ayude porque sí; en caso de que no quiera…

—Estoy de acuerdo, si no lo entiende por las buenas…

Bécquer brincó en el asiento.

—Pero ¡qué dices! Yo hablaba de darle dinero.

Elena se puso colorada.

—Sí, sí, mucho mejor tu idea.

Parte del vuelo transcurrió con Bécquer y Elena durmiendo a pierna suelta. Cuando aterrizaron, la ciudad los recibió con lluvia. Cogieron sus maletas y se dirigieron a la salida. Lo que no esperaban en ningún caso era la sorpresa que les aguardaba a continuación.

En cuanto pusieron un pie en la terminal, un grupo de unas quince personas, entre las que se encontraban reporteros, fotógrafos y un par de cámaras de televisión, se dirigieron con voracidad hacia ellos.

—¿Y esto? —Dijo Elena, sorprendida—, ¿cómo sabían que venías?

Bécquer no sabía muy bien qué contestar.

—No lo sabían, yo creo que están aquí de guardia y alguien habrá debido de reconocerme. —Mirando a su alrededor añadió—. Olvídate del chófer, vámonos por aquí hacia los taxis.

Como alma que lleva el diablo, comenzaron a escapar de los fotógrafos apurando el paso a lo largo de la terminal. Elena optó por mantenerse un par de pasos por detrás del cómico, los *flashes* se iban a alejando a medida que avanzaban, pero dos reporteros lograron ponerse al lado del cómico.

—Señor Bécquer, ¿cuál es el motivo de su visita?

Bécquer ignoraba las preguntas. Desde su intervención en el

programa de Mirta que tanta polémica había levantado, no había vuelto a hablar para ningún medio.

—¿Sigue usted enojado con doña Mirta?

Bécquer continuó guardando silencio hasta que por fin ocuparon un vehículo. Cuando el coche inició la marcha, Elena se lamentó:

—No hay manera de que pases bajo el radar.

El taxi avanzaba bajo la intensa lluvia. Elena disfrutaba mirando por la ventanilla como si fuera una chiquilla. «No me puedo creer que estemos aquí, me encanta este país». Desde que Elena lo acompañara en su gira americana, se había quedado prendada de México, y no era para menos. No había ido ni a trabajar ni de turismo, pero el simple hecho de recorrer sus calles, aunque fuese por poco tiempo, hacía que las diez horas de vuelo valiesen la pena.

El hotel nuevamente era despampanante, en pleno centro. A escasos minutos de la Alameda, se alzaba imperial un colosal edificio que albergaba un complejo de cinco estrellas de absoluto lujo.

—A diferencia de cuando fuimos a Sevilla, he reservado solamente una habitación —confesó Bécquer mientras entregaba las maletas al botones.

—Mientras tenga camas separadas, no habrá problema —respondió Elena.

En cuanto el cómico pisó el *hall*, un hombre bajito vestido con un traje gris fue a darles la bienvenida identificándose como el director del hotel.

—Señor Bécquer, permítame darle la bienvenida en nombre del hotel Harrington, es un enorme placer recibirlo de nuevo.

Estrechó la mano de aquel pequeño señor con fuerza, alabó el país y alargó la conversación de la manera más agradable posible mientras el ascensor privado de la habitación los llevaba a la *suite* presidencial. En aquella habitación podrían vivir cuatro familias.

Bécquer contemplaba las vistas desde el ventanal mientras Elena preparaba el *jacuzzi*. «No todo va a ser intriga policial», pensó la

inspectora al arrojar dos bolas de sales. Se desnudó y se metió en el agua caliente; entonces, llamó a Bécquer.

Dentro del *jacuzzi*, la recién recuperada pareja no dejó nada por hacer.

—Nunca me ha gustado hacerlo en el agua, pero por ti estoy dispuesto a ahogarme —dijo él sumergiéndose en el agua para que ella pudiese abandonarse.

—¡Viva México, cabrones! —gritó Elena permitiéndose, al fin, volver a ser feliz.

A Bécquer el cambio horario le afectaba sorprendentemente poco.

—La clave es elegir cuándo comes —explicó mientras se enfrentaba a un plato de chilaquiles capaz de resucitar a un muerto —. ¿Te puedes creer que esto es lo que desayunan? —exclamó metiéndose entre pecho y espalda kilo y medio de totopos bañados en salsa roja y coronados por tres huevos fritos y chorizo picado—. Normal que también duerman la siesta.

Elena, mientras tanto, disfrutaba de la panorámica que ofrecía el ventanal mientras conectaba al wifi su teléfono. Cuando la red le dio la bienvenida, el WhatsApp comenzó a funcionar a destajo.

—Sí que estás solicitada —comentó Bécquer—. Contesta tus cosas con calma, que voy a cerrar un poco el ojo, cuarenta y cinco minutos, no más. Luego damos un paseo y mañana al lío, ¿te parece?

Elena asintió; a fin de cuentas, la hora local eran las cinco de la tarde, poco más podían hacer.

La inspectora agradeció que la habitación fuera tan grande cuando Bécquer comenzó a roncar. «Y eso que tiene un control absoluto del sueño», pensó divertida. Los primeros mensajes que respondió fueron los de su madre: que si «avisa cuando llegues», que si «qué alegría que hagas un viaje con Bécquer»… Le hacía feliz ver a su madre tan contenta. «Menos mal que no le dije nada de la separación», pensó. Lo que menos le gustaba a Elena era

disgustarla.

Con pesar, comprobó que Leo seguía insistiendo. «Este las indirectas como que no». Desde que fue apartada del Cuerpo, insistía en que se viesen, y a ella no le daba la gana: una cosa había sido verse obligada a mantener una relación profesional y otra bien distinta sería continuarla una vez que la misión había resultado un absoluto fracaso. Leyó los mensajes valorando responder, optó por no hacerlo al leer el último: «¿Vas a volver a desaparecer sin dar explicaciones?».

Al cabo de casi dos horas, Bécquer hizo su triunfal entrada en el salón.

—Lo dicho, tres cuartos de hora —dijo, totalmente convencido—. Venga, desarrollemos un plan.

Mientras decía estas palabras y Elena trataba de contenerse la risa, cogió el mando de la tele y la encendió.

—¿No te gusta ver qué ponen en otros países? Con un poco de suerte damos con *El chavo del 8*.

Elena se vio obligada a responder.

—¿Ahora qué tienes? ¿Diez años?

Bécquer adoptó un tono solemne.

—Nunca desprecies la comedia; en lo aparentemente infantil aparecen cosas maravillosas para los adultos…

Iba a continuar con la clase cuando, en el cambio de canales, se encontró a sí mismo. Uno de los programas de tarde celebraba la visita del cómico a la tierra de Cantinflas con un tono lo más sensacionalista posible.

—No me lo puedo creer —dijo Elena—, menudos titulares.

Lo cierto es que *Tarde de Impacto* hacía honor a su nombre: sobreimpreso en pantalla mientras daban vueltas a la misma imagen una y otra vez, Bécquer saliendo del aeropuerto tirando de una maleta, en pantalla se podía leer: «¿Regresa Bécquer a enfrentarse a la verdad? ¿Qué esconde el cómico español? ¿Escapa de sus problemas en España?». Mientras que a Elena esto le preocupaba, a él parecía divertirle.

—¿No te molesta? —preguntó la inspectora.

—Forma parte del trabajo; además, nunca hay mala publicidad. No te preocupes, que no le interesa a nadie.

Lo que Bécquer no imaginaba es que la idea de haber llegado a México de manera discreta acababa de saltar por los aires y eso iba a acarrear violentas consecuencias.

26
LA JUBILACIÓN ESTÁ SOBREVALORADA

Baltierra no llamaba la atención ni queriendo. Con un pantalón cargo a la altura de la rodilla y una mochila de montañero, paseaba solo por el parque pensando a quien alimentar antes: si a los avestruces o a las jirafas. Desde hacía años buscaba un momento para recorrer Cantabria, y la vida le fue pasando por encima a una velocidad endiablada. Ahora que no tenía ni mujer ni trabajo, de lo único que podía disfrutar era de tiempo, y tampoco era algo de locura.

Ya se cumplía una semana desde que lo habían jubilado, y con toda la chulería del mundo se había dado el primer capricho en años: un Saab 93 descapotable del 98; rascaba un poco en el arranque, pero habían sido 30 000 euros gastados con gusto y en efectivo. Con ese autorregalo había cogido la Al y se había plantado en el Parque de Cabárceno después de alquilar una casa rural en la que había recuperado el hábito de fumar puros. Si no fuera por el tremendo cargo de conciencia y lo solo que se encontraba, podría parecer una jubilación idílica.

Llevaba en el Parque desde las diez de la mañana y ya se había pasado incluso la hora de comer. Entró en la cafetería y cogió una bandeja para pasar por esa especie de comedor de colegio que tanto disfrutan los turistas. Después de protestar un poco al ver el precio de una cerveza, optó por un pincho de tortilla y dos latas de Mahou. Justo cuando estaba pagando, su teléfono móvil empezó a sonar:

número desconocido. Suspirando, contestó la llamada.

—No me dejas en paz ni jubilado.

Esta nueva valentía de Baltierra obedecía a que cuando un hombre no tiene nada, poco le puedes quitar; Serrano, por su parte, todavía tenía motivos para ponerse nervioso.

—¿Tienes una televisión cerca? —preguntó sin saludar, como de costumbre.

Baltierra miró a su alrededor y comprobó que a su espalda había una en silencio con el canal de noticias *24 horas*.

—¿Qué quieres que vea?

La respuesta contenía la indicación de que cambiasen al Canal 5. Educadamente, Baltierra pidió por favor si podían ponerlo un momento. No sin resoplar un poco, la señora custodia del mando a distancia le concedió el favor.

—Ya está. ¿Qué tengo que ver?

—Atento al tema de debate, tú me dirás —contestó Serrano.

El Canal 5 tenía un programa de corazón que ocupaba las tardes al completo. Desde las tres hasta las ocho, el presentador estrella de la cadena se afanaba en liderar un grupo de cotorras expertas en sacarse los ojos y volver a quererse en cuestión de minutos, un formato apasionante al que un veinte por ciento de audiencia se quedaba pegado cada tarde. En pantalla el apasionante tema al que iban a dedicar media programación: «¿Crisis en la pareja de Bécquer?». Baltierra no daba crédito a lo que estaba viendo, sobre todo, porque le daban exactamente igual los amoríos de aquella insoportable estrellita.

—¿Quieres que te invite a la boda? —le preguntó a Serrano con todo el sarcasmo del mundo. Su respuesta fue tan rotunda como su carácter.

—Mira las imágenes.

Baltierra fijó la mirada en el lateral de la pantalla mientras seguían discutiendo los pormenores de la azarosa vida sentimental del cómico. Vio a Bécquer caminando por lo que parecía la salida de un aeropuerto; en el siguiente plano reconoció a Elena subiéndose

con él a un taxi.

—Vaya, veo que me llamas para informarme de que los tortolitos se han reconciliado, bien por ellos.

Serrano respondió con la mayor de las cretineces.

—Veo que te colocaron rápido en un despacho porque no tienes ni puta idea de trabajar investigando. —Baltierra se quedó helado, no entendía a qué venía eso—. Están en México, idiota.

—Habrán ido de vacaciones o actuará allí el gilipollas de Bécquer, ¿qué más te da? —El excomisario todavía no había llegado al lugar en el que Serrano lo esperaba.

—No estarán metiendo las narices en nuestras cosas…

Baltierra trató de calmarlo.

—Escúchame bien, aunque me joda reconocerlo, Bécquer es una estrella en Hispanoamérica, especialmente en México, lo sabe hasta la Wikipedia. No todo responde a una trama internacional. Esto se ha acabado. Están fuera del juego.

Serrano asumió como válido el argumento de Baltierra.

—Está bien, mantendremos entonces la calma.

Y con las mismas colgó el teléfono, haciéndole ver que estaba de acuerdo cuando la realidad era la contraria. «No me voy a quedar esperando, si tengo razón, estos dos hijos de puta han ido a rascar». Seleccionó un número de su agenda y marcó.

—Parece que tengo dos visitantes en tu tierra: el cómico y la inspectora. Me preocupa que hayan localizado a Castillo… Ya sé que es imposible, pero prefiero asegurarme… Por ahora no hagáis nada, vigilad al doctor un par de días por si aparecen el payaso y la princesita. Si lo hacen, me llamas: quién sabe, México puede ser un país peligroso para los turistas despistados.

Baltierra pagó la tortilla y las cervezas. Sentado, mirando la televisión, empezó a preguntarse qué demonios pintaba Bécquer en México con Elena. «Para salir de dudas, lo mejor es preguntar», así que marcó el teléfono de Carmen, hacía tiempo que no hablaban.

—Carmen, ¿cómo estás?

A la madre de Elena le alegró saludar al viudo de su mejor

amiga: habían sido muchas vivencias compartidas.

—Me ha dicho Elena que te has jubilado, ¡enhorabuena!, ya te tocaba descansar.

Baltierra asumió la felicitación con impostado agradecimiento, y siguió charlando sin mencionar a Elena, sabía que antes o después Carmen sacaría el tema. Al ver que tardaba, se lanzó.

—He leído en una revista que a lo mejor eres madrina de boda en breve. —El cebo estaba lanzado.

—Ay, ojalá, me encanta Bécquer, es maravilloso, ¿no crees?

Baltierra tragó saliva.

—Lo es, lo es sin duda alguna.

—Pues me encantaría, quién sabe, a lo mejor se lo pide en estos días de escapada romántica en México.

Baltierra entonces lo tuvo claro.

—Qué bonita tierra.

—Sí —respondió Carmen—, me acaba de escribir Elena, cosas del trabajo de Bécquer y han aprovechado.

El excomisario se despidió con cariño. «Pues ya está, trabajo», se dijo a sí mismo para convencerse sabiendo que, en el caso de esos dos, lo más improbable sería la apuesta más segura.

27
SI TE PASA DOS VECES, QUIZÁ EL PROBLEMA SEAS TÚ

Leo Cantos no era capaz de quitarse de encima la sensación de fracaso absoluto: no solo la operación había sido un desastre, sino que había enterrado por completo la posibilidad de hacer caer la red por mucho tiempo. Leo había pasado de ser una amenaza para la organización a la solución a sus problemas, «y todo por culpa de Bécquer». En Interior no se habían andado con chiquitas, parece mentira lo rápido que uno puede caer en desgracia: «No ha sabido mantener a raya a la inspectora Izaguirre, sabíamos de su pasado y usted nos garantizó que no habría problema, y mire ahora dónde estamos». Las palabras del ministro habían caído sobre Cantos con un peso capaz de enterrar a cualquiera. Había dedicado meses a tratar de convencer a sus superiores de que la única manera de descubrir, de una vez por todas, quién daba las órdenes a Baltierra y compañía era involucrar a Elena Izaguirre; lo que no había confesado era que la maniobra no era puramente profesional, y había condenado su relación con la inspectora precisamente por el mismo motivo.

Carmen no se creía que su hija estuviese cocinando. A través del altavoz del teléfono móvil, Elena iba recibiendo las instrucciones de

su madre, que vigilaba atenta la videollamada, combinadas con algún que otro reproche.

—Pica la cebolla pequeña, hija, que eso que estás haciendo es casi como echarla entera. —La inspectora lanzó un suspiro con tan mala baba que realmente no habría sido necesario el teléfono para que su madre lo escuchase: con haberse asomado a la ventana lo habría percibido igualmente—. No me respires, hija, que bastante es que tengamos que hacer esto por teléfono, podría acercarme en un momento y echarte una mano.

—Quiero hacerlo yo, mamá.

Lo de ponerse a cocinar era algo completamente nuevo, pero la noticia bien valía una celebración más personal. A cualquiera que le hubiera preguntado, le habría dicho que un plato de albóndigas con arroz blanco de guarnición no era precisamente la mayor muestra de amor romántico, pero a Elena le parecía lo más amoroso del mundo. ¿Por qué? La cara y los comentarios de su madre lo decían todo.

—Mira que le gustaban a tu padre las albóndigas. Qué contento se ponía cuando se las preparaba.

La inspectora no controló la sonrisa.

A medida que el sofrito iba cogiendo forma, en combinación con un buen chorro de vino blanco, el vapor que salía de la olla la transportaba a su infancia. Elena cerró los ojos un momento y se vio sentada en el taburete de la cocina, con diez años, a espaldas de su madre, esperando a que papá llegase.

—¿Por qué le gustan tanto a papá las albóndigas? —le había preguntado.

—Porque tu madre las hace con mucho amor.

A causa del ruido provocado por el rudimentario extractor de la cocina, y el jaleo que estaban formando sus dos hermanos en el salón, la niña no había oído entrar a su padre en casa. Había saltado, como siempre, a los brazos de su padre, en cuanto él puso un pie en la cocina. Le había tocado tumo de noche y los sábados solían ser muy movidos. A pesar del trasnoche ahí estaba, uniformado y luciendo como un pincel, porque así era Antonio

Izaguirre: un señor.

El chup chup de la olla seguía a buen ritmo, las bolas de carne comenzaban a cocinarse, así que Elena decidió servirse un vaso de vino blanco.

—Es una pena desaprovecharlo ahora que está abierto —le dijo a su madre para que no le torciese el morro.

—No me meto, hija, un vasito de vino no te va a hacer daño.

Le encantaba hablar con su madre por videollamada porque siempre ponía el móvil mal y cada plano era más divertido que el anterior.

—Seguro que Leo se alegra, inspectora en tiempo récord: estoy muy orgullosa de ti, y no te lo digo para que te pongas triste, sino todo lo contrario: a tu padre no debe caberle más alegría en el pecho.

Elena le devolvió a su madre una enorme sonrisa; a fin de cuentas, todo lo que estaba consiguiendo lo hacía por él.

Al rato de despedir a su madre, la mesa estaba puesta, la cena preparada e incluso le había dado tiempo a maquillarse. Si todo salía como tenía planeado, la noche iba a ser de las inolvidables.

Cuando Leo llegó, lo recibió con un beso de esos que hacen temblar los tabiques de un edificio.

—¿Y esto? —preguntó sonriente al ver la mesa preparada.

—Quizá no se lo crea, pero he dedicado la tarde a cocinar para usted.

La cara de sorpresa de Leo provocó en Elena la duda entre alegrarse u ofenderse.

—¿Todo esto lo has hecho tú? —Esa faceta de Elena en los fogones era algo que ni estaba ni se esperaba.

—¡Pues claro! Hoy toca celebrar.

Leo se sentó y, con toda la expectación posible, metió en su boca media albóndiga y la masticó.

—¡Qué buenas están!

De nuevo, su cara de asombro rozaba la ofensa, pero la inspectora estaba de tan buen humor que decidió asumir que su

fama de pésima cocinera era merecida.

—Ya ves, así soy, una caja de sorpresas.

Leo devoraba el plato con gusto y ella estaba feliz con el resultado. Carmen no dejaba de enviar mensajes al teléfono de su hija, deseosa de saber si el resultado era el esperado. Elena decidió apagar el teléfono y contarle por fin a su chico la ansiada noticia.

—Hoy ha pasado algo importante en comisaría —dijo como introducción.

Leo se limpió la boca con la servilleta y bebió un poco del vino que Elena le acaba de servir.

—¿Y eso?

—El comisario Baltierra me ha llamado a su despacho y me ha felicitado porque ¡ya soy oficialmente inspectora!

Estaba exultante, había logrado algo al alcance de muy pocos. Del mismo modo que en el ejército no la hubo tan precoz en llegar tan sumamente preparada a los cuerpos especiales, ahora, en la comisaría de Tudescos, se frotaban las manos al disponer de la inspectora con mejor currículo y valoración de todo el país.

Leo Cantos no recibió la noticia con la alegría que ella esperaba; de hecho, ya habían tenido alguna discusión con respecto a su futuro que a la ya inspectora no le había terminado de gustar.

—¿Y qué significa eso?

—Pues que me quedo en Tudescos, esa es la mejor parte. El comisario dice que soy fundamental y que en ningún caso va a permitir el traslado. Me preocupaba que, al ascenderme, me quisiesen dar un nuevo destino, pero ya está, aquí me quedo.

La cara de satisfacción de Elena no dejaba lugar a la duda; sin embargo, la de Leo era un poema.

—No te entiendo, de verdad te lo digo. No entiendo qué estás haciendo.

—¿Qué es lo que no entiendes? —preguntó. Algo le había cambiado el gesto.

—Tu conformismo, Elena, que no te des cuenta de que estás enterrando una carrera prometedora en una comisaría de barrio sin

futuro alguno.

Leo no se había dejado nada dentro y a ella sus palabras comenzaron a dolerle.

—A mí me hace feliz ser policía y me gusta Tudescos.

La respuesta de Leo salió disparada como un misil.

—A ti no te gusta ser policía ni estar en esa comisaria de tres al cuarto. Eres una mujer de acción, una militar de élite, y sigues ahí metida por lo que ya sabemos, y eso no es ni medio normal. —Leo estaba desatado, desde que comenzasen la relación no había dejado de ofrecerle la posibilidad de que trabajaran juntos; él no dejaba de crecer dentro de grupo de élite del Ministerio del Interior—. Nos vinieron a buscar a los dos y tú lo rechazaste, pero aún estás a tiempo —añadió.

Elena se levantó de la mesa y comenzó a recoger los platos.

—Llevas años con la misma canción, no me interesa ese grupo, estoy donde quiero estar —replicó.

—Estás tirando tu vida a la basura por perseguir a un fantasma.

Elena notó un temblor en las manos que hizo que se le cayese un vaso y estallase contra el suelo. Visiblemente disgustada se agachó a recoger los pedazos.

—Escúchame, Elena. Te metiste ahí empeñada en que ibas a descubrir al asesino de tu padre y no haces otra cosa que dar vueltas. A tu padre lo mató un yonqui cualquiera, mala suerte, tienes que asumirlo de una vez.

La inspectora se incorporó casi de un salto y se plantó ante Leo.

—A mi padre lo asesinaron y no fue casual, estaba esa noche en un lugar que no le correspondía, le mintió a mi madre sobre dónde estaba, ¿no lo ves? Jamás le habría mentido y si lo hizo fue porque debía de estar detrás de alguien.

Leo quiso entonces subir la apuesta.

—Tu padre era un policía de medio pelo, lo sabía todo el mundo, es imposible que estuviese investigando nada. He leído todos los informes y no hay nada. ¡Abre los ojos de una puñetera vez y sigue con tu vida!

Hay momentos clave en la vida de cada uno, momentos en los que, dentro del ruido, algo hace clic y produce lo más cercano a una revelación, casi una epifanía. Elena estaba viviendo uno de esos momentos en aquel preciso instante. En apenas una fracción de segundo, la inspectora Izaguirre se vio a sí misma desde fuera, en esa casa, cocinando albóndigas, con uno o dos niños correteando por el salón, con Leo felicitándola por haber dejado al fin aquella basura que era Tudescos. Vio a su madre, víctima de la promesa incumplida de saber qué pasó con el amor de su vida. Vio un futuro del que jamás iba a formar parte. Cuando volvió a la realidad entendió, con más fuerza que nunca, que no iba a cejar en su empeño y que nada ni nadie la iba a detener jamás.

Con esa seguridad impenetrable, se enfrentó a Leo.

—A mi padre lo mataron por una razón, y voy a descubrir por qué y quién lo hizo. Y mi vida seguirá como ha seguido desde que me lo arrebataron, y ni tú ni nadie lo va a impedir nunca.

Esa fue la última vez que Elena y Leo se vieron. En apenas una hora y media desde la discusión, ella cruzaba la puerta de la casa de su madre. Cuando Carmen, en bata y camisón, le abrió la puerta, allí plantada no estaba la dura inspectora Izaguirre, estaba su niña pequeña, la niña huérfana de padre incapaz de gestionar un dolor incesante. Sin mediar palabra, Elena se arrojó a sus brazos, sin poder contener el llanto, y Carmen la recibió como cualquier madre recibe siempre al hijo que la necesita.

—¿Qué ha pasado? ¿No le han gustado las albóndigas?

Leo Cantos dejó la humillante caja de cartón con sus pertenencias en el maletero del coche: en apenas unos días había pasado de ser el ojito derecho del ministro del Interior a un apestado dentro de su propia unidad. «Su grupo deja de existir —le había comunicado el ministro—; en lo que le buscamos un nuevo destino dedique su tiempo a hacer maquetas y no a joder las cosas todavía más». Estas palabras rebotaban con fuerza en los cristales del coche. Por

momentos, Leo parecía estar en una de esas películas malas de policías que pasaban los sábados por la tarde.

Arrancó el coche con brusquedad en el asfalto y puso rumbo a su casa. A medida que avanzaba el objetivo siguiente aparecía con claridad.

—Bécquer me las va a pagar.

28
NO TE ATREVERÁS

Bécquer y Elena vigilaban la casa del doctor Castillo desde el coche. Llevaban allí sentados casi dos horas y el cómico, como era de esperar, comenzaba a impacientarse.

—Voy a bajar a comprar unos tacos —dijo, echándole mano a la manilla de la puerta.

—Tú no vas a ningún sitio, podría salir en cualquier momento —replicó Elena con su clásica y sonora brusquedad policial.

—Venga, hombre —protestó el cómico—. Llevamos aquí la de Dios y tengo hambre.

Elena suspiró de nuevo.

—Eres como un niño pequeño: si estamos de vigilancia, habremos de estar concentrados.

Bécquer contragolpeó.

—Me concentro muchísimo mejor con el estómago lleno.

El directo a la mandíbula de Elena no se hizo esperar.

—En cuanto comes, te duermes: nada de concentración.

La pareja continuaba con la discusión cuando el argumentario de Bécquer se vio súbitamente interrumpido.

—Mira, está saliendo alguien —dijo Elena.

Del interior de una vivienda baja salía un hombre que debía de rondar los ochenta años, de corta estatura y con ciertas dificultades al caminar.

—Confirma que sea él —le ordenó Elena y él buscó con celeridad la foto del doctor en el móvil y se apresuró a compararlos.

—Buf, yo creo que sí, pero podría tratarse de otro viejo.

A Elena se le escapó una pequeña carcajada: lo de Bécquer refiriéndose a las personas mayores como «los viejos» era un clásico de su comedia.

—Es él, sin duda —confirmó Elena, comprobando cómo se alejaba—. No sabemos el tiempo que estará fuera, así que tenemos que ser rápidos.

Bécquer se mosqueó.

—Espera un momento, ¿la idea no era confrontarlo?

Elena abrió la puerta del coche.

—Si fuese así, hace dos horas que habría llamado a su puerta. Primero veamos qué tiene en casa, es imposible que no haya algún documento de la época.

Bécquer comenzó a ponerse nervioso.

—Elena, no podemos colarnos en su casa. Si nos pillan, estamos muertos; una detención y salgo en todas las noticias… y se acabó el doctor Castillo.

La exinspectora Izaguirre lo miró directamente a los ojos.

—No sabía que eras tan cobarde. —Y acercándose a escasos centímetros del cuello del artista, añadió—. ¿No te apetece una pequeña aventura?

Cuando Bécquer se quiso dar cuenta, Elena estaba forzando la puerta principal. Era muy habilidosa con las cerraduras.

—Pareces Nicolai —dijo Bécquer, lleno de admiración.

—Un comentario un tanto xenófobo, ¿no crees? —respondió ella mientras continuaba maniobrando—. A ver si por forzar una cerradura ya tengo que ser rumana.

Bécquer hizo ver que no entendía el comentario de Elena.

—Te lo digo porque Nicolai es el cerrajero de mi urbanización, ni siquiera sé de dónde es…, pero probablemente rumano, no nos vamos a engañar.

Elena abrió la puerta y empujó a Bécquer dentro.

—No te lo crees ni tú —dijo cerrando tras de sí.

En cuanto pusieron un pie en el vestíbulo, oyeron un pitido.

—¿Tiene alarma esta casucha? —Una vez más, Bécquer se revelaba como el esnob clasista al que muchas veces era incapaz de controlar.

—Eso significa que algo oculta —dijo Elena, plantándose frente al panel—. En diez segundos esto suena, no tengo herramientas para desconectarla. —Comenzó a sudar—. Hay que introducir un código; piensa, Elena piensa.

La ansiedad hizo su aparición: tantas horas de viaje y tanta esperanza arruinadas por una alarma. No se lo podía creer. El incesante pitido iba cogiendo cada vez mayor ritmo, en apenas unos segundos la sirena iba a comenzar a llamar a todo el vecindario para que se uniese a la fiesta. Cuando aquello parecía completamente irremediable, Bécquer dio un paso al frente y marcó en el teclado cuatro cifras: el pitido se evaporó en el aire, el panel de la alarma abandonó el color rojo y se puso en verde. Elena no podía creer lo que acababa de pasar.

—¿Cómo has sabido el código?

Se le hizo la boca agua pensando en cómo revelarle su genialidad a su adorada compañera.

—Muy sencillo: la clave ha sido introducirme en la mente del doctor Castillo, tengo esa habilidad, soy capaz de abstraerme de todo lo conocido, es como en la película aquella del matemático: de repente, yo soy los números y veo los miles y miles de combinaciones posibles, por un instante yo soy un número más, siento que me mezclo con ellos y, como por arte de magia, van saliendo los cuatro… Es algo que quería compartir contigo, pero me daba cierto reparo porque…

Elena interrumpió de golpe el relato de Bécquer y el autobombo.

—¿Qué tienes en la mano?

Él la abrió mientras le subían los colores a las mejillas. Elena tomó un pequeño trozo de papel amarillo, lo abrió y comprobó que allí estaba el código de la alarma.

—¿Y esto?

—Estaba en la puerta de la nevera; es un viejo, los viejos anotan cosas. Es de primero de detective, señora inspectora, normal que la hayan despedido de su trabajo.

Bécquer descubrió entonces lo muchísimo que duele que una inspectora de policía te retuerza el brazo y te ponga contra la pared.

—Todavía tengo elementos en activo —susurró Elena en el oído del cómico.

—No es necesario esto, agente.

Y cuando le soltó el brazo, él la quiso más que nunca.

El doctor Castillo no se privaba de nada. Era una casa de planta baja de unos ciento cincuenta metros cuadrados, y la humildad de la fachada era precisamente eso: fachada. Una vez que cruzaron el vestíbulo, se abrió ante ellos un espacio diáfano de lujo: sofá de diseño, un televisor de como mínimo cien pulgadas, equipo hi-fi de sonido…

—No se priva de nada el asqueroso —exclamó Elena.

Bécquer no pudo evitar disgustarse al escuchar el exabrupto: descubrir que Castillo se estaba pegando la gran vida a costa de la de Antonio Izaguirre y de la de otros muchos no debía de resultar nada fácil. Tomó la mano de Elena y afirmó:

—Si este hombre tuvo algo que ver con la muerte de tu padre, créeme cuando te digo que lo va a pagar hoy mismo.

Entonces, decidieron separarse para buscar de manera más eficiente.

—A ver si encuentras una caja fuerte, un cajón cerrado con llave…, cosas así —le ordenó Elena.

Bécquer se dirigió hacia los cajones de los muebles que había en el salón.

—Me preocupa dejarlo todo lleno de huellas —dijo con lógica. Dos guantes de látex impactaron de inmediato contra su mejilla.

—Hay que ir preparado si vas a hacer un registro, es de primero de detective.

Elena había recuperado la chulería, después de tirarle el par de

guantes se giró y se encaminó hacia el dormitorio principal. Bécquer la observó alejarse dando gracias por poder vivir esos momentos a su lado.

El doctor Castillo había decidido esconderse a lo grande. Como un mago que oculta sus mejores trucos, había adquirido, con gran inteligencia, una humilde vivienda en un barrio más humilde todavía, una casa anodina ante la que absolutamente nadie se detendría, ni mucho menos intentaría robar. Al igual que el resto de las casas de la vecindad, tenía enrejadas puertas y ventanas, pero, sin duda, la mayor medida de seguridad era el perfecto disfraz de vivienda sin grandes recursos económicos. Bécquer se puso los guantes protestando porque le quedaban pequeños. Elena, minuciosa, empezó a escudriñar el dormitorio en busca de algo, no sabía qué buscaba, pero tenía claro que si existía allí lo podría encontrar.

Al cabo de unos minutos, el artista dio por terminada la caza del tesoro.

—¡En el salón no hay nada!

—Baja la voz —respondió Elena al instante—. Aquí tampoco —añadió—. Lo he revisado todo y no hay nada de nada.

En lo que Bécquer se disculpaba por haber gritado, el incesante ladrido de un perro comenzó a ponerlos nerviosos.

—Asómate con cuidado a la ventana y mira qué pasa.

Bécquer volvió al salón, apartó un poco la cortina y sus ojos se abrieron como platos al ver que el doctor Castillo estaba de regreso.

—Me cago en la madre que me parió.

Con esa poética frase, salió corriendo hacia el dormitorio.

—Es Castillo, vuelve con una bolsa de supermercado.

A la inspectora le cambió la cara.

—Si salimos, nos lo vamos a encontrar de frente —razonó.

—¿Y qué hacemos? —preguntó visiblemente agobiado el cómico.

—Escondernos y ver qué pasa.

Bécquer comenzó a dar vueltas.

—¿En el armario? —preguntó Elena.

—No funciona, ya me he visto en esas y es lo primero que miran,

hazme caso.

Elena optó por no preguntar.

—Debajo de la cama, vamos.

Se metió rauda, y Bécquer comenzaba a hacer lo propio cuando se dio cuenta de un detalle fundamental.

—¡La alarma!

Se levantó y se lanzó corriendo al panel de la entrada, marcó de nuevo el código y volvió lo más rápido posible: sus piernas todavía estaban a medio esconder cuando el doctor Castillo entró en su casa sin sospechar que el cómico más famoso de habla hispana y la hija de una de sus víctimas apenas respiraban debajo de su colchón.

Desde donde estaban, ni Elena ni Bécquer acertaban a ver qué hacía Castillo.

—Si es que menuda idea de bombero venir a mediodía, la gente tendrá que comer —protestó el cómico—. Eso sí que es de primero de detective.

Elena se enfadó enseguida.

—Cállate, listillo. Tú tampoco pensaste en que fuera a regresar tan rápido. —En eso Elena tenía razón—. Ahora lo que tenemos que hacer es esperar.

Los minutos pasaban y los intrusos continuaban en la misma posición.

—Ha puesto la tele —dijo Bécquer—, debe de estar comiendo. Yo tengo un hambre… Si me hubieras dejado comprar los tacos… —Elena comenzaba a enfadarse de verdad—. Sin contar con que, de vez en cuando, podría pasar la aspiradora debajo de la cama —añadió—, y luego, además, esta madera me está matando la rodilla izquierda: échate un poco para allá.

Forcejearon entonces queriendo ganar cada uno la mejor posición, y cuando Elena comenzaba a hacerse fuerte, un sonido metálico les hizo guardar silencio.

—¿Lo has notado? —preguntó Elena.

—Lo he notado desde que nos hemos metido aquí debajo, a mí también me pone la situación —respondió Bécquer.

—Eso no, idiota. Mira esto.

Giró sobre sí misma repartiendo golpes que el cómico iba encajando con entereza hasta conseguir adoptar otra posición, y sonrió al ver lo que había descubierto: una lama del parqué se había levantado.

—Aquí es, Bécquer, mira.

El cómico hizo lo que buenamente pudo para girarse. «Se me tiene que estar poniendo bonita la americana», pensó. Cuando ambos podían ver la lama misteriosa, Elena la retiró con cuidado. Con un sencillo clic, la madera se levantó, dejando a la vista un archivador metálico.

—Bingo —exclamó Bécquer—, por fin una buena noticia.

—No lo puedo sacar —dijo Elena—, no hay espacio. La grada de esto está en que tienes que mover la cama.

Se miraron, sintiéndose profundamente estúpidos, un golpe de mala suerte los había colocado en esa situación, pero uno de exactamente todo lo contrario parecía acercarlos al objetivo. El problema estaba en que no veían cómo salir de la situación ni de debajo de la cama.

—Hace rato que el viejo no hace ruido —dijo Bécquer susurrando —, voy a ver.

Elena se revolvió enseguida.

—Ni se te ocurra moverte —le ordenó. Bécquer hizo caso omiso.

—Me parece que Castillo es de los míos: se ha metido en el cuerpo un par de tacos y se ha puesto a roncar. ¿No ves que solo se oye la tele?

Convencido de lo que estaba haciendo, el cómico se arrastró despacio y salió de debajo de la cama, se incorporó al lado de la puerta y, con sigilo, comenzó a asomarse muy despacio.

El doctor Castillo dormía como un bendito en el sofá, completamente tumbado y con el mando a distancia descansando en su mano derecha. Daba la sensación de que, si apuraba un poco, engancharía con el día siguiente.

—Está dormido —susurró Bécquer al volver al dormitorio—,

movamos la cama —ordenó con seguridad.

Elena salió del escondrijo y entre los dos la desplazaron con sigilo y retiraron el archivador oculto en el suelo.

—Esto es súper emocionante —dijo Bécquer, convencido de que habían encontrado un tesoro—. ¿Nos lo llevamos?

—No deberíamos añadir el robo al allanamiento.

A Bécquer le pareció una gran idea no aumentar en exceso el número de delitos que estaban cometiendo.

—De acuerdo. Ábrelo y le hago fotos al contenido —sugirió, sacando de su americana el teléfono móvil.

Elena colocó el archivador sobre la cama; a lo lejos, la respiración del doctor Castillo y un leve ronquido les mantenía alerta. La caja metálica no se resistió a las habilidosas manos de la inspectora.

—En serio, mi amor, podrías dedicarte a la cerrajería si lo de la policía no te acaba de funcionar.

Ella lo miró sin tener claro si lo que le acababa de decir era una broma o una reflexión seria. Abrió la tapa del archivador y extendió sobre la cama una serie de carpetas de color azul.

—Aquí no parece que haya nada relevante.

Elena, de un vistazo, comprobó que la mayoría de los documentos eran los habituales que cualquier persona conserva en casa: escrituras de propiedades, bonos del tesoro, documentación bancaria y fotografías antiguas. Bécquer tomó una de las fotos, en la que aparecía su amiga la doctora.

—Estaba potente la señora, las cosas como son. —Elena se la arrancó de cuajo de la mano—. Perdón —dijo él.

La frustración de Elena iba en aumento.

—No tiene nada a su nombre, tu amiga la doctora sexi parece que es bastante mentirosa. Todo está a nombre de ella.

Bécquer cogió varios documentos y corrigió a su pareja.

—No, es el de la hija de la doctora, el segundo apellido es el que cambia, es el paterno, ¿lo ves? Me da que la nieta del doctor se lleva regular con su padre.

—Da igual, para el caso que nos ocupa, no tenemos nada.

Elena continuó revolviendo la documentación hasta que encontró unos justificantes de cuentas bancarias en diferentes paraísos fiscales.

—Fotografía esto —le ordenó—, vamos a ver si podemos conseguir algo.

Bécquer se apresuró a tomar las fotografías y volvieron a meter la caja en su sitio. Con sumo cuidado colocaron de nuevo la cama en su lugar.

—Ahora toca salir de aquí, yo ahí debajo no me meto de nuevo. Mira esta mancha —añadió, señalando la americana—, como no salga me las va a pagar este cabrón. ¡Que debajo de la cama también se limpia!

Elena chistó a Bécquer por enésima vez.

—La casa es de planta baja, comprueba que sigue dormido y saldremos por la ventana.

Bécquer se asomó entonces otra vez a la puerta.

—Dormido pero dormido. Vámonos.

Elena abrió la ventana en el sepulcral silencio, sin esfuerzo alguno pasó la pierna derecha por el marco y en un pequeño salto ya estaba fuera. A Bécquer le costó un poquito más.

—Desde fuera no voy a poder cerrar la ventana —se lamentó.

—Cuando la vea abierta, pensará que ha sido el viento o un descuido, ¡vámonos! —Le urgió la inspectora.

Nuevamente a cuatro patas, Bécquer y Elena rodearon la casa y saltaron el muro que daba a la calle. Apurando el paso, llegaron al coche y respiraron por fin cuando Elena arrancó y metió primera.

—Vamos a comprobar para qué son esas cuentas bancarias y volveremos a visitar al doctor, pero esta vez lo querré despierto.

Elena dejó medio neumático pegado al asfalto al iniciar la marcha: que se notase bien que estaba en medio de una cacería.

El coche dobló la esquina y se dirigió al centro de Ciudad de México. No pensaban en nada más que en lo que tenían por delante, sin imaginar lo que tenían por detrás.

Una *pick up* Ford color azul, de esas que en Europa ni siquiera se

comercializan porque no cabrían en ningún garaje, se mantenía discretamente apostada a unos veinticinco metros de distancia.

—Tenía usted razón —dijo el copiloto con un bravo acento mexicano—, han visitado al doctor… No creo que hayan hablado nada… Se colaron cuando salió de casa y ahora han huido trepando el muro… Sí, se les veía apurados… De acuerdo… Ahora mismo, señor.

Colgaron la llamada y arrancaron; muy despacio rodearon la casa del doctor Castillo.

—Me encargo yo —dijo el copiloto mientras bajaba del coche—, no apagues el motor.

Con un aplomo y una seguridad inauditos, aquel hombre saltó el muro que lo separaba de la propiedad del doctor Castillo, cruzó despacio el jardín y observó cómo el pequeño doctor dormía en su sofá. Abrió lentamente la puerta corredera que separaba el jardín del salón, entró y agarró uno de los cojines que adornaban una butaca, se aproximó al doctor y lo colocó sobre su cara.

Fueron apenas unos segundos; el doctor Castillo ni siquiera luchó, probablemente no fue consciente, entre sueños, de que la vida se le escapaba y con ella las escasas posibilidades de que Elena y Bécquer se acercasen, por fin, al demonio de Serrano.

29
BAJAR ESCALERAS NO ES COSA BALADÍ

Elena volvió a recibir una bofetada de realidad cuando, teléfono en mano, se dio cuenta de que no podía llamar a Diego para que le echase una mano con los números de cuenta que acababan de localizar. Su compañero permanecía en coma a la espera de recuperarse de alguna manera que Elena desconocía. Solo de pensar en que no despertara, o que lo hiciera y las secuelas fuesen terribles, notaba cómo sus ojos se llenaban de lágrimas. Por la ventanilla del coche, veía a Bécquer desenvolviéndose en la calle: si algo tenía ese hombre era que, fuese cual fuese la circunstancia, siempre parecía feliz. «No sé cómo lo hace», pensó al escuchar la contagiosa risa del cómico.

Bécquer le había pedido que detuviera el coche junto a un puesto de comida.

—Ahora sí que paras o me bajo en marcha. —La orden fue tan clara que Elena no tuvo más remedio que frenar en seco—. Hay maravillosas taquerías e increíbles restaurantes en este país, pero a mí me gusta comer en la calle. Si no paramos aquí, en el centro de la ciudad ya no son tan buenos.

Se bajó del coche y se acercó a uno de los carros que había en las aceras.

Elena lo observaba con detenimiento, el cómico era capaz de comenzar una conversación en cualquier momento. La señora que

atendía el carro debía de rondar los ochenta años. Con sus arrugadas manos, colocó varias tortas de maíz sobre una plancha, y, cuando comenzaron a estar calientes, echó encima una carne en salsa. Coronando el guiso, un poco de cebolla roja picada y unas pequeñas briznas de cilantro. Bécquer no necesitaba más, pero tampoco era capaz de conformarse con menos.

—«Birria» se llama, me hace gracia la palabra porque es justo lo contrario, «maravilla» debería llamarse —explicaba Bécquer entre bocado y bocado.

Entró en el coche masticando.

—Esto es increíble, la señora se llama Lupe, para que no falte el tópico. Lleva toda la vida en su puestito, menuda mano tiene.

Elena se rindió a la fragancia del manjar, y empezó comiendo y acabó devorando con fruición y sonriendo como una niña pequeña.

—La verdad es que está increíble —confesó rendida.

—Deberíamos quedarnos aquí una buena temporada —sugirió Bécquer.

—Me encantaría —respondió Elena—, pero primero tenemos que terminar con esto de una vez por todas.

Él sintió de nuevo la decepción que ella era incapaz de disimular: por cada pequeño paso que daban hacia delante, lamentablemente daban dos hacia atrás.

—No sé qué hacer con esto —dijo Elena, señalando los números de cuenta—, no me atrevo a pedir favores a nadie en comisaría.

Bécquer cogió el teléfono de su bolsillo.

—No hace falta, ya sabes que tengo amigos para estas cosas.

Una vez más, dejaba claro que había que tener amistades hasta en el infierno.

Ambos llegaron exhaustos al hotel. Mientras Elena prácticamente se derrumbaba en el sofá, Bécquer se desnudaba con la única preocupación de que llevasen su americana al mejor tinte de la ciudad.

—Si se entera Félix Ramiro de que me he rebozado en polvo, no me vuelve a hacer un traje —se lamentó.

—Es un tipo estupendo, sabes que no es capaz de enfadarse contigo —replicó Elena.

—Ya lo sé, me quiere mucho y yo a él. Entre artistas nos entendemos bien.

El cómico terminó de asearse y volvió al salón ataviado con un albornoz. Se sentó en el extremo del sofá y puso las piernas de Elena sobre su regazo.

—En un rato tendremos la información sobre las cuentas bancarias, te propongo que nos distraigamos un rato y volvamos a la carga mañana.

Elena miró a Bécquer.

—¿A qué te refieres con «distraemos un rato»?

El artista de repente se puso colorado.

—No sé.

—Igual lo que quieres es ver una película —lo provocó Elena.

—Pues sí, una para adultos.

Y con las mismas Bécquer se quitó el cinturón del albornoz y se abalanzó sobre ella, quien lo recibió con las puertas abiertas.

La feliz pareja descansaba abrazada y ataviados ante el televisor él con su albornoz y Elena con una toalla. Iban pasando canales con desgana hasta que por fin el teléfono de Bécquer comenzó a sonar.

—Aquí lo tenemos —exclamó el cómico—. Cuéntame cosas —añadió.

—Veo que tus líos nunca terminan, menudo empeño tenéis tú y tu novia en acabar mal. Sin duda, un «buenas tardes» habría sido más oportuno.

—No te pongas estupendo, que no es propio de ti, ya sabes en medio de lo que estamos.

—Bueno, yo lo que quería era avisarte. Esto que me envías, efectivamente, son números de cuentas opacas. He hecho un

pequeño rastreo, nada especial, y te puedo adelantar que forman parte de un entramado societario para blanqueo de capitales, es bastante rudimentario.

La primera parte ya hizo que Elena, quien escuchaba la conversación en altavoz, quisiera tomar parte.

—¿Y quién hace los pagos?

—Vaya, vaya, la famosísima Elena Izaguirre, esto cambia la película. ¿Sabe usted que tiene un novio especialista en meterse donde no le llaman?

Elena miró a Bécquer con una sonrisa.

—Sí, es precisamente lo que me enamoró de él. —El cómico no se esperaba esa respuesta—. Y ahora que ya nos hemos puesto cursis, dígame quién está detrás de los pagos a Castillo. —La firmeza en la orden de Elena provocó que la respuesta fuese inmediata.

—Le han hecho pagos de manera recurrente hasta el día de hoy, tiene pinta de que es un sueldo para mantenerlo callado. Los movimientos de cantidades considerables son antiguos; de hecho, le puedo decir que la cuenta principal se abrió en su momento con cincuenta millones de pesetas, una pasta.

—¿Tiene los movimientos con fecha? —preguntó Elena.

—Sí, todos. Ahora se los mando por correo.

Bécquer añadió entonces otra pregunta.

—¿Y puedes saber quién envía el dinero?

La respuesta fue decepcionante para ambos.

—Eso es lo más complicado, necesitaría un poco más de tiempo: si bien es sencillo acceder a las cuentas del tal Castillo, rastrear los emisores me llevará algo más de tiempo. Dadme un par de días.

En cuanto terminaron la llamada, Bécquer se levantó y sacó el ordenador portátil de su bolsa.

—Aquí lo veremos mejor que en el teléfono.

Elena no pudo evitar reírse un poco de él.

—Cada día ves menos, deberías ir al oculista.

Sabía que todo lo relativo al paso del tiempo enfadaba al eterno Peter Pan sobremanera.

—Que me dejes —respondió el cómico. Accedió rápidamente a su correo electrónico y ahí estaban los PDF con la información que acababan de enviarles—. Pues sí que le han aflojado pasta al caballero —dijo al ver la pantalla.

—Solo quiero ver una fecha —dijo Elena, y repasó el documento —. Aquí lo tienes, lo sabía.

Bécquer no tenía claro a qué se refería, pero tampoco tenía opción de preguntarle, ya que, en cuanto terminó la frase, salió rauda hacia el dormitorio. En pocos segundos volvió a entrar en el salón terminando de ponerse una camiseta.

—Te has vestido en tiempo récord —dijo Bécquer al verla.

—Porque no vamos a esperar a mañana para visitar al doctor: ponte algo, que nos vamos.

Él le pidió que se calmase.

—Dime qué es lo que tienes tan claro, por favor.

Elena se sentó de nuevo al lado de Bécquer y señaló la pantalla del ordenador.

—Fíjate en el importe de estos pagos, aún están en pesetas, pero son como veinte mil euros cada vez, ¿y ves que se repiten? —Él asintió sin tenerlo claro del todo—. Ahora fíjate en las fechas en las que se producen los pagos, ¿no te suenan? —Elena, por un momento, pensó que Bécquer lo tenía tan memorizado como ella.

—Elena, yo veo fechas, pero no logro saber a qué te refieres.

Ella entendió entonces que el bueno de Bécquer no llevaba tanto tiempo detrás de aquello.

—Te lo voy a poner más fácil con un ejemplo, mira la fecha de este pago: cuarenta y ocho horas después de la muerte de mi padre.

El cómico, entonces, lo entendió.

—¿Es el pago por falsear la autopsia?

—Es exactamente eso, y el resto ya te digo que va a ser lo mismo. —Abrió un nuevo archivo—. Mira el resto: cada una de las fechas que recabamos en el archivo de la policía se corresponde con un pago, fíjate, uno tras otro.

Bécquer entonces lo vio claro.

—En cuanto sepamos quién hacía los pagos, tendremos pruebas para acabar con él, solo queda esperar a que mi amigo nos consiga la información.

A Elena la conclusión de Bécquer le funcionó a medias.

—Eso está muy bien para la investigación policial, pero yo ya no formo parte del Cuerpo. Castillo me va a decir hoy mismo quién le dio dinero por encubrir el asesinato de mi padre. Y créeme cuando te digo que como policía me puedo controlar, como hija, ya veremos.

Cuando Elena arrancaba la moto se convertía en imparable. Bécquer llevaba tiempo tratando de calmarla, consciente de que el desafío emocional al que se enfrentaba era de una magnitud enorme. Cada día era una aventura distinta, a Bécquer comenzaba incluso a rondarle la imagen de una partida a la ruleta rusa: eso comenzaba a ser Elena, una fuerza incontrolable llena de un sentimiento de justicia que empezaba a convertirse, de manera preocupante, en venganza.

Salieron del hotel en dirección a la casa del doctor Castillo.

—En cuanto nos diga quién demonios le pagaba, resolveremos esto de una vez.

Bécquer asentía, consciente de que no iba a ser tan fácil; no obstante, confiaba en que, de una manera o de otra, el doctor tuviese suficiente grado de conciencia para ayudar a una hija desesperada: en el bolsillo llevaba la carta de la llamada a su propia hija. «Me dolerá hacerle pasar por eso, pero el motivo bien lo merece».

Tardaron más de una hora en llegar al norte de Ciudad de México y el trayecto transcurrió con Elena en silencio. Cuando doblaron la última esquina, se sorprendieron al ver varios coches de la policía y una ambulancia delante de la casa.

—¿Qué está pasando? —preguntó Elena. Bécquer, igualmente sorprendido, optó por no detenerse.

—Seamos curiosos pero no tanto —dijo mientras bajaba la

velocidad al pasar delante de la vivienda. Elena escudriñó cada detalle pensando en voz alta.

—Aquí ha pasado algo, no es solo una urgencia médica. Para el coche ahí delante.

Bécquer aparcó y ambos bajaron y caminaron en dirección a la casa. Varias decenas de personas curioseaban alrededor de la escena.

—Me voy a acercar yo, a ti te pueden conocer.

—Te espero aquí —respondió el cómico y vio a Elena alejarse calle abajo.

Los nervios comenzaban a hacer mella en la expolicía, algo ocurría en su interior que se antojaba difícil de controlar, llevaba ya demasiados años en el Cuerpo como para no ser consciente de lo que había podido ocurrir. Con toda la discreción de su oficio, pegó la oreja entre los curiosos con el fin de obtener información.

«Es la casa del señor español», oyó por un lado; «Lo han encontrado muerto», sonó por otro. Elena dio un paso al frente e, impostando un leve acento mexicano, preguntó a uno de los hombres que más enterado parecía.

—Dicen que han entrado a robar y han asesinado al pobre señor. Mire, por ahí llegan los reporteros.

Efectivamente, algo grave había sucedido porque hasta un par de agencias de prensa acababan de hacer su entrada. Elena había decidido regresar al coche cuando una imagen se clavó en su retina: tres sanitarios sacaban una camilla con un cuerpo envuelto en una bolsa de plástico negra. «El doctor Castillo —pensó Elena sin dudarlo —, no me lo puedo creer».

Bécquer esperaba nervioso oteando la escena en la distancia. Observó cómo Elena se mezclaba entre los curiosos, la vio incluso charlando con varios de ellos. De repente, una mujer se dirigió a él a su espalda.

—Señor Bécquer. —Él lamentó lo inoportuno de que lo reconocieran justo entonces. E iba a darse la vuelta para encararla cuando la mujer le ordenó que no lo hiciera—. Ayer lo vi salir de la

casa del señor Martínez junto a una señorita. —El cómico se quedó sin aliento—. Tenga esto. —Deslizó un pequeño trozo de papel en la mano del artista—. No se preocupe, sé que ustedes no le hicieron nada, fue el hombre del tatuaje.

Bécquer estaba confuso. Miró el trozo de papel en su mano y entonces se decidió a girarse y a poner las cosas claras. Pero cuando lo hizo, ya no había nadie.

Elena lo encontró atribulado.

—¿Qué te pasa? Ni que hubieras visto un fantasma —dijo Elena con preocupación.

—Verlo no, pero oírlo quizá.

Entonces, compartió con él lo que había sucedido.

—Saben que estamos aquí, no tiene otra explicación —dijo Elena.

—Eso no lo dudo —confirmó Bécquer—, pero hay más, mucho más.

Le entregó el trozo de papel y le contó lo que acababa de ocurrir con la misteriosa mujer mexicana. Elena lo abrió y leyó en voz alta:

—«Pirámide de Teotihuacán. 10 a. m. Ahí conocerán la verdad».

—Parece que alguien quiere vernos. Vámonos de aquí. Mañana tenemos que madrugar.

30
TEQUILA Y LIMÓN

Teotihuacán estaba solamente a una hora y cuarto del hotel en el que se hospedaban. La noche había sido complicada, ninguno de los dos había logrado pegar ojo. La imagen del doctor Castillo metido en una bolsa no era fácil de desterrar de la cabeza, a eso había que unirle la responsabilidad a la que Bécquer parecía tener que enfrentarse.

—Es imposible que su hija lo sepa nunca —dijo visiblemente agobiado—. La mujer que me habló se refirió a él como señor Martínez: si lo van a enterrar bajo un nombre falso, su hija no tendrá nada que hacer, creo que debo llamarla.

Elena frenó en seco el impulso del cómico.

—Ni se te ocurra, ¿qué le vas a decir? ¿Que lo han matado por nuestra culpa?

Bécquer asintió, el sentimiento de culpa no dejaba de crecer.

—¿Crees que ha sido por eso? —preguntó, temiendo la respuesta.

—Siento decirte que no tengo la más mínima duda: nos estaban siguiendo, nos vieron entrar y fueron a por él.

La teoría de Elena le encajaba a medias.

—No entiendo por qué, no llegamos a hablar con él, el doctor no llegó a confesar nada… Y si nos vigilaban, lo saben… No sé qué decir.

La lógica de Bécquer era aplastante, pero a su vez también lo era la de Serrano, un malnacido que a 12 000 kilómetros de distancia, y simplemente con un teléfono móvil, seguía llevando a la pareja por el camino de la amargura.

A eso de las siete de la mañana, hartos de dar vueltas en la cama, decidieron bajar a desayunar.

—Yo creo que unos chilaquiles nos harán pensar con mayor claridad.

Bécquer no iba a dejar pasar la oportunidad de disfrutar de un manjar mexicano por muy tensa que fuese la situación.

—No entiendo cómo no pesas ciento veinte kilos —dijo Elena al ver el plato de totopos en salsa roja, huevos fritos y chorizo picado que el cómico se estaba metiendo entre pecho y espalda.

—Soy gallego, los gallegos tenemos buen diente y sabemos digerir.

Elena sonrió ante la tontería: en ese momento cualquier cosa que la pudiese distraer era bienvenida. Entre plato y plato de Bécquer, Izaguirre disfrutaba del café.

—Esto lo hacen increíble —apuntó señalando la taza. Cuando tomó la última gota, un televisor silenciado que emitía noticias al fondo del salón llamó su atención—. Bécquer, mira. Es la casa del doctor.

Ambos se levantaron y se acercaron. Un programa de noticias circunscritas a la ciudad emitía un reportaje.

—Son los reporteros que vi ayer —puntualizó Elena. En la pantalla, a modo de mosca, el nombre del programa no dejaba lugar a la duda.

—Se llama *Supernoticias*, no hay lugar para ninguna baladí.

A Bécquer, una vez más, cualquier cosa le distraía y, sobre todo, le divertía. Ambos leían los subtítulos: contaban que había aparecido muerto un señor de ochenta y dos años; según los primeros indicios, podría tratarse de un robo, ya que encontraron muy revuelta la estancia. El reportero hizo entonces hincapié en que una llamada anónima a la policía habría declarado haber visto a un hombre y una

mujer rondando la vivienda.

—¡No me jodas! —exclamó Bécquer—. ¡No me digas que nos han visto!

Elena tenía la cabeza a pleno funcionamiento.

—No lo creo, te habrían reconocido, ¿no eres tan famoso? Y, además, ¿una llamada anónima? ¿En serio? —La lógica de Elena era indiscutible, además de algo insultante—. Esto es muy raro.

Con el coche a todo gas, Elena conducía hacia el norte.

—Lo de vernos en las pirámides no me negarás que otorga a la situación un toque misterioso. A mí me parece una manera chulísima de mezclarse entre la multitud —puntualizó el cómico.

—Pues a mí me parece un poco una tontería, eso lo podría hacer también en el Zócalo o en la plaza Garibaldi escuchando a los mariachis —replicó Elena.

—En esto tienes razón, pero no me negarás que le da un toque de película de espías superguay.

Algunos de los asentamientos de las culturas precolombinas se habían convertido casi en parques de atracciones. La enorme cantidad de turismo que recibía Ciudad de México convertía Teotihuacán en parada obligatoria.

Aparcaron el coche y, al ver que incluso había presencia militar, Elena tuvo un brillante pensamiento.

—Que estés aquí es un cantazo, deberías evitar que te reconociesen. —Bécquer sabía que tenía razón—. Dame un segundo —añadió Elena mientras bajaba del coche.

Al cabo de unos minutos regresó con un pañuelo de colores y un sombrero de paja.

—Ponte el pañuelo en la cabeza y deja que caiga por los lados, encima el sombrero, y toma, el toque final.

Sacó de la guantera una de esas mascarillas que recordaban al infausto 2020.

—Odio esa mierda —protestó Bécquer.

—Lo entiendo, pero si algo bueno tuvo la pandemia es que ahora a nadie le extraña ver a alguien con mascarilla; con esto y las gafas de sol pasas a ser el hombre invisible. —Bécquer estaba de acuerdo, la pregunta era cómo lo iba entonces a reconocer la mujer de la nota—. Te reconocerá, te está esperando. —Elena estaba convencida.

Compraron dos *tickets* de adulto y, después de rechazar el servicio de media docena de guías, comenzaron a pasear por el complejo.

—Esto es maravilloso —dijo Bécquer, admirando las construcciones—, ¿sabías que hacían sacrificios humanos? Es algo que se ha perdido por culpa del puñetero *wokismo*.

Elena adoraba de Bécquer su capacidad para que todo fuese divertido; además, ya había entendido que su comportamiento solo atendía a dos categorías: bromeaba cuando estaba feliz, o cuando estaba muy nervioso, y esta vez el motivo era por lo segundo.

Llegaron a la zona central, y una vez allí, se dieron cuenta de que la nota no especificaba a qué pirámide debían dirigirse.

—No me lo puedo creer —dijo Bécquer decepcionado—, las pirámides son dos, la del Sol y la de la Luna, y aquí no dice en cuál de las dos debemos encontrarnos; además, esto está que revienta de gente, ¡putos guiris!

Elena miraba a su alrededor, el cómico tenía razón.

—Pues nos separamos —sugirió la inspectora—. Tú ve a la de la Lima y yo a la del Sol. Ponte el auricular y llámame, estaremos conectados en todo momento.

Bécquer obedeció la orden, se bajó la mascarilla y besó a Elena al despedirse.

—Ten cuidado con las lanzas —sugirió.

—¿Qué lanzas? —preguntó sorprendida.

—Todo esto que ves aquí, este gigantesco pasillo, era por donde tenían que huir, en dirección a un maizal, los pobres diablos a los que iban a sacrificar; zigzagueaban tratando de no morir ensartados por las lanzas que les tiraban desde la pirámide; si llegaban al

maizal, entonces salvaban la vida. —Bécquer se ponía muy estupendo cuando compartía algún dato.

—Entonces me daré prisa —respondió Elena y se alejó entre la multitud de turistas que, tan temprano por la mañana, ya daban buena cuenta de sus teléfonos móviles para inmortalizar el maravilloso lugar.

Bécquer miraba nervioso la hora en su reloj, ya pasaban un par de minutos de las diez y nadie se había dirigido a él. Elena, por su parte, estaba a los pies de la pirámide del Sol observando en tensión sin tener tampoco noticia alguna.

—Voy a subir a la base de la pirámide —le dijo la inspectora—, a ver si ahí nos contactan; sube tú a la tuya.

La orden de Elena no fue acogida con gusto, la escalinata se presentaba como una pared vertical. Para subir el primer tramo de escaleras tenías que agarrarte a unas cuerdas de seguridad que habían instalado con buen criterio. Sin pensarlo mucho, Bécquer comenzó a subir uno a uno aquellos peldaños que tenían más de mil quinientos años. Cuando llegó a la cima y se dio la vuelta, los ojos se le metieron para dentro.

—Es una pared, Dios. —El entorno comenzó entonces a darle vueltas—. Elena, esto es altísimo —dijo mientras se sentaba en el suelo.

—¿Estás bien? —le preguntó al notarlo apurado.

—Sí, sí, es que no contaba con que fuera tan alta.

Tembloroso, el cómico se puso de pie y se alejó todo lo que pudo del principio de la escalera. Discretamente se quitó la mascarilla y se puso a caminar entre los turistas que se sacaban fotos.

—Elena, ¿te han contactado?

La respuesta negativa volvió a mosquear al cómico. Entonces, la mujer que le había entregado la nota se presentó ante él.

Patricia era una mujer de gran belleza, de rasgos indígenas. A Bécquer le costaba calcular su edad, su estimación rondaba entre los sesenta o setenta. Le estrechó la mano y notó que debía de haber pasado la vida trabajando con ellas.

Ella, tosca en las maneras, no se anduvo con rodeos.

—El señor Martínez sabía que antes o después ustedes vendrían a visitarlo, su hija española lo avisó. —Bécquer se sintió entonces el tipo más idiota del planeta, ¿cómo una hija no iba a advertir a su padre?—. Los estaba esperando, por eso me sorprendí cuando los vi salir a hurtadillas, no era necesario. —Elena escuchaba la conversación a través del teléfono sintiéndose exactamente igual de idiota—. He limpiado su casa por veinte años; al principio no sospeché nada, pero en los últimos tiempos el señor estaba muy enfermo y tenía un enorme cargo de conciencia. Me dijo que en España había colaborado con gente muy mala, que lo había hecho únicamente por dinero, pero que ahora que la muerte se acercaba quería arreglarlo, necesitaba volver y conocer a sus nietas. Solo hablaba de eso.

—¿Usted sabe que no se llamaba Martínez? —preguntó el cómico. Patricia asintió.

—Me contó que era doctor en España y que había trabajado para policías corruptos; como comprenderá, en México de eso sabemos mucho. Hace unos días empezó a ponerse muy nervioso, dijo que creía que dos hombres lo seguían en un coche enorme. Yo le dije que eran suposiciones suyas, que por qué iban a seguir a un viejito. Y entonces me lo contó todo. Sé que a esa novia suya le mataron al papá hace muchos años, el señor Martínez lo llevaba en la conciencia.

Elena se quedó helada.

—¿Le dijo quién fue? ¿Quién lo hizo? —Patricia asintió con la cabeza.

—Me contó que aquella noche el papá descubrió todo y que lo mataron para que no hablase, me dijo que fue su compañero quien le tendió la trampa. —Elena escuchaba con atención—. Deben tener cuidado, si lo he citado aquí es por miedo, aquí no levantamos sospechas. Cuando ustedes se fueron de la casa, un hombre entró. Al irse, acudí a mirar y encontré muerto al señor. Sé que ustedes no fueron, pero deben tener cuidado.

Bécquer trataba de asumir lo que Patricia les contaba, consciente de que habían perdido una oportunidad única.

—Teníamos que haber ido de frente, lo sabía. ¿Has oído, Elena? Ya sabemos quién le tendió la trampa a tu padre. ¿Elena?…

La inspectora caminó tan despacio como le ordenaron, el frío cañón de la pistola se clavaba en su espalda haciéndole sentir un dolor profundo.

—Camina, niña.

Un hombre la encañonaba mientras otro le agarraba el brazo derecho, el mismo que le había arrancado el auricular de la oreja y el teléfono de la mano. Uno tras otro fueron descendiendo los peldaños de la pirámide.

—Si abres la boca, te mato; si avisas a la policía, te mato; si te tropiezas, te mato.

Elena respiró hondo y preguntó.

—¿Quiénes sois?

—Somos los diablos que te van a enterrar en el desierto.

31
NO MIRES ABAJO

La comunicación con Elena se había cortado de repente. Bécquer, al principio, no le dio mayor importancia. «Aquí apenas hay cobertura», pensó. La señora Patricia continuaba apurada su relato, lo cierto es que el doctor Castillo había encontrado en esa mujer una confidente.

Desde el primer momento, el señor Martínez no le había parecido a Patricia distinto de cualquier español excéntrico y con dinero que se instalaba en México para retirarse, pero con el paso del tiempo, su percepción fue cambiando. Le sorprendía la soledad en la que vivía, nunca una sola visita, y las llamadas telefónicas cada día escaseaban más. Era cierto que durante un tiempo pareció interesado en una mujer de la vecindad, pero apenas intercambiaron un par de citas antes de descartar por completo el hacerse compañía. En cualquier caso, nunca sospechó que se trataba de un hombre que ocultaba su verdadera identidad.

Los días para el doctor Castillo transcurrían iguales: levantarse por la mañana, hacer un par de tareas de la casa, leer la prensa y salir a pasear; prepararse la comida, dormir la siesta, pasear de nuevo, y así todos y cada uno de los días de la semana: lo que parecía la mejor manera de evitar la cárcel terminó convirtiéndose en una.

La primera vez que Serrano entró en su despacho, Castillo entendió que acababa de firmar un pacto con el diablo… y le dio igual. Su carrera como médico no había llegado a ningún sitio, ser forense no era precisamente el sueño de su vida, pero una serie de malas decisiones le habían hecho aceptar los chanchullos de Serrano. Lo cierto es que el Gigante tenía el don de encontrar a personas siempre ahogadas por la necesidad, y, en el caso del forense, era una deuda contraída por su afición a las cartas difícil de cubrir.

Era, sencillamente, dinero fácil. En aquel entonces lo que dijera el forense iba a misa, nadie lo contrastaba, llegó un punto en el que daba exactamente igual el disparate que escribiese en un informe. No obstante, Castillo trató siempre de dejarlo todo atado y bien atado. Se había convertido en un auténtico especialista: ya no solo falseaba documentos, incluso falseaba cuerpos, les producía las heridas de bala acordes con el informe, suturaba y escondía las puñaladas originales… Había que reconocerle que, en lo suyo, era un número uno.

Sus tarifas comenzaron a subir sin necesidad de pedirlo. Lo habitual llegó a situarse entre cinco y diez millones de pesetas, dependiendo de quién fuese el cadáver. En el caso de Antonio Izaguirre, nunca había recibido una suma tan importante. Lo cierto es que se trataba de un asunto especialmente sensible, un policía del montón, pero querido y respetado en su comisaría, muerto por la torpeza más absoluta, algo poco habitual en Serrano. El caso había acabado en manos de otro doctor, al que también untaron oportunamente para que su informe no viera jamás la luz.

Castillo recordaba perfectamente el cuerpo inerte de Antonio Izaguirre sobre la camilla, había sido apuñalado por la espalda. Con gran pericia, cerró la herida dejándola imperceptible, había que tener un ojo muy fino y realmente saber qué se buscaba para darse cuenta; además, como mucho entraría el inspector del caso para que le contase lo que había, y ya se había ocupado Serrano de que no hiciesen muchas preguntas. Castillo fue el encargado de clavar un

cuchillo en el abdomen de Antonio para que las fotografías de la herida encajasen con el informe. Lo siguiente fue sencillo: lo velaron unas horas con el uniforme puesto y de ahí a la incineradora; pocas cosas eran más fáciles de manipular que una viuda en estado de shock*.*

En total, y durante más de veinticinco años, el forense había falseado varios centenares de autopsias a lo largo y ancho de varios países. «Es que es el mejor», solían decir sus compañeros, convencidos de que lo convocaban por su excepcional pericia: diferentes cuerpos policiales europeos contaban con él, y en España se había convertido en todo un referente, un fenómeno en lo suyo.

A medida que los años pasaban, Castillo entendió que la vida que iba a correr peligro era la suya. Con la llegada del nuevo milenio, la cosa cambió, comenzaron a externalizarse los procesos, concursos públicos tiraron al traste las facilidades con las que contaba y, poco a poco, se fue quedando fuera de la trama.

—Poco curro hay para la vieja escuela como la nuestra, nos estamos quedando atrás. —Las palabras de Serrano parecían conformar una amenaza—. Tendrás que jubilarte, esta gente nueva quiere revisar muchas historias y eso puede ser un problema —le aseguró el corrupto.

Castillo soñaba con llevarse a sus dos hijas a algún país extranjero, pero Serrano tenía otros planes, y él cometió el error de pensar que su amada esposa lo apoyaría en sus tropelías. No fue así: la noche en que le confesó todo fue la última en la que durmió en su cama: mal momento para tener cargo de conciencia.

Desde entonces, un exilio forzado. «No te preocupes, hombre —insistía Serrano ante un desesperado Castillo—, es lo mejor que te puede ocurrir; si tu mujer no quiere irse contigo, te buscas una nueva. Piensa bien en lo que te voy a decir: para un hombre como tú, España es un peligro, pasan muchas cosas, hay accidentes; en cambio, si te retiras lejos, podrás seguir manteniendo a tu familia. Si hay un cambio de dirección, las personitas como tú se acaban considerando cabos sueltos, y no me digas que no sería una pena un

accidente de coche con las niñas en el asiento trasero. Hazme caso, tienes dinero de sobra para desaparecer. Coge este maletín, dentro tienes una nueva vida en México, ¡menudo destino cojonudo! Te garantizo que, si sigues mis instrucciones, tu familia estará protegida para siempre».

Desde entonces, Castillo se limitó a ver la vida pasar y, de vez en cuando, a hablar brevemente con sus hijas. Con el tiempo comprendió que la única manera de que estuviesen a salvo era hacer todo lo que Serrano le ordenase, y esa fue su mayor condena. Cuando en las noticias vio que habían atentado contra un artista español y que la inspectora encargada era Elena Izaguirre, el mundo se le cayó encima. No pudo evitar seguir con interés la historia, eran, finalmente, una pareja enamorada. El doctor recordaba perfectamente a Elena en el velatorio de su padre, y, en las últimas semanas, la imagen del cuerpo sin vida de Antonio Izaguirre, la de su pequeña niña completamente destrozada, al igual que su madre o sus hermanos, le azotaban el sueño cada noche; Castillo sentía cada vez más la necesidad de confesar, y así lo hizo. El cargo de conciencia se había vuelto insoportable y en doña Patricia había encontrado una buena amiga.

Una mañana cualquiera, le pidió que le sirviese un café y así, en la mesa de la cocina, el forense le desveló quién era en realidad, que había sido diagnosticado de cáncer terminal y que ahora, frente al espejo de la muerte, le atormentaba comprobar cómo había sucumbido a la codicia y sentía que debía hacer algo. El problema fue que ya no le dio tiempo.

Doña Patricia se despidió de Bécquer deseándole suerte; él, por su parte, le hizo una última petición.

—Este es el teléfono de la hija del doctor. Cuando regrese a España, hablaré con ella, pero creo que le gustará saber por usted que su padre estuvo bien cuidado y que, al final de sus días, trató de enmendar sus errores. Espere unas semanas para llamarla, por

favor. Deme tiempo a darle la noticia a mi regreso a España.

Se despidieron entonces y Bécquer trató de contactar de nuevo con Elena.

—No entiendo qué ocurre —protestó con el teléfono en la mano. La distancia entre una pirámide y la otra era de varios centenares de metros—. ¿Por qué no contestas?

Comenzaba a ponerse nervioso cuando, a su lado, vio a un hombre con una enorme cámara de fotos retratando a su familia, y tuvo una idea.

—Caballero, ¿me podría hacer un favor? ¿Podría orientar el objetivo hacia la pirámide del Sol? Mi esposa está allí y no me coge el teléfono. —Muy amablemente, el hombre giró la cámara siguiendo la indicación de Bécquer y, a los pocos segundos, se la pasó.

El cómico repasó cada rincón hasta que lo que encontró lo dejó helado: vio cómo Elena bajaba acompañada de dos hombres; sin dudarlo, fotografió la escena y capturó la imagen de la pantalla de la cámara con su móvil. Apurado, agradeció el favor y se dirigió a la escalinata. Doña Patricia había descrito con detalle al hombre que vio salir de la casa del doctor Castillo y lo cierto es que la descripción se correspondía con uno de los dos hombres que ahora escoltaban a su pareja.

Tenía claro que era un secuestro. Con decisión, agarró la cuerda con la mano izquierda y comenzó a bajar los peldaños.

—Es que es una pared…, no mires hacia abajo, no mires hacia abajo. —La multitud de turistas que se agolpaban tanto subiendo como bajando no hacían nada sencilla la operación. Comenzó a sentir, a medio tramo, que el mareo lo bloqueaba—. Me voy a caer, se están llevando a Elena y me voy caer.

Una serie de puntos de colores aparecieron en su visión, el sudor iba en aumento y los empujones que recibía por detrás sin duda no ayudaban. Todo empezó a darle vueltas.

—¿Se encuentra bien?

Bécquer oyó a lo lejos la pregunta de un niño y fue incapaz de responder. «Me voy a desmayar, me voy a matar aquí», se dijo justo

antes de desvanecerse. Notó que un fuerte brazo lo agarraba y lo levantaba como a un pelele, y que alguien cargaba con él y lo llevaba a la base de la pirámide. Se sentó y comenzó a recobrar sus sentidos.

—Beba un poco —escuchó mientras le tendían una botella de agua.

Cuando volvió en sí, sus pensamientos fueron en una sola dirección: Elena. Entonces lo vio: delante de él, vestido como un turista más, estaba el excomisario Baltierra. Bécquer no entendía qué demonios estaba pasando.

—¿Baltierra? ¿Qué hace usted aquí?

El excomisario le tendió la mano y lo ayudó a incorporarse.

—Me apetecía visitar el país, tengo aquí viejos amigos, ¿y usted?

Bécquer optó por decir la verdad.

—Hemos venido siguiendo un rastro.

—¿E Izaguirre? —preguntó. La respuesta de Bécquer le heló la sangre.

—Se la están llevando dos hombres.

Baltierra sabía de quiénes estaba hablando.

—Pues vamos, esa gente no negocia. Elena está en un grave peligro.

32
EL CAVAR SE VA A ACABAR

A Bécquer le estaba costando asimilar que quien estaba ahora conduciendo su coche era el comisario Baltierra. La relación entre ellos siempre había sido especialmente tensa, chocaron en el momento que se conocieron y los últimos acontecimientos no presagiaban que la relación fuese a mejorar; a pesar de todo, ahora lo único importante era Elena.

—¿No crees que eres un tanto exagerado? —le había preguntado Elena en el hotel al ver el plan que Bécquer tenía para sus Doc Martens.

—De exagerado, nada, algo he aprendido desde que secuestraron a mi hija. —Él hablaba mientras, con cinta americana, pegaba una pequeña pieza redonda, del tamaño de una moneda de cinco céntimos, en el interior de una bota—. Con esto siempre sabré donde estás —concluyó.

—¿Y tú? —le había preguntado ella—. ¿Llevas una de estas también?

En la pantalla del GPS seguían un punto azul en movimiento a gran velocidad.

—¿Va a contarme de una vez qué pinta usted aquí? —le preguntó Bécquer al excomisario con brusquedad.

—Me preocupaba que os metieseis en líos —respondió, después de haber dudado un instante.

La respuesta de Baltierra indignó al cómico, llevaba tiempo harto de su paternalismo absurdo.

Elena trataba de quitarse las esposas que le sujetaban las manos a la espalda. Sentada en el asiento trasero, pensaba en que Bécquer aparecería de un momento a otro y eso era lo que más le preocupaba. «Esta gente es peligrosa, no podrá hacer nada». La tensión en las muñecas era gigantesca. «Las han apretado bien —pensó, frustrada—. Cuando baje del coche, me pegan un tiro y se acabó». A pesar de todo, era capaz de mantener la calma. «Saldrás de esta, Elena», se dijo a modo de consuelo.

Baltierra pisaba el acelerador.

—Cada vez estamos más cerca —dijo mirando al frente.

Las revoluciones del cómico también aumentaban: que el comisario apareciese de la nada era del todo sospechoso, su nombre aparecía en la información que había recabado y apestaba a kilómetros de distancia. «Ni de broma este tío», pensó Bécquer y, decidido a coger el mando de la situación, exclamó.

—¡Ahí, a su izquierda! —Baltierra automáticamente giró la cabeza —. ¿No lo ve? —insistió Bécquer.

En cuanto se distrajo mirando por la ventanilla, se abalanzó sobre él.

—¡Qué hace! —gritó el excomisario dando un fuerte volantazo. Cuando el coche volvió al carril, Bécquer lo apuntaba con su propia pistola.

—Para venir a visitar a viejos amigos viene usted un tanto cargado.

La expresión de Baltierra cambió de inmediato.

—No haga ninguna tontería.

—Se acabaron las mentiras —le replicó el cómico—, está metido en esta mierda desde el principio y Elena lo sabe, ¿y aparece aquí de

repente?

A Baltierra se le acababan las excusas, el coche en el que llevaban a Elena cada vez estaba más cerca.

—No creo que sea el momento, lo importante ahora es la inspectora —razonó.

—¡Dígame qué hace aquí! —El grito de Bécquer atronó en la cabina.

—¡Ayudarlos, joder! Hay una orden de acabar con los dos, usted a lo mejor se libra, pero Elena lleva una diana en la cabeza.

Baltierra pisó de nuevo el acelerador a fondo.

—Se han metido en el desierto —dijo al comprobar la ruta—. La van a matar —añadió.

Bécquer se mantenía firme apuntándole con el arma.

—Lleva metido en esto desde el principio, dígame quién está detrás —le ordenó.

El excomisario comenzó entonces a ser consciente de que el único camino, y por el que se había metido en un avión, era el de la verdad.

El coche en el que iba Elena se detuvo al poco rato de pisar el desierto. «Empieza la fiesta», pensó con seguridad. Sus captores bajaron del coche y abrieron el maletero; mientras el uno cogía una pala, el otro sacaba varios bidones de productos químicos.

—Trae a la pendeja —ordenó el único al que, de vez en cuando, se le escuchaba la voz.

La puerta se abrió con brusquedad y, de igual manera, Elena fue arrancada del interior del coche como quien saca espárragos del campo.

—¿Una pala? ¿Para cavar mi propia tumba? ¿No está muy visto?

No logró terminar la frase, recibió un golpe que le cruzó la cara y la tumbó en el suelo. Bocabajo, sintió una rodilla clavarse en su espalda. Con violencia, el más bajito de los dos le abrió las esposas.

—Ya sabes qué hacer —susurró en su oído.

Ella se puso de pie pensando que tener que cavar le haría ganar tiempo, justo el que necesitaba para pensar qué hacer cuando Bécquer apareciese, porque si algo tenía claro es que iba a ir a por ella sin importarle las consecuencias.

Mientras Baltierra iba desgranando poco a poco los detalles de su entrada en el mundo de la corrupción, el cómico vio en el GPS que los secuestradores se habían detenido.

—Se han parado, frene un poco, no nos pueden ver llegar. —Baltierra aminoró la marcha—. Creo que será mejor dejar el coche —sugirió—. Mire a cuánta distancia estamos.

Bécquer hizo zum sobre la pantalla táctil de su flamante vehículo.

—Están a algo más de un kilómetro; si dejamos el coche aquí, podremos por ese repecho.

La sugerencia de Bécquer le pareció al comisario de lo más acertada.

—Espero que sea consciente de que con esta gente no le van a funcionar las bromas.

—Lo que si va a funcionar es esto —respondió él blandiendo el arma del comisario.

—En ese caso… —Añadió Baltierra—, le sugiero que le ponga munición.

Bécquer se quedó sin aliento, el excomisario sacó entonces un puñado de balas de un bolsillo.

—¿Me la devuelve?

Bajaron del coche y caminaron hacia la inspectora.

—No sabemos qué nos vamos a encontrar, lo que tengo claro es que abrirán fuego en cuanto nos vean.

Baltierra daba vueltas a cómo proceder cuando, encaramados a unas rocas, por fin vieron a Elena a unos ciento cincuenta metros.

—Ya sabemos que está viva. ¿Qué hace? —preguntó Bécquer.

—Desde aquí no lo distingo —respondió el excomisario.

El cómico cogió entonces su móvil.

—Esto es mejor que unos prismáticos, ya verás qué *zoom*.

Acercó la imagen hasta que lograron distinguir la escena: Elena

cavaba mientras aquellos dos indeseables fumaban un cigarrillo apoyados en el capó del coche.

—Si les entramos por detrás, o por delante, da igual: es un espacio abierto, nos van a ver. No tenemos manera de ser sigilosos. —Baltierra comenzaba a ponerse nervioso al no encontrar un plan de acción.

—Pues entonces que nos vean —apostilló Bécquer.

—¿Qué quiere decir?

—Que vamos a seguir la misma estrategia que en el intercambio de droga.

Baltierra puso los ojos en blanco.

—¿En serio?

—Van a tener un dos por uno: me entrego y me pongo a cavar con Elena, centro su atención y usted interviene. De primero de película de acción.

El excomisario lo miró, aceptando que de las escasas opciones que tenían esa era la única que podía funcionar.

Elena seguía cavando mientras calculaba cuántos pasos tendría que dar para estamparle la pala en la cara a uno y reducir al otro. «Mientras te sigan apuntando desde lejos es difícil, ten paciencia». Levantó entonces la mirada y, en el horizonte, distinguió una figura que se acercaba caminando, ondeando una pieza de tela blanca. «Joder, Bécquer…».

A medida que se acercaba, el cómico pensaba en la posible inutilidad del plan. «Estoy confiando en un hijo de puta —pensó—, pero, por otra parte, me estaba contando muchas cosas; si salimos de esta, parece que va a tirar de la manta… Madre mía, menudas pistolas llevan…».

Los dos matones abandonaron enseguida su relajada postura sobre el capó.

—No pierdas de vista a la muchacha —dijo el que parecía dar las órdenes—. De este pendejo me encargo yo. —Dio un par de pasos hacia Bécquer y gritó—: ¡Las manos arriba!

Él escuchó la orden y no dudó en obedecerla.

—¡Ya tenía una arriba! ¡No dispare!

Siguió avanzando hasta encontrarse a menos de veinte metros.

—No se detenga —le ordenó el matón—, póngase al lado de la señorita.

Bécquer obedeció.

—¿Me echabas de menos?

Elena sonrió y contestó:

—Un poco.

El bonito reencuentro se vio frustrado cuando el cómico recibió el golpe de una pala en los pies.

—Dele —le ordenaron.

—No había nada más típico, ¿en serio? —protestó.

—Lo mismo les dije yo —añadió Elena.

—Es que no es ni medio normal —continuó protestando, con el objetivo de distraer a los dos captores lo máximo posible.

Elena comenzó a ponerse nerviosa con la verborrea incontrolable de Bécquer, pero el cómico la miró y ella entendió que formaba parte de un plan. Por si Elena tenía alguna, el artista dejó de lado la sutileza.

—O sea, que pretenden quedarse ahí plantados mientras nosotros cavamos… Qué poca vergüenza, estarán ahí quietecitos mirando y nosotros pala en mano; ahí tranquilos, sin mirar atrás.

Elena entendió la indirecta y por el rabillo del ojo vio a Baltierra acercándose por la parte de atrás del coche. Disimulando su sorpresa, agarró con fuerza el mango de la pala: el momento final se acercaba.

El excomisario, con todo el sigilo posible, rodeó el coche, y, de manera súbita, ganó la posición a los captores.

—¡Suelten las armas! —gritó.

El más cercano a él abrió fuego. Baltierra logró parapetarse tras el vehículo. Cuando sonó el primer disparo Elena giró sobre sí misma para coger impulso y estrelló la pala contra la cabeza del segundo de los hombres. Entonces, el que daba las órdenes se giró de cara a Bécquer. El disparo enmudeció el desierto.

Cuando el esbirro recibió el impacto de la bala, cayó de rodillas y un hilo de sangre brotó del interior de su boca; al cabo de un instante, la cara impactó contra el suelo. Bécquer no dejaba de temblar.

—Me iba a matar —dijo con voz entrecortada—, me ha salvado Baltierra.

Elena lo abrazó y lo condujo del brazo hasta donde estaba el excomisario. Rodearon el coche y lo encontraron tendido en el suelo.

—Ha recibido un balazo —confirmó Bécquer.

Baltierra luchaba en el suelo por sobrevivir mientras el cómico presionaba la herida del estómago con su pañuelo.

—Aguante comisario, lo sacaremos de aquí —le dijo Elena.

El excomisario tomó la mano de la que, durante tantos años, había sido su protegida y al mismo tiempo su objetivo.

—Elena, yo no salgo ya de aquí, escúchame… —Le costaba mucho hacerse entender, poco a poco se iba apagando—. En mi casa, ahí está todo, donde está ella… —Las palabras inconexas no tenían sentido—. Ella lo sabe todo… Se lo tenía que haber dicho… Perdóname Elena… Quise y no pude. —Dos enormes lágrimas rodaron sobre la mejilla de la inspectora. Mientras la vida se le escapaba, Baltierra logró añadir un par de palabras más—. Serrano es uno más, ella lo tiene todo… El embajador…

Y así, con los ojos abiertos y en brazos del cómico al que no soportaba, su mirada se apagó para siempre.

33
DESPEDIDAS

Elena miraba absorta por la ventanilla del avión privado que los llevaba de regreso a España. Los últimos días habían servido para arreglar discretamente el desaguisado ocurrido en el desierto. Ni el Gobierno mexicano ni el español querían que aquello trascendiese: un expolicía español muerto a tiros mientras rescataba a otra expolicía española de las garras de dos asesinos a sueldo. Que, además, estuviera involucrado un famoso artista habría convertido semejante historia en portada de cualquier periódico del planeta.

Elena había tenido que tragarse el orgullo y llamar a Leo.

—Hay que reconocer que se ha portado bien —reflexionó Bécquer en voz alta, y era cierto.

Una patrulla y una ambulancia hicieron su aparición donde se encontraban al poco de hablar con él. La policía traía instrucciones claras: debían llevarse al detenido, quién sabe dónde iba a acabar, y retirar los dos cuerpos en la ambulancia. Una vez más, la ironía se cernía sobre Bécquer y Elena.

—Mira, fallecido por un infarto masivo de miocardio. —Repasaba el informe forense del excomisario—. Al final su autopsia es tan falsa como las que perseguimos, manda narices.

El féretro con los restos de Baltierra descansaba en la bodega del avión que Bécquer había gestionado con premura: desde que el tiroteo tuviese lugar, habían pasado solamente cuarenta y ocho

horas, tiempo más que suficiente para que tanto el uno como la otra se estrujasen la cabeza tratando de descifrar qué era lo que el excomisario había querido decirles.

Las horas pasaban y el cómico no lograba conciliar el sueño, observaba a Elena, quien sí lo había conseguido. Para él, todo lo vivido empezaba a hacérsele insoportable, demasiadas muertes estériles, la constante sensación de estar caminando en círculo… Nunca se había sentido tan frustrado.

El avión aterrizó en la base aérea de Torrejón de Ardoz. «Cuando metes al Gobierno de por medio, todo es más discreto», pensó el cómico. Al pie de la escalera los esperaba Leo Cantos. Bécquer suspiró. «Vamos a ver por dónde nos sale». El apretón de manos fue de esos que te pueden costar una falange. Se quedaron mirándose a los ojos como si estuviesen en un *spaghetti wéstern* setentero.

—¿Habéis terminado ya de medírosla? —preguntó Elena, cortante.

—Yo sí —respondió Bécquer; a llegar el primero con la broma no lo iba a ganar nadie.

—Cuéntame —le pidió a Leo la expolicía.

—Poco te puedo contar: una vez más, Serrano se nos ha adelantado. Quizá la próxima vez seáis un poco más discretos. —Leo miró a Bécquer, acusador.

—No, si ahora voy a tener yo la culpa —respondió el cómico.

—Pues claro que la tienes, podíais haber avisado de que pretendíais daros un paseo, y en vez de eso habéis salido en todas las televisiones.

Bécquer se acercó a Leo.

—¿En todas? ¿En serio? ¿Y qué tal me viste? Últimamente reconozco que he engordado un poco…

Elena se interpuso, sabía perfectamente que lo estaba provocando.

—Eso ahora es irrelevante, me da igual cómo supiesen que estábamos en México, ahora estamos aquí.

Cantos ignoró a Bécquer y se dirigió a Elena.

—Todavía tenemos una oportunidad de hacerlos caer, ven conmigo a ver al ministro y dinos qué fuisteis a hacer a México: estoy seguro de que algo habréis conseguido.

Elena miró a Bécquer, que asintió con la cabeza.

—De acuerdo —respondió—, déjanos ir a casa y reponernos del viaje, mañana por la mañana iremos a veros y os contaremos lo que hemos averiguado.

Leo Cantos estaba satisfecho, el único afán que tenía era el de recuperar la confianza perdida y con Elena podía apuntarse el tanto. Se despidió de la pareja y se subió a su coche.

—La madre que me parió, ¿conduce un Aston Martin?, menudo flipado tu exnovio.

Bécquer se dio cuenta de que estaba hablando en voz alta cuando recibió el enésimo codazo en las costillas.

—Estoy de acuerdo en ir a casa y descansar un rato —dijo Bécquer cuando entraron en la autovía.

—Pues no será ahora. —Elena respondió mientras escribía una dirección en la pantalla del GPS—. Vamos a casa de Baltierra.

—¿Y eso? —preguntó; no le parecía bien del todo.

—Veamos qué queda. Si Leo ha mantenido su palabra y no se ha filtrado todavía su muerte, con suerte encontraremos algo.

—Eso espero, porque con lo de «ella lo sabe todo», ya me dirás a quién demonios se refería.

La frase llevaba cuarenta y ocho horas rondando por ambas cabezas: si de verdad Baltierra había querido colaborar, sus instrucciones habían sido de todo menos claras.

—Podía habernos dicho algo más concreto —protestó Bécquer.

—Que le acababan de pegar un tiro, por el amor de Dios.

—Hombre, si nos vamos a poner tiquismiquis.

—¿Cómo eres tan cabrón? —preguntó la inspectora, sin poder evitar la risa.

—No es cuestión de ser cabrón, soy cómico y la broma va

primero…, luego las personas.

Aparcaron el coche a una distancia considerable de la casa del comisario. Bécquer sacó de la guantera una mascarilla quirúrgica y se la puso sobre la boca.

—A ver si así tenemos un poquito de intimidad; ponte otra tú.

Elena obedeció. Bajaron del coche y se dirigieron caminando al portal del comisario.

«Qué raro se me hace estar aquí —pensó ella—; a ver si tenemos suerte y sale algún vecino». Antes de terminar la frase, Bécquer ya había pulsado uno de los botones del telefonillo.

—¿Qué vas a decir? —le preguntó.

—Pues un clásico que nunca falla, ya verás.

Al poco de llamar, una voz preguntó.

—¿Quién es?

—Cartero comercial —respondió Bécquer, y la puerta se abrió al instante—. De toda la vida de Dios, no falla nunca.

Subieron al piso de Baltierra.

—Esto será más complicado —dijo el cómico—, necesitamos de nuevo tu habilidad como cerrajera.

Elena lo miró.

—Esta vez no hará falta, mira la puerta. —Bécquer se sorprendió al comprobar que la cerradura había sido forzada—. Ponte detrás de mí —dijo Elena con autoridad mientras sacaba un arma de su cintura.

—¿Y eso? —preguntó él, sorprendido.

—Un regalito que me dejó Leo.

—Bueno, por lo menos no son rosas…

Con sigilo, Elena abrió la puerta y entró, cruzó el vestíbulo mientras Bécquer, completamente maravillado, observaba cómo iba poniendo poses de asalto que lo tenían absorto.

—Qué guapa eres.

Elena miró a Bécquer y le sonrió. Al cabo de unos segundos, había peinado toda la vivienda.

—Está limpia —dijo enfundando el arma.

—Eso es un decir, joder, lo han reventado todo.

Por la casa del excomisario parecía haber cruzado un huracán: todos los cajones del salón estaban abiertos, el sofá completamente rajado; lo mismo encontraron en la cocina y en los dormitorios.

—Se han esforzado —dijo Bécquer.

—Mira el baño, hasta hay un agujero alrededor de la bañera. —Elena escudriñaba cada rincón—. Está claro que buscaban algo, el propio Baltierra lo dijo: «En mi casa». Espero que no se nos hayan adelantado.

Bécquer daba vueltas por el piso pensando en «Ella lo sabe todo». «¿Quién es ella?», se preguntaba. Elena se sentó en una de las sillas del comedor.

—Si había algo en algún cajón está claro que se lo habrán llevado.

—Veamos, Baltierra era un tipo listo —reflexionó Bécquer—, es imposible que guardase información de vital importancia así, al alcance de cualquiera. —Comenzó a dar vueltas de la manera más teatral de la que era capaz—. Si yo fuera él, es decir, medio calvo y bastante cretino, buscaría un lugar inaccesible pero suficientemente a la vista para no levantar sospechas. —Salió del salón mientras seguía con su razonamiento—. En tu propio dormitorio es demasiado evidente; además, fíjate en las paredes, ni un solo cuadro, nada, y en el suelo olvídate, es un piso, haces un agujero y le ves la coronilla al vecino de abajo; no, tiene que ser otro lugar, donde un ladrón jamás miraría. —Su deducción lo llevó entonces a la cocina—. Aquí, por ejemplo, fíjate que han vaciado cajones y muebles, ni siquiera se han esforzado. ¿Sabes por qué?

Elena sabía que Bécquer había dado con algo.

—¿Por qué?

—Porque los malos no tenían la clave que nos dio Baltierra: «Ella lo sabe todo». Pues ahí está ella. El único rincón de la casa en el que nadie miraría jamás.

Elena se puso al lado de Bécquer, miró hacia donde señalaba y le devolvió la sonrisa.

La cocina de Baltierra era pequeña, tendría unos seis metros de largo y apenas un par de ancho; al fondo, un cuarto para la lavadora que daba a un patio interior; en el lateral derecho, todo el frontal de muebles y electrodomésticos; y en el otro, una pequeña mesa con dos sillas contra la pared y, en dicha pared, una preciosa Virgen de Covadonga formada por ocho azulejos.

—¿Crees que ella es «ella»? —preguntó Elena.

—No tengo la menor duda.

Bécquer comenzó entonces a repasar con la mano los bordes.

—Mira cómo se deshace la masilla, esto no tiene mucho tiempo, dame un cuchillo. —Cuando lo tuvo en la mano, comenzó a rascar—. No está duro, Baltierra sabía lo que hacía.

Sin apenas esfuerzo, el primero de los azulejos se despegó de la pared y apareció, en la esquina inferior derecha, un pequeño hueco de unos dos centímetros. Bécquer y Elena se miraron.

—Siempre hay un hueco en la pared —dijo él retirando el segundo de los azulejos.

—¡Lo tenemos!

La alegría de Elena era evidente. Los quitaron todos y del hueco sacaron un enorme archivador: en su interior se acumulaban documentos, fotografías y varias cintas de vídeo y de casete, así como dos memorias USB y un par de disquetes.

—Joder, aquí hay tecnología de diferentes décadas, solo falta un pergamino —exclamó el cómico, visiblemente sorprendido.

—Esto es oro, Bécquer.

Baltierra quería acabar con la organización. Elena estaba eufórica, aquel material serviría, por fin, para que, uno tras otro, desfilasen a la cárcel.

—No todos —apuntó Bécquer—. Del embajador apenas tenemos nada.

—Aún…, pero te aseguro que lo conseguiremos. Ahora debemos guardar esto a buen recaudo.

—Y copiar lo que podamos, claro, ni los casetes, ni las cintas de vídeo ni los disquetes, por ahora, tengo un amigo… —Elena puso los

ojos en blanco—. Vaya, que no podemos arriesgarnos.

—Esto servirá.

Bécquer conectó un pequeño dispositivo a su teléfono y procedió entonces a volcar todo en dos memorias USB que llevaba en el bolsillo.

—Una copia se va a mi casa y otra a la de tu madre, ¿te parece? Lo más importante ahora es no confiar en nadie, presentaremos esto cuando tengamos algo contra el embajador.

Luego fotografió el resto del material y topó con una carta. En el sobre ponía: «Para Elena».

Bécquer se lo entregó con cuidado y ella se sentó de inmediato en una de las pequeñas sillas de la cocina. Algo nerviosa, lo abrió y extrajo un par de hojas manuscritas. Comenzó a leer en silencio; apenas unos segundos después, se las devolvió al cómico.

—Lee tú, por favor.

Él cogió de nuevo la carta, se sentó al lado de Elena y empezó la lectura.

Querida Elena:

Lamento comenzar así estas líneas, pero si estás leyendo esto es porque mi viaje a México ha salido peor de lo que esperaba.

Tengo mucho que explicarte y, sobre todo, tengo mucho por lo que pedirte perdón. La vida ha sido caprichosa conmigo, no me voy a justificar, solo quiero explicarte por qué he acabado donde he acabado. Hace muchos años, cuando comenzaba en la policía, tomé un par de malas decisiones, acepté un dinero que no debía porque realmente lo necesitaba; a partir de ahí me vi atrapado y empecé a vivir así, corrompiéndome hasta el final.

Durante años me engañé a mí mismo pensando que si lograba evitar que alguien muriese, todo estaría bien. Permití, desde mi puesto de comisario, que se trapichease con droga, se robase dinero y se aceptasen todo tipo de sobornos: es cierto.

Uno de los sucesos más terribles fue el asesinato de tu padre. Quizá no me creas, pero yo no tuve nada que ver, en aquel momento solo era un tonto cogido por los huevos. La vida, además, me tenía reservada una irónica sorpresa: tu madre.

Cuando Julia enfermó, coincidieron, como sabes, en el tratamiento. Tu madre hizo feliz a mi esposa hasta el final de sus días. Al saber que era la viuda de Izaguirre, quise que la tierra me tragase, por eso acepté de inmediato que trabajaras con nosotros, únicamente para protegerte.

A estas alturas soy consciente de que sabes muchas cosas. Cuando Leo Cantos entró por la puerta, supe al momento que venía a por mí, y lo cierto es que ya no me importaba: desde que falleció Julia, no pinto nada en este mundo, todo me da igual.

He tratado de protegerte todos estos años, aunque no te lo creas, pero ahora ha llegado el momento de decirte qué paso con tu padre.

Antonio Izaguirre era un buen hombre que estaba en el momento equivocado en el lugar equivocado, tuvo la mala suerte de coincidir con Puente, un miserable, y tu padre, un buen hombre, quiso llevarlo por el buen camino. La noche en que lo mataron, tu padre solo quería hablar con él, pero apareció Serrano: él fue quien apuñaló a tu padre por la espalda; el mismo que ha dejado a Diego en coma, el mismo que me ha tenido amenazado y acobardado demasiado tiempo.

El objetivo del operativo contra los Conejo era asesinarte. Yo lo sabía, por eso tuve claro que solo una persona podía evitar que eso pasase, y, aunque me duela reconocerlo, esa persona es Bécquer: si tu novio reventó la operación fue porque lo pusimos ahí su hija y yo.

—¿Lucía? Por eso me insistía en que fuera a verte, lo tenían todo preparado… Mi hija es la mejor, las cosas como son.

Bécquer siguió leyendo:

Creía que con la caída del operativo todo terminaría, pero cuando aparecisteis en televisión en México, Serrano me volvió a llamar, no me dijo qué iba a pasar, pero, conociéndolo como lo conozco, no dudé de que algo planeaba.

Por eso te estoy escribiendo, en unas horas vuelo a Ciudad de México a vuestro encuentro, tengo claro que vais detrás de Castillo, pero temo que Serrano se adelante.

Aquí te dejo todo lo que llevas años buscando. Debes utilizar bien esta información, va a caer mucha gente, pero debes también ser cuidadosa: esto es más grande que Serrano y que yo. Cuando me nombraron comisario fue porque Acebedo se retiraba, y efectivamente lo hizo, pero algo que se me escapa ocurrió: lejos de dejarlo, comenzó a dirigir operaciones desde el extranjero, y eso no es lo peor: desde hace un par de años es el embajador de España en Francia, ¿qué te parece? Con las manos manchadas de sangre, fíjate a dónde ha llegado.

No puedes confiar en nadie, Elena.

P. D.: Sé que es inútil pedirte perdón, solo quiero que sepas que siempre os quise.

Cuando Bécquer acabó de leer, se mantuvo el silencio unos segundos interminables Elena trataba de ocultar las lágrimas que afloraban a sus ojos.

—¿Por qué no me lo dijo? —preguntó enfadada—. ¡Tantos años viéndonos todos los días y me lo ocultó todo! —El manotazo de Elena tiró al suelo dos tazas que había sobre la mesa; terriblemente angustiada, se puso de pie llorando sin consuelo, los brazos de Bécquer trataron en vano de sostenerla—. Lo mataron, lo mató Serrano. —Bécquer trataba de encontrar las palabras exactas para curarle el alma, pero lo hacía en vano, el dolor superaba cualquier intento—. Llévame a casa de mi madre, por favor —le rogó Elena.

Salieron del edificio nuevamente con las mascarillas puestas.

—La verdad es que funciona, no entiendo por qué no lo hemos hecho antes, aunque a mí eso de que no me conozcan… —La broma de Bécquer cayó en saco roto.

Circularon en silencio hasta llegar al portal de la casa de Elena. Cuando él hizo ademán de salir del coche, ella lo frenó en seco.

—Necesito estar con mamá.

—Claro que sí —respondió completamente conmovido—, tienes la fortuna de tener una maravillosa, abrázala fuerte.

Elena bajó del coche y se despidió con una pregunta.

—¿Mañana a las diez me recoges?

Bécquer asintió con la cabeza y arrancó. Lo que el cómico desconocía era que la expolicía tenía otros planes.

34
ELENA, ¿QUÉ HAS HECHO?

La noche transcurrió entre una serie de interminables vueltas en la cama. «Maldito *jet lag*», pensaba Bécquer tomándose una tila en su salón a las cuatro de la madrugada. El cómico observaba el humo que emanaba de la taza; por un instante le recordó al polvo que las ruedas de su coche levantaron en el desierto cuando, junto al comisario Baltierra, corría a toda velocidad detrás de Elena y sus captores.

El primer sorbo de la infusión sirvió solo para que se quemara levemente el labio superior y protestara, de manera divertida, sobre a quién demonios se le había ocurrido que para que una hierba infusione, la temperatura debe estar cerca de la ignición. Volvió entonces a subir las escaleras hasta su dormitorio. Antes de llegar a su cuarto, hizo una parada en el cuarto en el que, al menos esa noche, descansaba Lucía.

Con sigilo entró en la habitación y ahí estaba el mayor amor de su vida. «Debería grabarla en vídeo para demostrarle que, si se queda bocarriba, algo ronca», pensó Bécquer mientras arropaba a su hija. «Así que amiga del comisario, mi cariño. Lamento tanto tener que mentirte sobre su muerte…». Salió del dormitorio y por un instante su cabeza voló de nuevo hacia el día en el que su pequeña y él volvieron a abrazarse después del cautiverio de Lucía.

Pasadas las nueve de la mañana, Bécquer ya estaba ante la casa

de Carmen. Aparcó afortunadamente cerca y decidió tomarse un café para hacer tiempo hasta las diez.

—Buenos días, un café y pan tostado con aceite, por favor.

—Anda, coño —contestó el castizo camarero—, pero si es usted el de la tele… ¿Cómo se llamaba? —Bécquer dejó que transcurriesen unos segundos en silencio a la espera de que aquel buen hombre diera con un nombre tan genuino e inconfundible—. ¡Lo tengo! ¡Goyo Jiménez!

El cómico asintió con la cabeza mientras trataba de sacarse el puñal del pecho.

—El mismo, encantado de saludarle.

Se sentó entonces a una de las mesas del fondo pensando: «A ver si la próxima vez me confunde con uno con pelo».

Bécquer cruzó la calle de nuevo con una mascarilla puesta. «Parece mentira que no hubiese hecho esto antes; bueno, con la mierda que fue la pandemia…, no quería volver a ponerme esto en la vida, pero reconozco que me mantiene con el perfil bajo», terminó la reflexión al lado del portal. Llamó al timbre de doña Carmen y su siempre divertida voz respondió al otro lado.

—¿Quién es? —La respuesta de Bécquer llenó a Carmen de alegría—. Ay, sube, ¿vienes con Elena? —dijo para sorpresa del cómico, que se quedó helado.

—¿Cómo que si vengo con Elena? —El volantazo fue de ciento ochenta grados—. Perdone, Carmen, que me acaba de entrar un mensaje, venía a visitarla a usted, ya que tengo una reunión aquí al lado, pero me la acaban de adelantar —mintió.

—No te preocupes, hijo, vete a trabajar y, si te da tiempo, te tomas un café conmigo.

Con sumo cariño, Bécquer se despidió de Carmen y salió corriendo hacia su coche.

—Elena, no me digas que ya me estás montando el lío.

El artista apretó todo lo que pudo el acelerador; mientras tanto,

marcaba de manera inútil el teléfono de Elena, que una y otra vez permanecía «apagado o fuera de cobertura».

—No me la líes, Elena, no me la líes.

En ese instante, recordó el localizador que ambos se habían puesto en los zapatos. Entró en la aplicación y comprobó que la localización que aparecía era la de la casa de Elena.

—Espero que estés ahí.

Bécquer dejó el coche montado en la acera, bajó lo más rápido que pudo y subió al piso saltando los escalones de dos en dos. Casi sin resuello llegó a la puerta y llamó al timbre: por más que insistía, parecía claro que Elena no estaba en casa. «Pues para dentro», pensó.

—La verdad es que México le sienta a usted muy bien, inspectora. —Bécquer piropeó a Elena; descansaban en la cama después de haberla inaugurado por todo lo alto—. Espero que ahora que tenemos esta intimidad no vuelvas a dejarme a la puerta de tu casa.

La petición de Bécquer le había dolido, habían sido semanas muy complicadas y todavía le atormentaba la imagen del cómico alejándose de su casa visiblemente dolido.

—Eso no va a volver a pasar —le había respondido—. Mira lo que te voy a regalar. —Elena se había levantado y había caminado desnuda hasta su bolso—. Iba a ser una sorpresa un poco más elaborada, pero, chico, no veo mejor momento que este. —Y con las mismas, le lanzó un pequeño llavero con dos llaves.

—¿Y esto? —había preguntado Bécquer al verlas aterrizar en el colchón.

—Las llaves de mi casa, para que veas que nunca más te vas a encontrar la puerta cerrada; además, creo que el llavero te va a gustar.

Bécquer se había apresurado a cogerlo y no había podido evitar una enorme carcajada.

—¿Y esto? —Lo que Bécquer tenía en la mano era su propia cara,

de su época en *Noticias desde el Espacio*.

—Me lo compró mi padre en una feria en Benidorm —había confesado Elena, sonrojada.

Bécquer se había puesto entonces de pie y la había abrazado con fuerza.

—Me habría encantado conocer a tu padre.

Bécquer cruzó raudo el umbral de la puerta y se dirigió al dormitorio. Al llegar encontró más desorden del habitual. «Dime que no, Elena». Abrió el armario y comprobó que había cogido la mochila, algo de ropa y, lo que es peor: la caja de seguridad estaba vacía.

—Va armada hasta los dientes. —Cerró la puerta del armario y se encontró con su propio reflejo en el espejo—. Antoñito, sabes de sobra a dónde ha ido.

De nuevo con toda la velocidad posible, Bécquer se dirigió al Ministerio del Interior. «Plantón de casi una hora al ministro, con un par». Se identificó en la entrada, un policía nacional de unos sesenta años le indicó dónde podía dejar el coche. Cuando entró en el edificio, allí estaba Leo Cantos, mirando el reloj con su clásica cara de querer asesinar al novio de su ex.

Se puso en pie en cuanto lo vio cruzar el arco de seguridad.

—Menuda hora de llegar, ¿y Elena?

El enfrentamiento acababa de empezar.

—Buenos días para ti también. Está algo indispuesta, pero no te preocupes, que yo me encargo.

A Leo le pareció del todo improcedente: si algo tenía claro era precisamente que quien no pintaba nada era la «estrellita de los cojones».

—Ni hablar. Escúchame con atención.

Leo intentó dejar clara su postura; lo que no acababa de entender era que Bécquer se movía como pez en el agua en esas situaciones.

—Que no me marees —le replicó, se dio la vuelta y se dirigió al

mostrador de entrada—. Buenos días, me espera el ministro.

Y antes de que Cantos terminase de protestar, dos nacionales y una recepcionista escoltaban admirados al artista hasta la puerta del despacho ministerial.

Bécquer iba desplegando encanto a diestro y siniestro, sus clásicas bromas sobre funcionarios y políticos encajaban como un guante en ese entorno. Con las mismas llegaron a la puerta del despacho.

—El señor ministro los recibirá enseguida —les indicó una aplicada funcionaría.

En apenas tres minutos las dos enormes puertas se abrieron, Bécquer y Leo entraron y fue este último quien se encargó de las presentaciones.

—Señor ministro, Bécquer.

El cómico paladeó cada segundo del momento que a continuación venía. Apretó con fuerza la mano del ministro; lo hizo con una familiaridad que dejó a Leo de piedra.

—Ministro, cuánto tiempo sin verte, desde que tu mujer no te deja jugar a las cartas… —Cantos no sabía dónde meterse—. ¿No te había dicho que tu jefe y yo somos amigos? Te ha faltado investigación…

Leo se sintió avergonzado. En cuanto al ministro, Bécquer más o menos lo respetaba, no le había gustado nunca rodearse de políticos, pero es cierto que el poder lo atraía, lo cual le había granjeado algún que otro problema en el pasado. En el caso del ministro del Interior, la amistad se remontaba a unos cinco años atrás, desde que coincidieran en una comida que derivó en una apasionante tarde de mus y, como el cómico solía decir: «No hay mejor compañero de mus que un político: se saben todas las trampas y señas posibles».

—Señor Bécquer, dichosos los ojos, te dejas ver poco y cuando sé de ti, las circunstancias son complejas —dijo el ministro—. A lo mejor deberías plantearte trabajar de agente para el CNI.

La broma fue bien recogida por el cómico.

—No me tientes, ministro.

Los tres se dirigieron a una mesa redonda sobre la que descansaba una bandeja con una preciosa cafetera de plata. El ministro sirvió las pequeñas tazas mientras le explicaba a Bécquer lo importante que era su labor en un caso tan importante.

Él y Leo estaban ya sentados cuando el ministro terminó de servir los cafés. Él, sin llegar a ocupar su asiento, se dirigió al cómico.

—Es muy importante todo lo que tú y la inspectora Izaguirre estáis haciendo.

Bécquer lo interrumpió, y no iba a ser la única vez.

—Exinspectora, permítame que le corrija, creo que fue usted personalmente quien decidió cesar a Baltierra, a Elena y al señor Cantos. Se lo comento porque para que sigamos hablando me gustaría, en primer lugar, saber cuándo Elena se va a poder reincorporar a su puesto de trabajo sin que tal cosa figure en su expediente… Y ya, si quiere que aquí, mi primo el guapo, vuelva a trabajar, no seré yo quien sugiera lo contrario. —El órdago generó una tensión en el ambiente de esas que se ven, que se notan.

—Vaya, veo que para estas cosas prefiere que nos tratemos de usted, me parece bien. Una vez más, se confirma su fama de no andarse con rodeos, y, ya que la menciona, ¿por qué no nos acompaña la, de nuevo, inspectora?

Bécquer optó por la única respuesta que, por incómoda, no tendría objeción.

—Cosas de mujeres, ya me entiende.

El ministro aceptó la excusa mientras el cómico pensaba en el codazo que Elena le iba a soltar si se enteraba de lo que acababa de decir.

A Leo Cantos la camisa no le llegaba al cuello. Completamente fuera de la conversación, observaba, admirado sin reconocerlo, cómo Bécquer iba llevando al ministro a donde quería y como quería. Las maneras del cómico, así como su agilidad mental, le daban una ventaja que él solo podía compensar con la pistola y,

lamentablemente, le habían obligado a entregarla en la entrada.

El encuentro transcurría deprisa, el ministro le explicaba a Bécquer cómo, poco a poco, habían ido detectando una red de corrupción que estaba a punto de caer. «Me está diciendo banalidades», pensó el cómico. Había acudido a la reunión absolutamente escéptico, había pactado con Elena no confiar en nadie más que en ellos mismos y, quizá, a pesar de sus reticencias, en Leo Cantos.

—Todo parece orbitar en torno a Baltierra, cabecilla absoluto de esa banda de criminales. —Esta afirmación rechinó en los oídos del artista—. Es más, su presencia en México parece confirmar tal extremo: han tenido suerte de que Elena saliese con vida de las manos de ese malnacido.

Bécquer miró entonces a Leo: el pez acababa de picar el anzuelo.

—Leo, tienes que ayudarme.

Al otro lado del teléfono, Leo Cantos todavía trataba de recuperarse de haber recibido por fin aquella llamada.

—¿Qué ocurre? —preguntó. Elena le había respondido que se trataba de algo de alcance internacional.

—Baltierra ha tratado de asesinarme junto con dos sicarios; por suerte hemos logrado salir de la situación, ya te daré detalles, pero ahora mismo estoy en medio del desierto con dos cadáveres y un hombre detenido… Sí, Bécquer también está aquí.

El cómico miraba a su alrededor sin saber cómo reaccionar, la sangre de Baltierra resbalaba todavía por sus manos, que, por otra parte, reflejaban con un ligero temblor lo terrible de lo sucedido. Elena había colgado el teléfono y se había dirigido a su pareja.

—Escúchame bien: Baltierra tiene algo para nosotros y no quiero que nadie se adelante; les vamos a decir que vino a por mí, ya tendremos tiempo de reparar su honor… ¿Bécquer? ¿Me estás escuchando? —El cómico había asentido despacio. Para Elena quizá fuese el pan de cada día, pero era la primera vez que él veía morir a

un hombre.

Las siguientes cuarenta y ocho horas habían servido para que apuntalasen el plan.

—Es muy sencillo: si compran que Baltierra está detrás será porque quieren proteger al embajador: fíjate bien en quién quiere protegerlo y sabremos en quién confiar. Pero, por ahora, ni mencionarlo.

Elena sabía perfectamente cómo manejarse, y, una vez más, Leo Cantos iba a ser la correa de transmisión.

Bécquer asintió con la cabeza a cada palabra del ministro.

—¿Y ahora qué va a ocurrir? —le preguntó cuando el político terminó su relato.

—Usted no tiene nada de qué preocuparse: hemos ordenado un registro en la casa del comisario Baltierra y las pruebas son concluyentes. Estaba solo en esto desde hace más de tres décadas, es curioso lo que un solo hombre puede llegar a hacer. No obstante, y seguro que usted me entenderá, a nadie le conviene la mala prensa, así que esta es mi propuesta: desarticularemos la banda de una manera discreta y Elena Izaguirre volverá a ser inspectora, y no solo eso: de manera póstuma su padre, Antonio Izaguirre, será condecorado en el aniversario de su fallecimiento.

La simple mención del padre de Elena hizo que Bécquer diese un salto en la silla.

En el avión de vuelta, Elena y Bécquer parecían más lúcidos que nunca.

—Elena, si estás en lo cierto, van a tratar de ocultar todo; entonces nos ofrecerán un caramelo.

Elena escuchaba a Bécquer completamente enamorada y orgullosa.

—¡Exacto! —había respondido—. Y si hay caramelo…, hay

trampa.

—Solo hay una cosa que no me encaja: conozco al ministro desde hace tiempo, me ayudó a formar parte de la investigación de mi intento de asesinato: ¿no crees que podemos confiar en él?

Elena había mirado a Bécquer y había respondido:

—Escucha con atención todo lo que te diga: si algo no te encaja, sal corriendo.

Bécquer sonrió mientras pensaba: «Esta es la trampa, un homenaje al padre, valiente hijo de puta». Sin dejar de sonreír, exclamó:

—Qué gesto tan generoso por parte del ministerio, estoy seguro de que a Elena le encantará.

El ministro asintió con la cabeza.

—¿Puede llamarla y comunicárselo?

Bécquer se puso de pie.

—La verdad es que prefiero ir a decírselo en persona, una noticia tan maravillosa no debe ser contada por teléfono. —El cómico tendió la mano al ministro—. Ha sido un honor hablar con usted, señor ministro, le estoy enormemente agradecido. Tanto que voy a volver a tutearte: muchas gracias por tu ayuda cuando Nacho fue a por mí y ahora de nuevo. Por fin esto ha terminado.

El ministro estrechó satisfecho la mano del cómico y lo acompañó a la puerta.

—Espera en la recepción por favor, enseguida te acompaña Leo.

Cuando Bécquer hubo salido, la puerta se cerró a su espalda. Leo Cantos se situó al lado del ministro.

—¿Ves qué fácil es? Le sobas un poco el lomo y se lo traga todo. Hoy mismo quiero que esto termine: Baltierra era el número uno y punto.

Leo no pudo contener su nerviosismo.

—Señor ministro, llevamos años con esto, usted sabe como yo que Baltierra era uno más, aún debemos localizar a Serrano, la conexión con los Conejo, hay otros altos cargos policiales que son

más importantes que Baltierra…

El ministro lo interrumpió.

—Cantos, ¿de verdad quieres volver a trabajar o prefieres tocarme las narices y acabar en la zona azul? Bastante quebradero de cabeza ha sido ya. Prepara lo que te digo y encárgate de que su amiguita deje de husmear.

—¿Y Bécquer? Si no queda satisfecho es capaz de cualquier cosa, tiene mucha fama y amigos influyentes, sabe cómo utilizarlos.

El ministro se quedó en silencio.

—No te falta razón, es un incordio. Hablaré con la ministra de Hacienda: a este gilipollas, si le tocas el bolsillo, se vuelve manso. Veré qué puedo hacer… Mientras tanto no le quites el ojo de encima.

Leo abandonó revuelto el despacho por lo que el ministro le acababa de decir. «¿Y ya está?, qué desastre». Llegó a la puerta principal y preguntó al policía de control.

—¿Y el señor Bécquer?

La respuesta no le gustó.

—Ha salido en su coche hace unos minutos.

Bécquer calculaba cuántos puntos del carnet le iban a quitar: había llegado al Adolfo Suárez en tiempo récord. «Este viajecito sí que me va a costar una salsa». Entregó el coche en la puerta y se dirigió a la entrada. De nuevo una encantadora auxiliar lo recibió.

—Señor Bécquer, su asistente ha traído su equipaje, pero lamento decirle que con tan poco tiempo solo hemos podido conseguir un *jet* pequeño.

Él aceptó la disculpa.

—No se preocupe, que será un vuelo corto.

Subió la escalerilla, saludó al comandante y ocupó su asiento. Cuando el avión despegó, el comandante comentó por la megafonía:

—Buenos días, señor Bécquer, como siempre, es un placer volar con usted. El tiempo en destino es agradable, le informo de que en unas cuatro horas aterrizaremos en París.

El cómico aceptó la copa de champán que le acababan de ofrecer, la levantó y brindó consigo mismo.

—Por París… Espero encontrarte, Elena, antes de que tú los encuentres a ellos.

35
PARÍS BIEN VALE UNA MOVIDA

Elena dejó la bolsa de deporte en la cama. Apurada, metió en ella una serie de objetos que no parecían apuntar a nada bueno. «Desde luego no se parece en nada a la última bolsa que hice». Aquel pensamiento era todo lógica: en lugar de ropa interior atrevida y varios conjuntos, lo que había guardado era ropa de asalto negra, un pasamontañas y un par de guantes. A eso había que añadirle cuerdas, varios utensilios de escalada y una serie de armas de distinto calibre. Elena sabía a dónde iba y lo haría preparada.

Apurada cogió el primer taxi que vio en la calle y se dirigió al aeropuerto.

—El vuelo de las diez y veinte a París: tengo que llegar.

Abonó el taxi, que había prácticamente volado al aeropuerto, y entró con premura en la T4. A esa hora la cantidad de pasajeros que entraban y salían se había reducido considerablemente. Elena buscó los mostradores de la compañía e hizo algo que sorprendió a la trabajadora que la atendió: comprar un billete. Superados los primeros instantes de confusión, le dijo con un tono que no presagiaba nada bueno:

—Serán setecientos cincuenta y ocho euros.

Elena metió la mano en su bolsillo y sacó dinero suficiente para pagar ese billete y alguno más. Hay veces en las que uno desconfía y ella tenía un sexto sentido para ciertos comportamientos. Quizá el

problema estuviese en que estaba obviando el principio fundamental que había regido su carrera desde el principio: evitar los riesgos absurdos. A Elena le podían las ganas y eso la estaba acercando demasiado a cometer un error. Ataviada con una sudadera gris con la capucha puesta, no daba la impresión de estar persiguiendo a alguien, más bien la de estar huyendo, y ese miedo lo acababan de oler.

Cogió su tarjeta de embarque y se despidió, echó a andar sin darse cuenta de que la trabajadora, en cuanto ella se fue, tuvo a bien llamar a un policía nacional.

—Es muy rara esa chica, solo lleva una bolsa y ha sacado del bolsillo muchísimo dinero, está como escondiéndose.

Teniendo en cuenta la hora y que la jornada había sido aburrida, la opción de entretenerse siguiendo a la recién catalogada como sospechosa al agente le pareció una idea estupenda. Elena apuraba el paso consciente de que la hora del vuelo se acercaba y de que lo más complicado estaba por llegar, pero sabía cómo hacerlo. No obstante tuvo que detenerse cuando vio que dos agentes se dirigían hacia ella. Elena miró a izquierda y derecha, y localizó a otros dos. «La cosa se está poniendo fea —pensó—, y lo peor es que no he recuperado aún mi trabajo».

El uniformado de mayor tamaño se dirigió directamente a ella.

—Buenas noches, señorita, ruego se identifique.

Elena respiró despacio.

—Voy a perder el vuelo —respondió, algo que no le gustó al segundo de los agentes.

—¿Puede, por favor, identificarse? —Añadió endureciendo el tono.

Elena volvió a responder lo mismo.

—Les digo que voy a perder el vuelo.

Ante la tozudez de Izaguirre, el primero de los policías dio una orden clara.

—Haga el favor de acompañarnos.

Antes de que Elena pudiese volver a replicar, cuatro agentes de

la Policía Nacional la escoltaban hasta la comisaría del aeropuerto. Caminaba con una bolsa en la mano derecha que contenía varias armas de fuego, además de otros utensilios de uso militar, algo ideal para un aeropuerto.

La pequeña Elena le dejó claro a su madre que iba a estar cuando enterrasen a su padre; de poco sirvió que Carmen insistiese en lo doloroso que le iba a resultar.

—Quédate con tus hermanos —le rogó la viuda—, han venido los abuelos, estáis mejor juntos, mi cariño.

A Elena los deseos de su madre en aquel momento le importaban poco, si sus hermanos no tenían el arrojo suficiente a ella le daba absolutamente igual: iba a estar al lado de su padre hasta el último momento. La frase que no paraba de repetirse era «Contigo de mi mano, siempre». La acompañaba desde el día en el que más miedo pasó; en realidad, sería más justo decir «pasaron».

Como cada tarde en la que brillaba el sol y el turno policial era de noche, Antonio Izaguirre recogió a su hija en el colegio y juntos se encaminaron hacia el parque. Caminar mientras su niña de siete añitos le contaba todos y cada uno de los chismes acontecidos a lo largo de la mañana era para él la vida entera.

—Menos mal que te gusta venir conmigo, porque tu hermano con el fútbol y el otro con la piscina, ya nadie quiere llevarme al parque. —A Elena su padre le divertía mucho.

—Pero a los mayores no os lleva nadie, tú me llevas a mí —respondió pizpireta.

—De eso nada —protestó Antonio—, eso se acabó: hoy será usted quien se siente en el banco mientras yo me tiro por el togán*. —La pequeña Elena rompió a reír.*

—No se dice togán *—protestó—, se dice **tobogán.*

Entonces fue su padre quien sonrió.

—Lo dices mal, pero te perdono… Y no me des largas: hoy tú te sientas y yo me subo a los pulumpios*.*

Elena escuchaba divertida los disparates de su padre, deseosa de llegar al parque cuanto antes.

La tarde transcurría divertida, Antonio era de esos padres que disfrutaban casi más que sus hijos. Estaba empujando el columpio de Elena cuando Carmen lo llamó por teléfono.

—Hablo con mamá y seguimos.

Antonio se alejó un poco. Elena decidió, con gran atrevimiento, subirse a una estructura metálica conforma de castillo. «Tengo que llegar a lo más alto», pensó, para impresionar a su padre. Poco a poco subió una a una las barras hasta llegar a la cima, desde allí vio a un lado a su padre hablando por teléfono y al otro lo que, desde aquella distancia, parecía un conejo.

—¡Un Tambor! —exclamó. Bajó a toda prisa y, con gran decisión, se acercó a la reja que delimitaba el parque y lo separaba de una finca rústica—. Tambor, soy Elena —se presentó. El conejo saltó entonces adentrándose en la finca—. ¡No te vayas! —lamentó la niña.

Cuando dijeron el nombre de Elena Izaguirre en urgencias, Antonio respiró por fin.

—La herida es muy fea —confesó el doctor—, vamos a tener que coserla y ponerle la antitetánica; calculo más de veinte puntos.

Antonio entró con el doctor y encontró a la pequeña todavía con lágrimas en los ojos.

—Yo solo quería ver al conejo —se lamentó.

—Ya lo sé, mi amor, eres mi pequeña Alicia en el País de las Maravillas. Ahora te van a cerrar la herida. —Elena suspiró.

—Me da miedo que me duela —respondió.

—Tú dame la mano, ya sabes lo que pasa, ¿no?, si vas de la mano de papá…

Elena completó la frase.

—… nunca tendré miedo.

Elena se llevó una mano instintivamente a la rodilla derecha.

Cubierta por el pantalón, sentía la cicatriz de aquella vez que se cortó con una valla del parque, recordaba el miedo que había pasado y cómo había sido capaz de calmarse únicamente agarrando la mano de su padre, una mano que, a pesar de estar ausente, notaba más fuerte que nunca. Sin mediar palabra, continuaba sentada en una pequeña sala blanca, pendiente de cómo salir de aquella situación sobrevenida, sus pensamientos se vieron interrumpidos cuando uno de los agentes entró en la sala y se dirigió a ella.

—Le voy a pedir que me muestre su identificación y abra su equipaje.

Izaguirre sintió que su ritmo cardíaco aumentaba. «Tranquila —pensó—, esto va a salir bien». Metió la mano en el bolsillo y sacó una pequeña cartera marrón, la colocó sobre la mesa dejando que se viesen claramente su placa y su identificación. El agente le pidió entonces que abriese la bolsa y no tuvo otra opción que obedecer: cuando el agente comenzó a revisar lo que allí había. Sin mediar palabra, sacó su arma reglamentaria y encañonó a Elena.

—¿Se puede saber qué haces? —le preguntó ella sin dar muestra de sumisión alguna—. Guarda eso, que te vas a hacer daño —dijo, provocadora.

A través de la radio que llevaba en el hombro, el agente llamó a sus compañeros. En apenas unos segundos, Elena volvía a estar rodeada de cuatro policías con ganas de justificar su sueldo.

—Te repito que bajes el arma, todo esto no es necesario, tengo autorización para el equipaje —explicó Elena.

—¡Mis cojones! —contestó uno de ellos retirando la bolsa.

—Revisa la documentación, idiota. —Elena había decidido pasar al ataque—. Y os advierto de que como me jodáis el operativo, os vais a pasar el resto de vuestra vida durmiendo en este puto aeropuerto.

La seguridad de Elena era de tal calibre que todos los agentes se miraron con incredulidad. Uno de ellos, que tenía pinta de ser el más espabilado, salió de la sala con la documentación. Los minutos

pasaban. «Voy a perder el vuelo», pensó Elena. Sus documentos volvieron a la sala, pero en manos de un hombre trajeado.

—Déjennos solos —ordenó. La sala se vació en apenas unos segundos—. Permítame pedirle disculpas, ya hemos dado orden de que detengan la salida de su vuelo hasta que pueda embarcar; a continuación, la escoltarán dos de mis compañeros para que llegue cuanto antes. Sentimos las molestias…, inspectora Tinelli. —Elena respiró aliviada. Cuando se dispuso a salir, el jefe de los agentes tomó la palabra de nuevo—. Inspectora, la próxima vez que necesite ayuda, pídala. Sepa que los protegidos del comisario Baltierra son mis protegidos. —Elena se dio la vuelta instantáneamente—. Entiendo que algo quiere hacer usted en París bajo el radar, y con la triste noticia del fallecimiento del comisario prefiero no preguntar, pero no me traiga documentación falsa, Izaguirre, que uno ya tiene muchos años. Haga lo que tenga que hacer, pero hágalo bien.

Elena caminaba recuperándose de lo ocurrido por la terminal. La jugada había salido por suerte: consciente de que no podía viajar con su documentación, lo había apostado todo a utilizar una falsa que conservaba de uno de los operativos que había realizado. «Ventajas de tener a Diego en mi equipo», pensó lamentando de nuevo la suerte que había corrido su compañero, y, una vez más, en Baltierra…

Las horas pasaron rápido, Elena logró coger el sueño durante el vuelo. A diferencia de Bécquer, el *jet lag* le hacía dormir más, así que reclinó el asiento y se dejó abrazar por Morfeo. El último de sus pensamientos antes de caer en un sueño demasiado profundo para tratarse de ella fue para Bécquer: «Otra vez te vuelvo a dejar atrás, mi amor. Pero esta es una batalla que debo librar de la mano de mi padre».

En algo más de dos horas llegó a su destino: el aeropuerto Charles de Gaulle de París. De la terminal se dirigió a la estación de tren Châtelet-Les Halles, a media hora de trayecto. Una vez allí, le

tocó hacer un pequeño transbordo con varias paradas hasta que por fin llegó a su destino. Subió las escaleras que la separaban de la superficie y se encontró de frente el famosísimo Arco de Triunfo. El tráfico a su alrededor era fascinante. Elena miraba con ojos de niña pequeña las luces de los coches y se dejó envolver por el sonido de la ciudad más hermosa del mundo; al menos eso decía siempre su madre cada vez que recordaba la vez que el amor de su vida y ella la visitaron.

Elena Izaguirre viajaba sin teléfono, tenía claro que, si quería que no la localizasen, el viaje debía ser analógico. Recorrió a pie la avenida: por una de las muchas historias de Bécquer, sabía que, en paralelo a los Campos Elíseos, había un montón de hostales para turistas. No tardó en encontrar uno en los pisos superiores de un restaurante chino. Devoró un plato de comida que le supo a gloria y pagó en metálico un par de noches en una habitación minúscula pero que al menos tenía baño individual. «Sería divertido ver a Bécquer hospedarse aquí».

Sin perder tiempo, dejó sus cosas, disimuló el arma de menor calibre en su cintura y bajó a la calle. El gentío que cruzaba los Campos Elíseos era muy parecido a lo que cada mañana vivía en la Gran Vía madrileña: daba igual que ya fuese madrugada, el gentío no descansaba. Caminó por la acera derecha observando a los turistas que fotografiaban a un extremo el Arco de Triunfo y al otro, a lo lejos, la famosísima noria de París. Con paso ligero, se dirigió a la embajada; la separaban apenas diez minutos caminando del número 22 de la avenida Marceau, el lugar donde estaba el despacho del embajador Acebedo.

Cuando Elena terminó de empacar las cosas antes de tomar el vuelo a París, había hecho una última consulta en su portátil previa a eliminar el historial: la página web del Ministerio de Exteriores mostraba la agenda de las diferentes embajadas.

—Veamos qué planes tienen.

Sin duda, el embajador vivía a lo grande. En la sección de «Noticias», había podido comprobar que hacía tres noches se habían

entregado unos premios a la moda española, un poco antes habían recibido a Josep Borrell, quien impartía una conferencia sobre el papel de España en las relaciones internacionales con Iberoamérica; a eso se le sumaba un acto de condecoración a unos policías hasta llegar por fin a los eventos futuros. «Fantástico, este será perfecto». Elena sonreía satisfecha: esa noche era perfecta para viajar porque al día siguiente el embajador presidiría un acto de recaudación de fondos en la lucha contra el cáncer.

En pie frente a la embajada, Elena tenía claro que el viaje iba a ser fugaz: «Me encargaré de que la de mañana sea la última de sus fiestas».

36
NERVIOS

Serrano llevaba más de tres horas caminando por Gran Vía. Lo que habitualmente era uno de sus pasatiempos favoritos, esta vez era algo más bien parecido a una tortura: había algo dentro de él que se divertía al rondar las comisarías que tenía controladas; en el caso de la de Tudescos, no habían sido pocas las ocasiones en las que, desde la tranquilidad que le daba saberse prácticamente un fantasma, había observado desde lejos cómo Elena y Bécquer entraban y salían. En cierta ocasión, estuvo incluso tentado de pedirle a «aquel gilipollas» un autógrafo. «Y seguro que me lo da, el ególatra ese».

Esa mañana, en cambio, estaba siendo complicada: esperaba dejar de un plumazo fuera de juego a Cantos, Elena, Bécquer, e incluso a Baltierra, un triunfo absoluto, y estaba nervioso. Pues cuando supo que los tortolitos se habían ido a México había decidido cortar por lo sano, porque si algo tenía el Gigante era que no se andaba con rodeos. Así que había llamado a Baltierra, quien no pareció enterarse de la misa la media, y después a un contacto en la ciudad, para que vigilaran al doctor y lo avisaran si la parejita aparecía por su casa. Y así había sido.

—Puta Elena y puto Bécquer. Teníamos que haberles metido una

bala en la cabeza cuando tuvimos oportunidad, ¡joder! Se deben de pensar que soy tonto: primero husmean en los archivos de la comisaría y ahora esto. Pues se van a llevar una sorpresa. Así que no dudó en dar el siguiente paso: rebuscó en la agenda del móvil; por primera vez en mucho tiempo le temblaban las manos, por más que intentase convencerse de que todo estaba bajo control, lo cierto es que por culpa de Bécquer tenían de todo menos eso. —Desde que ha aparecido este tipo, no hacemos otra cosa que cagarla, pero claro, cómo me lo cargo sin llamar la atención…

Los pensamientos de Serrano se agolpaban mientras el teléfono daba tono; enseguida contestaron al otro lado.

—Bueno —le había respondido la voz de una mujer.

—Aquí Serrano, ya sé qué vamos a hacer.

Con el paso del tiempo, la organización había extendido sus tentáculos en algunos países extranjeros; más bien habían logrado encontrar lugares comunes con diferentes cárteles y mafias: cuando algún italiano se desmandaba en la Costa del Sol, se encargaba Serrano de solucionar el marrón, y precisamente así había logrado tener buenos amigos en el país de Luis Miguel.

A los Conejo cada vez les costaba más ganar dinero con la droga, y cuando se enteraron de que sus socios gallegos habían decidido dejarlos de lado para ennoviarse con los mexicanos, a punto estuvo de estallar una guerra. Habían sido las gestiones de Serrano las que lograron apaciguar los ánimos y, en uno de sus viajes, les había hecho una serie de favores que ahora iba a cobrarse.

—De esas dos moscas cojoneras que hay en Ciudad de México, necesito que te encargues de una de ellas; mira tu correo.

La mujer que lo había atendido chequeó su *mail*.

—Eso va a costar un buen dinero, quieres que nos libremos de la policía más famosa de España. ¿Y Bécquer?, tan guapo, sería una pena… —Serrano había suspirado.

—No, al payaso por ahora lo dejamos tranquilo, espero que cuando Izaguirre desaparezca, se busque un nuevo pasatiempo.

—Mejor, es demasiado célebre. La última vez que se presentó en

el Auditorio Nacional estuvo el mismísimo presidente; la verdad es que fue una gran noche, Bécquer estuvo divertidísimo.

Serrano había bufado: «Joder, y encima será fan».

—No solo necesito eso: también hay que eliminar al doctor, pero nada exagerado, que a la mínima metéis cabezas en bolsas; algo discreto.

La mujer se había carcajeado.

—¿Desde cuándo es usted tan flojo?

Serrano echaba humo por las orejas.

—Será la edad —había respondido, colgando la llamada.

Las órdenes habían sido claras y concretas; desde la distancia no le parecía nada complicado y eso que el precio iba a ser curioso, calderilla para los negocios de Serrano: medio millón de euros por hacer desaparecer a Elena y ajusticiar a Castillo. Si todo iba como debía, en menos de veinticuatro horas podría volver a pasear tranquilo. Pero si algo sabía era que cuando Bécquer andaba por medio, nada salía según lo planeado.

La seguridad y la arrogancia de la mujer mexicana habían desaparecido cuando tuvo que llamarlo para darle explicaciones.

—Señor Serrano, tengo varias cosas que comunicarle.

El Gigante se había detenido en mitad de la calle y se había sentado en uno de esos bancos de madera pintarrajeados por algún gilipollas con un bote de pintura y demasiado tiempo libre.

—¿Qué ha pasado?

—Castillo ha sido eliminado sin problema, las autoridades lo han clasificado como un infarto; además, puede estar tranquilo, porque me confirmaron que tanto Bécquer como Elena no llegaron a hablar con él. —Serrano respiró aliviado: si Castillo se hubiera ido de la lengua, Elena y Bécquer tendrían demasiada información.

—¿Y la parejita?

—Ese ha sido el problema: hay una versión oficial y luego lo que realmente ha ocurrido.

Serrano había empezado a sudar.

—¡Qué cojones ha pasado! —El grito había provocado que una

señora que pasaba por delante decidiese apresurarse.

—Para las autoridades, un ajuste de cuentas entre dos hombres, con el resultado de uno muerto y el otro en custodia.

—¿Tus hombres? —La respuesta fue afirmativa—. ¿Y qué ha ocurrido?

Unos interminables segundos separaron la pregunta de la respuesta.

—Nuestro abogado ha hablado con él por última vez, le aseguro que ese inútil no sale vivo de ahí. Le confirmó que se llevaron a Elena al desierto, la tenían cavando cuando de la nada apareció Bécquer. Pensaban que había ido a entregarse y no se dieron cuenta de que había otro hombre que empezó a disparar y mató a uno de mis hombres; la policía española redujo al otro.

—¿Otro hombre? —A Serrano la cabeza le iba a explotar.

—Sí, para su tranquilidad le diré que en la refriega recibió un balazo y ha muerto también. No sabemos su nombre, pero sí sabemos que en apenas unas horas el Gobierno mexicano y el español lo arreglaron todo. No sabemos dónde están Bécquer y la inspectora.

—¿Pero… quién es ese hombre? —Serrano casi no fue capaz de articular palabra. Algo sospechaba, pero necesitaba confirmación.

—Un expolicía español de unos sesenta años, calvo; según hemos comprobado se llamaba Baltierra.

Serrano había colgado.

—Hijo de puta…, ¡puto traidor de mierda! —Nuevamente puesto en pie, había empezado a dar gritos en la calle, asustando a todo aquel que se le cruzaba—. Joder, joder —exclamaba sin descanso.

Más alterado que nunca, hizo otra llamada.

—Hay que limpiar la casa de Baltierra ahora mismo, revisadlo todo, picad las putas paredes si hace falta, pero que no quede nada, ¡absolutamente nada!

Hicieron falta ocho tonos para que descolgasen el teléfono.

—¿Por qué cojones me llamas a este número? —La respuesta ya dejaba claro que la conversación no iba a ser sencilla.

—Hemos tenido un problema en México.

—¡No me digas! ¿Me llamas para contarme que Elena y Bécquer siguen tocando los cojones? ¿Y que el ministro del Interior se ha tenido que poner manos a la obra para traer el cadáver de Baltierra para que no nos explotase todo en la puta cara? ¿Me llamas para eso, puto inútil? —Por primera vez en mucho tiempo, Serrano se había quedado sin palabras y, lo que era peor, sin soluciones—. Escúchame atentamente, pedazo de mierda: te vienes para aquí, te encierras en esa pensión que tan cachondo te pone y esperas a que te llame. Tengo que pensar qué voy a hacer contigo.

—Lo que mandes, Acebedo.

La respuesta no gustó a su interlocutor.

—¿Cómo me has llamado?

Serrano tragó saliva.

—Perdone, señor embajador.

Por vez primera en mucho tiempo, el Gigante empezaba a sentir el miedo que normalmente infundía, y pocas cosas hay más peligrosas que un perro asustado: es capaz de morder cuando menos te lo esperas.

Dejó el paseo y subió a su coche. «Por carretera hasta París, sin parar ni para mear», pensó metiendo primera. Desde que Elena y Bécquer se cruzasen en su camino, no había más que problemas. Serrano añoraba los tiempos en los que todo se solucionaba de manera más sencilla.

Luis Puente no dejaba de crearse enemigos, su actitud arrogante, su violencia injustificada y su tremenda adicción a todo tipo de sustancias comenzaban a generar un problema enorme en la organización.

—Está desatado, no hay quien lo controle —confesó Baltierra.

Serrano se puso en pie y se cerró el abrigo, hacía tiempo que

había recibido la orden de acabar con Puente y esa iba a ser la noche.

—Esto quedará resuelto hoy.

Baltierra sabía lo que significaba: por más que se hubiese prometido a sí mismo no derramar sangre, sabía que el policía podría arrasar con todo.

Puente, como casi todas las noches, fue el último en salir del local. Pasaban ya las cinco de la madrugada cuando, haciendo eses, se subió a su coche. Lo arrancó cuando logró acertar por fin con el agujero en el que introducir la llave y, con las luces puestas, inició la marcha. La carretera era particularmente angosta, la famosa Nacional I era conocida, entre otras cosas, por la cantidad de luces de colores que tenía en sus alrededores. Puente circulaba fumándose el enésimo cigarrillo sin dar cuenta del vehículo que acababa de incorporarse por detrás.

Continuó la marcha en dirección a Madrid; a lo lejos divisó el túnel de Somosierra. «Esta noche me he ido a tomar por culo», pensó. El coche que le seguía se puso entonces a su lado. «¿Este qué cojones quiere?», se dijo, y aumentó la velocidad.

—A mí no me adelantas, gilipollas.

Esto provocó que el conductor del otro coche pisase el acelerador. Puente apretó todavía más y miró a su izquierda; a pesar de la oscuridad, reconoció al conductor.

—¿Serrano?

El Gigante pegó un volantazo a la derecha, Puente reaccionó girando el suyo hacia el mismo lado. Centrado en el vehículo de Serrano, no vio el pilar del puente.

Los peritos confirmaron la brutalidad del accidente.

Atrás quedaba ya Irún, y Serrano se detuvo para echar gasolina y apretarse un cigarrillo; una vez más, su teléfono comenzó a sonar.

—Joder, menudo día de mierda —exclamó—, ¿y ahora qué pasa?

Escuchó lo que querían decirle y volvió a bajar todos los santos:

Diego Ortega acababa de despertarse del coma.

37
JE M'APPELLE BÉCQUER

A Bécquer París le gustaría mucho más si no fuese por un detalle: que está lleno de franceses; al menos así lo había declarado, medio en serio medio en broma, en más de una oportunidad, lo cual le había generado algún que otro enfrentamiento con los escasos franceses que tenía a su alrededor. Ahora la ocasión bien merecía una visita. Había decidido dedicar las horas de vuelo a tratar de meterse en la cabeza de Elena. «Qué estarás tramando —pensaba mientras repasaba sus notas—. Si yo fuera ella y estuviese armada hasta los dientes, ¿qué querría hacer?». Esa era la premisa principal, pero para llegar a una conclusión lo mejor era verbalizarlo claramente.

—Disculpe, señorita…, o señora, elija usted la fórmula. —Bécquer se dirigió a la sobrecargo.

—Señorita me parece bien —respondió sonriente aquel bellezón de no más de treinta años.

—Tengo una consulta que hacerle: ¿me acompañaría unos minutos? —La mujer se sentó justo en frente del cómico—. ¿Te puedo tutear? —le preguntó él, con esa cortesía capaz de abrirle cualquier puerta. Ella asintió—. Estoy escribiendo una película de acción; en ella, una bellísima agente de policía quiere vengar la muerte del amor de su vida y descubre que quien está detrás de todo es, ni más ni menos, que el embajador de Estados Unidos en

Francia. Si tú fueses esa policía y descubrieses que ese hombre fue el responsable de la muerte, ¿qué harías? —La mujer se quedó en silencio.

—¿Avisar a la policía? —respondió con timidez. Bécquer asintió.

—Es una posibilidad, pero entonces nuestra protagonista se nos cae de la película. Imagina por un momento que ni siquiera puedes confiar en tus compañeros: estás completamente sola. —El matiz introducido provocó que ella le dedicase unos segundos a la respuesta.

—Yo iría a por el embajador.

Bécquer sonrió.

—¡Por supuesto! —exclamó—. Si la protagonista es nuestra heroína de acción, lo suyo es que vaya directa a por él, ¡estoy de acuerdo!

Su exagerado entusiasmo obedecía a la confirmación de que cualquiera con dos dedos de frente llegaría a la misma conclusión: Elena iba directa a por su presa.

El avión aterrizó a eso de las tres; un cochazo negro esperaba a Bécquer a pie de pista. El chófer lo recibió de manera cortés y hablando un excelente español.

—¿Mucha prensa esperando? No sé cómo lo hacen, pero se enteran de todo.

—Nadie, señor. No hay ningún periodista.

Bécquer no se lo esperaba y sonrió de manera forzada antes de subirse al vehículo mientras mascullaba un rotundo «putos gabachos».

Ya rumbo al hotel De Crillon, Bécquer seguía valorando cuándo actuaría Elena. «Es capaz de colarse en la misma casa del embajador si le da la gana, pero no creo que esté tan desesperada. Piensa, Antonio, ¡piensa!». No dejaba de darle vueltas, tenía claro que si ella hacía algo, lo haría ya. «Solo hay una persona que me lo pueda resolver». Sacó el móvil y, en apenas tres tonos, Lucía contestó.

—Hombre, papá, me tengo que enterar por el jardinero que te

has ido del país. —Bécquer suspiró.

—Buenas tardes a ti también, hija mía. Me ha salido un compromiso y he tenido que irme volando… literalmente.

Lucía solía coger las explicaciones de su padre con pinzas; si algo había aprendido era que, o bien exageraba, o directamente se lo inventaba, pero esta vez sospechaba que se traía algo entre manos.

—¿Dónde estás exactamente?

Bécquer se sintió tentado de mentirle, pero tenía meridianamente claro y, sobre todo, en los últimos tiempos que, junto a Elena, su hija era la única persona del mundo en la que podía confiar.

—Temo que Elena haga un disparate y me he venido a París para evitarlo.

Lucía alucinó con las palabras de su padre.

—¿No habéis tenido suficiente con México? —preguntó.

Bécquer tragó saliva deseando que, bajo ningún concepto, aflorase el nombre de Baltierra.

—Precisamente por eso, las pesquisas dieron resultado y ella, para sorpresa de nadie, ha decidido ir por libre.

—¿Y tú vas detrás? ¿Otra vez?

Bécquer no pudo evitar sonrojarse.

—A ver, dicho así…

—Papá, cada vez que te metes ocurre algún desastre —dijo Lucía, cambiando el tono.

Él sonrió: la misma que lo había manipulado junto a Baltierra para que le reventase la operación a Elena ahora se hacía la sorprendida. «Sigamos el juego», pensó entonces.

—Tienes razón, pero es que temo que se ponga en peligro; sabemos quién está detrás de todo y me preocupa que vaya a por esa persona. Si tú fueses Elena, ¿lo harías?

—Si yo fuese la mitad de lo que es Elena, te aseguro que ya lo tendría a buen recaudo.

A Bécquer le encantaba la seguridad de su niña.

—Desarrolla —le pidió el orgulloso padre.

—Muy sencillo: me enteraría de dónde va a estar e iría a por él,

así de fácil.

Con esta última frase Bécquer tuvo más que suficiente.

—Hija mía, eres la mejor.

Terminó la llamada y ordenó a la IA de su teléfono: «Búscame la agenda del embajador de España en Francia». En menos de un minuto, Bécquer ya tenía plan para esa noche.

—Disculpe, señor —le dijo al chófer—. Debemos hacer una parada antes de llegar al hotel, necesito un esmoquin.

El hotel en el que se hospedaba le hacía pensar en Elena. «Estar aquí solo es un completo desperdicio». La reflexión del cómico, sentado en una terraza con la imponente torre Eiffel justo en frente era obligada. «La vista de la torre es excelente —pensó—, y eso que la llaman *suite* Atelier d'Artiste porque se alojan artistas y no *suite* Eiffel porque se ve la torre. Qué finos son los franceses…». Lanzar sus sarcásticas bromas al aire sin que nadie se las riese tampoco lo convertía en el tipo más feliz del planeta. Lo que sí agradecía era el plan que tenía esa noche. «Una vez más, me va a salir la broma por un pico», pensó mientras se guardaba un par de fajos de billetes en la solapa: todo sea por la investigación contra el cáncer.

Bécquer se ajustó la pajarita frente al espejo.

—Buah, qué guapo estoy, siempre había querido un esmoquin como este.

Sin duda, el artista iba a recibir elogios, aunque fuese de sí mismo. Salió del hotel realmente llamando la atención. Con el pelo sutilmente engominado, lucía una americana blanca con una maravillosa rosa roja en la solapa, pantalón negro, camisa blanca y pajarita: «Igualito que James Bond; ojalá pudiera entrar en la embajada en barca». Subió al coche y volvió a chequear el móvil: la confirmación había llegado hacía rato. Sabiendo que no podía levantar la liebre, había pedido a su «contacto para todo» que lo incluyese en la lista de invitados. El embajador había montado un casino en la embajada para que ricachones franceses y españoles se gastasen una cantidad indecente de dinero creyéndose que así ayudaban a alguien más que a sí mismos. Lo mejor era que su

reserva estaba a su nombre de pila: «Así me gusta, sin que nadie se entere».

El trayecto fue corto; frente a la embajada, una alfombra roja recibía a los invitados, a izquierda y derecha varias decenas de fotógrafos inmortalizaban al famoseo patrio que iba llegando a cuentagotas. Cuando le llegó el turno, ocurrió lo que tenía que ocurrir:

—¡Es Bécquer! —exclamó una voz femenina cuando el cómico bajó del coche. Todos los reporteros y fotógrafos presentes se giraron hacia él.

«Perfecto, no hay mejor garantía de seguridad que conseguir que se me vea bien», pensó, y con la mano derecha empezó a saludar a todo el mundo y a desplegar encanto por doquier: besó una mejilla, estrechó un par de manos, posó para la prensa, e incluso hizo declaraciones a un par de agencias, algo inusual en él: la ocasión lo merecía.

—¿Qué le trae por aquí? —le preguntó un reportero con un exagerado acento parisino.

—He venido a pasar unos días de descanso; además, tengo muchas ganas de conocer al embajador. —Ya había soltado la bomba, ahora tocaba ver hasta dónde iba a llegar el impacto.

La embajada española era un imponente palacete del siglo XIX de seis alturas en pleno centro. La entrada principal era una verja de unos cinco metros de alto con una pequeña garita de seguridad; una vez cruzada, los visitantes caminaban unos veinte metros hasta llegar a una entrada acristalada que, a la izquierda, los comunicaba con las instalaciones principales. En su interior, además de oficinas, se encontraba la residencia del embajador en las últimas dos plantas. Esa noche, los salones principales, famosos por la colección de tapices originales, así como diferentes cuadros cedidos por el Museo del Prado de manera temporal, albergaban un divertido casino al que diferentes personalidades acudían a perder dinero como quien se aparta una pelusa del hombro.

Elena Izaguirre observaba el gentío desde la azotea del edificio

colindante; completamente vestida de negro, calculaba con precisión cuál sería el momento perfecto para saltar hacia su objetivo. Los dos últimos pisos tenían el clásico abuhardillado francés en mansarda: eso permitía que, amparada por la oscuridad de la noche, no tuviera problemas para acceder al edificio. Con unos prismáticos, había comprobado la ausencia de personal en la azotea. «Hoy no viene nadie relevante, el nivel de seguridad será medio-bajo». Cargó el dispositivo con el que iba a lanzar la cuerda y en apenas unos segundos aterrizaba en el tejado. «Ha sido sencillo», pensó. Desplazándose tumbada, logró acercase a uno de los laterales; ahora venía la parte más complicada: dejarse caer hasta una de las ventanas y confiar en poder abrirla desde fuera.

El salón principal lucía como en las grandes ocasiones: un ejército de camareros y camareras paseaba con bandejas llenas de copas de champán. «Este debe de ser bueno», pensó Bécquer agarrando una, la primera de varias. Caminaba observando a su alrededor cómo los asistentes se divertían: habían montado mesas de ruleta, alguna partida de póker y una flamante mesa de *blackjack* que parecía llevar su nombre escrito a fuego.

Por más que oteaba el horizonte, no identificaba al embajador. «¿No ha venido todavía?», se preguntó.

—Señor Bécquer —escuchó a su espalda—, qué sorpresa tan agradable.

Se giró y sonrió de manera instantánea.

—¡Querido mío! —exclamó con sincera alegría—. El único francés que me interesa.

Delante de Bécquer, y con los brazos abiertos, se encontraba el divertidísimo Jean Reno, siempre con ese español con acento gaditano y una broma a punto.

—¿Qué haces tú aquí? —le preguntó el afamado actor.

—Creo que el embajador lidera una trama criminal y he venido a evitar que mi novia lo asesine.

Reno se quedó en silencio, Bécquer le sostuvo la mirada hasta que por fin explotó en una histérica carcajada. El abrazo que recibió

el cómico fue de esos que convalidan una sesión de osteopatía. Apretándose una segunda copa de champán, Bécquer escuchaba divertido las historias que Jean le contaba. De súbito, una llamada al silencio los interrumpió: acababa de hacer su entrada el embajador Acebedo.

Se le veía mayor, la vida contemplativa no le estaba devolviendo en ningún caso la juventud. Desde lo alto de la escalera se arrancó con unas palabras que, a pesar de los esfuerzos por alambicar, dejaban claro que no era más que un zote venido arriba.

—… de manera que les pido que beban y jueguen, ¡la vida misma!

Ante tamaña estupidez, Bécquer se revolvió: «Jugar y beber…, ¿a costa de quién?». Sus pensamientos los cortó de raíz una sonora palmada en la espalda de Jean Reno.

—¡Vamos a jugar a la ruleta!

—Vamos, vamos —respondió Bécquer; a fin de cuentas, la noche acababa de empezar.

Elena se deslizó con suavidad hasta la ventana y trató en vano de abrirla. «Estaba claro que no iba a ser tan fácil», pensó. Metió la mano en una pequeña riñonera atada a su cintura. «Si Bécquer estuviese aquí, fliparía con esto». Pegó una ventosa al cristal y trazó un círculo: como si de mantequilla se tratase, en un tiempo récord había obtenido un círculo perfecto a través del cual introdujo la mano y abrió la ventana: «Para dentro». Entró en una habitación, concretamente, el dormitorio principal: una enorme cama de matrimonio con dosel coronada por un cabecero de forja presidía un espacio sobrecargado de decoración; al fondo apreció la puerta. «Debo llegar a su despacho».

Bécquer estaba de Jean Reno hasta las narices. «Qué pesado es», pensaba mientras le reía el enésimo chiste de mariquitas.

—Este lo tienes que meter en un espectáculo tuyo, triunfas seguro.

—Lo meto, lo meto —dijo sonriendo, mientras Reno asentía satisfecho.

Bécquer oteó por encima de su hombro y localizó al embajador sentándose en la mesa de *blackjack*. «Siempre he querido jugar a eso», pensó. Dejó atrás a Jean Reno con un nuevo chiste a medio contar.

El crupier era llamativamente español, de unos cuarenta años, y se le veía feliz de poder hablar en su idioma materno.

—¿Me puedo sentar? —preguntó Bécquer.

—Por supuesto, señor —respondió él con diligencia.

El cómico ocupó una de las dos sillas que estaban libres: eran cinco los jugadores en ese momento para un máximo de siete. El embajador Acebedo notó enseguida la inquisidora mirada de Bécquer. La noche, sin duda, prometía, y Acebedo se quedó helado al ver con quién iba a jugar.

—Señor Bécquer, sea bienvenido, no nos habían avisado de su visita.

El embajador se puso de pie y le tendió la mano. Bécquer aceptó el gesto y, apretándola con fuerza, respondió:

—Me gusta sorprender.

Acebedo recibió con sorna el comentario y ocupó su sitio.

Que Bécquer se sentase a jugar fue tan llamativo que al instante una multitud de curiosos rodeó la mesa. Al ver que aquello comenzaba a ponerse intenso, dos jugadores optaron por levantarse, quedando solo el embajador, Bécquer y una señora que no dejaba de fumar.

—Entonces la cosa está en quedarse lo más cerca posible de veintiuno, ¿es así?

Bécquer era especialista en hacerse el tonto, y, si bien le había funcionado en anteriores ocasiones, en esta habría de esperar para saber el resultado.

El crupier repartió las primeras dos cartas a cada jugador, las del cómico sumaban nueve, el embajador arrancó con un flamante dieciocho y la señora siguió fumando. La banca, sin embargo, tenía

mejores cartas todavía. La primera apuesta de Bécquer hizo que se pasase.

—Vaya, no tiene pinta de que vaya a ser mi noche —reflexionó en voz alta—. En cambio, usted, embajador, ¿se considera un hombre afortunado?

El salón guardó silencio esperando la respuesta.

—Podría decirse que sí —respondió Acebedo con arrogancia.

—Entiendo —dijo Bécquer—, un hombre que pasa de comisario de policía a embajador…, sin duda, es afortunado.

Acebedo comenzó a sentirse incómodo; Bécquer, por el contrario, disfrutada de la partida. Tuvieron que pasar varias manos más hasta que la candidata al cáncer de pulmón optó por retirarse.

—Quedamos usted y yo —dijo Bécquer.

Alguien pretendió incorporarse a la partida.

—Me animo a jugar.

—No es momento, Jean, que tengo una idea estupenda. —Bécquer le negó al actor la posibilidad de unirse; tal era lo violento de la situación que el cómico se puso de pie e hizo un anuncio.

—Señoras y señores, reclamo su atención por un instante. —El silencio se apoderó de la sala, hasta el punto de que hasta los camareros se detuvieron—. Van ustedes a asistir a un evento histórico: el señor embajador y yo hemos decidido que la lucha contra el cáncer merece todos nuestros esfuerzos, ¿no es cierto, embajador? —Acebedo, que empezó a sentir un enorme calor, respondió afirmativamente con una sonrisa que no presagiaba nada bueno—. Es por eso que la siguiente mano será a todo o nada. —Bécquer metió la mano en el bolsillo de la chaqueta y extrajo dos enormes fajos de billetes—. Cien mil euros contantes y sonantes. ¿Acepta el reto? —El embajador comenzó a palparse con gracia la chaqueta, dejando ver que no tenía tal cantidad de dinero—. No se preocupe, todos sabemos que es usted un hombre de palabra. Si gano, confío en que hará el donativo sin duda alguna. ¿Qué me dice?

La gente comenzó a aplaudir y a animar al embajador. Bécquer

había conseguido comprometerlo. Acebedo se levantó y dijo:

—¡Por supuesto, todo sea por ayudar en la lucha contra el cáncer!

Recibió entonces una enorme ovación. Bécquer satisfecho y sonriente añadió:

—A jugar.

Dejó los dos fajos sobre la mesa y el crupier repartió juego. Las dos primeras cartas dejaban a Bécquer muy alejado del objetivo.

—Un tres y un dos, me queda un largo camino —reflexionó el cómico.

Acebedo había tenido mejor suerte: con un siete y un seis sumaba un estupendo trece para arrancar que provocaba que Bécquer tuviese que arriesgarse mucho; la banca, por su parte, comenzó la partida con un doble cinco.

A Elena Izaguirre no le costó apenas esfuerzo llegar al despacho del embajador. Con una pequeña linterna de mano comenzó a registrar la documentación en busca de cualquier cosa que le pudiese resultar útil. Uno a uno abrió los cajones del escritorio sin encontrar nada relevante. Decepcionada, se sentó en la silla del escritorio y al girarla hacia la pared, pensó: «Veamos qué hay en la caja». Como no podía ser de otra manera, el embajador tenía una caja de caudales detrás de uno de los cuadros de la pared. «No va a ser fácil de abrir, de estas cosas solía encargarse Diego». Elena recordó entonces las lecciones de su compañero: «Es cuestión de cariño, solo tienes que escuchar aquello que la cerradura te dice: busca el clic suave, muy despacio». Comenzó a girar las ruedas buscando precisamente ese pequeño matiz sonoro. El primero llegó rápido, al igual que el segundo; el tercero le costó más y el cuarto… El cuarto no acababa de llegar.

Bécquer recibió una carta que le hizo llegar a trece; no se amilanó y pido otra: por segunda vez recibía un cinco, sumando dieciocho. Era el momento de que Acebedo decidiese qué hacer.

—Carta —exclamó.

Cuando recibió un siete, la sala rompió a aplaudir: ese veinte lo

iba a convertir en ganador, sobre todo, después de que el crupier, queriendo ser protagonista, se pasase de veintiuno.

—Lo tiene usted difícil, señor Bécquer —le vaciló el embajador—. Se lo digo porque yo me voy a plantar.

—¿Se planta? Fíjese que yo pensaba que era usted más ambicioso, no sé, tantos años de partidas de cartas con Serrano, Baltierra, Puente, Castillo…, ¿o es que siempre lo dejaban ganar?

Esa sucesión de nombres, delante de todos los invitados, provocó que a Acebedo le inundara la ira.

—La verdad es que nunca he sido yo de jugar a las cartas.

—¿Seguro?, ¿y al parchís?, ¿al pilla pilla?… Quizá sea más de jugar a polis y cacos; mi pregunta es: ¿poli o caco? —Los espectadores le reían las gracias, todos menos los tres hombres de seguridad del embajador, que, con una mirada del jefe, lo habían rodeado—. Señor embajador, yo, por el contrario, sí me la voy a jugar, ¿y sabe por quién? Por Antonio Izaguirre.

El crupier volteó la carta que Bécquer había pedido: un rojo tres de diamantes aterrizó sobre el tapete para gloria del cómico y explosión de júbilo de los allí presentes. Sentía las enormes manos de Jean Reno apretándole los hombros; a pesar de ello, se puso de pie y, recogiendo el dinero, gritó:

—El señor embajador dona de su bolsillo cien mil euros para la lucha contra el cáncer, un fuerte aplauso.

La caja fuerte terminó por abrirse. «Muy bien, Elena», se dijo felicitándose. Extrajo el contenido: un par de cajas con relojes y alguna joya, una memoria USB y un teléfono móvil, además de varias carpetas con documentación. De la riñonera sacó una pequeña *tablet* donde volcó en menos de un minuto el contenido de la memoria y fotografió cada uno de los documentos. «Ya tendré tiempo de revisarlos». Continuó pasando hojas hasta que una imagen la detuvo: «¿Papá?». A Elena comenzaron a temblarle las manos. Era la ficha de su padre, con una nota manuscrita que decía: «Supone un problema, sabe demasiado, comprar o eliminar». Elena completó el volcado de la memoria, lo recogió todo y lo metió de

nuevo en la caja; todo menos la pequeña fotografía de carnet de su padre: la separó del documento y se la metió en el bolsillo. «Esto se acaba aquí», se dijo mientras enroscaba un silenciador a su pistola y se escondía detrás de una de las cortinas.

Acebedo se levantó y estrechó con violencia la mano de Bécquer.

—Buena partida —le vaciló el cómico.

—Sin duda —respondió el embajador—. ¿Le apetece que tomemos una copa más tranquilos?

—Creo que no va a aceptar un no por respuesta —contestó al verse rodeados por los hombres de seguridad.

Con ellos de escolta, subieron la escalera principal sin mediar palabra.

—¿A dónde vamos? —preguntó el cómico.

—Al despacho del embajador —respondió uno de los gorilas.

Acebedo se adelantó para invitarlo a pasar a su despacho, encendió la luz y se dirigió a un pequeño mueble bar.

—¿Le gusta el *whisky*? —le preguntó mientras se servía un lingotazo.

—Si es bueno sí —respondió Bécquer.

—Entonces este le gustará. —El embajador le tendió un vaso.

—¿Me puede decir qué hago aquí?

El embajador no se anduvo con rodeos.

—Eso mismo me pregunto yo y me gustaría que me lo dijese.

Elena se asustó cuando vio que la luz del despacho se encendía; disimuladamente, se asomó tras la enorme cortina confiando en ver quién entraba. Su deseo era tener delante al embajador y lo acababa de cumplir, pero tras él reconoció a una persona más que conocida: «¿Bécquer?». «No puede ser». Era consciente de que él no se iba a quedar de brazos cruzados. Imaginó que podría llegar a deducir que ella iría a París, pero ¿esto? Sin duda, su chico nunca dejaría de sorprenderla.

Bécquer se quedó en silencio y miró a los gorilas que vigilaban la

puerta. Acebedo, en un gesto de enorme soberbia, pidió que esperasen fuera.

—No creo que el señor Bécquer venga con malas intenciones. Y bien, ¿qué hace usted aquí? Insisto.

Él decidió entonces jugársela.

—Vengo a comprobar hasta qué punto es usted un hijo de la gran puta. Tengo dudas sobre si de verdad manda o solo es un peón de mierda.

El tono que había decidido adoptar hizo que Elena casi se cayese al suelo. Acebedo aceptó el envite.

—Menudas palabras más feas salen de su boca.

—No merece menos, son muchos años trapicheando con droga, comprando jueces, políticos y llevándose por delante la vida de inocentes. Creo que no me dejo nada.

—Me parece que está usted equivocado —le replicó sonriendo.

—Vas a pagar por todo lo que hiciste, y sobre todo vas a pagar por Antonio Izaguirre —soltó el cómico, dejando las cortesías a un lado.

El embajador se sirvió otra copa.

—No sé de quién me habla. —Bécquer dio un paso adelante y se encaró con él—. Tenga cuidado, señor Bécquer, que aquí en Francia usted no es nadie y yo lo soy todo.

El cómico no se achantó un solo centímetro.

—¿Serrano mató a Izaguirre por orden tuya?

—¡García! —exclamó el embajador; dos de sus hombres entraron en el despacho—. El señor Bécquer regresa ya a su hotel, encárguense de que a primera hora vuele a Madrid.

Elena vio cómo era sacado a rastras del despacho gritando: «¡Lo vas a pagar!». Apretó la culata de la pistola con fuerza, levantó el brazo y apuntó a la espalda del embajador. Acebedo acabó su *whisky* y dejó el vaso; ella, temblorosa, se debatía entre abrir o no fuego. Justo en ese instante, le vino su padre a la mente: «Así no, Elena». Bajó el arma y vio cómo Acebedo abandonaba el despacho.

No había sido capaz, pero con Bécquer en París, ya tenía el

compañero que, por primera vez, reconocía que necesitaba para llevar a cabo la operación. Salió del edificio por la misma ruta que había utilizado para entrar, se deslizó por la pared trasera y se dirigió a la esquina. Llegó a tiempo de ver cómo sacaban a Bécquer. Entre las sombras, cruzó la calle.

El cómico entró en el coche a trompicones.

—No me toquéis la chaqueta, idiotas.

Se sentó y pidió al chófer que arrancase, estaba tan alterado que no notó la presencia a su lado.

—¿Una mala noche?

—¿Elena?

La inspectora se lanzó a sus brazos y lo besó con ternura; cuando sus labios se separaron, confesó.

—Así que hijo de puta y peón de mierda: te habrás quedado a gusto.

38
TAN ENAMORADOS

Como dos amantes ajenos a todo lo que los rodeaba, Elena y Bécquer pasaron la noche. Llevaban demasiado tiempo deseando abrazarse como para no aprovechar cada minuto que París les regalaba.

—Últimamente solo hacemos el amor en países extranjeros.

La broma fue recibida por Elena con una sonrisa.

—Pues a eso le vamos a poner remedio en cuanto pisemos Madrid. —Y, desnuda, se abalanzó de nuevo sobre Bécquer.

—Menos mal que tenemos el mismo huso horario que en España.

El último de los invitados a la fiesta en la embajada fue casi expulsado de allí, el embajador ya no estaba para muchas celebraciones: su despacho había sido asaltado.

—¡Sois una panda de inútiles! —les gritaba a sus hombres. La ventana de su dormitorio presentaba un perfecto agujero circular en el cristal.

—Creemos que han entrado por aquí —dijo uno de los miembros de seguridad.

—Eres un tipo listo —replicó con sorna el embajador.

Acebedo estaba nervioso como nunca lo había estado. La visita de Bécquer le había dejado con una sensación de agobio gigantesca,

la impunidad con la que el cómico se movía y sus insinuaciones, que dejaban claro que sabía demasiado, ya eran bastante quebradero de cabeza como para añadirle el allanamiento del despacho.

—¿Echa algo en falta? —preguntó nervioso el mismo espabilado.

El embajador se dirigió a la caja fuerte, con premura la abrió y revisó lo que había dentro.

—Aparentemente no.

Extrajo el contenido y lo comprobó al detalle. Una ausencia lo detuvo.

—Bécquer.

La chulería del cómico al apostar en la última carta le vino a la memoria y el nombre que pronunció: Antonio Izaguirre. Al expediente del policía le faltaba la foto de carnet.

—Siempre llevan foto —afirmó.

Apoyada sobre el pecho de Bécquer Elena pidió permiso:

—¿Si te hago una pregunta no te enfadas?

Bécquer dudó qué responder.

—Mujer, es que ya la premisa es un poco tramposa.

—¿Pero te enfadas o no te enfadas?

—No me enfado.

Elena se incorporó y, sentada frente él, preguntó:

—¿Qué pretendías anoche? No entiendo lo de ir a la fiesta para repartir insultos y amenazas.

Bécquer aceptó de buen grado la pregunta.

—A ver, lo primero que debo decirte es que mejor insultos y amenazas que un tiro en la cabeza, que es a lo que ibas tú.

Elena se sonrojó y asintió.

—Eso es verdad. Pero bueno, ahora que he recuperado, gracias a ti, mi placa y mi arma…

Bécquer sonrió divertido y continuó:

—Y en segundo lugar… Con toda la documentación que dejó Baltierra, podemos empapelar al embajador si consigo que confiese.

Bécquer se puso entonces de pie y se acercó a la americana del esmoquin, que descansaba en el suelo como resultado de una noche realmente apasionada. La cogió y quitó la rosa que adornaba la solapa. Se la lanzó a Elena y le pidió que mirara dentro.

—¿Un micrófono? —exclamó, sorprendida.

—Última tecnología, micrófono y cámara; lo malo es que no picó. En la entrada retiraban los teléfonos móviles y te hacían pasar por un inhibidor; con esto, y habiendo dejado mi teléfono en el hotel, no sospecharían. En la documentación de Baltierra aparece un diplomático citado, pero solo una incial. Si conseguía que reconociese algo, el resto sería coser y cantar.

Elena no pudo evitar sentirse orgullosa.

—Casi lo consigues.

—La verdad es que estaba a punto, hubo un momento en la partida en que te juro que creía tenerlo, pero ya no sé si volveré a tener la oportunidad.

Mientras Bécquer terminaba de hablar, Elena se puso la americana blanca y hurgó en su bolso.

—Quizá esto te ayude: mira. —Bécquer se puso a su lado, ella tenía en la mano una *tablet* mini—. Abrí la caja fuerte de Acebedo, tenía muchos papeles, la mayoría no nos sirven para nada, pero copié una memoria USB. Fíjate qué es.

Bécquer observaba con atención.

—Parecen documentos de pago.

Elena sonrió.

—Son exactamente eso. ¿Recuerdas los números de cuenta que encontramos en casa de Castillo? Estos tienen el mismo código Swift… ¿Sabes por qué?

—Porque ambos son fans de Taylor. —Elena puso los ojos en blanco—. Es un buen chiste, además, ¿te he contado que la conocí en Nueva York? Estaba preparando una gala del humor hispano en el Madison Square Garden y ella… —Se calló ante la inquisidora mirada de Elena—. Vaaale —se recondujo—: porque ambos reciben pagos desde el mismo origen.

Elena asintió satisfecha.

—Ya lo tenemos, Bécquer. Con esto en buenas manos se cae la organización entera.

—Pero sabrán que te lo has llevado —razonó, un tanto receloso.

—Imposible. ¿Sabrán que entré?, sin duda, pero no sospecharán que abrí la caja porque quedó perfectamente cerrada y solo copié la memoria y fotografié documentos. ¿Una ducha para celebrarlo?

Bécquer cogió a Elena en brazos y se metieron en el cuarto de baño. Tal era la alegría que ella olvidó por un instante que entre sus cosas descansaba la pequeña fotografía de su padre.

París es una ciudad maravillosa. Ahora que todo encaraba su final, Bécquer no podía estar más satisfecho. Dejó a Elena preparando las cosas para regresar y decidió salir unos minutos para sorprenderla con unas delicias para el vuelo de vuelta. El avión privado los esperaba en menos de tres horas.

Caminó apenas ocho minutos desde el hotel hasta una de sus *boulangeries* favoritas: Ladurée. Se le hacía la boca agua solo del olor que desprendía hacia la calle. Entró saludando en un horroroso francés y pidió la producción completa: media docena de cruasanes de mantequilla, otra media docena de *pain au chocolat*, una caja de sus famosos *macarons* y su favorito entre los favoritos: el *croc'noisette*, una combinación de chocolate, *gianduia* y praliné de avellana. «Qué ganas tengo de coger el avión», pensó mientras abonaba la cuenta. Le fascinaba tanto ese clásico establecimiento parisino que le dio exactamente igual que el hotel tuviese su propia confitería. Uno de los cruasanes, lamentablemente, no llegó a la habitación: pellizco a pellizco se fue quedando por el camino.

Bécquer cogió el ascensor y subió a la *suite*; al llegar comprobó extrañado que la puerta estaba entreabierta, dejó la bolsa sobre el aparador y la llamó.

—¿Elena?

No hubo respuesta. Entonces vio los jarrones por el suelo, un

espejo roto y el desorden clásico de cuando un huracán entra por la ventana. «¿Qué ha pasado aquí?».

Serrano había llegado a la embajada por orden directa de Acebedo.

—No te voy a preguntar qué tal tu viaje porque me importa menos que una mierda. —Acebedo tenía una manera muy particular de dar los buenos días—. Anoche vino aquí Bécquer para joderme vivo, ¡Bécquer! Y no contento con eso, hemos descubierto que, además, alguien entró en mi despacho y abrió la caja fuerte: ¿tienes idea de quién pudo ser?

—Elena Izaguirre… ¿Se ha llevado algo?

—Se lo habrá llevado todo, pero como es una niña de papá, ha dejado rastro. La contabilidad tienes que recuperarla como sea. Coge a los hombres que necesites, se hospedan en el De Crillon, hemos comprobado que tienen un vuelo privado a Madrid en unas horas. No quiero que lo cojan, ¿entendido?

Serrano había asentido y había abandonado el despacho. Cuando salió de la embajada, lo acompañaban dos furgonetas y siete hombres armados.

Dio igual que el hotel fuera cinco estrellas superior: Serrano y sus acompañantes se habían identificado con sus placas de la embajada. Elena acababa de vestirse cuando escuchó cómo la puerta de la habitación se abría.

—Espero que de verdad sean los mejores cruasanes de París.

Entró en el salón de la *suite* secándose el pelo cuando vio que tres hombres estaban plantados frente a ella.

—Os voy a dar la oportunidad de que os vayáis de aquí.

Elena dio un paso adelante y los tres hombres la rodearon. El primer ataque lo repelió enganchando el brazo de su atacante con la toalla; delante de ella, el segundo recibió una patada en la cara que lo estrelló contra el espejo del aparador; el tercero logró golpearla en el estómago. De rodillas, defendió desde el suelo otro intento del primero de los hombres, que parecía haber recuperado el aliento. El

segundo la agarró por el cuello desde atrás: el cabezazo de Elena le partió la nariz por tres sitios. Se puso entonces en pie y caminó hacia el primero: el intercambio de golpes fue tan brutal que terminó por resultar patético. Cuando aquel matón cayó de rodillas, Elena se ahorró el último puñetazo.

Había cogido con prisa la riñonera dejando todo lo demás. «Bécquer —pensó—. Menos mal que no estaba aquí». Rebuscó entre las cosas del artista. «Perfecto, se ha llevado la cartera y el teléfono, nos vamos». Había salido de la *suite* como alma que lleva el diablo, y, rápidamente, se metió en el ascensor. Lucía varios rasguños en la cara, un matrimonio mayor la miraba con cara de susto.

—Una noche loca —les dijo cuando por fin llegaron a la planta baja.

«La pastelería está hacia la derecha —pensó—, debo encontrar a Bécquer». Solo quería reunirse con el cómico y confirmar que estaba bien. Cruzó la calle con tanta decisión que no vio la furgoneta que se abalanzaba sobre ella. El impacto no fue demoledor, pero sí lo bastante fuerte para que rodara varios metros. Los transeúntes que hicieron ademán de ayudarla no tuvieron tiempo: dos hombres se bajaron rápidamente del vehículo, la cogieron y la metieron en la parte de atrás.

—La llevamos al hospital, ha sido un accidente, no se preocupen.

La voz de Serrano fue lo último que Elena había escuchado antes de perder el conocimiento.

Bécquer bajó desesperado a recepción.

—¿Han visto salir a mi acompañante?

La respuesta negativa era la que el cómico temía escuchar. «Tienen que haber sido ellos». Notaba cómo le subía la tensión. «Ahora no, ahora no». Palpó los bolsillos de la chaqueta y sacó un pequeño pastillero, deshizo bajo la lengua la medicación y trató de controlar la respiración. «Ha sido Acebedo, estoy seguro». De nuevo salió a la calle y, sin saber muy bien a dónde dirigirse, miró a su alrededor. «Piensa, Antonio, piensa: si se la han llevado, no pueden haber salido por la puerta principal, el personal del hotel lo sabría».

Se giró hacia el botones de la puerta.

—Amigo, ¿has visto salir a una chica morena, bien guapa, española?… —El botones asintió con la cabeza—. ¿Hacia dónde ha ido?

Como Bécquer no hablaba francés y el botones no hablaba español, lo único que consiguió fue que señalara en dirección a la pastelería. «Es un avance», pensó. Recorrió entonces los mismos pasos que ya había dado cuando una conversación entre dos señoras en una terraza lo detuvo.

—Perdonen, señoras ¿hablan español? —Una de ellas respondió afirmativamente—. ¿Han visto a esta muchacha? —Bécquer enseñó una foto de Elena en su móvil.

—Sí, justo lo estábamos comentando: lo siento mucho, guapo, pero la ha pillado un coche, nada grave, se la han llevado al hospital.

Bécquer les agradeció la información y se quedó pensando de nuevo mientras miraba hacia todos lados. «Tiene que haberlo visto alguien más». Su mirada se detuvo en un ultramarinos pakistaní que había al otro lado de la calle. «Vamos a ver si hay suerte».

Entró y se dirigió al mostrador.

—Perdone, señor, ¿habla español? —El muchacho negó con la cabeza—. Espere un momento.

Bécquer abandonó el establecimiento y regresó al cabo de unos minutos con la señora que hablaba español colgada del brazo.

—Ya verás cómo ahora sí nos entendemos.

Comenzó entonces a contarle lo que acababa de suceder, que habían atropellado a su novia y que por favor le dejase ver las grabaciones de la cámara de seguridad de la puerta. La primera reacción del pakistaní fue rechazar amablemente la propuesta.

—No problemas, yo no problemas.

Bécquer no tenía tiempo que perder.

—¿Con esto se te quitan? —Dejó sobre el mostrador dos billetes de quinientos euros, y en menos de un minuto estaba revisando las grabaciones.

—Dale hacia delante…, bingo: ahí está Elena.

Se le partió el alma cuando vio cómo recibía el golpe.

—Para ahí, ¿puedes aumentarlo? —Le hizo una foto al monitor con el móvil y anotó el número de la matrícula—. Espera, aumenta un poco. —Con el vídeo en pausa, vio la cara del desgraciado de Serrano—. De esta no te escapas.

En cuanto se despidió de la señora dejando otros mil euros de agradecimiento, Bécquer hizo una llamada.

—Tenemos que hablar…, han secuestrado a Elena…, no tenemos mucho tiempo… No, no podemos confiar en nadie, lo tenemos que resolver nosotros… Ve al aeropuerto, hay un vuelo a París dentro de setenta y cinco minutos… Recibirás el billete en tu teléfono y toda la información que necesites. Te veo en un par de horas.

39
LO QUE SE ATA, SE DESATA

El techo estaba lleno de desconchones y manchas de humedad, el olor no mejoraba para nada la apariencia. Elena abrió los ojos despacio, aturdida, con un enorme dolor en el hombro izquierdo.

—Si tienes la sensación de que te ha atropellado un autobús, te equivocas: ha sido una furgoneta. —Giró su cabeza hacia la izquierda en dirección a la voz que acababa de hablar—. Solo tienes una contusión, aguanta un poco mientras te coloco una vía: si te mueves, te dolerá más.

Con una pasmosa tranquilidad, un hombre de unos cuarenta años, completamente vestido de negro, traspasó la piel del brazo de Elena con una aguja.

—¿Qué haces?

—Forma parte del proceso, en un rato te dormirás, me has cogido de buen humor y no quiero que sufras cuando te vacíe por completo.

Elena sintió esa última frase como una bofetada. «¿Que me vacíe? —pensó—. ¿De qué habla?».

Bécquer recogió personalmente a su invitado en el aeropuerto. Ataviado con una gorra y una mascarilla quirúrgica otra vez, esperaba con una pizarra con el nombre escrito. «Quien me vea…»,

pensaba cuando lo vio aparecer por la puerta de llegadas. Cruzó los dedos: esperaba haber acertado con su decisión.

—Creo que me espera a mí —dijo.

—Sí, pero no te flipes, la maletita te la llevas tú. —Bécquer se descubrió discretamente la cara y sus miradas se cruzaron—. Ven, que tengo el coche aparcado en minusválidos… Tienen las mejores plazas.

Sin reírle la gracia, Leo Cantos caminó detrás de Bécquer, ambos tenían un conflicto pendiente de superar, si no lograban ser amigos, por lo menos tenían que congelar la hostilidad hasta dar con Elena.

Cantos dejó su maletín en el asiento de atrás. Desde el volante, Bécquer preguntó:

—¿Cómo te dio tiempo a hacer la maleta? —Leo sonrió.

—Cuando me llamaste, estaba en casa, pero no te preocupes, que ahí no llevo precisamente ropa.

El cómico arrancó y se incorporó al laberinto de carriles que circunvalaba el aeropuerto Charles de Gaulle.

—¿Qué has podido averiguar? —le preguntó Bécquer. Leo le hizo entonces un gesto para que guardase silencio mientras llamaba por teléfono—. Te lo digo porque cada minuto cuenta… —Cantos volvió a pedirle con un gesto que se callase—. Ya me estoy cansando del dedito, te digo que… —Leo Cantos pegó entonces un grito.

—¡Qué te esperes!

—Ahora entiendo por qué Elena te mandó al carallo… —soltó antes de callarse.

En un perfecto francés, Leo mantuvo una conversación de más de cinco minutos, algo que puso a prueba la paciencia de Bécquer hasta límites desconocidos. Cuando colgó, no pudo aguantar más.

—¿Me vas a decir algo ya o te lo tengo que rogar?

Cantos paladeó el ruego de Bécquer antes de hablar.

—Lo primero que te tengo que decir es que has hecho un buen trabajo consiguiendo las imágenes. —Bécquer asintió aceptando el cumplido—. La furgoneta pertenece a la embajada, es un vehículo de la flota del embajador: este ha sido el primer error.

Bécquer sonrió satisfecho.

—Cojonudo, con eso los tenemos.

Leo negó con la cabeza.

—Con eso, lo único que tenemos es un atropello no mortal, pueden decir que fue un accidente y que, efectivamente, la llevaron al hospital y que blablabá… No nos interesa.

Bécquer comenzó a impacientarse.

—¿Entonces?

—He pedido un par de favores a varios amigos de la Interpol y tenemos premio: cuando puedas para el coche, tengo que enseñarte algo.

Bécquer obedeció y se paró en el arcén de la autovía.

—No voy a esperar a encontrar una gasolinera.

Elena empezó a sentir miedo cuando comprobó que estaba atada en la camilla de pies y manos.

—Deja de moverte, que no lo vas a conseguir.

La frialdad y la calma con la que aquel loco le hablaba le helaba la sangre. El hombre se acercó despacio.

—Mira, esto que te he puesto solo es suero, ahora te voy a poner un analgésico que te alivie la contusión del hombro.

Elena decidió actuar de otra manera.

—Gracias —respondió—, me llamo Elena Izaguirre. —El hombre se rio.

—Ya sé quién eres y me da igual, entiendo que quieras humanizarte a ver si así creas un vínculo conmigo y me haces dudar: ya te adelanto que no va a funcionar. No eres la primera ni la última que lo intenta.

Elena entendió entonces que era un profesional.

—¿Quién eres?

—No soy nadie, a veces me hacen encargos como este; no es sencillo hacer desaparecer a alguien, hoy en día se ha puesto complicado; en cambio, cuando lo hago yo, todo es diferente.

Elena se atrevió a preguntar.

—¿Por qué?

La respuesta volvió a provocarle un enorme escalofrío.

—Porque quemo lo que queda del cuerpo y vacío las cenizas, pero claro, primero extraigo hígado, pulmones, riñones y corazón… Lo mío es el negocio, aprovecho lo que puedo.

Elena se dio cuenta de que acababa de caer en manos de un psicópata. Miró a su alrededor buscando un hilo de esperanza al que agarrarse. Repasó la habitación despacio: no era más que una especie de almacén abandonado.

—Si estás pensando en gritar, mira. —El hombre empezó a gritar como un animal herido—. ¿Has visto?, no vale la pena el esfuerzo.

Elena sintió desazón al instante, no tuvo tiempo de responder cuando escuchó el sonido de una puerta que se abría seguida de pasos: alguien se acercaba. En la pared de su derecha vio proyectarse una enorme sombra: Serrano acababa de sumarse a la celebración.

Los coches pasaban pitando al lado del de Bécquer a gran velocidad, Leo Cantos cogió entonces su teléfono y comenzó a explicarle lo que acababa de recibir.

—Como te dije, el coche pertenece a la flota de la embajada, no acabo de entender la torpeza al utilizar ese vehículo, la verdad. —A Cantos no le faltaba razón.

—Los malos a veces tienen prisa y no piensan bien las cosas, eso, o son tan chulos que les ha dado igual.

Cantos se inclinaba por una mezcla de las dos.

—Lo mejor es que tienen una baliza GPS; lo peor es que, al pertenecer a la embajada, tienen inmunidad y son irrastreables hasta para la policía.

Bécquer amagó con frustrarse hasta que se dio cuenta de que estaba hablando con un cretino presumido que haría lo que fuese por quedar por encima de él. Tan claro lo tenía que se adelantó.

—Pero tú tienes un amigo superimportante que ha *hackeado* el sistema y te ha facilitado la dirección exacta a donde ha ido esa furgoneta, ¿a que sí? —Cantos asintió, decepcionado—. Buen trabajo, chaval.

Cantos se recompuso de la decepción y le enseñó el recorrido.

—Han cruzado París entero, se han dirigido a un polígono al norte, concretamente a una zona llamada Pantin; ahí han dado la vuelta, sospecho que después de dejar a Elena.

Bécquer miró a Leo y le soltó un sonoro:

—Buen trabajo, sí señor. Elena, vamos a por ti.

Serrano rodeó la camilla y se colocó justo detrás de Elena.

—Déjame que te vea la cara, hijo de puta —soltó ella cuando notó su presencia. Serrano sonrió.

—Siempre has tenido la valentía que le faltaba a tu padre. —Elena pegó un tirón de cada una de las correas capaces de hacer temblar la camilla entera—. No te sulfures —continuó Serrano—, mejor relájate, que te queda un rato. El embajador lo único que me ha pedido es que te meta un tiro en la cabeza y te hunda en el Sena, pero, gracias a mi amigo aquí presente, vas a desaparecer y, además, voy a ganar un buen dinero contigo. —Elena seguía tratando de alcanzarlo de manera estéril. En uno de los secos tirones notó que el agarre de la muñeca derecha flojeaba—. Ahora viene una parte divertida: ¿has oído hablar del pentotal sódico? Combinado con otros barbitúricos, en pequeñas dosis, sirve para que digas la verdad. —Ella trató de resistirse—. Aquí mi primo no me deja torturarte porque se conoce que el estrés puede afectar a los órganos, así que vamos a jugar con esto.

Elena vio cómo inyectaban un líquido transparente en la vía; al poco rato iba a cantar *La traviata*.

El velocímetro del coche de Bécquer marcaba ciento setenta

kilómetros por hora.

—Nos vamos a matar —exclamó Leo.

—Que va, este coche es increíble, vamos a llegar en nada. —El cómico volvió a pisar el acelerador—. El embajador está metido hasta el cuello en esto, todo el rato fue él, en España llegó a ser el número uno de la organización.

Bécquer le explicó a Leo lo que habían conseguido hasta el momento.

—¿Y las pruebas?, te lo digo porque siempre parece que lo sabéis todo y no lográis probar nada.

Bécquer sonrió.

—Lo tenemos todo, Baltierra lo dejó preparado: los intercambios de dinero, los nombres de los jueces que les daban facilidades, los policías y los pagos que recibían… Todo.

Cantos alucinaba.

—¿Y pruebas contra el embajador?

—Buah, otro cabrón con pintas. Baltierra no tenía nada definitivo; de hecho, vine a conseguir una confesión, pero me salió regular… Pero Elena se coló en su despacho y tiene un *pendrive* con todo lo que lo incrimina.

Leo hizo un gesto de victoria apretando el puño.

—¿Y dónde está ese *pendrive*?

—Lo tiene Elena…

La primera pregunta fue fácil de contestar.

—¿Cuál es tu nombre? —le preguntó Serrano.

—Elena Laura.

—Vamos con algo más íntimo: ¿cuándo fue la última vez que mantuviste relaciones sexuales?

—Esta mañana.

—Si es que París es mucho París. —Serrano sonrió—. Vamos ya con lo serio: ¿te llevaste algo de la caja fuerte del embajador? —Elena asintió—. ¿El qué?

Una lágrima resbaló entonces por la mejilla de la policía.

—Una foto de mi padre. —Serrano lo sabía.

—Tu padre, ¿te acuerdas mucho de él? —Ella volvió a asentir—. Yo lo recuerdo vagamente… Recuerdo que hacía frío, eso sí. Puente me dijo que tenía un compañero que había metido demasiado las narices, ¿ese era tu padre? —Elena volvió a asentir tratando de contener el llanto; Serrano continuó su relato, paladeando cada una de las palabras que pronunciaba perfectamente consciente del daño que le estaba infligiendo—. ¿Querías mucho a tu padre? —insistió, con toda la maldad posible.

—Mucho, lo quería mucho.

Serrano se colocó delante de Elena.

—¿Me ves ahora? ¿Querías esto? ¿Verme la cara? —Ella volvió a asentir—. Pues mírala bien, porque va a ser lo último que recuerdes. Yo maté al mierda de tu padre, ¿creías que iba a dejar que lo jodiese todo? Era tan digno y tan estupendo que no quiso unirse a nosotros; si lo hubiese hecho, ahora no estaríamos aquí, pero claro, él era mucho mejor que todos los demás. Encontró en la taquilla de Puente el cuaderno donde llevábamos la contabilidad y el muy idiota lo tenía encima. —Elena se revolvía por dentro—. Por eso lo citamos en aquel callejón: Puente creía que lo podría convencer, pero yo sabía que no, así que lo arreglé. —Se interrumpió para sacar un objeto del bolsillo—. ¿Ves esta navaja?, con ella maté a tu padre. —El grito de dolor de Elena hizo que hasta el hombre ataviado de negro se estremeciese—. Ahora llega la última pregunta: ¿te llevaste información del embajador? —Elena no pudo evitar contestar afirmativamente—. ¿Dónde está? —Ella señaló con la mirada la riñonera que descansaba en el suelo. Serrano se agachó a cogerla con dificultad, vació el contenido sobre una pequeña mesa y cogió una memoria USB—. ¿Es esto? —Cuando Elena contestó que sí, él se acercó de nuevo, la besó en la frente y le susurró al oído—. Relájate, que en un ratito volverás a estar con papá.

Cuando Serrano se hubo marchado, el hombre de negro se acercó.

—Siento mucho lo de tu padre; la verdad, menuda situación; pero, bueno, entiende que uno no deja de ser profesional por estas cosas. —Por un momento le dio la espalda para preparar los utensilios—. Verás que será rápido, ya tengo preparadas las neveras: te anestesio y, a partir de ahí, ya estarás a otra cosa, no te preocupes que no te vas a enterar; de verdad, relájate, que bastante disgusto te has llevado. —Mientras preparaba sus cosas, no se percató de que Elena había logrado separar el tomillo que sujetaba la muñequera derecha a la camilla—. Ahora voy inyectarte la anestesia.

El terrible cirujano no llegó a terminar la frase: Elena le propinó un primer golpe seco en la nariz. Sorprendido y algo desorientado, tampoco fue capaz de evitar que rodease su cuello con el brazo y apretara con toda su alma, como si se tratase de Serrano. En apenas un par de minutos aquel loco dejó de luchar. Elena terminó de desatar las correas y comprobó el pulso del hombre.

—Está vivo. —Cogió las correas y lo maniató a uno de los pilares de la estancia—. Por ahora te quedas aquí.

Recogía sus cosas cuando de nuevo la puerta de entrada la sobresaltó. «Serrano», pensó sin dudar. Nerviosa, se acercó a la mesa donde descansaban los bisturís y cogió uno. Se escondió entre las sombras, esperando a que entrase, y cuando la sombra de un hombre cruzó la puerta, golpeó con fuerza su espalda con el codo, e hizo que cayese de rodillas. Lo agarró del pelo, tirando de su cabeza hacia arriba, y con la otra mano le puso la punta del bisturí en el cuello.

—Quién eres.

—Elena por Dios, soy Leo.

Ella lo soltó, sorprendida.

—¿Leo? ¿Qué haces aquí?

—Pues buscarte —respondió, aturdido.

—Unos te buscan, otros en cambio te encontramos.

Esa voz… Elena miró entonces a un lado y allí estaba: Bécquer.

—Sabía que vendrías —le confesó.

—Es lo que tenemos las estrellas, que nunca fallamos a las fans.

40
VOGUE

París es una ciudad que como turista te abraza, tanto cine y tanta imaginería romántica la han convertido en el destino perfecto para una pareja de enamorados. En el caso de Elena y Bécquer todavía no habían podido disfrutar ni siquiera de un pequeño paseo por la orilla del Sena, y esa tendencia no parecía que fuese a cambiar en las horas siguientes.

—Tienes que ir a un hospital —dijo Leo desde el asiento de atrás del coche que conducía Bécquer. Elena negó con la cabeza.

—No es necesario, solo necesito una ducha.

El cómico sonrió y aprovechó la oportunidad para meterle a Leo un dedo en el ojo.

—Al llegar al hotel, yo te ayudo a ducharte, que con ese hombro… —Paladeó la cara que puso el exnovio cuando después cogió la mano de Elena y añadió—: Sabes que siempre voy a estar a tu lado.

El resto del trayecto transcurrió en silencio. Cantos se había encargado de que una unidad de la Interpol llevase a cabo la guardia y custodia del «cirujano».

—Nos dan cuarenta y ocho horas; en ese tiempo tendrán que procesarlo, y creedme cuando os digo que algo así será noticia.

Elena entendió y agradeció lo que había conseguido.

—A ti también te doy las gracias, pero debo decirte que no me

fío un pelo del ministro: sus iniciales están por todas partes, no tengo dudas de que está metido hasta el cuello.

La reacción de Leo no se hizo esperar.

—Lo sé: uno de los motivos por los que estoy aquí es precisamente el empeño que tiene en acabar con vosotros.

Bécquer intervino en la conversación.

—¿Conmigo también?, ¡pero si jugamos juntos a las cartas!

Tanto Leo como Elena ignoraron la broma del cómico.

—Eso es algo que resolveremos a la vuelta, ahora necesitamos recuperar las pruebas que se ha llevado Serrano.

Elena se quedó pensativa unos segundos: que Leo pusiese todo su empeño en las pruebas que incriminaban al embajador, para ella era señal más que suficiente de que lo que Baltierra había dejado en su casa no llegaba.

Bécquer aparcó el coche en la misma puerta del hotel.

—Este se lo llevan ahora, se lo alquilé al propio hotel —dijo entregándole la llave al botones de la puerta.

Leo entró al *hall* perplejo por el lujo que lo rodeaba.

—¿No lo conocías? —le preguntó Bécquer con toda la mala baba.

—No seas cretino —le susurró Elena. El cómico bajó la cabeza, sentía un poco de vergüenza al verse compitiendo por la atención de la inspectora sin rubor alguno.

—¿Queréis café? —preguntó el artista—. La *pâtisserie* del hotel es una locura.

Elena negó con la cabeza.

—Yo necesito descansar, aún no sabemos qué vamos a hacer ahora.

El cómico sacó a relucir la mejor de sus sonrisas.

—No lo sabes tú: tómate un buen café con leche con un cruasán y te cuento el planazo que tenemos esta noche.

Los tres entraron en la *pâtisserie* y ocuparon una pequeña mesa de mármol. Bécquer, como era habitual en él cuando se trataba de dulces, ordenó como para una primera comunión, y mientras se atiborraba sin pudor, les expuso su idea.

—Si lo que queremos es cazar al embajador, lo mejor es sorprenderlo. —Leo Cantos puso los ojos en blanco; el cómico decidió obviar el gesto—. Tenemos una ventaja grande, bueno, dos en realidad. En primer lugar, te da por muerta, y esa es una carta que hay que utilizar.

Leo había colocado un algodón impregnado en alcohol en la nariz del cirujano.

—Despiértate ya, bello durmiente.

Con dificultad, aquel psicópata había recobrado el conocimiento.

—¿Qué ha pasado?

—Que una chica te ha dado una buena manta de hostias —le había contestado Bécquer. Leo Cantos lo agarró del pelo.

—Respóndeme a una pregunta y con suerte no sales de aquí con los pies por delante: ¿cuándo tenías que terminar este trabajito?

Toda la calma que aquel hombre había demostrado con Elena atada a la camilla se había desvanecido.

—Tengo que avisar a Serrano cuando esté muerta, el resto les da igual.

Elena había acercado entonces un teléfono móvil que había sobre una de las mesitas auxiliares.

—¿Lo ibas a llamar desde aquí? —El hombre había contestado afirmativamente—. Pues venga, al lío.

Leo Cantos le puso el teléfono en la mano y una pistola en la cabeza.

—No hace falta que te explique qué te va a ocurrir si te pasas de listo. —La amenaza fue más que convincente.

—Trabajo realizado —dijo cuando descolgaron la llamada. Serrano, al otro lado de la línea, decidió entrar en un bar a ver si era cierto que el vino francés era tan estupendo.

—Con esto acabamos de ganar mucho tiempo.

Leo tenía razón. Elena, completamente de acuerdo, se había quejado entonces de la herida del brazo.

—¿Qué te han inyectado? —le había preguntado Bécquer.

—No quieras saberlo.

El cirujano intervino.

—Suero de la verdad, pero ha sido poco; en media hora dejará de hacer efecto.

Bécquer había dado un respingo al escucharlo.

—¿Suero de la verdad? Pero ¿eso existe?

—Bécquer, cálmate —le había dicho Elena sonriendo.

El cómico había dado entonces un par de pasos hacia ella, y se había arrancado con una serie de preguntas:

—Vale, yo me calmo, pero dime: ¿alguna vez vendrás a vivir conmigo?

Elena lo había mirado, divertida.

—No quiero contestar a eso.

Bécquer se había acercado todavía más.

—Elena, ¿tú me quieres?

Entonces había sido Elena quien había acortado más aún la distancia.

—Para eso no necesito suero: te quiero más que a mí.

Leo Cantos se había dado la vuelta para dirigirse a la salida a concretar la acción con la Interpol; una cosa era escuchar a los dos tortolitos y otra ver la pasión con la que habían comenzado a besarse.

Elena miraba a Bécquer sorprendida de su capacidad para engullir dulces y no explotar.

—Soy de metabolismo rápido —respondió él sin que nadie le preguntase—. Hay que aprovechar que no os esperan a ninguno de los dos: Elena, si logras quedarte a solas con el embajador, estoy seguro de que cometerá un error.

A Leo el plan le parecía de todo menos útil.

—¿Qué clase de error? —preguntó.

—Intentará matarte.

A Leo se lo llevaban los demonios.

—Menuda idea, no voy a permitir que la pongas en peligro.

Tal bravuconada encendió de nuevo a Bécquer.

—Pero ¿quién te crees que eres? Elena es perfectamente capaz de enfrentarse al embajador y a diez como él, te digo más…

Ella se interpuso entre los dos gallitos.

—¡Basta! —gritó—. Dejad ya de comportaros como gallos de corral.

El silencio se hizo en la *pâtisserie*.

—Bécquer, explícame al detalle qué quieres hacer.

Él se disculpó y se arrancó entusiasmado.

—El embajador acude esta noche a un desfile de moda en el Louvre, es ¡la semana de la moda de París! Y entre los diseñadores presenta colección Domingo Gilberto, ¿no os parece increíble? —Leo y Elena se miraron, el entusiasmo de Bécquer contrastaba con el silencio de ambos—. En fin…, un importante diseñador español que por primera vez desfila entre los grandes. Vamos allí, creamos una distracción, nos llevamos al embajador y hacemos que confiese. Coser y cantar.

Leo no hacía otra cosa que negar con la cabeza.

—Es un disparate.

Elena, en cambio, miró a Bécquer y conectó enseguida: ambos supieron que la noche prometía.

Habían pasado ya varias horas desde que volviesen al hotel; Leo, a regañadientes, terminó aceptando que Bécquer dispusiese una habitación para él, lo que le costaba aceptar era que un botones le acababa de subir un traje, una camisa y unos zapatos.

—Se lo envía el señor Bécquer junto con esta nota.

Leo abrió el sobre y leyó para sí:

Querido Leo:

Siéntete Cenicienta por un rato, ponte esta ropa, ya que esta noche te toca proteger a una de las estrellas más grandes del firmamento.

Con amor,

Bécquer

—Debo reconocer que no sé cómo lo haces. —Elena se miraba en el espejo admirada por el maravilloso vestido verde esmeralda que el cómico le había preparado.

—Contigo es fácil, conozco cada centímetro de tu piel. —Ella no pudo evitar sonrojarse—. Lo único que me da rabia es que tengas que ponerte también esto. —Le dio una caja.

—¿Una peluca? No sabía que te iban las pelirrojas. —Ahora fue él quien se sonrojó.

—Bueno, es para la misión y que no te reconozcan, ya veremos si después le damos más uso.

La pareja cruzó el vestíbulo del hotel de la mano, Leo los esperaba vestido de «hombre de negro», nada que ver con el espectacular traje de tres piezas color vino que lucía Bécquer.

—¿Zapatos dorados? ¿En serio? —le preguntó Elena al ver el *outfit*.

—Déjese llevar, Izaguirre.

Al verlos aparecer, Leo entendió que era difícil competir.

—Parece que yo seré el discreto esta noche —dijo con cierto pesar.

—Y te falta un detalle —añadió Bécquer, dándole un auricular y unas gafas de sol—: dos artículos que no le pueden faltar a un buen guardaespaldas.

—¿Guardaespaldas? —Leo protestó. Elena intentó echarle un cable a Bécquer.

—Entrarás como seguridad nuestra; una vez dentro, nos

dispersamos.

—Tenemos que entrar con discreción —solicitó, escamado. Su deseo fue interrumpido por el enorme rugido de un Lamborghini Diablo amarillo. Bécquer cogió las llaves que le daba el botones.

—Discreción no es una palabra que vayamos a utilizar esta noche; Elena, ven, que te doy una vuelta. —Leo suspiró.

—El coche tiene dos plazas.

Bécquer le sonrió.

—Porque mi seguridad tiene que estar allí cuando lleguemos: mira, ese es tu taxi; cuando estés en posición para abrirnos la puerta, avisa y llegamos. ¡Va a ser una gran noche!

Bécquer rodeó el flamante vehículo, y, antes de subirse, se dirigió a Elena.

—Falta el detallito final: grábame. —Le pasó el móvil y ella le hizo una señal para que empezara—. ¿Habéis visto lo guapo que estoy? Tranquilos, no lo he hecho solo por vosotros. Esta noche quiero apoyar a la moda española ni más ni menos que en París: no vemos en un rato en el Louvre.

—¿Y esto? —le preguntó Elena, extrañada.

Bécquer le respondió ya dentro del coche.

—Es un seguro: envíalo a mi oficina y que lo suban a Instagram, quiero que el embajador sepa que voy. Que se ponga nervioso.

A Elena se le escapó una picara sonrisa: en cuanto le diera a enviar, sabía que sus diez millones de seguidores iban a convertir a Bécquer en el centro de la conversación.

El museo se había engalanado como en pocas ocasiones. Sobre la Pirámide se proyectaban imágenes de la historia de la alta costura capaces de embobar a cualquier espectador. Una larga cola de personas esperaba su tumo para acceder al museo en la plaza de Napoleón y las conversaciones se vieron interrumpidas por el rugido del Lamborghini justo antes de detenerse.

—Ahí viene Leo —anunció Elena.

La pareja bajó del coche y una nube de *flashes* les dio la bienvenida.

—Me encanta esta sensación —musitó Bécquer y notó que Elena apretaba su mano—. Ahora espérame con Leo en la puerta, no quiero que te reconozcan.

Elena, escoltada por Cantos, siguió las órdenes del cómico y esperaron a que este terminase de recibir elogios y de atender a la prensa.

—¿Cómo lo hace? Entra en todas partes, la ropa, los coches… —preguntó Leo.

Elena se acercó a él y le reveló un secreto.

—Es rico, famoso y tiene amigos influyentes; si a eso le añades que le cae bien a todo el mundo…, pues ahí tienes el secreto.

—¿Y eso es lo que te ha gustado de él? Qué fácil cuando se es una estrellita.

—¿Eso crees? —Elena se ofendió—. Te voy a dejar una cosa bien clarita: Bécquer no es una «estrellita», es una estrella porque tiene un talento artístico descomunal, y yo estoy enamorada de él porque detrás de la estrella hay un hombre dulce, leal y cariñoso.

—Yo también lo soy —farfulló Leo entre dientes.

Elena pasó al ataque.

—La gran diferencia entre Bécquer y tú es que él siempre ha respetado lo que soy y lo que quiero.

Las palabras de Elena lo disgustaron, aunque sabía que tenía razón.

—Te fuiste, Elena, solo porque no creía que obsesionarte con tu padre te trajese nada bueno. Lo único que quería era protegerte y me dejaste, y no volví a verte ni a hablarte. ¡No me merecía eso!

Ella sabía que no debía dejarse nada dentro; desde que se fue de casa de Leo no había querido volver a hablar con él.

—Tú no me querías, solo te importaban tu carrera y convertirme en algo que no soy; Bécquer, en cambio, me ha ayudado desde el primer momento, poniéndose en peligro sin dudarlo. Cuando te pedí ayuda, me dijiste que estaba loca y que lo dejara estar.

Leo Cantos bajó la cabeza.

—Yo te quería, Elena, y todavía te quiero.

Ella le tomó la mano.

—Y yo te quise mucho también, pero necesitaba saber la verdad sobre mi padre. Ahora ya está, perdóname por haberme ido así y no haberte dado la oportunidad de que lo hablásemos.

Leo miró a Elena como cuando estaban enamorados.

—¿De verdad estás tan enamorada de Bécquer?

Elena notó que se ruborizaba.

—Como una adolescente.

—Quien lo iba a decir —dijo Leo sonriendo— de la militar mejor preparada y más aguerrida del Ejército español.

El ambiente dentro del museo era de noche gigantesca, la Galerie Daru abrazaba a los invitados con pasión, Bécquer brindaba con champán rodeado de celebridades de las que provocan desmayos: la lista de invitados era escandalosa, desde el presidente de la república hasta jugadores de la NBA; nadie quería perdérselo. «Esto va a ser divertido», pensó el cómico cuando una voz por megafonía pidió a los asistentes que ocupasen sus asientos; a lo lejos distinguió la espigada figura del embajador Acebedo. «Lo han puesto en la segunda fila, perfecto».

Bécquer ocupó su asiento; delante de él, la directora de *Vogue* Ana Wintour con sus eternas gafas de sol estaba escoltada por una de las Kardashian, a la que Bécquer no lograba poner nombre, y la siempre bellísima Catherine Deneuve. «No falta nadie —pensó Bécquer—, y estando el presidente… como me pase de listo, me pegan un tiro…, y jamás podría perdonarme morir a manos de un francés».

El primero de los desfiles duró apenas quince minutos. Bécquer cogió el móvil y le escribió a Elena. «En el siguiente la voy a montar: ¿has localizado al embajador?». Ella tardó unos segundos en responder: «Lo tengo delante, no me ha reconocido. Lleva dos

escoltas». El cómico levantó entonces la vista y la divisó detrás del embajador. «Estás guapísima», escribió. Elena le devolvió un emoji de un corazón. El siguiente mensaje que entró en el grupo era de Leo: «¿Nos centramos?». Bécquer contestó con un escueto «ok», y añadió: «Tienes que hacerle a Elena la cobertura, los dos escoltas del embajador son cosa tuya. Preparaos, que se viene una noche de las que contaréis a vuestros nietos».

Las luces se atenuaron para el siguiente desfile, bajo la imponente *Victoria de Samotracia*. Rotando sobre sí mismo, y entre una niebla de color rosa, emergió un piano de cola rojo de unos ocho metros. Bécquer se puso nervioso. «¿En serio? ¿Es el Million Dollar Piano?… No me digas que va a cantar…». Se quedó en *shock* cuando sonaron los primeros acordes de *Your Song*. «Chicos, Elton John, ¡es Elton John!», escribió en el grupo. Elena no prestó atención a su emoción y escribió: «Pues mejor: si revientas ahora el desfile, será el caos». Bécquer habría preferido esperar, pero la ocasión merecía un buen numerito.

El cómico se levantó de su asiento y comenzó a caminar hacia el piano. «No me puedo creer lo que voy a hacer». Los miembros de seguridad del evento comenzaron a comunicarse entre ellos: a pesar de no haberse metido aún en la pasarela, aquel hombre caminando junto a ella llamaba la atención. Cuando llegó al escenario, Bécquer se subió y vio a la izquierda un pie con un micrófono. «Perfecto», pensó. Lo cogió y se arrancó a cantar ni más ni menos que con el mito más grande de la historia del *rock and roll*.

No llegó a terminar ni dos versos: tal y como comenzó a cantar, sir Elton John dejó de tocar. El silencio fue tan grande que Bécquer soltó su frase.

—Es necesaria una moda sostenible: ¡No a los abrigos de pieles!

En la *pâtisserie*, a Leo había una parte del plan que no terminaba de encajarle.

—Vamos a ver: no voy a poder separar a la escolta del

embajador de su lado, eso es imposible.

Bécquer había sonreído con una soberbia escandalosa.

—No te preocupes, joven *padawan*, tengo un movimiento perfecto. Cuando comience el desfile central, me voy a subir a la pasarela.

Leo le había devuelto la risa sarcástica.

—No vas a durar ni cinco segundos.

—Esa es la idea, solo necesito cinco segundos: en ese tiempo haré una reivindicación tan fantástica que toda la seguridad vendrá a por mí. Esa será tu excusa.

—¿Y en qué vas a hablar para que te entiendan si no sabes francés? —había dicho Elena, a punto de echarse las manos a la cabeza.

Bécquer le había dado un mordisco a uno de los deliciosos pasteles y con la boca llena les había aclarado:

—Voy a hablar en perroflautés, que es más impactante.

La reivindicación de Bécquer levantó una tremenda escandalera; ya en formación, un montón de hombres trajeados caminaban hacia el cómico.

—Y a usted, señor presidente, debería caérsele la cara de vergüenza al permitir la matanza de los visones.

Mientras Bécquer hacía tiempo antes de que lo detuviesen, Leo sacó de la formación a los dos escoltas del embajador.

—Chicos, algo pasa con la seguridad —dijo Leo blandiendo su placa—: nos han dado orden de ir al escenario.

Aquellos dos idiotas aceptaron de buen grado lo que dijo: «Al final tiene razón Bécquer: si vas seguro, se lo tragan todo». Leo cruzó la mirada con Elena: era su momento. Sacó de debajo del vestido la pequeña pistola pegada a su pierna y con gran satisfacción encañonó al embajador en los riñones. Mientras tanto, Bécquer corría por la pasarela escapando de los miembros de seguridad que trataban de detenerlo; a su espalda escuchaba los

gritos de sir Elton llamándole de todo. «Espero que algún día me perdone», pensó el cómico mientras llegaba la traca final. «Que no me disparen por Dios, que no me disparen». Sacó del bolsillo una jeringuilla llena de pintura roja y se la arrojó a la Kardashian sobre su flamante abrigo de pieles blancas.

—Los osos polares no son para hacer abrigos.

Fue entonces cuando recibió un placaje tan fuerte que para él la noche pareció terminar.

Elena y el embajador abandonaron la sala aprovechando el caos provocado por Bécquer.

—No sabes lo que estás haciendo —protestó Acebedo, amenazante—. Soy el embajador, no vas a salir de aquí.

Ella lo empujó contra la puerta de la Rotonde Daru, la sala contigua a la galería principal.

—¿No sabes quién soy? —Se quitó entonces la peluca y el embajador enmudeció—. Parece que hubieras visto un fantasma.

—Señorita Izaguirre, tiene usted que dejar de molestarme: primero se cuela y roba en mi despacho y ahora esto; va a pasar mucho tiempo en la cárcel. Debería dejar de acosar a un hombre inocente, no sé qué demonios tiene en la cabeza ni que historias se imagina; hágame caso, baje el arma. Quizá podamos ayudarla.

A Elena las estupideces de Acebedo le hervían la sangre.

—Vas a pagar por lo que le hicisteis a mi padre.

El embajador continuó con el teatro.

—No sé de qué me habla.

Elena comenzaba a sentir la frustración enorme de ver cómo aquel hombre se sentía por encima del bien y del mal.

—¡Vais a pagar por todo!

Acebedo dio un paso adelante.

—No, no vamos a pagar por nada.

En ese momento, Elena sintió que una mano la agarraba por el cuello y otra, sin ninguna dificultad, le arrebataba el arma. Una vez desarmada, las dos manos pasaron a rodear su garganta y la levantaron más de un palmo del suelo. Acebedo se acercó y delante

de ella comenzó a confesar.

—Estoy harto de ti, ya deberías de estar muerta. ¿Notas cómo te empieza a faltar el aire? Serrano tiene mucha fuerza, no eres más que un pelele en sus manos, te va a partir el cuello en cuanto se lo ordene, así te reúnes con tu padre. Porque sí, Elena, matamos a tu padre; de hecho, tuve que hacer memoria para saber de quién cojones se trataba, han sido muchos años como para acordarme de un mierda como Antonio Izaguirre. —Ella trataba de mantenerse consciente—. Me vuelvo adentro, me encargaré de que Bécquer no salga de aquí después del numerito que acaba de montar; todo el mundo ha visto que está loco, me preocupa que se suicide esta noche en la cárcel… Sería terrible, ¿verdad?

El embajador abrió la puerta por la que Elena y él habían entrado dejándola en manos de su asesino.

—Te voy a matar despacio —le susurró Serrano—. Primero tu padre y ahora tú: a lo mejor le hago una visita a tu madre para que estéis los tres juntitos.

La fanfarronada de Serrano, lejos de aplacarla, le infundió tal rabia que empezó a luchar por su vida.

—No patalees —le dijo de nuevo al oído.

Elena recordó entonces el momento en que Serrano confesó ser el asesino de su padre unas horas antes. «La navaja», pensó. Con dificultad, logró meter la mano en el bolsillo de la chaqueta del Gigante, y, lo mismo que Antonio en el callejón maldito, Serrano no se dio cuenta de que lo habían apuñalado hasta que fue demasiado tarde.

El gigantesco cuerpo sin vida de aquel animal yacía rodeado de obras de arte. Elena, arrodillada a su lado, recuperaba poco a poco la respiración.

—¡Elena! —gritó Leo Cantos en cuanto entró en la sala—, ¿qué ha pasado?

Ella se puso en pie con dificultad.

—No contamos con Serrano, ese ha sido nuestro error. Ya da igual, los tenemos. ¿Bécquer?

—Ha montado un numerito impresionante, lo tienen retenido; ven conmigo.

Elena recogió la peluca del suelo y se la volvió a poner.

—¿Y el embajador? —le preguntó.

—Tranquila, no soy Bécquer, pero también tengo mis recursos.

Leo Cantos llevaba un rato de trayecto en el taxi con cara de pocos amigos. «Su guardaespaldas, es de traca el tipo este». En lo que seguía protestando su teléfono había sonado por fin.

—Buenas noches, ¿está todo preparado?… Escuchad con atención: quiero a todos los hombres en posición… Eso es… Cuando Bécquer comience la maniobra de distracción, vuestro objetivo será protegerlo, lo detenéis y os lo lleváis… No sé cuándo será, pero conociéndolo como lo conozco os daréis cuenta sin problema… ¿La seguridad del presidente está prevenida?… Perfecto, Elena y yo nos encargaremos del embajador, necesito que dejéis paso libre a la Rotonde Daru, no quiero ahí a nadie, ¿entendido?… Perfecto. Nos vemos pronto.

Cantos había colgado la llamada satisfecho: «Quizá el siguiente paso en mi carrera sea dirigir la Interpol».

Bécquer estaba esposado a una silla y por primera vez algo preocupado.

—Siento mucho el numerito —dijo sin obtener respuesta por parte de su interlocutor, el gendarme que lo custodiaba—. ¿Cree que podrían avisar a sir Elton? Me gustaría disculparme.

De nuevo obtuvo silencio por respuesta. Al poco, dos caras conocidas entraron en la sala.

—En menudo lío te has metido —le dijo Elena.

—¿No te ha gustado?

Leo Cantos dio orden de que le quitasen las esposas.

—Parece que te vas a librar. —Bécquer asintió satisfecho.

—Ya te dije que mis planes no fallan, soy irreductible. Deberías agradecérmelo.

Elena tomó la palabra.

—Y tú a él.

Bécquer miró a su chica contrariado.

—¿Yo? ¿Por qué?

«Necesito hablar contigo sobre el plan de Bécquer». Elena había recibido el wasap de Leo y se había encerrado en el baño de la *suite*. Marcó su número.

—¿No te gusta el plan? —le había preguntado.

—No soy tan fan como tú, pero reconozco que puede funcionar, aunque no será suficiente con nosotros tres: no le digas nada a Bécquer, voy a involucrar a la Interpol; vamos a hacerlos caer a todos y para eso necesitamos ayuda.

Cuando le retiraron las esposas, Bécquer se acarició las muñecas de la manera más exagerada posible. Se acercó a Elena y vio las marcas de su cuello. Acariciándoselo con ternura, preguntó.

—¿Ha sido el embajador? —Elena negó con la cabeza.

—Serrano.

Bécquer no se contuvo.

—¡Vamos a buscarlo!

Elena lo sujetó del brazo.

—Tranquilo, se ha acabado para siempre.

Bécquer respiró aliviado.

—¿Y el embajador?

—A eso te voy a responder yo… —Leo Cantos se regodeó en su respuesta—: está bajo custodia, lleva bastante rato hablando de inmunidad diplomática, pero esta vez no le va a servir: mira y disfruta.

Leo le tendió su teléfono: en la pantalla, un primer plano del

embajador amenazando a Elena y confesando sus crímenes.

—Te dije que esa rosa quedaba increíble en tu nuevo vestido… Elena, ¡lo hemos conseguido!

41
PARIS, JE T'AIME

La prensa y la televisión española se frotaban las manos ante el ciclo informativo que acababa de abrirse; lo que al principio parecía simplemente una excentricidad más de Bécquer se acababa de convertir en una cuestión de Estado: el mismísimo presidente de la República Francesa había celebrado en sus redes sociales el hecho de haber colaborado con la justicia española para poner fin a una red de corrupción que incluía narcotráfico, asesinatos e incluso tráfico de órganos.

—Nos vamos a tener que quedar aquí unos días más —anunció Bécquer desde la terraza.

—¿Y eso? —respondió Elena mientras lo abrazaba por la espalda.

—Parece que voy a recibir la Legión de Honor, la máxima distinción de Francia, ¿has visto?

Elena abrió los ojos de par en par.

—¿En serio?

—Sí, lo acaba de decir en sus redes el mismísimo presidente… Si es que al final los franceses puede que también sean personas.

Elena rio a carcajadas.

—No me creo que los odies tanto, con lo que te gusta su repostería.

Bécquer asintió con la cabeza.

—En eso son estupendos, las cosas como son —respondió

mientras subía el volumen de su iPad—. Mira esto. —En pantalla la última hora rezaba: «Detenido el embajador de España en Francia acusado de liderar durante más de tres décadas una trama de corrupción».

El periodista Vicente Vallés exponía delante de la enorme pantalla del informativo el operativo que había liderado el agente de la Interpol Leonardo Cantos, quien, con la inestimable colaboración de la célebre inspectora Izaguirre y el no menos célebre artista Bécquer, había expuesto una trama por la que ya habían sido detenidos medio centenar de policías, el ministro del Interior, el susodicho embajador, y se había generado tal crisis de Gobierno que sonaban tambores de elecciones generales. Todo aquello a Bécquer le resultaba irrelevante tras cierta mención.

—¿Liderado por Leo? ¿En serio?, estos me van a oír.

Elena retiró el iPad de sus manos.

—No te pases de egocéntrico, han dicho que no eres menos célebre que yo, no está nada mal.

Bécquer sonrió ante la ocurrencia.

—Hoy no me quiero enfadar, que tenemos planes: ¿nos vamos?

Elena cogió la mano de Bécquer y ambos salieron de la *suite* rumbo al Sena.

La luna brillaba completamente llena rociando con su luz uno de los ríos más famosos del planeta; por fin la pareja de enamorados podía disfrutar de la Ciudad de la Luz. A bordo de uno de sus famosos *bateau mouche*, se deleitaban con una maravillosa cena.

—No hacía falta que cerrases el restaurante solo para nosotros.

—A estas alturas parece que no me conoces —protestó Bécquer —, va a ser una noche de sorpresas: mira…, ahí viene la primera. — Una música suave de violín comenzó a sonar—. Muy mal se me tiene que dar la noche para no triunfar —afirmó.

Elena se acercó a su oreja; lo que le dijo provocó que el cómico se sonrojase como nunca.

—Señora inspectora, por favor, está usted hablando con un hombre decente.

Elena ocupó de nuevo su asiento mientras se reía.

—¿En serio hay muchas sorpresas? —Bécquer le devolvió la sonrisa.

—Hay cositas, pero una en concreto es la que más ilusión me hace. Hace un par de días recibí una noticia que, dadas las circunstancias, me he guardado en el bolsillo hasta que pasase la tormenta, y creo que ahora es el momento.

El artista sacó el móvil e inició una videollamada, se levantó y colocó su silla al lado de la de Elena.

—Mi amor, hay alguien que te quiere saludar.

Elena se emocionó cuando, absolutamente sorprendida, vio a Diego en la pantalla.

—¿Diego? Pero… Diego. —Bécquer también se emocionó.

—Parad, que si lloráis, lloro yo también —dijo Ortega. Elena tomó la mano de Bécquer con fuerza.

—¿Cuándo…? Eeh… —La inspectora Izaguirre no atinaba a encontrar palabras.

—Hace unos días; ahora empiezo la recuperación, pero me han dicho los doctores que he tenido suerte. Me cuesta un poco mover el brazo y la pierna izquierdos, pero con rehabilitación el pronóstico es bueno.

Elena, poco a poco, fue controlando la emoción.

—Lo siento tanto Diego, perdóname, jamás imaginé que fuesen a ir a por ti, por eso no quería… —La disculpa de Elena fue interrumpida de inmediato.

—Elena, somos compañeros, siempre voy a estar contigo, ¿de acuerdo?

Elena asintió y respondió:

—Siempre, compañero.

La noche continuó entre miradas cómplices y muestras de cariño.

—¿Le vas a contar la verdad a tu madre? —Elena dudó antes de responder.

—Sí, al llegar le contaré lo que le hicieron a papá, merece saber la verdad.

A Bécquer le parecía lo justo.

—¿Y tú? ¿Cómo te sientes?

Elena respiró profundamente.

—Me siento bien, siempre supe que papá no nos habría mentido, ahora sabemos que descubrió lo que estaba ocurriendo y eso le costó la vida, lo único que todavía no entiendo es por qué llevaba la nota en el zapato.

Bécquer tenía la misma duda.

—Por más vueltas que le hemos dado… ¿La tienes en el teléfono?

Elena la buscó y se la pasó, el cómico comenzó a girar el teléfono.

—No sé a dónde le he dado que se pone del revés.

Elena cogió el móvil y su cara se iluminó de repente.

—¡Bécquer! —exclamó—. ¡Creo que lo tengo! —El cómico no entendía nada—. Disfrutemos de la noche parisina, mañana seré yo la que te dé una enorme sorpresa.

Después de cenar, admiraron París apoyados en la barandilla de la cubierta. Tras tanta lucha y tanto dolor, por fin aquella niña que perdió a su padre encontraba la paz. Iluminados por una mágica lima, la pareja volvió a besarse. Cuando sus labios se separaron, Bécquer miró a Elena con la profundidad de un hombre completamente enamorado.

—Elena, yo solo sé… que te amaré mientras respire.

Regresaron a Madrid a la mañana siguiente sabiendo que tendrían que volver para que Bécquer recibiese su condecoración. Esquivaron a la prensa saliendo escoltados desde la pista de aterrizaje.

—Vamos a la comisaría —dijo Elena, convencida de que por fin había resuelto el misterio—, directamente al archivo.

Al entrar Amaia se puso de pie como quien suelta un muelle.

—Señor Bécquer —dijo, tratando a Elena como si no existiese.

—Querida mía, la mujer más importante de la comisaría; sin ti, Amaia de mi corazón, no sé qué sería de nosotros. —Elena sonrío consciente de quizá Bécquer se había pasado un poco de frenada—. Verás, queríamos preguntarte un par de cosillas, a ver si puedes ayudamos: ¿cuántos años llevas en el archivo?

Amaia dio como respuesta un suspiro: en realidad era de las más veteranas. El cómico le lanzó un piropo dejando claro que por aquella mujer no pasaban los años y a continuación le hizo, esperanzado, la pregunta definitiva.

—¿560LLM podría ser la referencia de algún archivo?

Por el camino, Elena le había explicado su teoría:

—Nuestro error fue dar por hecho que en la nota pone W7709S, y todo el rato hemos girado sobre lo mismo. ¿Y si le damos la vuelta? Entonces lo que pone es 560LLM, ¿será este el código correcto?

Amaia necesitó unos segundos para articular una respuesta.

—Podría ser, pero muy antiguo, porque ese tipo de combinación de números y letras dejamos de utilizarlo hace algo más de veinte años, cuando adoptamos los códigos de barras…

—¿Podría ser que aún hubiese algo en el registro antiguo? —Elena no era capaz de disimular el brillo de sus ojos—. ¿Lo puedes comprobar?

—Claro, dame un segundo.

La funcionaría se levantó y se metió en el almacén no sin antes guiñar un ojo a Bécquer y despedirse diciendo:

—Será un momentito.

Elena miró al cómico.

—La tienes loca.

Bécquer esbozó media sonrisa de satisfacción.

—Así soy, ya lo sabes.

Al cabo de unos pocos minutos, Amaia regresó con un enorme archivador.

—Veamos si hay suerte. —Comenzó entonces a pasar un montón de hojas hasta llegar al 560LLM—. Sí, aquí está, la última persona que lo pidió fue un tal «A. I.».

Elena lo tenía claro: su padre.

—¿Y dónde está? —preguntó nerviosa.

—Pasillo 6, estantería 2, sección B.

Bécquer se despidió plantándole a Amaia un besazo en los morros que la tuvo aturdida un buen rato, y ambos apretaron el paso hasta llegar al lugar indicado.

—¡Aquí es! —exclamó Elena.

Bécquer acercó una pequeña escalera que había al fondo del pasillo, se subió y, con gran dificultad, extrajo una caja de cartón.

—Esta es, mira.

La dejaron sobre una mesa contigua a la estantería y la abrieron: dentro había un montón de carpetas y objetos.

—Son archivos de diferentes investigaciones, no tienen nada que ver con mi padre. —El amago de decepción desapareció pronto.

—Elena, mira esto.

Bécquer dio la vuelta a la tapa de la caja y descubrió un sobre amarillento pegado con cinta de embalar, lo cogió con cuidado y lo abrió: de dentro extrajo un taco de fotocopias dobladas en cuartillas.

—Son las anotaciones de Puente y Serrano, las mismas que nos entregó Baltierra; mi padre descubrió en qué andaban metidos y por eso las copió, para tener pruebas.

Elena cogió de nuevo el sobre para guardar los documentos cuando una pieza de papel cayó al suelo; al recogerla una extraña sensación la invadió.

—¿Es una fotografía? —le preguntó Bécquer. Elena sonrió.

—Sí, soy yo con diez años.

La inspectora miró la fotografía emocionada. Al darle la vuelta vio que había algo escrito: enseguida reconoció la letra de su padre:

Por ti, mi amor. Para que estés orgullosa de tu padre.

Elena no logró terminar de leer antes de apretarse contra el pecho de Bécquer.

—¿Lo ves? Mi amor, tu padre hizo lo correcto y lo hizo por ti. Por eso jamás se vendió, por eso no os dijo a dónde iba. Tu padre era un hombre maravilloso.

Elena se separó de Bécquer y volvió a leer la nota.

—Sí, lo era. —Recordó entonces lo que Serrano le había dicho en París—. Mi padre creyó que podía convencer a Puente para que denunciara lo que estaba ocurriendo, por eso fotocopió su cuaderno. Confió en el hombre equivocado y lo pagó con la vida.

Bécquer contenía como buenamente podía la emoción.

—Al final has sido tú quién ha hecho que pagasen lo que le hicieron a tu padre y a tantos otros.

El artista cogió entonces el rostro de Elena entre sus manos.

—Te aseguro que tu padre, ahora mismo, está orgullosísimo de ti. Eres la hija que cualquiera podría soñar.

Ambos abandonaron el archivo con la satisfacción de, por fin, haberle hecho justicia a un hombre excepcional.

EPÍLOGO

El tiempo transcurre rápido, aunque tratemos de evitarlo. Más de seis meses después de todo lo ocurrido en París, Bécquer no dejaba de presumir de ser uno de españoles distinguidos con la Legión de Honor.

—La verdad es que los franceses no están tan mal, ahora me siento muy cercano a ellos.

Elena sonría mientras le hacía el nudo de la corbata.

—Esto de que dejes que te acompañe antes de actuar es inaudito —le dijo al acabar el nudo.

—Bueno, será que me estoy afrancesando.

Ambos rieron. Por la megafonía del teatro sonó el tercer timbrazo.

—Tengo que salir a escena: ¿entonces, te marchas? —Bécquer puso ojitos de cordero degollado.

—No, he cambiado el turno, pero eso ya te lo imaginabas; me voy a mi butaca.

Elena besó los labios del artista y le deseó toda la suerte del mundo.

Era ya la cuarta noche de Bécquer en el teatro Gran Vía, le gustaba subirse a ese escenario, sobre todo, porque más de veinte años atrás, Enrique Salaberría había sido el primer empresario teatral en confiar en él. Cada vez que visitaba ese espacio, el cómico recordaba las palabras que le había dedicado la primera vez que se reunieron: «La gente no sabe que esto de los cómicos viene para

quedarse, me da igual que no hagan teatros, yo estoy seguro de que va a funcionar, ¿sabes por qué? Porque tú eres el Humphrey Bogart de la comedia, menudo tipo elegante». Don Enrique ya no estaba entre nosotros, pero su recuerdo seguía presente.

Bécquer había articulado un nuevo *show* en torno a todo lo vivido entre México y París; en un alarde lo había titulado *Bécquer, detective*, y las ofertas para ocupar teatros en España e Hispanoamérica no dejaban de llegar.

Desde el escenario el cómico disfrutaba de cada broma, cada remate, cada gesto; transmitía una felicidad radiante. En la cuarta fila, su hija Lucía lo miraba y reía mientras sujetaba la mano de su nuevo novio, un pelirrojo al que Bécquer había tomado la matrícula. Su exmujer, Celia, los acompañaba para insistir en lo fantástico que era el muchacho si con eso lograba que el cómico rabiase un poco más. La doctora Castillo había aceptado amablemente la invitación después de que Bécquer le contara el terrible desenlace de su padre y cómo había logrado redimirse en vida. Leo Cantos reía a su pesar desde su butaca, y a su lado completaban la fila Elena, doña Carmen y un recuperado Diego Ortega, que lucía un bastón floreado a juego con la corbata.

Transcurridas casi dos horas, el espectáculo llegó a su final, y Bécquer se despidió agradeciendo una vez más tanto amor.

—Gracias por estar siempre a mi lado; esta noche he podido contaros mis aventuras, pero os aseguro que no serán las últimas. Gracias, Madrid.

El público le dedicó a Bécquer una ovación impresionante; mientras aplaudían en pie, el artista saludaba a uno y otro lado del escenario. Cuando su mirada coincidió con la de Elena, puso la mano derecha sobre su corazón y con una pequeña reverencia le dedicó a la mujer de su vida un sentido «te quiero».



MIGUEL LAGO (Vigo, 1981). Cómico de vocación y profesión. Licenciado en Filología Hispánica y con más de veinticinco años de carrera desde que debutara en El club de la comedia. Colaborador habitual en televisión (Tu cara me suena, El Hormiguero, Y ahora Sonsoles, Todo es mentira…) y auténtico referente de la *stand-up* nacional. Publicó en 2024 su primera novela, *Persiguiendo a Bécquer*, con gran éxito de ventas y lectores.

Notas

[1] «Qué carajo va a sonreír el niño, a Raphael quizá. Pero cantando como canto, me va a mandar al infierno» [trad. del autor]. <<